

MARTA JIMÉNEZ SERRANO
Los nombres propios

narrativa **sexto** piso



Los nombres propios

MARTA JIMÉNEZ SERRANO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © MARTA JIMÉNEZ SERRANO, 2021
Autora representada por The Ella Sher Literary Agency,
www.ellasher.com

Primera edición: 2021

Imagen de portada
© LARA LARS

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGÓ

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-18342-39-4

Para mis padres, que un día quisieron que yo existiera.
Y para Juan, que lo quiere todos los días.

Huelga decir que lo que estoy a punto de describir no tiene existencia real.
[...] *Yo* no es más que un término útil para referirse a alguien que no existe.

VIRGINIA WOOLF

BELAUNDIA FU

Te miras los pies, que son pequeños, pero a ti no te parecen pequeños: te parecen simplemente tus pies. Los llevas despacio hasta el borde del trampolín azul, descolorido por el sol. Los juntas. Das un pasito más y tus dedos, que son pequeños, sobresalen y se quedan en el aire, asomándose a la piscina brillante. Pero por qué iban a ser pequeños, si son simplemente tus dedos. Miras al frente y el sol te hace fruncir el ceño. Tienes la piel seca; seca y morena, y solo llevas puesta una braguita de bañador con volantes y estampado de cerezas que está descolocada y enseña una nalga blanquísima. Al fondo, el césped, que también está algo seco. Los aspersores. El cielo, brillante como la piscina y azul como el trampolín. El calor intenso. El silencio tan poco habitual.

Te imaginas que llevas un bañador rosa de cuerpo entero, como los de las mayores. Te pasas las yemas de los dedos por el pecho plano y la tripa y el ombligo, y te lo imaginas: un bañador como los de las mayores. Te apartas el pelo de la cara. Abres los ojos y vislumbra a la grada levantándose, eufórica, aplausos, aplausos y más aplausos. Aplauden con sus manos grandes, grandes como lo serán las tuyas algún día, como deberían llegar a serlo, porque la gente crece y al crecer ellos les crecen también las manos.

Te tiras a la piscina.

Atraviesas el agua de golpe. Te pones tú también un poco azul y un poco brillante. Se te empapa la piel y el pelo se te esparce como si estuviera hecho de un material distinto. Tu pelo. Es liso y suave, y mamá intenta hacerte dos coletas, pero se te acaban deshaciendo y vas despeinada. Tu pelo. Dentro de ocho años te lo vas a cortar a lo chico. Dentro de ocho años y catorce minutos te vas a arrepentir. Dentro de dieciséis años vas a sufrir un desamor y le vas a decir al peluquero: «Haz lo que quieras». Y lo hará. Dentro de veintidós años –veintidós años, que son más del triple de los años que tienes ahora– te vas a descubrir una cana en la sien. La achacarás a un

enero estresante. Quedará oculta bajo tu flequillo. Tendrás flequillo. Tu pelo seguirá pareciendo de un material distinto cuando te metas debajo del agua, como ahora que se esparce en todas direcciones. El sonido exterior se mitiga. Estás en el mundo y no, y eso te gusta.

Cierras los ojos con fuerza, porque odias abrir los ojos debajo del agua. Si los abres, te escuecen por el cloro y no ves nada. Notas las burbujas que salen de tu nariz y buceas hasta donde haces pie. Las puntas de tus dedos rozan los azulejitos del suelo. Tus dedos que son pequeños, pero no: son del tamaño exacto. Sacas la frente. Sacas las orejas. Te detienes a la altura de la barbilla escuchando el silencio total de esta siesta de agosto. Te aburren las siestas. Te aburrirán siempre. Mentira: un día te parecerán el momento perfecto para el sexo. Pero hoy el sexo no existe y te aburren las siestas. Todos están dormidos y ni el aire ni el agua se mueven a tu alrededor. Yo te miro como tú te miras. Observas desde fuera tu cuerpo submarino. Absorta, miras tu mano deformada. Qué extraña es. No llegas con los pies al suelo desde las sillas ni a las perchas aunque estires los brazos. Eres pequeña. Pero cómo vas a ser pequeña si no eres pequeña, si ese es para ti tu tamaño natural. De repente, el sobresalto.

—¡Me cagüen el copote santo y adoraos! ¡Mira que os tengo dicho que a la hora de la siesta no os bañéis!

La abuela. La abuela descalza y sin gafas agitando su mano en lo alto de la escalera. Como si no lo supieras. Parece mentira que no te hayas preocupado al menos de no hacer ruido.

—¡Pero abuela, que ya sé nadar!

—¡Ni sé nadar ni sé nadar! ¿Y el niño?

—¡Y yo qué sé!

—¡Sal ahora mismo de ahí! Y que no te vuelva yo a ver tirarte al agua a la hora de la siesta.

Se da media vuelta y se va. El niño, el niño. El satélite gorrinero, lo llama. Qué culpa tienes tú de que el niño tenga apenas un año. Sales del agua, subes las escaleras. Y qué tiene que ver el niño con que te bañes a la hora de la siesta. Pisas varias veces en cada escalón para dejar huellas de agua, como en *101 Dálmatas*. Qué

culpa tienes tú de ser la mayor. Culpa, ninguna. Estás cansada ya de ser la mayor y solo tienes siete años. Para lo responsable que eres, qué poco te gusta la responsabilidad. La que no has elegido tú, al menos. Si pudiera avisarte. Si pudiera decirte: Ve haciéndote a la idea, porque vas a ser la mayor siempre. También dentro de ocho años, cuando te cortes el pelo –ay, si alguien mayor que tú te hubiera dicho que no era buena idea–, y dentro de dieciséis, cuando llores contra la almohada –si alguien te hubiera explicado–, y dentro de veintidós, cuando te salga una cana –ese enero en que sabes que estás sola–, vas a seguir siendo la hermana mayor.

Entras al salón chorreando y la abuela riñe a tu prima muy bajito, porque también ha perdido de vista al niño. Tu prima te mira como diciendo «mira que eres tonta» y la abuela sigue su mirada hasta el umbral de la puerta y se posa en ti:

–¡No entres aquí mojada!

Lo grita bajito. Cuando está contenta eleva la voz y cuando está enfadada se contiene. Al revés que papá. Sales al porche y te quedas de pie. Te secas rápido, pero eres impaciente. Aún con gotitas de agua por el cuerpo te cuelas en la cocina a por un yogur de fresa. Los mayores se van despertando. Ellos llegan a los yogures sin taburete. La merienda. Atraviesas el revuelo de gente que cruza el salón en busca de una cucharita o de una raja de melón. La abuela se acerca sonriendo, te agarra la cabeza con las manos y te planta un beso en la frente.

–¡Qué tunanta estás hecha, madre mía!

Vives ajena a todo, nos das envidia. Vives en tus pies pequeños y en tu pelo liso y en el salto que das para tirarte al agua, y la abuela, ay, la abuela abriendo un ojo en mitad de la siesta, escuchando el golpe de tu cuerpo contra el agua, sin saber si eres tú –con tus pies y tus manos y tus piernas y brazos en su tamaño exacto– la que se está tirando a la piscina. La abuela preguntándose cuál de todos sus descendientes está ahora en el agua. ¿Se ha caído o se ha tirado? ¿Es de los que saben nadar o de los que no saben? La abuela levantándose de un salto, atravesando el salón como una flecha y encontrándose tu cara feliz dentro de la piscina. La abuela que se

enfada y se alivia, y tú ajena a todo menos al agua, al sol, al yogur de fresa que ya te has terminado y que le das a la abuela sucio y vacío a cambio de su beso para ir otra vez camino del agua.

–¡Ay!

–¡Para!

–¡Dámelo!

–Espera.

Hace apenas cinco días Simba y tú os disputáis una cinta de cassette. Forcejeáis por encima del niño que, sentado en su sillita para el coche, duerme ya babeándose el hombro. «Espera», le dices. Miras a papá fijamente. Lo señalas con los ojos. Mamá corrobora tu indicación:

–En cuanto estemos en la autopista ponemos la música, diez minutitos y la pongo. ¿Queréis agua?

No queréis agua.

–¿Queréis una galleta?

Tampoco. Queréis la música.

–Bueno, vale. Una galleta, sí.

Llegar al Huerto es complicado. Mamá rebusca en una bolsa grande que lleva a los pies, pero papá la interrumpe. Papá conduce con la espalda recta, pone el brazo en el asiento del copiloto para dar marcha atrás, se incorpora con velocidad a las autopistas. Papá conduce como todos los padres, pero tú no lo sabes, porque solo has visto conducir al tuyo.

–A ver, por favor, vamos a centrarnos. Dime qué salida es.

–Todavía queda un rato...

–Pero ve atenta, que aquí me lío siempre.

Papá conduce pero mamá dirige. Papá levanta la mano derecha del volante y señala a la carretera y a los carteles azules de la autopista como si fueran culpables de algo. Mamá se yergue, abandonando su búsqueda, y pone intencionalmente su mirada en la carretera.

–Ve poniéndote en el carril derecho, si quieres.

Simba y tú os miráis y os decís con la mirada: no va a haber galletas, tampoco. Papá pone el intermitente e intenta cambiar de carril, pero pasan muchos coches.

–¡Es que encima no veo, coño!

No ve por el retrovisor porque lleváis el maletero hasta arriba. El verano es muy largo. Mamá le pone una mano en el hombro. Tú suspiras y miras por la ventana. Simba adopta una estrategia más radical. Se desabrocha el cinturón y empieza a dar golpes en el respaldo del asiento del conductor.

–¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona! ¡Quiero la mona!

Con sus gritos el niño se despierta, escupe el chupete que sale lanzado al suelo y se echa a llorar. Simba no cesa –«¡Quiero la mona!»–, tú los miras. Tus dos coletas, tu camiseta de Mickey, tus zapatillas apoyadas en la mochila que llevas a los pies.

–¡Joder, es que así no hay quien conduzca!

Mamá se desabrocha el cinturón y se da la vuelta. Le abrocha el cinturón a Simba y le dice: «Ponemos la música si te portas bien». Simba no se calla. Papá grita al volante que no gritéis. «¡Yo no estoy gritando!», gritas tú. Mamá tantea el suelo y al fin encuentra el chupete. Se lo mete en la boca para limpiarlo. Se lo pone al niño, que se calla también. Te mira: «Dame la cinta». No sabes que Rosa León es una señora. Cuando lo lees en la carátula del cassette siempre te imaginas una rosa y un león. Mamá se gira y pone la música. Cuando comienza a sonar «La mona Jacinta» Simba se calla, al fin. Simba canta: «La mona Jacinta / se ha puesto una cinta / se peina, se peina / quiere ser reina». Luego cantáis las dos: «Ay, no te rías / de sus monerías / de sus monerías». Papá se ha pasado la salida de la autopista. «No pasa nada, cogemos la siguiente», dice mamá. «¡Me hago pis!», dice Simba. «¡Yo también un poco!», dices tú. «Y tú ofreciéndoles agua», le reprocha papá a mamá. Mamá está a punto de enfadarse, pero no lo hace. El universo implosiona si mamá se enfada. Enfadarse es el papel de papá.

Cuando os quedáis los tres dormidos papá pisa el acelerador con contención y con premura. Es un pequeño milagro que hay que aprovechar. Mamá se come ella una galleta María.

Duermes con la frente apoyada contra la ventana, y tras el cristal pasan campos secos, amarillos y calurosos, algunas estaciones de servicio, gasolineras, un motel con la silueta de una chica dibujada en neón rosa y con la M de motel apagada. No lo ves, porque vas dormida, pero si lo hubieras visto la chica te habría recordado a las Barbies de Simba. Habrías pensado que solo pone *otel*, y que se escribe sin hache. Pasan los atascos y las salidas que hay que tomar, pasa la cinta completa de Rosa León, pasan los kilómetros y desciende el tanque de la gasolina.

Se despierta primero el niño y sus movimientos os despiertan a vosotras. Se te ha deshecho la coleta derecha. Miras a tu alrededor y parece que hubiera pasado algo más que los kilómetros. Papá, visiblemente contento, extiende su brazo derecho hacia atrás. Ponéis alternativamente vuestras manos, tan pequeñas, en su mano cóncava, y papá adivina de quién es cada mano. Lo adivina siempre. Papá, que vuelve de trabajar por la noche, pone el puño sobre tu frente y cierra los ojos. Papá que adivina lo que has comido ese día. El retrovisor. El menú escolar colgado con un imán en la puerta de la nevera. Papá que lo sabe todo. Sabe ya, incluso, cómo llegar.

—¿Queda mucho?

—Quedan diez minutos.

Mamá también está contenta. Baja la ventanilla y se pone las gafas de sol. Mamá que va a ver a su propia mamá. Hace apenas cinco días. «¿Podemos bañarnos nada más llegar?», «¿Y beber Trina?», «Y nos vamos a acostar tarde, ¿no?». Podéis hacerlo todo. Algo ha pasado, además de los kilómetros y las estaciones de servicio. Papá y mamá abandonando la ciudad y las obligaciones, entregándole su prole a los abuelos, papá en bañador haciendo el tonto sobre el trampolín, mamá echándose una siesta de tres horas en el sofá reclinable del abuelo, la cinta de cassette que empieza por quinta vez en bucle cuando aparece ante vosotros la cancela de la entrada del Huerto.

—¡Abuela, vamos a por coques!

Das órdenes como si el mundo te perteneciese, como si el mundo terminase en la cancela de la entrada. ¿Y no te pertenece, acaso? ¿Hay algo más? Hay algo más. Lo sabes porque a veces se cuele por la tele. Hoy, por ejemplo. Estás desayunando en el taburete alto un Cola Cao con muchos grumos y tostadas blanditas. No hay tostador en el Huerto y la abuela te las hace en la sartén. El salón es tuyo; te gusta levantarte pronto porque el salón es tuyo. Solo estás con la abuela, que hace gazpacho en la cocina. Aún no lo sabes, ahora solo miras fijamente a Oliver y Benji mientras masticas. Pero un día vas a creer que el amor es eso: compartir un espacio haciendo cosas distintas. Cómo vas a saberlo ahora, si eres puro pelo despeinado y esa camiseta que te queda grande y las bragas contra la madera del taburete. Pero un día lo creerás: dos soledades en un mismo espacio. Ella corta tomates y tú ves los dibujos y al cabo de un rato llega tu prima. ¿Te gusta esa ruptura de tu soledad? No lo vas a saber nunca. Te lo digo con ternura, no es una amenaza. Nunca lo vas a saber. Dentro de ocho años y de diez y de doce, tantos viernes sin saber si quieres salir o quedarte en casa, si pijama o pintalabios, si amigos o libro. Esa relación extraña que tienes con la soledad y que con veinte años te va a parecer nueva, porque de ti depende organizar tu vida social. Pero no es nueva, se remonta a esta mañana en el Huerto en que quieres el salón para ti y también hablar con otra gente. Estás entre tu necesidad de soledad y tu afán comunicativo, y ahí seguirás estando. Serás una equilibrista. Una acróbata.

Llega tu prima y mira la pantalla, y crees que te va a decir que cambies de canal, pero no, se queda mirando fijamente la tele, plantada en mitad del salón, abre mucho los ojos, abre mucho la boca, señala con el dedo.

—¿iSe ha muerto Lady Di!?

Te mira como si la hubieras matado tú. Y tú qué sabes.

—No sé, llevan poniendo esas letras blancas toda la mañana.

El rótulo corrido desliza en la parte inferior de la pantalla la información de última hora.

—Qué fuerte. Quitá.

Te quita el mando, el taburete y los dibujos. Eso mismo piensas tú: qué fuerte.

–¡Abuela! Que se ha muerto Lady Di.

La abuela llega y mira con atención la tele. Sostiene la jarra de gazpacho en una mano. La otra mano se la lleva a la frente.

–¡Uuuuuuh! ¡Lady Di!

–¿Pero la conocemos? –preguntas. Me haces sonreír. También al resto.

–Que no, tonta, que es la princesa de Inglaterra. Bueno, la mujer del príncipe.

–¡La exmujer! –puntualiza la abuela–. Sube, sube el volumen.

Las dejas mirando la pantalla y vas a ponerte el bañador. Cuando papá y mamá se levantan también hablan de Lady Di, todo el mundo habla de Lady Di, te pasas tres días viendo películas sobre Diana. Hace apenas unos minutos no sabías ni quién era y ahora sientes que tienes que estar muy conmovida. Te da una cierta rabia y una urgencia retroactiva llegar tarde a la historia. ¿Ves? Hay más mundo: se cuele por la tele. Te resulta extraño que tantas cosas hayan empezado sin ti, y haces un esfuerzo por coger el ritmo y estar ya en la vanguardia de los acontecimientos. Por eso, cuando al fin se despierta tu hermana pequeña, que es siempre la última en levantarse, le dices con estudiada contundencia: «Es muy fuerte, se ha muerto Lady Di», y te burlas un poco de que no sepa quién es Lady Di. Lady Di, por favor, si es superconocida.

–¡Abuela, vamos a por coques!

Lo dices como si el mundo te perteneciese, y en cierto modo te pertenece. Menos lo que se cuele por la tele. La abuela te obedece. Desde el día en que naciste –hace ya siete años, te lo han contado, naciste y era sábado y era la una y media–, se convirtió en tu abuela y aún no está muy claro si la obedeces tú a ella o ella a ti. Tú crees que la obedeces a ella, pero desde fuera no es tan evidente.

Te lanzas cuesta abajo en dirección a los árboles frutales.

–¡Ten cuidao, no te vayas a caer!

Te sigue rezagada. Coloca al pie del árbol el cubo azul y te pasa, uno a uno, los albaricoques. Ella llega, tú no. ¿Ves cómo eres

pequeña? ¿Pequeña en relación a qué? En relación a los árboles frutales. Volvéis a la casa sonrientes. Laváis en el grifo de la piscina un par y os los vais comiendo por el camino. Cuesta arriba ella camina más deprisa que tú, y eso que carga el cubo.

–¡Pies listos! –te dice, y tú aceleras a pasitos cortos.

Le das vueltas al hueso con la lengua. Lo enseñas orgullosa: «Mira, limpito, limpito».

En la casa todos os celebran el botín. «¡Qué pinta tienen!», «¡Y cuántos hay!», «¿Están buenos?». Ofreces, solemne, tu veredicto.

–El mío estaba muy bueno, pero a la abuela le gustan los albaricoques pochos.

–Tú Nala, tú Rafiki, tú Mufasa, tú Simba y yo Scar.

–¿Y las hienas?

–De momento, nos las imaginamos.

Vas señalando a las primas y asignándoles su papel. Para ti reservas los malos, que son tus preferidos: Scar, el Capitán Garfio, Maléfica, Cruella de Vil. Las dos coletas están medio deshechas. Las volteretas, las carreras. Llevas un bañador amarillo con elefantes de colores y unas gafas de bucear rosas sostenidas en la frente, y también un collar de plástico verde. Tienes dos rayas de indio pintadas en cada mejilla.

–¿Pero por qué yo soy Nala si me llamas Simba?

–Eso no tiene que ver con la obra. Eso es así de cuando naciste.

No recuerdas el día en que llegaste al hospital a conocer a esa niña que iba a ser –que era ya– tu hermana. Ni siquiera sabías lo que era una hermana. Te llevaron al hospital y te auparon y te asomaste a la cuna y la viste, y seguiste sin comprender lo que era una hermana. Aún hoy no lo sabes. Dentro de diez años vas a escuchar su voz procedente de uno de los cubículos del baño del colegio, vas a entrar y a ver su cara de susto y las braguitas manchadas y vas a ir en busca de una compresa. Desplegando las alas y quitando el papelito para descubrir el adhesivo –las dos metidas en aquel váter pequeño– vas a empezar a entender lo que es una hermana. Pero ahora no lo sabes.

Papá la llama *Ruby Pretty* porque tiene caracolillos dorados, pero tú sabes que esos caracolillos no son de *ruby* ni de *pretty*, sabes que es una melena de minileón. Y ese leoncito que es tu hermana lo es desde el día en que te dijeron «Ha nacido tu hermana» y te llevaron al hospital y te asomaron a la cuna. Sentiste la presión de representar una escena enternecedora, la misma presión que sientes siempre que te ponen un bebé delante. Pero hay expectativas con las que no sabes cumplir. La miraste. Ella sí que era pequeña, de eso no cabía duda, pequeña de verdad: los pies, la pulserita de papel en el tobillo, el bostezo y esa marca roja en mitad de la frente. Te devolvieron al suelo y la bautizaste.

–Es Simba.

Se rieron.

–Eso es una manchita que le ha salido al nacer, pero luego se quita –explicó papá.

–Es del fórceps, ¿no? –preguntó la abuela.

–Sí, pero eso se va enseguida. Es del esfuerzo de nacer, ¿sabes?

Qué te importaba a ti el esfuerzo de nacer, ni el fórceps, ni nada. Te pareció natural la marca roja en la frente. Como Simba. Pero eso era de nacimiento. En la obra de teatro le toca Nala, porque le pega más.

–No es tan difícil de entender, ahora eres Nala aunque te llame Simba –te frustras.

Lo recuerdas con nitidez: la cunita, el hospital, la mancha, su bautismo. Y sin embargo, dentro de diez años descubrirás que es un recuerdo imposible, que *El Rey León* llegó a España dos años después que tu hermana pequeña. Acaso verías la marca del fórceps en un álbum de fotos, acaso la bautizarías más tarde, poco importa: lo recuerdas así, lo recuerdas en el hospital, lo recuerdas claramente como nunca fue.

–Y tú ¿por qué eres Scar, si llevas rayas de indio?

Te impacientas. Cómo puede ser que no lo entiendan. El día de la función te harás la cicatriz de Scar, obviamente, pero ahora solo eres tú, eres tú de normal, quienquiera que seas. Esa que aparece cuando te encuentras en el espejo o en el reflejo de la piscina. Y tú

en el Huerto llevas las dos rayas de indio mapache. Todos se ríen cuando lo dices, «indio mapache», y no lo entiendes; en cinco años, te vas a reír tú también. Te las pinta papá en cada sobremesa con el corcho quemado de la botella de vino malo que le gusta al abuelo.

–No quiero jugar, me aburro. –Simba se va.

–Yo tampoco quiero. Paso.

–Yo tampoco quiero jugar. Me voy.

Las primas se levantan en bloque y se alejan también.

–¡Pero que no es jugar! Es una obra de teatro...

No entiendes tu soledad. Buscas una complicidad que no encuentras. No sabes que se llama complicidad porque te faltan los nombres de muchas cosas. Son muchas las palabras y tú solo tienes siete años, es normal. Sí conoces algunas, claro: merienda, trampolín, albaricoque, abuela. Tu abuela, desposeída de su nombre para ser solo tu abuela. Tu abuela, que se sabe pocas palabras, pero se las sabe bien: Pan. Hogar. Orfandad. Amor.

–Martita, ¿tú tienes ya novio? –dice con sorna tu prima.

–¡Esa qué va a saber de novios...! –dice con sorna tu otra prima.

Te avergüenzas. Te indignas. El amor.

–¡No tengo novio! –dices, enfadada, sin dejar de pensar en Pedrito Pérez Pinto. Va a tu cole. A tu clase. El sentimiento te aturde y no serías capaz de decirlo en voz alta jamás, porque lo vives como lo que es: una vergüenza terrible. Cómo no va a ser vergonzoso que te guste alguien. Aquella escena de *El Rey León*.

¡Puaj!

No puedo casarme con ella, es mi amiga.

Sí, sería muy raro.

Puaj. El asco. El amor. Aún no lo sabes, no lo llamas amor, solo: «¿A ti quién te gusta?», «¿A mí? Nadie». Tantas y tantas páginas de literatura universal y nadie se ha tomado la molestia de ponerles nombre a todas esas cosas que no son amor. Y si no son amor, qué son. Con trece años vas a mirar las estrellas tirada sobre la arena de un campo de fútbol y te vas a besar con tu primer novio, o al menos con el primer novio con el que te besarás *en serio*. Jugar a la botella con los de clase no cuenta. Te vas a besar tirada en el campo de

fútbol de arena con una intensidad tan desaforada que durará un verano y algo más, un verano y la eternidad misma.

Con dieciocho años vas a enfangarte en la desazón de un amor no correspondido, y tú misma sabrás que eso no es amor. «Yo creo en el amor como creo en el Machu Picchu», le dirás a Daniela con una cerveza, «sé que existe porque está en los libros y hay gente que ha ido y lo ha visto y me lo ha contado, pero nada más». Con veinticuatro años vas a lanzarte al amor como te tiras hoy a la piscina, y dentro de veintiún años vas a analizarlo como si estuviera hecho de un material distinto, vas a diseccionarlo como a un insecto muerto. Es necesaria la muerte para la disección. Le clavarás alfileres y le pasarás al inquietante amor un bisturí para descubrir lo que había dentro, boquiabierta quién sabe si de la admiración o del espanto.

Tú, tan mohína y solitaria sentada en el césped, con las costras de las rodillas sobre la yerba y las rayas de indio mapache difuminadas sobre las mejillas, un día tendrás veintinueve años y entenderás que el amor era otra cosa. La gente no sabe describir el Machu Picchu y hace muy malas fotos, a pesar de la tecnología punta de sus teléfonos móviles. Las fotos, sí, se harán con los teléfonos. Vas a entender lo que es el amor y vas a necesitar, entonces, palabras nuevas. Palabras distintas de las que se han venido utilizando en la historia universal para nombrar todas esas cosas que te han pasado –que te van a pasar– y que responden, no cabe duda, a palabras distintas. Sabrás, por eso, que entiendes lo que es el amor y que al mismo tiempo volverás a entenderlo tantas otras veces, que constantemente necesitarás palabras nuevas para nombrar lo que quiera que sea que te pasa: el asco, el insecto, la disección. La gente elige una palabra y se encalla en ella para siempre. Tú buscarás. Renombrarás las veces que haga falta.

Te rascas la mejilla y se emborronan aún más las rayas de indio mapache. Intentas recuperar a alguna prima –«Venga, va, no jugamos a *El Rey León*, jugamos a nosotras pero que nos pasan cosas»–, pero ya se han cansado y tú no entiendes que se cansen tan rápido. Nadie te entiende, y qué feliz te hace que te entiendan.

Sospecho que por eso te caigo bien yo, porque yo te comprendo, pero, Marta –tu nombre: tú también tienes uno–, Marta, tú y yo sabemos que no vale con que yo te caiga bien. Cómo no te voy a entender yo.

Llega la abuela con el cubo azul y se sienta en una de las tumbonas amarillas. Se pone a pelar tomates. Te mira hablar, tan solita. «Ya está esa otra vez», dice. Y luego te dice a ti:

–Marta, cariño, ¿con quién hablas?

Hablas conmigo y es trampa. Es trampa que yo te entienda, yo no cuento porque soy solo una voz, una voz a la que tú has decidido poner nombre, una voz que en cierto modo todo el mundo tiene. Bueno, todo el mundo no. También te darás cuenta de eso un día. A esa gente, a la que no tiene voz, la vas a llamar aburrida. Pero aún no. No sabes lo que es el aburrimiento. Lo sabes, pero no lo nombras, así que no lo sabes. A mí sí me nombras –eso, es verdad, no lo hace todo el mundo–, me nombras y dejo de ser solo una voz. Soy tu mejor amiga. Cómo no voy a serlo, si me nombras.

–Con Belaundia Fu –respondes.

–¿Y qué te cuenta?

–Muchas cosas. Todo.

Te arrimas a la abuela, que es alguien que también te entiende. Casi tanto como yo. Igual que yo, digamos. Pero, además de voz, tiene cuerpo. El cuerpo. Tu cabeza entre tus muslos cuando haces una voltereta, tus manos a través del agua, tu pelo, las costras en codos y rodillas, la mano de la abuela contra tu frente. El cuerpo tiene, sin duda, sus ventajas.

–¿Qué haces?

–Pelar tomates, ¿no lo ves?

Metes la mano en el cubo y coges uno recién pelado. Le pegas un mordisco y te caen chorretones por el brazo y por el cuello. Qué rico está.

–Simba no quiere jugar.

–Bueno, pues déjala. Se habrá cansao.

Que la gente no haga lo que tú quieres: la desfachatez. Mira, otra palabra nueva. Aún no te la sabes. La vas a aprender dentro de

cuatro años. La dirá una señora por la calle al ver a un chico hacer un corte de mangas desde un coche. Un corte de mangas tampoco sabes lo que es. Pero vamos poco a poco. Son muchas las palabras y tú tienes tan solo siete años.

–Pues yo cuando sea mayor voy a tener un solo hijo.

Con quince años no vas a querer ninguno. Con veinticuatro vas a decir que o cero o dos: que un hijo único no lo tienes por nada del mundo. Con veintinueve vas a recordar lo que has deseado siempre y vas a decidir que no quieres tener hijos. ¿Te acuerdas? La responsabilidad no te gusta a menos que la elijas tú; y en la vida de los hijos uno no elige nada y se responsabiliza de todo.

–¡Anda, esta...! Y por qué vas a tener un solo hijo, a ver.

–Porque los hermanos son unos pesados.

La abuela sonríe y luego te dice:

–Anda, hazme un favor y tráeme una rodilla que he dejao en el poyo de la cocina.

Te levantas de un salto. Un indio mapache tiene una misión. Te encanta tener misiones. Vas descalza, tus chanclas estarán en algún sitio, aparecerán mojadas por los aspersores mañana por la mañana. Tus chanclas de Snoopy siempre abandonadas, olvidadas. Te gusta notar las diferencias del suelo. Las zapatillas hacen todos los suelos iguales. Pasas, descalza, del césped al camino de piedra, del camino de piedra al porche de ladrillo, del ladrillo a la baldosa fría del salón, de la baldosa al azulejo de la cocina. Coges el trapo y te das cuenta de que tienes ganas de hacer pis. Corres al azulejo amarillo del baño, te bajas el bañador y te sientas en la taza. Te cuelgan los pies, morenos y negros. Los pies descalzos que hacen que el Huerto sean mil territorios, las fronteras obvias de tu mapa del tesoro. Dentro de diez años exactos, durante el verano, con Eli, Dani y Martín, te engancharás al Risk. Dentro de doce, al Catan. Ahora, tus pies y los suelos del Huerto ya prefiguran mapas y estrategias. Eli, Dani y Martín también te entienden, aunque en verano no los ves y solo te quedo yo. Si te gusta volver al cole es por la felicidad del reencuentro. Cuando hablas de ellos todo el mundo se equivoca y piensa que Eli es una chica y Dani, un chico. Pero no: Eli es Elías y

Dani es Daniela, así que es al revés. Y luego estáis Martín, que es Martín, y tú, que eres Marta, y cuando vais en pareja os llaman los Marts y parecéis un dúo cómico. Martín, ese amigo que no es ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo, que lleva el pelo revuelto, unos vaqueros, una camiseta. Tú persiguiendo a Martín en el recreo. Dani, que cada lunes trae una calcomanía nueva en el interior de la muñeca. Se la dan con la bolsa de Pelotazos que le compra su padre todos los domingos. Su padre solo la ve los domingos y la calcomanía brilla los lunes y es un borrón difuminado los viernes. Tú pasando tu dedo por la calcomanía reciente de Bart Simpson. Eli, con sus gafas rojas de culo de vaso y su parche en el ojo izquierdo, leyendo cómics sobre el alféizar de la ventana del aula. Tú dibujando viñetas con Eli durante la clase. Y finalmente tu peto de rayas, tus dos coletas (una, medio deshecha), tu camiseta de Mickey. Martañán y los tres mosqueteros.

Tiras de la cadena y sales al césped.

–Toma, abuela.

–Gracias, tesoro.

Coges otro tomate.

–¡Oye! Que como sigas comiendo no va a quedar para después...

Toma, límpiate, que te estás poniendo perdida.

–Yo cuando sea mayor voy a hacer todo el rato lo que yo quiera.

Nadie que me diga

lo que debo hacer.

–Y voy a vivir yo sola.

Nadie que me diga

cómo debo ser.

–Y no voy a cenar a la hora de cenar, solo cuando tenga hambre.

Y voy a cenar pizza todos los días.

Libre para hacer mi ley,

libre para ser el rey.

–¡Ay, qué a gusto va a estar ella a su aire, madre mía...!

Mira cómo bailo,

mira cómo ando.

–Pues sí. Cuando sea mayor...

*Mires donde mires
siempre estoy al mando.*

–¡Ay, cuando seas mayor, cuando seas mayor...! Dime, qué quieres ser tú de mayor, a ver.

–Peluquera o astronauta.

–¡Uuuh! Astronauta, me gusta. ¿Para ir a la Luna?

–Claro. Pero es un poco difícil, creo yo. No sé. También quiero ser profesora, y arqueóloga como Indiana Jones, y pintora, y cantante, y...

–Y cocinera, también. De todo, quieres ser tú.

–No, cocinera, no. ¡Cocinar ya me cocinas tú!

–¡Pues estamos aviaos! Así que yo te voy a cocinar, ¿eh?

–Claro. Cuando sea mayor yo trabajo y tal, en lo que sea. Yo quiero recorrer el mundo. Y tú me vas haciendo caldo y tortilla de patatas. Ah, y gazpacho. Y arroz amarillo.

–¿Y tú sola te vas a ir por ahí por el mundo?

–Sí. En globo, como Willy Fog.

–Bueno, pues cuando pases por encima del Huerto, me tiras una alpargata, pa que yo sepa que has pasao.

Cuando no está en el Huerto, papá huele a barba recién afeitada, a peine fino y a raya al lado; vuelve de trabajar de noche y está de buen humor los domingos en el aperitivo. Papá casi nunca está en casa, está en el hospital; lo sabes porque alguna vez has ido a verlo. Te sienta sobre la mesa de su despacho. Descuelga su fonendo del cuello y te lo pone a ti en las orejas. Te encanta y te hace daño. Te aprieta en los tímpanos. Papá lleva una bata blanca sobre el pijama verde y te parece el hombre más importante del mundo –¿hay otros?–, el dueño del hospital por lo menos. «¿Ahí está bien?», te dice, y tú asientes agarrando cada uno de los arcos metálicos del fonendo. Entonces papá coge el diafragma y te lo mete por debajo del jersey y de la camiseta, contra el pecho. Tú sujetas los arcos en tus orejas y él sujeta el diafragma, que está helado, contra tu piel. «¿Lo oyes?», te pregunta. Asientes y sonríes. Pum pum, pum pum, pum pum. Es tu corazón.

Papá te deja jugar con sus rotuladores fosforescentes y sentarte en su silla y dar vueltas. Su silla es una silla que gira. «¿Te quieres llevar uno?», papá te ofrece un rotulador. «Dos: uno para mí y otro para Belaundia», «Venga, pues dos: ¿Qué color le gusta a Belaundia?». Eliges el rosa para ti y el verde para mí. Papá te lleva por los pasillos de la mano. Son pasillos largos y la gente le llama doctor. Miras con atención a todas las personas que te saludan con tanto cariño. Sin duda papá es famoso. Vas de su mano por el pasillo y tú eres también un poco famosa. Miras por una puerta entreabierta y él aprieta el paso. «Papá». «Dime, hija». «¿Aquí se muere mucha gente?». «Algunos, si son muy muy viejitos o están muy muy malitos». «¿Y otros se salvan?». «Otros se salvan, sí».

Papá es cardiólogo y tú sabes decir cardiólogo y fonendoscopio desde que tienes dos años. «¿Lo pronuncio bien? Fo-nen-dos-co-pio». «Lo pronuncias muy bien», dice papá, «¡Cómo no vas a saber pronunciar fonendoscopio si sabes pronunciar Belaundia Fu!». Le das la razón. Cuando mamá canta esa canción que dice «Quién me tapará esta noche si hace frío / quién me va a curar el corazón partío», tú piensas: Papá, porque es cardiólogo. Tú dices: «Papá, porque es cardiólogo». Hay días que les enternece y días que no. Hay días que se miran con complicidad y días que sonrían mirando cada uno a un lado.

Papá desayuna café solo y tú, Cola Cao. Papá te lleva a tomar el aperitivo, él se pide un vino y tú un Trina. «¿Me lo compras?». Da igual lo que sea, siempre te lo compra. Papá fuma y frunce el ceño al encender el cigarrillo. Papá tiene muchas cosas que hacer. Por eso llega tarde, mientras mamá está terminando de preparar la cena. Se quita la corbata. Ve el telediario. Te pregunta qué tal en el colegio.

Papá te coge en las bodas cuando empieza la música y te dice: «Sube». Tú pones tus zapatos sobre sus zapatos y bailáis. Luego te aúpa y te enganchas a su cintura con tus piernas. «Esta mano, en mi hombro», te dice. «Y esta otra así». Pones la mano izquierda sobre la hombrera de su traje y le das la mano derecha, que mantenéis alzada en el aire. Pegas tu mejilla a su mejilla. Bailáis como los mayores.

Papá parte un trozo de pan de su pueblo, coge un trozo de lomo y se lo lleva a la boca durante el aperitivo mientras cuenta algo y todos escuchan. Papá siempre cuenta cosas, papá sabe muchas cosas. Papá que conduce, papá que te quiere, papá que se pone nervioso si os pegáis o si gritáis, aunque estéis de risas. Papá afeitándose frente al espejo del baño, aclarando la cuchilla en el agua estancada del lavabo, con la toalla a modo de falda. Papá cantando en la ducha. Papá diciéndole a mamá: «Déjala, si no quiere más que no coma», papá que dice al terminar de comer los sábados: «¿Y ahora, quién adivina qué va a hacer papá?». Papá se va a echar la siesta y entonces hay que hablar bajito. Papá duerme mal y no hay que despertarlo. A veces se os olvida. Papá con el pijama verde y la bata blanca y el fonendo al cuello que llega a la entrada del hospital y te entrega a mamá, como quien entrega una maleta. «Hola», se dicen, y se dan un pico. Miras ese beso rápido con curiosidad. No conoces las palabras, pero intuyes que es la punta de un iceberg enorme.

Papá que se agacha, con su bata y su fonendo al cuello. Le das un beso en la mejilla afeitada. Agarras el fonendo.

–¿Me traerás uno a casa?

–Claro que sí, guapísima, yo te llevo uno.

Sonríes. Quieres auscultar a tus muñecos.

–¡Venga, pesada!

–¡Voy a por la escopeta!

Tu prima se va a por la escopeta y tú te impacientas. Estás sobre el columpio del Huerto, la rueda atada con dos cuerdas a la rama de la encina más alta, a un lado de la rampa. Estás de pie sobre el neumático viejo con tus rayas mapaches, las gafas de bucear puestas, el collar de plástico verde. Siempre tarda, tu prima. Tú siempre estás a punto y el mundo se retrasa. Y de qué te sirve, dime, estar ya preparada. Te sirve para impacientarte. Llegar a los aeropuertos con horas de antelación. Sacar las llaves del bolso antes de llegar a tu portal. Ansiosa.

De pie sobre el columpio quieto, miras a tu alrededor. Es el mejor lugar para jugar al foso. El columpio, la rampa en medio y al otro lado el primer bancal, bien alto, con su farola en la esquina. Las localizaciones las eliges bien. Al fin, ves llegar a tu prima –Rafiki, le pega ser Rafiki, confirmas mentalmente–, que se encarama al bancal, guiña el ojo izquierdo y te apunta con el palo de hockey amarillo. Ya puedes empezar.

–¡Las pagarás, maldita! En nombre de los indios mapaches, ¡te ordeno que te rindas!

–¡Nunca me rendiré! Y si no te bajas de la rueda sagrada, ¡te suicidaré!

–¡Jamás! –dices, convencida.

–¡Ahora! –dice tu prima, y ipam! ipam! ipam!, te dispara con su palo de hockey amarillo.

El disparo –ipam!– y tu adrenalina, una adrenalina a la que te vas a enganchar como a la mejor de las drogas, porque lo soportas todo menos lo anodino. Aún no lo sabes, pero te vas a entregar a los peores disparos con tal de no transitar lo indiferente. O la catástrofe o la fiesta. O la hecatombe o la euforia. Hasta que un día. Dentro de ocho años, y de quince, y de veintidós.

Haces muchísima fuerza, tus nudillos blancos, tus manos apretando las cuerdas del columpio. Cuando sientes la adrenalina, el vértigo, lo pones todo de tu parte y yo te miro, te miro y por lo mismo que te quiero te compadezco: tan lanzada, tan inconsciente. Te miro ponerlo todo de tu parte y tú sientes eso que te sube del ombligo al pecho, la mejor de las drogas, y te das cuenta de tu gran impulso y de lo mucho que te has elevado, estás muy arriba, por encima del bancal y de la farola y de tu prima. Abres mucho los ojos y miras excitada el País de Nunca Jamás, el tuyo propio, que es mejor que el de la peli. Eres Nils.

Nils os lo cuenta la señorita Elena. Tu moflete contra el pupitre, la cabeza entre los brazos, los ojos cerrados. La voz cálida de la señorita Elena que os cuenta cómo Nils se sube a un ganso y observa desde el cielo la tela de cuadros, los campos que desde los

aires parecen un edredón hecho de retales. Entonces tú eres Nils, y las sillas y la pizarra desaparecen.

Pero ahora eres Nils de verdad. Tu moflete no está estampado contra ningún pupitre, sino sobrevolando lo que, a tu juicio, debe abarcar toda la región de Extremadura y una generosa parte de Castilla La Mancha. Eres Nils de verdad, eres Nils sin ganso, eres el ganso de Nils. Y Peter Pan, y Campanilla, y Wendy. Eres Aladdín y Jasmine en la alfombra mágica sobrevolando el Mundo Ideal, eres Superman al rescate y Willy Fog sin globo y, por encima de todo – literalmente: por encima de todo, sobrevolando el Huerto–, eres un indio mapache librándose heroicamente de un disparo mortal, contemplando con orgullo patrio el maravilloso mundo de sus aventuras.

La euforia, la personalidad múltiple y la integridad física llegan a su fin cuando te das cuenta de que tus pies se han separado de la rueda y de que sigues elevándote vertiginosamente. Esa cosa que te sube del ombligo al pecho se queda de repente atorada y te pregunta: Y ahora cómo bajamos de aquí. La congoja en el pecho, el paso de la euforia a la catástrofe.

El neumático, viejo y agrietado, cuelga solitario de una sola cuerda. La otra cuerda, partida. Y tú cayéndote tan despacio que ya no sabes si esa cosa –la mejor de las drogas: como cuando montas en la montaña rusa– la tienes en el ombligo o en el pecho o atravesada en el estómago. Tan despacio que en realidad aún sientes la euforia. Intentas gritar, pero no te da tiempo. Te estampas en un golpe seco contra el suelo de piedra y arena, y tu prima, boquiabierta, deja caer el palo de hockey amarillo al suelo. Silencio. Tras el planchazo, el silencio.

Un silencio tan breve pero tan sospechoso que la abuela retira con una mano la cortinilla de cuadros rojos y blancos de la cocina y asoma un ojo atento. «La madre que me parió», musita ella, al tiempo que tú estallas en un llanto incontenible y tu prima sale corriendo en busca de adultos. Abres los ojos y no ves nada. Se te están llenando de lágrimas las gafas de bucear.

Sentada en la encimera de la cocina, cubierta de heridas, sangras. Toda la parte delantera de tu cuerpo sangra: la frente, la nariz, el pecho, la tripa, las rodillas, las espinillas, los empeines. Ya lo ves: el cuerpo tiene, también, sus desventajas.

–¡Abuela! Que escuece.

–Si ya está, tesoro, si esto en un pim pam pum lo hemos terminao.

Mamá y la abuela te limpian las heridas, frotan, aplican Betadine con un algodón. Las observas con los ojos llorosos. Ellas no se miran. Están muy concentradas en tu cuerpo y hacen comentarios que son para la otra, o para nadie, o para sí mismas. Pero los dicen sin mirarse. Concentrándose en tu rodilla o en el raspón profundo a la altura del ombligo. Son comentarios cortos.

–Creía que papá iba a cambiar las cuerdas.

–Lo iba a hacer, sí.

–Ya.

Papá es el abuelo, porque la que habla es mamá. El abuelo iba a poner cadenas en lugar de cuerdas. Se creen que no te enteras. Pero sí te enteras, claro que te enteras. Míralas. Su atención y su cuidado en tu cuerpo, que es pequeño y frágil aunque no lo sea, y ese silencio. El silencio de la culpa. Con los hijos uno no elige nada, pero se responsabiliza de todo. El abuelo diciendo: «¿Pero no la habéis oído gritar?», y la abuela que piensa: «¿Y tú, la has oído?», pero no lo dice.

Tu alarido atravesando el Huerto y los mayores que tardan en comprender que el grito no es de euforia sino de miedo. ¿Cómo van a saberlo? Dentro de doce años en una cama prestada, él preguntándote «¿Paro?», y tú «No, no, sigue». A veces la expresión del dolor y del placer apenas se diferencian, porque es el cuerpo, el tuyo –pequeño y frágil, y también invencible–, el que contiene a un tiempo todas las ventajas y las desventajas.

–¡Mamá! Que me entra Betadine en la nariz.

Te dejan completamente naranja y te tumban bocarriba.

–Intenta no moverte mucho. Que se te seque bien.

El beso de mamá en el cuello, el beso de la abuela en la planta del pie: no hay más huecos libres. Por qué nos besaremos siempre en los mismos sitios, cuando hay tantos. Cierras los ojos y te concentras en quedarte quieta. Quietísima. Como una momia. Te sientes bastante importante. Te han tumbado en el sillón del abuelo, cómo no vas a sentirte importante.

—Belaundia Fu aunque se caiga no se hace heridas.

Ellas se sonríen y tú te duermes.

Mamá, sin embargo. Mamá está siempre en casa. A papá lo ves poco y cuando lo ves, te deslumbra. Mamá está todo el tiempo, así que no la ves. Su mano contra tu tripa escurriendo el jabón de la esponja, su mano sobre tu frente, su mano dándote crema hidratante que te alivie los picores o abrochándote el botón del pantalón, que es de los duros, y tú no puedes. Cómo identificar como ajena una mano que está contigo todo el tiempo. Es imposible. Mamá nunca se enfada, nunca está cansada, nunca está triste, nunca tiene miedo. O sea: mamá se traga su enfado a menudo, mamá ignora su cansancio con perseverancia, mamá intenta mostrarse alegre contigo, mamá no quiere transmitirte sus miedos. Mamá se baja al parque con vosotros y te dice cosas que tienes que hacer. «Báñate», «Ponte el pijama», «Vigila a tu hermana», «Termínate el pescado». También te dice cosas que no tienes que hacer. «No se pega», «No se insulta», «No se rompen los juguetes, que han costado mucho dinero», es decir, mucho trabajo. Tú no sabes lo que es el dinero. Dirías que papá tampoco. Mamá sí. Si necesitas ropa y te gustan dos jerséis, tienes que elegir uno. Si te gusta un juguete, tendrás que pedirlo por tu cumpleaños. Si quieres una muñeca, tendrás que pedírsela a los Reyes. «Pero ¿cuánto queda para los Reyes?». Queda mucho. Mamá está en todas partes, así que no la ves. Me ves más a mí. La cocina, tu cuarto, la salita. Todo es mamá. Mamá está preparando el CAP porque siempre quiso ser profesora, pero al terminar la carrera se le atravesaron primero un trabajo rápido y rentable y luego la maternidad. Tú. Se le atravesaste tú. Pero tú no sabes lo que es el CAP, ni la vocación, ni

el dinero. No concibes que esa mujer –mamá– que satisface a diario tus necesidades pueda tener necesidades propias, que antes de que tu existieras vivía en el centro de Madrid, iba a menudo al cine, viajaba. Ahora también ve cine. En los últimos doce días ha visto *Aladdín* veintiséis veces, ha escuchado la canción –«Un mundo ideal»– veintisiete veces. Mamá es solo mamá. Mamá quiere que alguien a lo largo del día no la llame mamá. Mamá haciéndote dos coletas, mamá vistiendo a Simba, mamá haciéndole pedorretas al niño. Mamá que mira por encima del hombro tu carta a los Reyes Magos y recuerda: «No se pueden pedir tantas cosas. Piensa que tiene que haber regalos para todos los niños». Mamá recorriendo en tres días el Hipercor, el Corte Inglés, el Toys «R» Us. Mamá que está siempre. Mamá que no existe. Mamá que nunca se sienta, que nunca se enfada, que te besa si lloras. Mamá que no tiene deseos ni necesidades, ¿cómo va a tenerlos? El trapo de cocina enganchado al vaquero, «Es hora de cenar», «Es hora de dormir», «Marta, a la cama, ya». Tú suplicas: «Cinco minutos, por favor, solo cinco minutos». Entonces, un 6 de enero. Tú dentro de tu pijama de algodón. Simba y su pelo revuelto a unos metros. El niño. Los tres sentados en el suelo del salón, hay globos en el techo y Schoko-Bons en los zapatos. Tu cara. Miras a tu alrededor, los papeles arrugados, rasgados, de colores, todos tus regalos abiertos, tu entusiasmo, sonríes: «Jo, mamá, esto sí que es un Mundo Ideal». La miras: «¿Y a ti qué te han traído?». Qué le han traído: tu cara.

A ti la caída te da igual. Te estamparías una y mil veces contra el suelo. Te dejarías las rodillas y la piel de la tripa y de la frente, los dientes y las palmas de las manos, te romperías cualquier hueso por esos segundos de vuelo, por esa cosa –el vértigo– que te sube del ombligo al pecho. A ti la caída te da igual. Lo que no te da igual es que ahora tienes que estar «tranquilita». Y tienes que ser «paciente». Lo repiten todos. Esos, los adultos. Como cacatúas: tranquilita, paciente, tranquilita, paciente, tranquilita, paciente. Las dos cosas que mejor se te dan en el mundo. Me miras. Me miras desesperada. Me miras y no lo sabes, porque aún no sabes

enunciarlo, pero en el fondo de esos ojos suplicantes llenos de lágrimas me estás preguntando: Dónde, dime, dónde, en qué remoto lugar entre la euforia y la hecatombe cabe la tranquilidad, ¿eh? Dónde, dónde meto yo la paciencia si soy tan solo fiesta o cataclismo. Dónde. Me lo preguntas sin enunciarlo y yo no sé responderte. Te queda tanto, tantísimo para encontrar el lugar que no sé ni cómo confesártelo, cómo decirte que te quedan años y años de no saber qué hacer con la tranquilidad. Te echas a llorar y dices que estás harta, y mamá dice «Ay, esta, qué mala enferma es», y tú te preguntas en qué universo posible tiene sentido el concepto de *buen enfermo*. Pero no te lo preguntas, porque solo estás llorando y te enrabetas hasta que te cansas. Entonces te duermes. Buscar el vuelo a pesar de la caída, forzar la hecatombe hasta la extenuación.

Y solo tienes siete años. Qué voy a hacer contigo.

Las heridas te duelen al hacer volteretas y te escuecen con el cloro. Dibujas. Terminas de escribir la obra de teatro. La copias en varios folios distintos, subrayas el parlamento de cada personaje con un color diferente y se lo entregas al actor correspondiente con una mezcla de ansiedad y terror: lo van a perder, lo van a mojar, no se lo van a aprender. Entonces, ahí llega. La vas a decir. Una palabra nueva. Vas a tirar con tu mano –pequeña, y sin embargo– del camiseto de la abuela y vas a decir:

–Abuela, me aburro.

–Pues da palmas con las orejas –te responde ella.

Pues muy bien. Vaya solución. Te aburres. La sigues. Rodeáis la casa hasta el lado izquierdo, el caminito de ladrillo que separa la pared blanca de los rosales. Miras los rosales, que no se riegan con aspersor ni con manguera, sino con ese surco en el que el abuelo echa agua y se convierte en un laberinto o en una serpiente transparente. Miras los rosales y la montaña de ropa clara, casi tan alta como tú. De dónde saldrá, te preguntas, si nos pasamos el día en bañador.

–Ya no me voy a montar más en el columpio –le dices a la abuela, alcanzándole unos calzoncillos.

–¡Ay, el columpio ese odioso, piojoso y sarnoso, madre mía...!

–Lo digo en serio: ya no me quiero caer más. Me da miedo.

«Lo digo en serio». ¿Es la primera vez que lo dices? Puede ser, no estoy segura. Estoy atenta, ¿eh? Toda mi atención está puesta en ti. Pero hay cosas irrastreables, como ese temor tuyo inmemorial, ese miedo eterno a que no te comprendan, a que no tomen tus palabras como lo que son: una radiografía meticulosamente escogida de tus sentimientos. La abuela te responde que el abuelo va a cambiar las cuerdas por cadenas, que las cadenas son de hierro, que el hierro no se rompe, y que qué miedo ni qué ocho cuartos. Miras, en el bancal inferior, a las primas bañarse. Miras a la abuela. Levantas la cabeza y la miras. Dentro de siete años ya no tendrás que alzar la mirada para verla, pero ahora eres pequeña. ¿Pequeña en relación a qué? A la cuerda de tender. A la abuela. Tienes que mirarla echando el cuello hacia atrás, se te enarcan las cejas en un gesto involuntario, se te abre un poco la boca. Así es tu cuerpo, aunque no te des cuenta. La miras y lo piensas: Nunca se aburre. Eso es lo que le pasa, claramente. La abuela nunca se aburre. ¿Cómo lo hace? A lo mejor es porque es mayor y puede hacer lo que quiera. A lo mejor de pequeña sí que se aburría.

–Abuela, ¿a ti te gustaba el cole?

–Yo es que fui muy poco a la escuela. Un año o dos solamente.

–¿De verdad?

Abres mucho los ojos. Le pasas otra bragueta. Abres mucho la boca.

–¿Por qué no ibas al cole?

–Pues porque cuando yo nací mi madre se murió, y en casa pues tenía que haber una moza que hiciese las cosas de la casa, la comida y todo eso... Es que cuando yo era pequeña las cosas no eran como ahora. Íbamos a lavar al río y lo teníamos que hacer todo nosotras. Nos hacíamos nuestras propias muñecas, y hacíamos el pan, y el jabón...

Lo dice bastante orgullosa.

–¿De verdad, abuela?

–De verdad.

Te sonríe con ternura porque ahí estás tú –ella te ve como yo te veo–, tú que eres su nieta y que hace siete años no existías, tú que sobrepasas en poco el metro de estatura y que conviertes su historia en novedad.

–¿Y por qué se murió tu madre?

–Pues el porqué no lo sé. Se complicaría algo en el parto o lo que fuera... Antes no había hospitales ni médicos como los de ahora.

–Jo, abuela, antes no había de nada.

Ella te explica cómo más tarde su padre se casó con otra señora, porque los hombres, te dice, antes no podían quedarse solos.

–Qué raro –respondes–, ni que fueran niños chicos.

Así que la abuela no había conocido a su madre y había vivido con otra señora. Y todo eso ocurrió hace –te va a impresionar– sesenta y un años. Ya sé que no te lo explicas, pero hace sesenta y un años tú no existías y tu abuela era más pequeña que tú. Tu abuela estaba naciendo mientras su madre se moría, tu abuela era un bebé huérfano. Tu abuela un día no fue tu abuela.

–¿Y era simpática la señora?

–Pues no, la verdad que muy simpática no era.

Haces buenas preguntas. Aprendes a preguntar con ella, y ella aprende a narrar contigo. Te gusta hablar con la abuela porque se dirige a ti como a una persona mayor. ¿No eres, acaso, una persona mayor? ¿Se puede tener más de siete años? Según tu experiencia, no. Si algo no te lo puede contar, no te lo cuenta. Pero no cambia el tono de voz, ni deja las cosas a medias, ni habla de semillas o de cigüeñas.

–¿Y por qué no era simpática?

–Porque era muy gritona, y tenía dos hijas muy mandonas, y todo lo de la casa, los guisos y todo eso, lo tenía que hacer yo.

–Como la madrastra de Cenicienta.

–Igual.

–Pero, abuela, entonces..., ¡tú eras la Cenicienta!

–Eso, igualita que la Cenicienta, tu abuela. Anda, deja eso en el baño de fuera y tendemos las sábanas.

Echas a correr con el cubo azul lleno de pinzas de la ropa y tienes que frenar porque te tiran las costras de las rodillas. «No te las arranques, que es peor», te dicen. Pero si las arrancas se van antes. Yo te veo mirar a tu alrededor, comprobar que nadie te observa. Pero yo sí, yo siempre te estoy mirando. Me miras de vuelta, pones tu dedo índice en vertical sobre tus labios y me pides discreción. Luego, con ese mismo dedito índice comienzas a arrancar distraídamente el borde de la costra de tu rodilla derecha. Solo tienes siete años y la costra sanará –culito de rana–, pero te volverás a caer dentro de cuatro años jugando al baloncesto contra la pista de cemento, y te caerás de nuevo dentro de siete años en una noche de lluvia por culpa de un bordillo en Tribunal. Dentro de trece años tendrás veinte y una cicatriz en la rodilla derecha que no se te va a borrar ya nunca.

Dejas el cubo encima de la lavadora del baño de fuera. «Mamá, ¿por qué lo llamamos baño de fuera si en realidad es el baño de hacer caca?», dice el niño dentro de cinco años al ver a papá salir con el periódico, y tú te reirás, formarás ya parte de los que se ríen de lo que dicen los pequeños. Pero ahora la pequeña eres tú. Vuelves a la yerba con la abuela, porque las sábanas se tienden tiradas en la yerba y se secan solas. El gran rectángulo verde de césped y los cuatro cuadrados blancos de algodón. La abuela se yergue, se retira el pelo de la frente y se acuerda de una cosa.

–Pero aunque no fui al colegio, sí que he hecho un examen: el del carné de conducir.

Sonríe orgullosa, le rebota el sol en las gafas. Los ojos pequeños y brillantes, el pelo castaño hacia un lado, la sonrisa amplia, el verano de fondo. Ahí la tienes: tu abuela. No te das cuenta, solo la miras y sonríes, y piensas que qué rollo: la paciencia y la tranquilidad y tender la ropa. No te das cuenta, porque vives ajena y convaleciente, pero en este momento en que tendéis la ropa blanca sobre la yerba verde y la abuela te mira –el mechón que se retira de la frente, las alpargatas azules, su mano derecha– estás registrando un recuerdo imborrable. Ahí la tienes, mírala. Tu abuela. Diurna y veraniega. Así la vas a recordar siempre. Dentro de siete años y

dentro de trece y dentro de veinticuatro, también, cuando ella esté ya muerta y tú no.

Nunca te llevas tan bien con tus hermanos como el 5 de enero. El 5 de enero es un día que escapa a la cronología. El 5 de enero un año, y otro año, y otro año. El árbol de Navidad en el salón del piso de Madrid. Unas zapatillas rojas, unas zapatillas rosas, unas zapatillas azules. Tres copitas de champán que son un acto de fe. Tres Reyes para tres hermanos. Cenáis sopa de estrellas y palitos de merluza.

—¿Nos traerán el disfraz de princesa?

Simba te pregunta como si tú lo supieras todo y a ti ser consciente de tu incertidumbre te pone nerviosa. «No sé», le dices. «A lo mejor». Y os brillan los ojos.

El niño no se termina la merluza. «Está peor que el jarabe blanco», dice mohíno. Mamá desiste y le retira el plato.

Os laváis los dientes. Tú te los lavas y Simba espera sentada en el váter, haciendo como que se los lava. Os metéis en la cama y abres el libro de Kika Superbruja, pero no puedes leer. No puedes pensar en nada. Los Reyes Magos.

El niño llora. Le falta su biberón. A mamá a veces se le olvida. Eso le pasa por ser el tercero. Tú eres la mayor, así que, si a mamá se le olvida, se lo llevas tú. Pero el 6 de enero da miedo recorrer sola el pasillo. Coges a Simba y vais a la cocina agarradas de la mano, apretando mucho la mano ajena.

Tus dos coletas castañas, el quiqui rubio de Simba, el flequillo desordenado del niño. Tú llegaste la primera, así que el tuyo es Melchor.

Ya sabes que tienes que abrir despacio la puerta del salón y, aun así, chirría un poco. Salir de puntillas. Bajar descalza las escaleras calientes. Tumbarte en el trampolín. Sentarte en el bordillo. Meter los pies. Tus pies pequeños deformados bajo el agua. Piensas que un día te van a crecer, porque cuando la gente crece, le crecen también los pies. Nunca vas a calzar más de un treinta y seis. Metes las rodillas. Te sostienes con las manos en el bordillo y dejas que te

resbale el culo. Sientes el raspón, pero ya estás en el agua. Te haces la muerta y notas tu pelo, que se extiende en todas direcciones, que parece hecho de un material distinto. El sol contra tu cara. Has aprendido rápido, y estás orgullosa.

Te gusta poder desobedecer, te gusta hacer lo que tú quieres. Pero también te gusta que nadie se entere de que desobedeces. Eso te garantiza la reincidencia. Tú metiéndote sigilosa en el agua a la hora de la siesta, ahora, mirándome cómplice y feliz, burlando la prohibición impuesta. Tú copiando las fórmulas de un examen de mates, dándole una calada a un porro con Elías, diciendo «Duermo en casa de Dani». Tú mintiendo, silenciosa. Haciendo lo que quieres y pareciendo siempre tan buena.

Los volantes de tu bañador de cerezas flotando en el agua. El sol. Tu frente. Y tú ahí pensando que puedes hacer lo que quieras siempre que parezca que lo haces todo bien. Y yo aquí, que te acompaño, que te voy a acompañar, que entiendo tu satisfacción y te comprendo, y sin embargo cómo te digo que tampoco pasa nada si un día haces algo mal y se entera todo el mundo. La soledad y la desobediencia.

¿Jugamos al Si fuera?, me dices. Venga, va. Jugamos al Si fuera. Te lo enseñó Martín, y desde entonces no puedes parar. Se juega así: uno piensa una persona y el otro tiene que adivinarla. Para adivinarla, tiene que preguntar «Si fuera, por ejemplo, una canción, ¿cuál sería?», y se siguen haciendo preguntas. Jugamos. Yo pregunto.

¿Si fuera un color cuál sería?

El rojo.

¿Si fuera una peli cuál sería?

Merlín el Encantador.

¿Si fuera una comida cuál sería?

Las rosquillas.

¿Si fuera una enfermedad cuál sería?

Todas.

Claramente es el niño. La película que se sabe de memoria. Las rosquillas que la abuela os esconde y guarda solo para él porque

está muy delgado. Las miles de partes del cuerpo que le duelen al día. Qué quejica es. Venga, otra.

¿Si fuera un medio de transporte cuál sería?

Caminar.

¿Si fuera una comida cuál sería?

La tortilla.

¿Si fuera un libro cuál sería?

No lo sé.

¿Si fuera una estación?

El verano.

Flotas en el agua fresca, pensando en quién será y súbitamente te das cuenta de que ya no te escuece ninguna herida. Cuando todos se levantan de la siesta te tiras del trampolín y te das por curada. El trampolín descolorido es una irrealidad que te encanta: solo tiene la euforia, solo tiene la fiesta. No hay hecatombe, hay agua. El vuelo sin pagar ningún precio.

—A Bela no le gusta bañarse. Por eso ahora no juega.

Me defiendes. Te preguntan por mí y siempre me defiendes. ¿Pero no ves que te toman el pelo? Me enternece, claro, que me defiendas tanto, pero las primas te están vacilando. No te enfades. No te lo tomes todo tan en serio. No es nada personal.

La merienda y las aguadillas. Los mayores hablando en la mesa de piedra, y tú entrando y saliendo del agua sin descanso. Entrás y sales, entrás y sales, entrás y sales. Buceas, saltas, hundes a tu prima con todas tus fuerzas, sales corriendo, chillas, te resbalas, te tiras de cabeza, de bomba, con las piernas abiertas. Debajo del agua el exterior se mitiga, y de repente sales —la soledad o la gente—, vuelves a sumergirte, haces el pino, haces una voltereta y vuelves a salir. Dentro o fuera: no vas a saber nunca qué prefieres.

—¡Ya está esta otra vez! ¿Con quién hablas, a ver?

Estás sentada en el césped. Echás el cuello hacia atrás para mirar a tu prima, que se ha plantado a tu lado. Sus chancas de rayas azules y blancas. Te pregunta que con quién hablas, pero ya sabe que hablas conmigo, no entres al trapo. Echás el cuello para atrás y

ahí la tienes, aunque no la aprecies por completo; pero la intuyes, la empiezas a intuir: la ambivalencia. Te gusta que te interrumpen y odias que te interrumpen, volver al mundo te atrae y te agota, quieres sentirte parte de eso que hay ahí fuera y también necesitas la independencia de no sentirte parte. La autonomía y la pertenencia y dentro de catorce años esa fiesta de la que tú te quieres ir. Tu sombra de ojos lila, el suelo pegajoso, una chica que te saca a bailar, un tipo que te habla de su proyecto –los tipos en las fiestas siempre hablan de sus proyectos–, el cuarto gintonic. Dentro de ti, ni confeti, ni luces, ni fiesta: el aburrimiento. Quieres estar en otro sitio. Te quieres ir. Tu novio –tienes un novio– está también en la fiesta. Lo buscas y, sin ninguna consideración, lo arrancas de sus interlocutores. «Cómo eres tan borde», piensan los que te ven. Lo piensa él también, aunque no se lo admita. Le dices «Me voy» y él, enseguida, «Yo me voy contigo» y tú «En serio, me da igual, pero yo me voy» y él «No, no, de verdad, vámonos juntos. Me despido y nos vamos». Tarda cuarenta y tres minutos en despedirse. Te enfadas. No te enfadas: te angustias, te entristeces. Pero como no sabes estar triste, te enfadas. Esa palabra –tristeza– te va a costar más que bujía y que cotización y que big data. Sientes que se te consume la vida, el ánimo, la existencia. Exagerada, que eres una exagerada. Piensas que quieres ser parte de algo, sí, sin duda, te sientes protegida y querida y cuidada siendo parte, pero también quieres irte de las fiestas cuando te apetezca. Quieres hacerle bomba de humo a tu novio. Quieres hacerle bomba de humo a la vida. Quieres chascar los dedos y salir de ahí. Quieres ser parte: las bromas comunes, la geografía sentimental, que te cuiden cuando tienes fiebre. Pero quieres que tu tiempo sea tuyo. «Me voy»: y te vas.

Tu prima te interrumpe. Con quién hablas, te dice. Te enrabetas. Me defiendes.

–Como si no lo supieras. Con Belaundia.

–Pero ¿de dónde te has sacado lo de Belaundia Fu, a ver?

–¡No sé! –Te ríes–. Se llama así.

–Ah, sí, ¿eh? Ya estamos otra vez, Martita hablando con Belaundia Fu. Y cómo es tu querida amiga, a ver, cuéntamelo.

Lo de Martita no lo soportas. Eres pequeña, vale, lo admites. Eres pequeña. Al menos, en relación a los árboles frutales, a la cuerda de tender y a los percheros. Pero Martita es una cursilada que no estás dispuesta a tolerar. Ese pavor que le tienes a la cursilería. Los dos camisones que os ha cosido la abuela a Simba y a ti, uno con un lazo rosa, otro con un lazo verde. El tiempo que te falta para decir: «Yo me pido el verde, que el rosa es de cursis». Ese pavor. Martita, no. Resoplas.

–Bela es mi mejor amiga, te lo he contado mil veces. Vive ahí – señalas hacia la casa de enfrente del Huerto, al otro lado de las hortalizas– y también en Madrid y...

–¿Y de qué habláis?

–De nuestras cosas.

Solo hablamos de las tuyas. Pero bueno.

–¿Y cómo es?

Tu prima se quita las chanclas y se sienta contigo. Tú te desesperas: eso sí que lo has contado mil veces. Les has explicado que soy invisible. Lo has explicado con resignación, con la sensación de quien explica algo inútil, sin entender por qué lo tienes que explicar. ¿Me ve alguien, acaso? No. Pues, evidentemente, soy invisible. Lo has dicho claramente: «Belaundia Fu es invisible». Pero por algún motivo extraño ellos creen que tú sí me ves, como si fueras una niña poseída que ve espíritus o fantasmas. Y eso sí que no. Eso te molesta. Porque tú puedes ser particular o difícil de entender, pero no eres idiota, no ves cosas que no existen.

–Pero ¿cómo voy a saber cómo es Bela, si nunca la he visto?

Sentada sobre la yerba, las piernas cruzadas y las costras en las rodillas, las coletas deshechas, el trazo emborronado y negro de las rayas mapaches partiéndote el moflete. La mirada perdida en algún lugar del aire. El aire es invisible como yo y nadie duda de él. Arrancas briznas de yerba, una detrás de otra. Estás ansiosa, y no te das cuenta. Ni siquiera sabes por qué. Dentro de dos días. Solo

faltan dos días. Pero tú no sabes nada del tiempo, y yo te envidio por eso. Yo sé que empiezo y que termino, que hace siete años y dentro de dos, que los segundos pasan. Tú no sabes nada. No sabes nada del tiempo y sencillamente el cuerpo se te pone ansioso en un mecanismo que vas a aprender, poco a poco, obediente. Un mecanismo con todas sus pautas rituales que se va a consolidar, se va a arraigar en tus músculos, en tus nervios y en tus neuronas. Aunque no te des cuenta, aunque te vaya a costar identificarlo –un día lo sabrás: es ansiedad–, arrancas briznas de yerba, o te arrancas pellejitos de piel alrededor de las uñas, o juegas incesante con el capuchón del boli, o con la etiqueta del botellín de cerveza, o con la entrada de cine, o con una esquinita que has partido del mantel de papel. El origami de tu ansiedad. Por eso te relaja acariciar: porque te da algo que hacer con las manos. Algo que no tiene pliegues, ni trozos, ni partes. Solo continuidad. Algo que anula el tiempo –que es el espacio plegándose: un doblez, y otro, y otro– para vagar y volver y recrearse insistentemente del cuello a la espalda y de la espalda a la axila y de la axila al pectoral y al ombligo y a la ingle y a la parte interior del muslo y la rodilla y el hueso del tobillo que puede rodearse para subir de nuevo por el gemelo atravesando el muslo por la parte exterior, el hueso de la clavícula y el vello púbico en el que puedes enredarte horas, la piel finísima del pene con todas sus posibilidades orgásmicas, pero nunca origámicas, porque se estira y se retrae pero no se pliega, no se dobla, no se acaba, no tiene esquinas y puedes seguir infinitamente, los pelos alrededor del ombligo, la tripa, el cuello, la boca, la nariz, la frente, la cabeza por debajo del pelo y el cuello otra vez, que es el mismo cuello del principio pero también es otro, porque el escalofrío es nuevo. Les hemos puesto nombres a las partes del cuerpo, pero en la caricia no hay partes, solo la piel. La piel: un nombre único para la continuidad, para el antídoto de tu ansiedad. Lo contrario del espacio y el tiempo es la piel. Acariciar te gusta porque no se termina. Te relaja porque está fuera de la línea del tiempo. Y te roba la ansiedad porque te ofrece algo que hacer con las manos. Pero eso es dentro de algunos años. El tiempo es secuencial. Tú ahora no

acaricias a nadie.

Te acarician a ti. Te duchan, te bañan, te acuestan y mientras te cuentan un cuento –el mismo cuento siempre: «Pedrito el leñadero»– te acarician la pierna izquierda y se configura en ti el mecanismo de la rendición. Te rindes así. Te cuentan y te acarician mientras se te van cerrando los ojos. Estás sola y no. Estás en la fiesta y te estás yendo. Todo lo quieres. Ahora faltan dos días, y estás ansiosa.

Lo tienes todo listo. Las guirnaldas de hojas para dar ambiente selvático. Las caretas. Los bañadores: naranjas para los leones; azul, el del mono; gris, el del pájaro. El gris son unos calzoncillos, en realidad. Pero no se nota. Las diademas con orejas de cartón pegadas. El corcho quemado para dibujarte una cicatriz que te atravesase el ojo izquierdo. Scar. No sabes que *scar* es cicatriz en inglés. Scar es solamente nombre de malo. Y la ansiedad. La ansiedad por que las cosas salgan bien. La ansiedad por que las cosas salgan como tú quieres. La ansiedad es querer controlar el futuro.

–¡A comeeeeer!

Resoplas. No comprendes esas pausas obligatorias para comer, para cenar; por qué hay que estructurar el día como quieren los mayores. Entras al salón, olfateas, descubres que hay paella y todo lo perdonas. La paella es una fiesta. Hay mesa de mayores y mesa de pequeños y las primas ya están colocando los platos.

–Tú no ayudes, ¿eh?

–¿Le ponemos plato a Belaundia Fu o qué?

–Marta, ponte una camiseta para comer.

Qué de exigencias tiene volver al mundo. Pero no seas boba, no te enfades. No es para tanto, ponerte una camiseta. Vístete, arrima un taburete, ignora a las primas. Hay paella: qué más quieres. El ritual de la felicidad, el Trina de naranja frío, la abuela olvidándose la ensalada en la nevera.

Todo el mundo cruza el salón de un lado a otro para hacer algo y el abuelo suspira porque le tapáis constantemente la televisión, pero

sabe que no puede decir nada. Van apareciendo sobre la mesa cubiertos, vasos, platos desaparejados. El servilletero azul.

–¡Abuela! No hay platos suficientes.

–Pues coge de los de abajo.

En realidad, no es paella: es arroz amarillo. Le das a Simba la verdura, que le da el pollo a tu prima, que te da a ti las gambas. El trueque inmemorial: os ponen delante el plato de arroz amarillo y procedéis al intercambio sin hablar siquiera. Te toca taburete para que los mayores tengan respaldo y estás muy alta sobre el plato de arroz. Habéis cogido un vaso de publicidad de Kas, porque son más anchos y cabe más Trina. Coges una servilleta porque te has manchado la camiseta. ¿Ves?, piensas. Era más práctico comer sin camiseta. Pero no discutes.

Sois muchos y todo el mundo habla y comenta y se ríe y hay mucho jaleo. Te gusta el barullo porque puedes pasar desapercibida, aunque poco a poco vuelves del todo al mundo y entonces también tú te ríes, haces bromas, dejas que se metan contigo y te metes tú con ellos. Recogéis los platos –tú no recoges nada, la verdad–. La abuela va a la nevera a por el postre y cae en la cuenta de que se olvidó la ensalada. «¡Uy, la ensalada!», dice. Pero a todos os da igual. Llego el melón, la disección del sabor, el análisis.

–Este ha salido bueno.

–Un poco dulce de más, para mi gusto.

–Los de la semana pasada sí que estaban en su punto.

Te caen chorretones de melón por las comisuras de los labios y te vuelves a manchar la camiseta. Entonces hay que recogerlo todo otra vez. Cuando el mantel ya se ha sacudido en el césped y el lavaplatos está puesto, la abuela coge el cepillo y mamá se lo quita.

–Tú acuéstate, mamá. Ya barro yo.

La abuela obedece. Hay un momento en que los padres comienzan a obedecer a los hijos. A ti te gustaría que ese momento fuera ya, la verdad. Pero comprendes que solo tienes siete años. Quizá cuando seas mayor; cuando tengas, por lo menos, quince años, empiecen a cambiar las tornas. La abuela te busca:

–Avísame cuando empiece la novela.

–Vale.

Se va a echar, junto al abuelo, en su cama. Todos los demás encontráis vuestro sitio siguiendo el orden de una jerarquía ancestral que os deja a los pequeños sin lugar en el mundo. Los sofás de los abuelos los cogen tus padres o tus tíos; las camas buenas, los que no estén en los sofás; tu prima, el sofá verde; tu otra prima, la butaca del porche; y así hasta llegar a ti, que te tiras en el suelo frío. Los pies de papá, reclinado en el sofá del abuelo, están suspendidos sobre tu cabeza. Te parece injusto. Tú no quieres tener que ser padre o abuelo para que te corresponda un sofá. «Cuando seas padre comerás huevos», te dicen, pero no entiendes nada. Tú no quieres comer huevos. Ni ser madre. Tú quieres un sofá. Me miras. Sé paciente, no te pido mucho: no más de cinco minutos de paciencia. En cuanto estén dormidos, nos vamos.

Margarita, está linda la mar,
y el viento lleva esencia sutil de azahar;
yo siento en el alma una alondra cantar:
tu acento.
Margarita, te voy a contar
un cuento.

Lo recita despacio y se lo sabe entero, aunque no haya ido al colegio. Vocaliza mucho, pone mucha atención. Se convierte en otra voz que se cuela en tu cabeza –«Repítemelo»– cada vez que tú se lo pides –«Otra vez, otra vez»– porque te lo quieres aprender. Te encanta cuando dice: «Te voy a contar un cuento», y hace una pausa. Es tan evidente que te habla a ti. También te gustan las palabras malaquita y tisú. Ahí tienes: más palabras nuevas. Te gustan porque no las entiendes.

La abuela frota con su mano la hierbabuena al pie de los rosales y te pone la palma contra tu nariz. Tu nariz pequeña.

–Huele.

Tú cierras los ojos y aspiras el olor de la hierbabuena contra su mano. Luego te recita otro.

Con diez cañones por banda,

viento en popa a toda vela
no corta el mar, sino vuela,
un velero bergantín.

Y el bajel y el pirata y la bravura y la luna que ríela y la lona igual que la que usáis para cubrir la piscina cuando el verano acaba. Te gustan bergantín y confín. La piel –aún no lo sabes– no tiene confines. Te imaginas como el pirata fiero, con un pie sobre la proa y un parche en el ojo, la rodilla en ángulo recto. El mar –el mundo– te pertenece. Valoras la posibilidad de añadir un parche a tu uniforme veraniego, pero, piénsalo, yo creo que ya te caes con la suficiente frecuencia. Me das la razón: no te viene mal tener los dos ojos disponibles.

–A ver, ahora tú.

Frotas tu mano. Tu mano, que es pequeña, al menos comparada con la suya. La frotas contra la hierbabuena y, lejos de ponértela en la nariz como la abuela espera, se la ofreces estirando mucho el brazo para llegar a su altura, para llegar a su nariz. Ella sonrío de golpe y te estampa un beso.

Lo has previsto todo con un rigor impropio de tu edad. Has pensado en el lugar, vas a colocar las sillas de plástico en torno al porche, pero cerca de los arriates, porque os subiréis a los arriates en dos o tres escenas; también necesitaréis la fuente, que no queda lejos. Persigues a los actores: «¿Te lo has aprendido ya?», «A ver, dílo», «Hoy, ensayo en la siesta». Piensas que la mejor hora es a las ocho, pero te dicen que no, que a las ocho cena el abuelo –la cena siempre interrumpiéndolo todo–, así que tendrá que ser a las siete. Te da miedo que no dé tiempo. Decides que, por si acaso, a las seis y media. Bueno, no dices seis y media, porque no sabes lo que son las horas. Dices: «Después de la merienda y antes de la cena». Y te dicen que vale. Lo colocas todo con minuciosidad, con atención. Una atención que es peligrosa porque, cuando le das tu atención a algo, se la das por completo.

Y entonces.

A Nala le da vergüenza. Simba no quiere. Rafiki no se ha aprendido aún el texto y pregunta si puede salir con el papel en la mano. Sientes una especie de calor que te sube del ombligo al pecho. Es la indignación. Te parece mucho peor salir con el papel en la mano que no salir en absoluto. Timón dice que le duele la tripa. Tu elenco está plantado frente a ti y no quiere actuar.

No entiendes nada. Solo tienes siete años y mucha obstinación. No sabes de qué te hablan. No entiendes qué es la vergüenza comparada con la satisfacción, desde luego no entiendes la falta de deseo y mucho menos la falta de memoria; no hablemos ya de un mero dolor de tripa. La enfermedad se ignora, la enfermedad no existe. Tú yendo a selectividad con gastroenteritis, a aquel viaje a Oporto con fiebre, a la Nochevieja de dentro de diecinueve años con una tendinitis y chutada de antibióticos. Un contratiempo físico no se va a interponer entre tú y tu vida. No sabes de qué te hablan.

No sabes de qué te hablan y son las seis y veinticuatro. Eres meticulosa, trabajadora y organizada, pero no eres –aún no: aprenderás, más o menos– diplomática, desde luego que no. Y como no sabes todavía entristecerte, ni decepcionarte, ni mostrarte damnificada, haces una de las cosas que mejor se te dan: estallas en un enfado incontenible. Yo te miro con la resignación de saber cómo va a acabar todo esto. Tú también lo sabes. Lo sabemos todos. Te van a regañar. Te van a regañar bastante. Te van a castigar. Ellos son los buenos y tú, la mala. No los puedes obligar. Y la frase: «Hay que aprender a controlar el genio». Pero es injusto, porque nadie te dice cómo, solo te dicen que hay que hacerlo pero nadie te explica cómo, y tú te enfadas –«¡Es injusto!»–, te enfadas mucho –«¡Sois imbéciles!»– y entonces llegan los adultos y se te saltan unas lágrimas que no son de tristeza, sino de ira. Se te saltan de pura impotencia, y los mayores llegan a poner a cada uno en su sitio, a defender a los indefensos y a bajarte los humos. Eso hay que hacer: bajarte los humos. Estás triste, pero solo pareces enfadada. Aprenderás a decirlo: «Es que cuando estoy así necesito que me abracen». Pero da igual, porque legítimamente te lo rebaten: «Es que cuando estás así no dan ningunas ganas de abrazarte». No te

ves, pero te pones muy bruta. Ya, ya lo sé, no sabes ponerte de otra forma, pero hay de tu piel para afuera agresividad, y tensión, y dureza, y si alguien comprendiera, si fueras simplemente capaz de transmitir que detrás de ese enfado te sientes tan frágil, tan pequeña, tan inútil.

Tu cuerpo que –ahora sí– te parece minúsculo, la barbilla que te tiembla. Y tú gritando reproches, enfadándote con el mundo. Si vieras, si simplemente pudieras ver lo asertiva que pareces, lo segura que estás de todo cuando justamente ahora no estás segura de nada, cuando justamente ahora eres minúscula y débil, y estás triste. Ya lo sé, de verdad que ya lo sé: sé bien que necesitas que se te entienda. El otro se pone a la defensiva sin comprender –y qué infeliz te hace que no te comprendan– que la indefensa, la desarmada aquí siempre eres tú.

Te vas. Se cancela la función, rompes las lianas de un manotazo y te vas. Te escondes en el almacén y te sientas en una esquina, las rodillas contra el pecho, rodeada de los aperos del abuelo, el almacén que huele a huerto y a ropa de trabajo y a herramientas y a gallinas. Con la luz apagada, la puerta cerrada y sola: entonces sí. Entonces dejas que la barbilla se relaje y las lágrimas corran por tus mejillas. Los pucheros. Lloras. Lloras de tristeza y ahora sí pareces pequeña y frágil y vulnerable, ahora sí parece que necesitas un abrazo. Pero si te vas a los confines solitarios del mundo cuando necesitas un abrazo no va a haber nadie para dártelo. El mundo, que nunca te ha pertenecido menos. Conmigo no vale, conmigo es hacer trampa. Te puedo comprender, te puedo escuchar. Pero no te puedo dar un abrazo, porque soy invisible. Invisible, como quieres ser tú.

Quieres desaparecer, pero no desapareces. No se puede. Solo cuando consigues calmarte vuelves al mundo, con los párpados hinchados, las ojeras acentuadas, los ojos firmes y la boca apretada. No está muy claro si te han matado a alguien o si la asesina has sido tú.

El piso es bonito, es miércoles, es invierno, hace sol, es dentro de quince años. Tienes veintidós. Él –él: va a haber un él– tiene que

irse y volver por la tarde. Tú los miércoles no tienes clase, habéis dormido juntos en su piso. Un día vas a desear dormir con alguien que no sean las primas. Es un piso en el que has dormido ya muchas veces, en el que dejas tus pendientes y un par de camisetas sin pudor; y un desodorante, y un peine. Entonces él –él– te dice: «Quédate, quédate y te veo de nuevo por la tarde». Tú sonríes adormilada y sientes algo que te sube del ombligo al pecho, y te quedas, claro que te quedas. Cuando despiertas del todo, él ya no está.

El piso es bonito, tiene ventanas con balcones, mucha luz, los tres o cuatro muebles de Ikea de rigor. No sabes todavía cuáles son, ni siquiera te fijas en ellos, pero un día tu piso y el de todos tus amigos y el de todos tus novios y tus conocidos tendrán los mismos muebles: la estantería Billy, el sillón Poang. Te tomas el café, lees en la cama un rato y piensas que igual sí que te quiere. Tú, que necesitas verlo por escrito, cincelado en tablillas sumerias para creerlo, piensas que igual este chico sí que te quiere, que te quiere *en serio*, que esto es una prueba más de su amor, de su confianza: una prueba irrefutable. ¿Cuándo se convirtió el amor en una serie de pruebas? Los doce trabajos de Hércules, el amor. Quizás no se llame amor, quizás se llame gymkana.

Es el principio de una mañana de un miércoles de dentro de quince años y todo va bien. Te duchas, escribes, lees. Observas los libros de su estantería, los cuadros del salón. Es un chico ordenado. Sientes, de repente, algo en tu interior, algo que no sube del ombligo al pecho sino que es más bien una punzada, y lo espantas como quien ahuyenta una mosca o el humo del cigarro que llega de la mesa de al lado. Estás aquí, en plena gymkana, contenta de su amor, de sus pruebas, y no quieres ver –por qué ibas a querer– nada que no sea eso. Cuando tengas veintinueve años sabrás lo que era aquello, aquella mosca, aquel humo que dispersaste con la mano para no toser. Lo sabrás porque estarás dispuesta a verlo, es así de sencillo. Él te dejó en su casa sin llaves y así te sentiste: o completamente dentro o totalmente expulsada, todo bajo la falsa apariencia de que estás como en casa, por favor, ponte cómoda,

coge lo que quieras del frigorífico, dúchate, lee, vaguea. Pero, si sales, no puedes volver a entrar.

Así te sientes: expulsada. El mundo te pertenece o te es ajeno, y ahora te es ajeno –cómo no va a serlo– porque no han querido representar tu obra, y encima tú tienes la culpa, y te has enfadado, y te han regañado, y lo peor, lo peor sin duda es que ahora todos hacen como si no hubiera pasado nada. Dicen vaguedades ante tu gesto serio. «Pero no te pongas así, tonta», «Ahora tienes dos trabajos: enfadarte y desenfadarte». Tú sabes que en cierto modo tienen razón. Lo sabes. Tú quieres volver al agua y a las risas, quieres desenfadarte pero no sabes cómo. Estás sola. Tendrás solo siete años pero desde luego tienes dignidad. «Anda, boba, vente a jugar». Ni en sueños. Te sientas en el bancal de arriba, sola, me cuentas todo esto y yo pienso que un poco boba sí que eres. Podías ser más práctica y bajarte a jugar. Pero bueno. Tú también tienes tus tiempos. Yo me quedo contigo, hasta que se te pase.

Las costras en las rodillas, las coletas deshechas. Miras, mohína, la piscina. La abuela está enseñando a Simba a nadar. Recuerdas perfectamente cuando te enseñó a nadar a ti. Tienes siete años pero ya tienes un pasado. Te enseñó a nadar hace mucho. Hace media vida: cómo no va a ser mucho. Os enseña a todos igual.

La abuela coge el sacabichos y te lleva con ella a la piscina. Eres pequeña. Más pequeña aún que ahora. Eres tan pequeña que no haces pie en la parte baja, y la abuela no se va a arriesgar a tenerte correteando por ahí –no paras quieta– alrededor de la piscina. Eres tan pequeña que aún no tienes recuerdos, o al menos no sabes que los tienes. El disfraz de bruja, bañarte con Simba, papá cogiéndote en brazos: los tienes, pero no sabes que los tienes. Tampoco sabes tu edad, porque el tiempo no existe, y no entiendes bien qué es eso de tu cumpleaños. Soplan por ti, tú no lo entiendes. No sabes que eres una niña y que tendrás que desdeñar las cosas que les gustan a las niñas –las Barbies, el color rosa, las princesas– para sentirte más especial, y convertirte en una niña más que desdeña las cosas que les gustan a las niñas. No sabes nada de eso. Eres tú porque estás todo el rato contigo misma. Estás a punto de aprender a nadar.

–Qué bien dibujas, ¿eh? Aquí hay madera de artista –dice tu tío.

–Qué lunar tan bonito, ¡a los chicos los vas a volver locos! –dice tu tía.

–Sí que te gustan las rosquillas. Aprovecha, aprovecha, que ya contarás calorías –dice una visita; una visita que ha traído rosquillas.

–Qué mal cantas. No te cogerían en *Lluvia de estrellas* ni en broma –dice tu prima.

Y así, en un solo verano en que no tienes recuerdos, ni edad, ni sexo; en un verano en que solo eres tú y solo eres pequeña, eres también y de pronto una dibujante de éxito, una seductora amante, una gorda en potencia y una concursante fallida de un programa comercial. Te agota. Me lo dices: qué agotador. Les ignoras. No puedes ser ya tantas cosas. Aún no conoces la palabra expectativas, pero ya verás qué divertida: expectativas. Te agota, y por eso te gusta estar con la abuela. Con la abuela vuelves a ser tú solamente porque estás contigo misma todo el rato. Y también con ella.

–¡Abuela, que no quiero!

–Lo mismo me da que quieras que que no quieras. Ven aquí. Si va a ser un minuto.

Te gusta entrar y salir del agua a tu aire. Entrar y salir, entrar y salir. ¿Ves? Necesitas un lugar del que entrar y salir. Pero no te gusta nadar, y no entiendes que la abuela tenga tanta prisa por que aprendas.

–Que no quiero nadar, te lo digo.

–¡Me lo dices, me lo dices...! ¡Como si me lo dice el *Sursum Corda*!

Eres solo tú y eres pequeña, pero ya sabes que no tiene sentido discutir. Que a la abuela hay que obedecerla. Vas resignada, arrastrando las chanclas de Snoopy por el cemento caliente. Te quitas las chanclas, te metes en la piscina por la escalera. Ya sabes lo que hay que hacer. Lo hicisteis ayer y antes de ayer. No sabes lo que significa ayer o antes de ayer, pero tu cuerpo –tu cuerpecito– lo recuerda de algún modo. Entrás a la piscina por la escalera y ella está ya subida al bordillo, sujetando el sacabichos como quien enarbola un estandarte. Te lo alcanza.

Retiras con el índice y el pulgar una mosca, una hoja y una avispa muerta de la red y te agarras a ella con las dos manos, con tus dos manos pequeñas. Dentro de diez años seguirán siendo pequeñas, pero no tanto. La gente crece y, al crecer, les crecen también las manos.

Las alpargatas azules de la abuela caminan por el bordillo de la piscina. Tú estiras mucho los brazos y te agarras con fuerza a la red, mueves agitadamente los pies, intentas que la tripa no se te hunda.

–¡Pim pam, pim pam, pim pam!

Ella marca el ritmo y tú elevas la barbilla todo lo que puedes para no tragar agua. Tu cuello es corto. Te entra el agua por la nariz. Quieres salir de ahí, pedir ayuda, mirarme, quejarte, pero no puedes, porque solo eres tú y eres pequeña y estás contigo misma, dentro del agua. Lo único que puedes hacer es mover mucho los pies –pim pam pim pam– y subir mucho la tripa para no hundirte. Aunque sabes que no te vas a hundir –la abuela, el sacabichos–, te impulsas como si ahogarte fuera una posibilidad real, una posibilidad palpable, porque tú al pacto de ficción entras de maravilla, desde antes de saber la edad y el sexo y la memoria que tienes. Desde antes de saber que tienes cuatro años y eres una niña y has nacido en Madrid. Desde que me hablaste y explicaste: «Estoy hablando con Belaundia Fu».

Os acercáis a lo hondo. Lo hondo, donde jugarás a los Vigilantes de la Playa, fingiréis que os ahogáis y los mayores se asustarán, «Con eso no se juega». Pero vosotros sabéis que sí, aquí se juega con todo: os ahogáis, os disparáis, os estranguláis, os apuñaláis. El sol te da en la cara y achinas los ojos.

–¡Abuela, me canso!

–¡Qué te vas a cansar, si no hemos dado ni una vuelta...! Venga, pies listos.

Pies listos. Mueves los pies, tus pies pequeños, tus pies que nunca pasarán de la talla treinta y seis. No lo sabes, pero será muy poco práctico. Nadie podrá dejarte zapatos de tacón para las bodas. El cuerpo tiene partes: tus pies y tus gemelos y tus rodillas y tus muslos moviéndose con fuerza –pim pam, pim pam–, con rapidez –

pim pam, pim pam—, de arriba abajo —pim pam, pim pam—, estiras los brazos cortos y coges aire por la boca —pim pam—, pero el agua te entra por la nariz —pim pam— y por los ojos —pam, pim pam—. Lo hondo. La abuela sorteando el trampolín, el giro, tu tripa que parece que se va para abajo, ella que tira del sacabichos, tú que mueves rápido los pies y te parece que no avanzas, que esto no termina nunca, cuando dais —por fin— la primera vuelta. Contra todo pronóstico, aprendes a nadar.

Un día das la vuelta tú sola y la abuela dice «Hale», da por concluida su misión y se va a cortar verduras para un arroz que ya puede concentrarse en hacer. Te quedas sola en la piscina. Das volteretas submarinas, te lanzas, entras y sales del agua —entrar y salir: te ha dado la llave—, te tiras abriendo las piernas, en plancha, en bomba, de cabeza, sola y a gusto. Haces el pino. La cabeza debajo del agua, tu pelo hecho de un material distinto y expandiéndose, tus talones secos al contacto con el sol. Escuchas tu nombre —Marta—, tu nombre mitigado por el agua. Estás haciendo el pino. No contestas. Entonces lo vuelves a oír. Ahí está. Tu nombre.

—¡Marta!

—¡Qué!

—Nada.

Solo quiere constatar que estás ahí, pero tú no lo entiendes.

—¡Y entonces para qué me llamas...!

Miras a tu alrededor, te encoges de hombros, te vuelves a zambullir.

Nunca usáis las tumbonas amarillas para tomar el sol, sino para mirar el cielo de noche. Entras a la casa para buscar una blusa de la abuela. Te la pones por encima. Eres pequeña, evidentemente. Las mangas te quedan largas. «Trae aquí», dice la abuela. Abotona los puños y los remanga. La blusa te llega casi hasta el suelo, te queda de vestido. Pequeña con respecto a qué. Pequeña con respecto a la abuela. ¿Se pueden tener más de siete años? Ella te enseña que sí. Es una blusa de flores.

Vas a salir ya, todos están fuera, llegas tarde. ¿Llegas tarde a qué? Esa sensación constante de llegar tarde. Vas sin chanclas, te das cuenta en la puerta y sabes que te lo van a señalar. Empiezas a intuir el tiempo. Sabes que existe un dentro de cinco minutos en el que mamá te va a decir: «Pero ponte las chanclas, que ya te has duchado». Vuelves. No queda nadie ya, la casa está vacía y dónde estarán tus chanclas rosas de Snoopy. En el cuarto, no. En el baño, tampoco. Te asomas a la cocina. La casa no está vacía. La abuela está de espaldas, el lavaplatos puesto. Ella pasa un trapo por la encimera. Una rodilla, lo llama ella, y tú te ríes: rodilla es una parte del cuerpo. Te quedas parada en el umbral. Me miras. Me enternece tu sorpresa. Arqueas las cejas, abres mucho la boca y dejas de mirarme para mirarla a ella, para escucharla a ella.

Has oído muchas veces a las primas reírse de que la abuela habla sola, pero nunca lo has presenciado. Hoy, ahora, tienes siete años y es la primera vez que la ves, concentrada en pasar el trapo –la rodilla–, sola, hablando bajito; bajito, pero sin parar, runrún, runrún. Sabes que no quieres interrumpirla. Lo sabes. La abuela de espaldas. Giras un poquito la cabeza, con mucho cuidado, a ver si le ves el perfil. Las gafas, la atención, la encimera. Y sus palabras. Sales dando pasitos para atrás sin que te vea. Las chanclas están debajo del sofá del abuelo. Las coges y sales con ellas en la mano al césped.

–¡Pero ponte las chanclas, mujer, que ya te has duchado...!

Suspiras. Tiras las chanclas al suelo, te las pones. Buscas una tumbona. Te tumbas. «¿Oís los grillos?». Los oyes. También miras las estrellas. Llega la abuela, la última. Ella, sin embargo, nunca tiene la sensación de llegar tarde: sabe que llega cuando llega. «Anda, hazme un hueco». Te apartas, se tumba a tu lado y la miras como si le conocieras un secreto que ella nunca te hubiera contado, la miras con ojos nuevos –¿el amor?–, la miras acaso por primera vez con atención verdadera, porque hasta ahora ha sido ella la que te ha mirado a ti con toda su atención: para que no te caigas, para que te lo comas todo, para que estés bien. Ella te mira, se pasa la vida mirándote aunque tú no te des cuenta y ahora, en este instante

por primera vez en tu vida –con siete añitos– le devuelves la cortesía y la miras. Es tu abuela. Pero tal vez no es solo tu abuela –hay un mundo que no te pertenece, y no pasa nada–, tal vez ella también tiene pensamientos que te son ajenos. «¿Qué piensas?», te dice, porque te nota callada y eso es raro. Pero no le puedes decir: «Pienso que tienes un secreto. Pienso que igual tú también tienes un amigo invisible», y es la primera vez que piensas algo y le pones un filtro, la primera vez que piensas algo y sientes que quizás no debas decirlo en voz alta. Dices: «Cuántas estrellas» y la abuela te dice: «Un montón. ¿A que en Madrid no se ven tantas?», y tú dices: «No».

Timón.

¿Sí?

–Abuela.

–Qué.

¿Te has preguntado alguna vez qué son esos puntitos brillantes del cielo?

–A ti qué tal te cae Belaundia Fu.

Pumba, no me lo pregunto: lo sé.

–¿A mí? Pues muy bien. Cómo me va a caer.

¡Ah! ¿Y qué son?

–Pues no sé. Oye.

–Dime.

Luciérnagas. Luciérnagas que se quedaron atrapadas en ese techo azul y negro de ahí arriba.

–¿Te puedo contar cómo era la obra de teatro?

–La abuela se acomoda. Se cruza la camisa por encima del pecho. Te pasa un brazo por encima del hombro. Su brazo más grande que tu brazo.

–Cuéntamelo, a ver, cómo era la obra de mi niña.

Eres su niña. También lo vas a ser dentro de ocho años, y dentro de doce, y dentro de diecinueve ya no, porque ella va a estar muerta y tú vas a estar viva. Dentro de diecinueve años vas a estar en el mundo, y vas a estar viva, y vas a seguir siendo tú. Menos pequeña.

–Pues son los personajes de *El Rey León*, ¿no? Simba, Nala, Mufasa, Timón, Pumba... Yo soy Scar. Pero viven en el Huerto.

–¿En el Huerto viven?

–Sí.

–¿Aquí con nosotros?

–No. Nosotros no estamos: son ellos. Les pasan las cosas que nos pasan a nosotros, y está la piscina y la cueva y la fuente, y también hay grillos. Pero no somos nosotros, son ellos, que les pasan aventuras.

–Ah. Y esas aventuras, ¿te las has inventado tú?

–Más o menos. Algunas sí, pero también hay historias que no me las invento, me las sé. ¿Me entiendes?

–Sí que te entiendo, sí.

Te entiende y eso es lo único que necesitas para lanzarte a hablar, para seguir hablando por encima de la yerba y por debajo del techo negro y las estrellas, dejando de escuchar a los grillos y de pensar si debes decir algo o no en voz alta. Te entiende, puedes decir lo que sea. Y lo dices. Como si te lo dijeras a ti. Como si me lo dijeras a mí.

CHARLIE

Te sientas en la silla incómoda de la academia con cierta relajación mientras la profesora escribe la fecha en inglés en la pizarra. *September 21st*. Es viernes por la tarde, la semana ha terminado, vienes a esta aburridísima clase sobre los *phrasal verbs* a desconectar el cerebro. Aquí no existe tu familia y tampoco el instituto. Los *phrasal verbs* son fáciles. Te recuestas y el respaldo se te clava en la columna. Te recoges el pelo. Vas por imposición paterna. Porque siempre se puede hablar mejor inglés. Vas con resignación. Siguen entrando los últimos alumnos, tú te has sentado en una esquina al fondo buscando soledad. La silla contigua está vacía y no esperas que se llene. Entonces lo ves entrar a él. Mierda, piensas. O mejor: no piensas nada. Te yergues, porque recostada las piernas se te estampan contra la silla y tus muslos parecen gordos. Te yergues. Te sueltas el pelo. Te lo pasas por detrás de las orejas. Mierda.

Es Charlie, del grupo de los mayores. A ti Charlie te da igual. Te cae mal, incluso. Pero al entrar él por la puerta, entra también el instituto. Solo queda una silla libre y Charlie la ocupa, sus piernas abiertas, su olor potente. Seguro que viene de baloncesto. Los de segundo tienen baloncesto a última hora. Dice la Ramírez que les viene bien, que así descargan energía. Le miras apoltronado en la silla y no sabes qué energía tiene que descargar. La clase empieza.

—Oye, ¿te importa si compartimos el libro? Es que no lo tengo aún...

Joder. En serio. Por qué a ti. No, claro, no te importa. Os arrimáis un poco. Hay que rellenar unas frases a las que les faltan sus verbos. Él va a intervenir, pero tú lo haces en cinco minutos y dejas el lápiz sobre el libro. No le ves ningún problema a tu prisa, a terminar en cinco minutos y relajarte. Tu prisa, que no deja que lo demás intervengan. Inclínados sobre el libro, ves un arito que tiene Charlie en su oreja izquierda.

–¿No tendrás una hoja y un boli?

Verdaderamente, es idiota. Quién viene a clase sin nada. Sacas el estuche y buscas entre tus preciados pilots un boli bic. Se lo das. Luego sacas de la mochila una carpeta y de la carpeta una hoja.

–Joder, ya decía yo que me sonaba tu cara. Vas al Lope de Vega también, ¿no?

Charlie ha reconocido algunos de los trabajos de la carpeta, las fotocopias que reparte la Pato seguramente, o los proyectos de dibujo técnico que luego se cuelgan en los pasillos.

–¿Tú no eres la que ganó el premio de redacción el año pasado?

Esa eres tú. Sonríes incómoda. Tener que coincidir con Charlie en la academia del barrio no te entusiasma, pero al menos aquí no eras la empollona. Aquí te sentabas en última fila y pasabas de todo. Dices que sí, que eres tú, a la defensiva. Charlie lleva una camiseta de Extremoduro y sigue oliendo a baloncesto. Esperas la reacción clásica de vuelta: «Qué empollona», «Qué coñazo», «Qué listilla». Reconoces que esa eres tú y bajas la vista al libro.

–Me moló un montón tu cuento. Tenía un rollo Cortázar, ¿lo conoces?

Te sorprendes. Desde luego, no es la reacción clásica. Si no se hiciese llamar Charlie, si no tuviera un arito en la oreja ni llevase una camiseta horrible, si no oliese a baloncesto y si se hubiera traído un cuaderno y un lápiz, a lo mejor el chico te caía bien. Sabes que tienes un grano en la barbilla y no puedes dejar de pensar en él.

–¿Te moló en serio?

–Mazo. Era superdivertido.

Sonríes nerviosa. ¿Eres superdivertida?

Acaba la clase y salís a la puerta. Buscas el contacto visual y le dices: «Bueno, pues ya nos verem...». Él escupe: «Venga, adiós», sin mirarte.

Charlie mira a los lados y huye con la mochila negra colgando de un hombro y poniéndose los cascos mientras camina. No sabes qué música escucha, pero tienes la certeza de que no la conoces. Qué adiós tan breve. Aún hace calor, pero una brisa leve anuncia el final del verano, el comienzo del curso. Caminas inmersa en ti misma y no

sabes aún que dentro de nueve meses, al inicio del próximo verano, estarás escribiéndote con Charlie. No sabes nada, solo quieres llegar a casa, tener el salón para ti sola y ponerte una película.

Todos te lo han puesto fácil. Un día empezaron a hablar de mí en pasado. «¿Os acordáis de cuando Marta tenía una amiga invisible?», «¿Os acordáis de cómo hablaba con Belaundia Fu por teléfono?», «¡Y en el Huerto, cómo no nos vamos a acordar!». Tú callas, y solo los que conocemos lo expresiva y habladora que eres tememos silenciosamente lo que callas. Callas y miras a tu alrededor con cara de no haber roto un plato, con cara de qué maja yo, que tenía una amiga invisible.

—¿De dónde te sacarías lo de Belaundia Fu?

—¡Y yo qué sé, dejadme en paz!

Me quieres ignorar, pero aquí sigo. Quién lo iba a decir. Los niños se suelen desembarazar de sus amigos invisibles en torno a los seis años. Ocho, como máximo. Diez, a lo sumo. A la edad en la que se deja de creer en los Reyes Magos y en el Ratoncito Pérez y, en fin, en los amigos invisibles. Yo sigo aquí. Tampoco es que me sigas interpelando como a una amiga invisible, claro. Soy una voz. Una de tantas. Fíjate, hay un montón: la Marta cínica, la Marta trágica, la Marta melancólica. Las Martas esdrújulas son terribles. No todas, es cierto. La Marta cómica, la Marta lúdica, la Marta excéntrica. Con esas te llevas mejor. La Marta dramática te agota. La Marta profética te asusta. A la Marta típica la rechazas. A la Marta simpática la reservas para las ocasiones especiales, es como una niña que se cansa enseguida.

Luego están las Martas agudas. La Marta fiel, la Marta vil, la Marta audaz, la capaz, la infantil. La Marta sutil, tan tímida, tan escondida. La Marta feliz, tan sensible.

Abundan también, por supuesto, las Martas llanas. La Marta débil, la Marta buena, la Marta terca, la Marta inútil. La irascible, la temible, la impaciente. La Marta sencilla, que quieres que exista pero que no existe. La Marta cauta. La Marta tierna. La Marta Marta.

Yo solo soy otra voz, o varias voces reunidas, pero me diste nombre y al darme nombre me diste importancia, y desde esa importancia te hablo, sensata, diurna, equilibrada, alegre, ideal, infalible. Por algún motivo has decidido que todos esos adjetivos tienen otro nombre, que no pueden tener el tuyo. Los llamaste Belaundia Fu, y yo te pido al menos que me llames Bela, a estas alturas, pero tú no quieres, he dejado de caerte siempre bien. Lo sé. Lo sé ahora, te digo que Charlie no me gusta y sé que no quieres escucharme. Y lo sabré dentro de nueve meses, cuando ya sea verano y Charlie no te guste a ti tampoco, y aun así no quieras darme la razón, en una especie de orgullosa reivindicación de tus errores.

—Nada.

Es el mejorpeor verano de tu vida y no eres capaz de decir otra cosa. Nada. Es dentro de nueve meses. Ya no hay academia de inglés, ni curso, ni nada. Nada. «¿Qué te pasa?», «¿No te apetece bañarte?», «¿Qué quieres cenar?». Nada. Nada. Nada. Transitas de la tumbona al sofá y buscas horarios a la contra. Las noches, las siestas. La abuela te dice que si la acompañas a por albaricoques, que si la ayudas con la ropa, que si te apetece tortilla o que qué le apetece cenar a su niña, a ver, qué le apetece. Nada. Nada. Nada.

Los sentidos del Huerto te son familiares: el calor, el olor y el chchchchchchch de las chicharras. Esquivas a todo el mundo. Te levantas tarde, te bajas a la piscina en la siesta y te tumbas debajo del pruno a leer. Arrastras la tumbona debajo del árbol, para que quede a la sombra. Hace mucho calor. Hay soledad y silencio. Te suda el lunar que tienes entre las tetas, ese con el que según tu tía ibas a volver locos a los hombres. Bien que les he vuelto locos, piensas. Pirados de libro. Dementes de manual. Seguro que hay un nombre, una patología cuya nomenclatura desconoces para describir el grado de locura alcanzada, el grado de locura que ha estallado en el mejorpeor verano de tu vida. Todo por culpa de tu lunar. Aunque quieres entender que los que lo han hecho mal son ellos, los de la patología desconocida, por una tímida grieta de tu cerebro se cuela,

minuto a minuto, como un grifo que no cesa de gotear, la idea terrible: eres idiota. Esto te pasa por tu culpa, porque eres idiota.

Chchchchchchch. Las chicharras.

Intentas explicármelo, pero no sabes cómo. Quieres que yo te diga por dónde continuar, pero no sé cómo. No se puede arreglar un motor con un bisturí, ni operar del corazón con una llave inglesa. Nos resignamos a no entendernos. Si me hubieras escuchado, tan solo un poquito. Te tragas, minuto a minuto, tu desgracia. Te la tragas, pero no la digieres.

Poco a poco. Te dejo que leas y te escucho cuando dejas el libro abierto sobre tu tripa y piensas. Eliges libros largos en los que sumergirte. A pesar de que no le pones intención, de que ya no fuerzas coincidencias ni todos los nombres suenan a lo mismo – chchchchchchch–, de tanto en tanto una frase resuena, sólida como un asidero. Aquella que encontraste en *Los padres terribles* de Cocteau, por ejemplo: «¡Qué gran corazón! ¡Tiene sitio para todo el mundo!».

Chchchchchchch. Las chicharras susurran lo mismo que todos los veranos. Chamusquina. Chafado. Chapuza. Chaquetero. Chillar. Charlie.

Pero aún no sabes nada del verano que te espera al final del curso. Vives ajena a tu futuro, a todas las cosas que te van a ocurrir. Vives entre el instituto y tu barrio, la academia de inglés y tu casa, Tribunal y Moncloa. Tres semanas más tarde ya es un hábito. Os sentáis los dos al fondo y tú completas rápido los ejercicios. Luego habláis. Si Wendy os llama la atención, habláis escribiendo en los márgenes del libro. Wendy tiene cincuenta y cuatro años, es británica, está casada con un español y llega a los viernes con resignación y sin paciencia. Siempre os pregunta que si habéis visto *George & Mildred*, aunque nadie en la clase sepa qué es eso.

–Típico que llega a casa y se toma un té con pastas mientras ve *George & Mildred*.

–La ve con un monóculo.

Y los dos os reís.

Sabes que al llegar a la puerta de la academia Charlie se pone rígido y se va rápido, así que se lo dices antes, mientras guardas el libro en la mochila.

–Oye. Por qué no me saludas en el Lope.

¿Es porque eres de las pequeñas? ¿Es porque eres una empollona? ¿Es por el grano en tu barbilla?

–No sé. No te rayes.

Charlie se va volando y se olvida su bufanda azul en la silla. La coges. Huele a él. A baloncesto. A esa energía descargada de la que habla la Ramírez. La metes en tu mochila y te vas tú también.

Quieres devolvérsela el viernes siguiente, pero no puedes, porque el viernes siguiente, y el siguiente, y el siguiente, Charlie se sienta junto a la puerta y sale disparado en cuanto Wendy le pone el capuchón al rotulador azul.

Sin embargo, al cuarto viernes –apenas lo percibes aún, pero empiezas a medir el tiempo en viernes– es el cumpleaños de Bea y a las seis menos diez eres tú la que empieza a meter los bolis en el estuche y a ponerse el jersey. La urgencia. Sacar las llaves del bolso antes de llegar al portal, la cartera antes de llegar a la caja, la entrada antes de llegar a la sala de cine. Ansiosa.

«Te prometo que no voy a llegar tarde», le has dicho a Bea. «Te lo juro, es tu cumple, en cuanto salga de inglés me monto en el bus, voy directa y te ayudo a comprar las cosas», le has dicho. Y luego has confirmado: «¿Tus padres cuándo vuelven? Me quedo a dormir, ¿no?».

Te has sentado al fondo, como siempre. Después ha entrado Charlie, ha mirado el aula, se ha sentado esta vez, de nuevo, a tu lado.

–Me he dejado el libro, ¿te importa...?

–Como quieras.

Charlie te mira y no dice nada. Tú caes en la cuenta de que hoy estás guapa. Te has pintado los ojos y te has puesto tu camiseta favorita. A las fiestas de Bea siempre viene todo el mundo. Charlie lanza una mirada rápida a tus tetas y enseguida la aparta con pudor.

Disfrútalo, me gustaría decirte. Deja de pensar en el granito que te sale en la barbilla: te acaba de mirar las tetas. Pero tú no lo sabes.

Al fin son en punto, sales y caminas rápido hacia la parada del autobús. Cinco minutos después que tú, llega él.

–¿Qué haces aquí?

–¿Qué haces tú?

–¿No te vas a casa?

–Tengo planes.

Subís, picáis el billete. Tú te sientas y él se queda de pie agarrado a la barra.

–Oye.

–Qué.

–Que no te saludo en el Lope porque la gente no sabe que vengo a inglés.

–¿Y?

–Me quedó Inglés el curso pasado y mis padres me obligan a venir, pero nadie lo sabe. Se supone que no te conozco.

Lo miras. Le cuesta confesar que sus padres *le obligan*. Su personalidad consiste en hacer lo que quiere, en controlarlo todo. Que sus padres le obliguen a algo lo empequeñece ante tus ojos. También hace que te caiga mejor.

–Si te sigo haciendo yo los ejercicios, vas a volver a suspender – le dices.

Él sonríe y tú te pones muy nerviosa. Le has hecho sonreír. Le sonríes de vuelta. Tienes su bufanda en la mochila. Ibas a devolvérsela, pero ya no. Ahora te la quieres quedar.

Con la bufanda latiendo dentro de tu mochila te bajas del autobús y te encuentras con Dani y Bea en el Día. Cuando hablas de tus amigas, Dani y Bea, todo el mundo deduce que son un chico y una chica, pero en realidad Dani es de Daniela. Bea, más previsiblemente, es de Beatriz. «Me llamaron así porque mi padre le regaló a mi madre una primera edición de la *Divina Comedia* para pedirle que se casara con ella», repetía Bea como un salmo. Todo el mundo tiene una mitología de la identidad. Esa era la suya: estar al final del paraíso. Lo decía moviendo su pelo largo. Dani sonreía y

decía «Qué guay, tía», y tú sonreías también y pensabas cómo le va a haber regalado una primera edición de la *Divina Comedia*, si la *Divina Comedia* es del siglo XIV. Si entonces no había ediciones. Solo monjes y copistas y la peste. Te encogías de hombros y sonreías y reiterabas: «Sí, qué guay».

Mientras llenáis el carrito de litronas, patatas fritas, Doritos, guacamole de mentira y pizzas congeladas habláis de quién irá a la fiesta. Dani y Bea se aceleran y se ponen muy nerviosas pensando en los chicos que van a venir. A Dani le gusta Rulo, un chico de segundo que toca la guitarra y lo suspende todo. A ti Rulo te parece un imbécil. A Bea le gusta Miki, otro chico de segundo que tiene un tatuaje en la nuca. Esa es su personalidad: tener un tatuaje en la nuca. A ti Miki te parece un imbécil.

—Eli y Martín vienen, ¿no?

Interrumpes su conversación, hormonal y divertida, para constatar que no solo van a la fiesta esos tíos idiotas por los que tus amigas babeaban incomprensiblemente, sino también tus amigos.

Llegáis a la caja. Pedís bolsas, pasáis las pizzas, las litronas, el ron, la Coca-Cola, los Boca Bits, «¿Tarjeta Dia?», «No, gracias», paga Bea. Sus padres le han dado dinero para la fiesta y se han ido a pasar el fin de semana a una casa que tienen en San Sebastián. Tus padres no te dejan sola un fin de semana ni en tus mejores sueños. En parte, por culpa de tus hermanos. «Tú tienes dieciséis, pero el niño solo tiene diez», dice mamá. Qué culpa tienes tú de ser la mayor. Culpa, ninguna.

Antes, cuando se iban de casa, se producía la coreografía de los besos y los olores. Tu olor a niña recién bañada, a braguitas blancas de algodón, a pelo limpio. El olor del pómulo recién afeitado de papá. El olor del cuello recién perfumado de mamá. La raya a un lado. El pintalabios. Tu pijama contra sus abrigo. Haz caso a la abuela. Que sí. Y la abuela sirviéndoos la sopa.

Ahora es igual, pero ahora no quieres. Ahora quieres que os dejen solos, y tienes que burlar a la abuela cuando se queda con vosotros igual que burlas a papá y mamá. Aunque es más fácil.

—Duermo en casa de Dani.

–Bueno, tú sabes cómo ir y volver y todo eso, ¿no?

–Sí, sí.

La abuela destiñendo tu camiseta favorita, la abuela esperando a que vuelvas al día siguiente, tú llamando al telefonillo, «¿Dígame?», «Soy yo», y ella que te recibe con los brazos abiertos diciendo «¡La hija pródiga!» o «A ti, si hay un terremoto y se viene el techo abajo, no te pilla en casa...» y tú que pones cara mohína porque encima de que llegas, encima de que estás aquí, de que estás en casa. Le das un beso y estás ya pensando en otra cosa. En qué. En el futuro. En la siguiente vez que salgas por la puerta. Tu ansiedad: vivir siempre un paso más allá, vivir en ese lugar que aún no ha llegado.

Tus padres no se van nunca, y si se van os mandan a la abuela. Pero los de Bea sí. Los de Bea se van constantemente.

–No nos cabe todo. ¿Nos puede dar otra bolsa...?

–No, espera.

Te quitas la mochila y la apoyas en el suelo, sacas todo lo que tenías dentro y miras a Bea y a Dani: «Aquí cabe», dices. Ellas te miran. Miran tus posesiones desperdigadas por el suelo del supermercado.

–¿Y eso?

Eso es solo una bufanda azul marino, pero es una bufanda delatora. Es evidente que no es tuya. Tiene algo. Huele a baloncesto. Mientras metes las cosas en la mochila les cuentas que es de Charlie, que va contigo a inglés, que es un poco imbécil y se la ha dejado. Bea y Dani abren los ojos, abren la boca, chillan.

–¡Estás de coña!

–¡No te creo!

–¡Estás de broma, en serio!

–¿Charlie-Charlie?

–¿Charlie el de segundo?

Las miras. Sí, ese Charlie. El de segundo. ¿Por?

–Tía, qué fuerte.

–No me lo creo.

–Es superfuerte.

«¿Qué es superfuerte?», les preguntas. Es superfuerte que sea Charlie. Que lo veas los viernes y no les hayas dicho nada. Que tengas su bufanda. «¿A ver?», Dani la coge. «Sois tontas», les dices, cargada de suficiencia. «Es solo una bufanda», insistes. Bea se la roba a Dani, la huele. «Qué fuerte». La cajera os pide que os mováis. Seguíis con todo tirado en el hall del supermercado. Metéis rápido las cosas en bolsos, mochilas y bolsas de plástico. En la urgencia de la recogida, Bea mete la bufanda en su bolso. La miras. «Oye», le dices. Bea te mira. No decís nada. Extiendes la mano y ella te devuelve la bufanda, que te pones alrededor del cuello. Llevas la mochila llena, al fin y al cabo.

Es un alivio no tener que pedir ya permiso antes de hacer planes. Solo faltaba. Años de peleas, luchas y estrategias, hora de llegada, tener de padres a la Gestapo. Burlar a los servicios de inteligencia. Pero esta semana has llegado a casa con el sobrecito gris que contiene tu pasaporte: las notas del primer trimestre. El pasaporte hacia la libertad.

Simba, despeinada, rubia y en pijama, mira con desdén el sobre gris y la cartulina que contiene. Tus buenas notas. Luego, te mira a ti.

—Das asco.

Ignoras su comentario, concentrada como estás en la línea negra que perfilas bajo tu ojo, la mirada fija en el espejo del baño. Ella, detrás, sostiene la cartulina.

—Hasta en Gimnasia, sobresaliente. Das asco, en serio.

Te está quedando claro.

—¿Vas a salir?

—¿No lo ves? —Le enseñas el lápiz de ojos.

—¿Te dejan?

—Pues claro.

Ya no tienen que dejarte: ya has entregado tu pasaporte. Ella se enfada. La miras dentro de su pijama de ositos. Qué se te había perdido a ti quedándote en casa con esa niña de trece años.

—¿Adónde vas?

–A Tribu.

–¿Con quién?

–Qué más te da.

–Uy, a Tribu, qué-guay-soy-que-salgo-por-Tribu. Y que saco todo sobresalientes.

–Y matrículas. No te olvides de las matrículas.

Dejas el lápiz de ojos y coges el rímel. Su carita pálida se sonroja y sus ojos azules se llenan de rabia. «¡Te odio!», grita, y se encierra en su cuarto dando un portazo. Te quedas con el espejo. Das leves toques con el gupillón en tu pestaña. Parpadeas. Te miras. Tiene algo que no me gusta, te digo. Charlie tiene algo que no me gusta, insisto. Desde mi invisibilidad, desde mi infalibilidad, desde mi superioridad, te insisto: algo hay en él que no me gusta. Tú no me escuchas. Tú me rechazas. Normal. La gente perfecta da bastante asco. Que se lo digan a tu hermana.

Dentro de varios meses será verano. Te despertarás de la siesta y estarás viendo una película. En un salón concurrido, pero ahí estará: la película. Dentro de nueve meses estarás en el Huerto y verás una película y hablarás con Charlie. Iba a ser el mejor verano de tu vida. No ibas a ir al Huerto. Pero ahí estás, en el Huerto.

Agárrese fuerte y aguante el resuello.

¡Mammy! El desayuno de la señorita Escarlata.

Llévatelo a la cocina, no probaré ni un bocado.

Oh, ya lo creo que lo tomarás...

Escarlata O'Hara, pálida y delgada, se agarra con las dos manos a una de las robustas columnas del dosel de su cama mientras Mammy, negra y oronda, le aprieta el corpiño. El vestido le deja los hombros y las clavículas al aire. La cintura finísima. La falda abullonada. Los bucles, los lacitos. Te llega el aire del ventilador al tobillo derecho cada siete segundos. Tienes la pierna estirada a propósito, para que te llegue. Tirada en el sofá verde del fondo del salón, en biquini y camiseta. Acabas de despertarte de la siesta y, nada más despertar, ahí está: la punzada de la angustia.

–¿Esta es la peli que dura mucho, abuela? –pregunta Simba, sentada en el suelo.

–Lo que el viento se llevó y lo que el culo aguantó –responde la abuela sin apartar la vista de la pantalla.

Intentas cambiar la pierna estirada con delicadeza. Te llega el aire del ventilador al tobillo izquierdo. Tus pies, que siguen siendo pequeños. Mamá plancha delante de la ventana con un ojo puesto en la tele. La abuela está sentada al borde de una silla, muy atenta. Nunca se sienta. Lo escribiste en una redacción para el cole hace siete años: «Tiene el pelo marrón un poco rizado y corto, ojos marrones y usa gafas. Hace de todo, juega, corre, nunca está sentada; nos lleva al parque de atracciones y todo. En un campamento al que van mis primas la llaman la Abuela Marchosa porque cruza un río saltando de piedra en piedra, etcétera». Etcétera. Nunca se sienta y, cuando lo hace, se sienta así, al borde, como preparada para dar un respingo y levantarse enseguida en caso de que sea necesario. Levantarse. Quieres pero no quieres. Quieres porque quieres salir de ahí, quieres irte de ti, irte de todos los sitios. No quieres porque la tristeza hace que levantarse sea un esfuerzo demasiado costoso. Pero deberías. Deberías porque te despiertas y solo piensas en una cosa: tu teléfono móvil cuidadosamente colocado sobre la cisterna del baño de fuera.

Te despiertas y casi te parece oírlo –ibip!–, el sonido que se ha instalado en tu vida para no marcharse, ese ibip! que te petrifica, ese ibip! para el que has desarrollado una capacidad auditiva que sobrepasa en mucho la de la media humana. Tu verano marcado por las cuatro rayas sin cobertura y ese sonido –ibip!– que hace que el corazón te dé un vuelco. Lo sé, es una expresión típica, «dar un vuelco el corazón». Pero en eso consiste la adolescencia, en seguir con obediencia ciega todas las expresiones típicas. Te lo digo y noto cómo te sube la rabia por el cuerpo, del ombligo al pecho y hasta las mejillas. No lo soportas. Ahí estás, sumida en el desamor adolescente, a punto de cumplir con rigor los tópicos más burdos. No soportas sentirte típica. No soportas sentirte triste. Buscas tu identidad, esa palabra –«conciencia que una persona tiene de ser

ella misma y distinta a las demás»—, con ansiedad animal, como un perro famélico que rastrease el terreno oliendo ya la presa y salivando. No quieres ser típica. No le escribes con kas. Le escribes con todas las haches.

La cisterna del baño de fuera es el único lugar que capta, de tanto en tanto, la cobertura. El único lugar en el que de repente una de las cuatro rayitas de cobertura se colorea y entonces suena el ibip!, un ibip! que has aprendido a escuchar desde cualquier lugar. Tu oído como el de una polilla, con una sensibilidad ultrasónica. Entonces irremediablemente el corazón te da un vuelco, porque tienes dieciséis años y no es un tópico si a ti te está sucediendo por primera vez.

—Ya te has despertado.

Se han dado cuenta. ¿Ves como no hay privacidad?, me dices. Lo veo. La abuela gira la cabeza, te mira un segundo y luego vuelve a girarse hacia la tele. Te incorporas. La marca del cojín te atraviesa el ojo y la mejilla izquierda. Scar. Te sientas con las piernas cruzadas en el sofá. Bostezas. La abuela se vuelve a girar y te susurra alto:

—Anda, tesoro, ahora en un momento sacas el lavaplatos.

Suspiras. Miras a Simba, jugando en el suelo. Miras al niño, merendando un yogur de fresa. Miras a tu padre, que ronca en el sofá del abuelo. Pero eres tú la que tiene que sacar el lavaplatos. Ahora. Recién despertada.

Ande, señorita Escarlata, sea buena y coma alguna cosita, ¿eh?

¡No! Hoy pienso pasar un día divertido. Comeré mucho en la fiesta.

Si a usted no le importa lo que digan de su familia, a mí sí. Le he dicho una y cien veces que una dama distinguida tiene que comer delante de la gente como un pajarito. No está bien que vaya a casa del señor John Wilkes a engullir lo mismo que un bracero del campo.

¡Qué tonterías! Ashley Wilkes dice que le gusta ver que una chica tiene buen apetito.

Lo que los caballeros dicen y lo que piensan son dos cosas distintas.

Bueno. Ya está. Te pones de pie. Madre y abuela te miran, esperanzadas. Das tres zancadas hasta la puerta. Van a abrir la boca. Las frenas levantando la mano.

–Ahora mismo vengo y saco el lavaplatos y lo que queráis.

Pero antes vas a rodear la casa por el lado izquierdo, te van a arder los pies, ¿dónde estarán tus chancas?, vas a retirar la cortinilla metálica con el antebrazo, a coger el móvil. Te sientas, al fin, en la tapa del váter. Lo miras. Pulsas el botón. Tienes tres mensajes. Uno es de Eli: «Qué tal sigues? Recuperamos ciclo de cine cuando vuelvas?». Otro, de Martín: «Qué tal estás? Ya podías llamar». El tercero, suyo. De Charlie.

Lo siento en serio.

Kuándo vuelves? Podemos hablar?

Sabes ke te kiero.

Eso dice, el caballero. Eso dice.

De repente, comienzas a esperar los viernes. Lo ves, de lejos, en los pasillos del colegio. Pero es el viernes cuando te pertenece. Tú siempre llegas antes. Antes que él y antes que nadie, antes que Wendy, antes que la construcción del aula si eso fuera posible. Sacar las llaves antes de llegar al portal. Querer que el tiempo avance. Él llega después y lleva una camiseta de rayas rojas y negras. Observas en su muñeca derecha dos pulseritas de hilo. Te parecen muy femeninas. El olor a baloncesto.

Charlie te ve observar las dos pulseritas de hilo, aparta rápido la muñeca y saca un libro de su mochila.

–Toma. Te va a molar.

Es un libro usado y grueso de tapas negras. Es de Julio Cortázar. «El capítulo 68 te va a molar mucho», te dice. «¿Ya hemos hablado hoy de *George & Mildred?*», te dice. «¿Te vas luego de fiesta, pequeñaja?», te dice. Pequeña. En relación a qué.

Salís a la puerta y Charlie ya no huye. Él siempre tiene plan. Tú, a veces. Andáis juntos hasta el autobús. Desenrolla lo cascos del discman lentamente.

–Oye. Mis colegas no están. Se han ido de puente.

–¿Dónde están?

–Nada, de viaje.

–¿Y tú no vas?

–¿Quieres que hagamos algo?

Lo miras. Él se excusa.

–Es que ya te digo que no hay nadie en Madrid.

–¿Y tú por qué te has quedado?

Charlie mira al suelo y frunce el ceño.

–No me renta.

¿No le renta o no le dejan?

Quieres decir muchas cosas. Quieres decir pues ya tengo planes, quieres decir bueno, pero algo rápido, he quedado luego, quieres decir mejor el viernes que viene. Pero lo que dices es sí, sí, sí quiero, como si su propuesta fuera a desvanecerse en el aire si no la aceptas de inmediato. Así es Charlie: inasible. Lo miras. Te mira.

–¿Vamos al Largo?

¿El Largo? ¿Qué será el Largo?

–Vale –respondes.

Él echa a andar y tú lo sigues sin que parezca que lo sigues, evitando los movimientos bruscos y los giros repentinos, para que no parezca que no sabes adónde vas. Piensas que el Largo es el nombre de un parque. El apodo. No sabes bien por qué. Será un parque grande. Ancho. *Largo*.

Charlie camina con sus zapatillas viejas y tú miras tus Converse rojas. Andas con una mano en el bolsillo y la otra agarrando el asa de tu mochila, sobre tu hombro. Dobláis una esquina y llegáis a una plazoleta pequeña, hay un recuadro de arena con un tobogán, un quiosco, algunos bares. ¿Será el Largo el pequeño parque infantil? Él lo atraviesa. Entonces aparece en la esquina: cuatro mesas de metal y un cartel cutre en el que se lee en letras rojas sobre fondo negro: El Largo Adiós. El Largo es un bar. Un bar que se llama El Largo Adiós.

Charlie pide una cerveza y tú otra. Os ponen un cuenco de kikos que vaciáis rápidamente. Por eso cuando te besa su lengua es

salada, y sus labios, y los tuyos. Todo en ese beso sabe a sal. Charlie no tiene barba, sino la piel muy suave, y tú ese beso no te lo esperabas y te lo esperabas al mismo tiempo. No se sentó enfrente, sino al lado. De repente, empezó a acariciarte el vaquero. Os reíais. Os burlabais de Wendy. Te contaba que no se lleva bien con sus padres, te preguntaba que quiénes son tus colegas, «El pavo de las gafas rojas», te dice, «quién es». En el bar hay algunas fotos en blanco y negro de Humphrey Bogart y una máquina tragaperras en una esquina. Él dice algo y tú sueltas una carcajada, acaso la primera espontánea, la primera risa no medida, y él se acerca y te besa despacio, suave, sabe a sal. Es una sensación rara, la de una lengua en tu boca. Como probar una comida nueva, que no sabes si te gusta o no. No es tu primer beso, pero sí parece tu primer beso adulto. Estás en un bar. Tomándote una cerveza. Charlie te mete la lengua en la boca y hay algo que te sube del ombligo al pecho, una euforia que hace que te brillen los ojos y que tu sonrisa sea sincera.

Pagáis con dinero suelto y echáis a andar. Al salir a la calle la distancia vuelve a interponerse entre vosotros. Unos centímetros que antes no existían y ahora sí.

–El próximo viernes podemos hacer algo también –dices.

Charlie mira al cielo y responde:

–Ya vamos viendo.

Quedan siete días hasta el próximo viernes. Siete días en los que tu ansiedad y tú os quedaréis columpiándoos en ese Ya-vamos-viendo.

–Bueno –respondes.

–Oye.

Charlie no se para, sigue caminando. Tú le miras a él y él mira al suelo. «Qué», le dices.

–Que me mola que seamos colegas, pero no quiero nada contigo, ¿eh?

Nada. Algo se te atora a la altura del esternón. Lo que te sube del ombligo al pecho se te queda atragantado. Finges indiferencia. Dices: «Ya». Y aumentas los centímetros que os separan. Te has puesto tensa y él intenta relajar la tarde. La tarde que era perfecta.

Dice: «Me gustas mucho». Dice: «Me lo paso guay contigo». Dice: «Es solo que no quiero ser tu novio». Tú te encoges de hombros y dices: «Vale». Cuando llegáis al cruce que separa vuestros caminos tú dices: «Bueno, adiós», y él se acerca. Te pone el pelo por detrás de la oreja. Te besa. El estómago se te encoge. Te gusta y lo odias. Su lengua es rara, tu piel se eriza y tienes algo atravesado a la altura del esternón. Intentas coger aire del todo, pero no puedes. «No quiero ser tu novio», ha dicho Charlie, y luego ha metido su lengua rara en tu boca abierta.

Lo que los caballeros dicen y lo que piensan.

Hace ya un tiempo que conoces a Charlie, que hablaste con él por primera vez. Te pareció idiota, y yo te vi ignorar ese sentimiento como quien ahuyenta una mosca o el humo del cigarro de la mesa de al lado. No le das a tus opiniones la relevancia que merecen. Todavía no. Te preguntas siempre «¿Le gusto yo?» y nunca «¿Me gusta a mí?». No es falta de sentido crítico, es que no ves el amor como una elección. El amor. El asco. La gymkana. La disección.

Las palabras te las sabes ya todas: concupiscencia, ignominia, absolución, burguesía, metacrilato, sinestesia. Amor. Lees y lees y ves películas y más películas y te sabes todas las palabras. Las sabes, pero no las sabes. Las sabes con la cabeza —«en la moral católica, deseo de bienes terrenos y, en especial, apetito desordenado de placeres deshonestos»— y con el diccionario —«afrenta pública»—, las memorizas, las apuntas en el cuadernito que llevas a todos lados, y entonces crees que las sabes. En realidad, no las digieres. Te falta la deglución. Hasta los veinte años no vas a saber lo que es la autonomía. El macuto a la espalda y aquella habitación pequeña. Hasta los veintidós no vas a saber lo que es la anestesia. La colonoscopia que te gustó: «¡Es superdivertida, la anestesia!». Hasta los veintinueve no vas a saber lo que es el agotamiento. «Hola, me llamo Marta y llamaba para pedir cita». El psicólogo. El cansancio como la enfermedad: los eludes —una tos, unos mocos, un tirón— hasta que ya no puedes más. Tampoco vas a saber hasta dentro de un tiempo lo que es la

libertad, la virginidad o la salud: palabras que solo se entienden cuando se pierden.

Son muchas las palabras y, como te las sabes todas, llamas a las cosas por sus nombres, usándolos como si les fueran propios desde siempre. Cómo contar lo que no se ve. El amor. El asco. Charlie.

Conoces las palabras con la poderosa convicción con que se conoce algo que se acaba de descubrir, y sabes lo que es el amor igual que sabes lo que dijeron Bakunin y Kropotkin, igual que sabes que en todo triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Miras a tus coetáneos, esos adolescentes y su desidia haciendo como que escuchan en clase de química, y no comprendes cómo les gusta una persona y, al cabo de un mes, otra distinta. Para ti, el amor es el amor. ¿Qué, si no?

Desde la entrada, pegas un grito: «¡Me voy!». Mamá se asoma a la puerta de la cocina con una cuchara de madera en la mano. Papá, en el salón, levanta la vista del periódico.

—¿Y eso?

—He quedado.

—¿Con quién?

—Con estos.

—¿Y adónde vas?

—A Moncloa.

Aún escuchas la voz de mamá —«¿Quiénes son estos?»— cuando cierras la puerta de casa, te metes en el ascensor y miras en el espejo a esa que eres. Abandonas tu habitación, el único rectángulo de mundo que te pertenece ya, y sales a la vida.

«Me cae mal», le habías dicho a Eli. «Natural», te dijo él, que despreciaba las camisetas de Extremoduro, el olor a baloncesto y la popularidad de Charlie. «Me cae mal», y era verdad. Te cayó mal. Te cayó inmediatamente mal. Te cayó definitivamente mal. Hasta que te gustó.

Eres así. No conoces las fases intermedias. Y para qué decírtelo, si ya no escuchas. Concentrada en un punto, no ves lo demás. Eres una botella que se descorcha y no puede volver a cerrarse, el paso

binario del uno al cero, los perdigones cortando el aire que no pueden volver a entrar en la escopeta. Te cae mal un día, al día siguiente te gusta, y entonces ya es el amor. No te va gustando cada día más, ni cada día mejor, ni cada día de un modo diferente. No te concedes el espacio de la duda. En un momento dado ya estuvo, ya fue: estás enamorada y algo que no sabes cómo se llama y que nadie te enseña a manejar se descontrola en tu interior. Es tu atención. Tu atención saliendo catapultada hacia quién sabe dónde – hacia Charlie, claro–, lanzada como un cañonazo o un beso o un bofetón, como esas cosas que una vez que se van no pueden volver. Es tu atención. Me gustaría hacértelo ver, pero tú no me escuchas. No me escuchas, porque te caigo mal. Te caigo mal porque crees que a mí nunca me gustaría un chico como Charlie. Tienes mucha razón. Pero no todo son ventajas: tampoco lloro, ni me enfado, ni me río.

Solo te entiende él, o tú crees que te entiende. Como tu atención no está en ti es imposible saber si realmente te sientes comprendida. Solo te entiende él, así lo has decidido. La adolescencia es ociosa y larga y hay que encontrarle una ocupación.

Igual que hasta hace diez días desconocías la inclinación del eje de rotación de la Tierra y, desde que lo sabes, entiendes que siempre ha sido de 23 grados y 27 minutos, con esa misma certeza planetaria comprendes que, si bien no lo has sabido hasta hoy, tu amor ya existía de antes. Como necesitas una certeza, te la inventas. Tu amor. Tu amor que existe como existen las fórmulas de las ecuaciones de segundo grado, o la taxonomía de las corrientes anarquistas, o la estructura del soneto clásico. Tu amor eterno, no porque vaya a durar siempre, sino porque existe desde siempre, desde que se tallaron las piedras de la Acrópolis, desde que los bípedos se irguieron, desde que los planetas giran en órbitas que el ser humano ha sido capaz de medir solo muchos siglos más tarde.

La Anunciación es un ángel y Fra Angelico lo pintó con las alas de colores en un porche. «¿Quién?», pregunta ella, y tú repites: «Fra-An-Ge-Li-Co. Un señor italiano de hace mucho que pintaba».

El mejor verano de tu vida. No ibas a ir al Huerto. Lo ibas a pasar con Charlie. Chchchchchch. Lees. No hay nada más que se pueda hacer en el Huerto en verano. Leer. Te acabas *El guardián entre el centeno* por la noche, en el sillón de la abuela, a la misma luz que ella usa para rematar los pespuntos de los bajos de vuestros pantalones. Esperas a que todos se vayan a dormir y te quedas leyendo. La soledad: las siestas y las noches.

—¿Y eso de cuándo era?

Suspiras. Cierras definitivamente el libro. La abuela habla durante las películas, y también cuando lees. Miras el móvil. Nada. Claro que aquí no hay cobertura. Dejas el libro y la miras.

—¿Sabes Miguel Ángel? ¿El de la Capilla Sixtina, del Vaticano? ¿O Leonardo da Vinci?

—Sí que sé, sí. El inventor.

—Ese. Pues Fra Angelico es de un poco antes. Estaban todos en Italia.

—Qué curioso cómo se juntan todos en un mismo sitio.

Mira siempre con la distancia de lo ajeno tus tacos de apuntes, tus libros, y hace siempre la misma observación: «Virgen Santa, ¿todo eso te tienes que estudiar?». Tú sueles exagerar: «Todo esto y bastante más». *Crimen y castigo* lo empiezas en el almacén. El almacén, que huele a huerto y a ropa de trabajo y a herramientas y a gallinas; huele al abuelo, aunque el abuelo ya no esté. Aquel verano que la abuela se lo pasó suspirando. La mesilla izquierda de la cama vacía. El reloj del abuelo y las últimas pastillas, todo guardado en un cajón. El almacén, que sigue igual, que sigue oliendo a lo mismo.

Las sillas son incómodas, pero se está fresco. Vences la rabia y la angustia, y entras en el libro. Así haces tiempo hasta que se acaba la siesta. «¿Todo eso te tienes que estudiar?», te dice, se admira, y luego te agarra la cabeza con las dos manos, te planta un beso y exclama: «¡Qué lista es ella, madre!». La abuela regando los geranios, la abuela pasando el cortacésped.

Listísima, piensas. Por eso estoy aquí, asqueada, piensas. Por eso he sido la última en enterarme de todo, piensas. Relees el mensaje

del móvil. «Lo siento en serio». La inutilidad de todo lo que sabes. «Sabes ke te kiero». Eres superlista.

La abuela te pregunta cosas –«¿Y eso qué quiere decir?»– y tú le respondes porque las palabras te las sabes ya todas. Verbigracia, leninismo, escorzo, áureo, hipotético. Las sabes en el cerebro, en esas neuronas cuyo funcionamiento no comprendes. El análisis está en la cabeza, pero no sabes hacerlo descender al pecho y de ahí, al ombligo. Dime, de qué te sirve el diagnóstico sin la deglución.

Hace mucho calor. Mientras le explicas lo que fue el Renacimiento italiano te recoges el pelo en un moño alto y desordenado, y lo revelas: tu cuello. La piel fina y sensible de tu cuello envolviendo la faringe, la laringe, la tráquea. Finges que sabes cuál es cuál, pero no lo sabes. El cuello: eso que te conecta la cabeza y las vísceras, eso que te las desconecta. El puente entre la cabeza y el resto del cuerpo. A veces sientes cómo pasa el aire por el cuello, el pecho se abre y las palabras caen hasta el ombligo. Si te besan en el cuello notas cómo se te apaga la conexión entre la mente y el resto del cuerpo, cómo se abre el espacio y las palabras caen con más facilidad. Un beso como una traqueotomía. Te sabes muchas palabras, te las sabes todas. Pero tienes algo –una polilla– atorado en la garganta que impide la deglución. La abuela podando los rosales, la abuela limpiando la piscina. Hijo. Muerte. Huérfana. Humor. Posguerra. Marido. Soledad. Pan. Amor. La abuela se sabe pocas palabras, pero se las sabe con todo el cuerpo.

–Avísame cuando empiece la novela –te dice.

Se va a echar la siesta, pero nunca se duerme. Solo se tumba en su cama, siempre en su lado de la cama; aunque el abuelo ya no esté, no es capaz de ocupar el centro del colchón. La persiana bajada, los pies en alto sobre un cojín. A veces se te olvida avisarla. Pero casi nunca. Te levantas de la silla metálica del almacén, das la vuelta a la casa con pasos rápidos –las plantas de los pies contra la piedra ardiendo–, cruzas el salón –las baldosas frías– y entras a su habitación. Duerme al revés en verano, con la cabeza a los pies de la cama, para pillar la corriente entre la puerta y la ventana. Le das en el hombro. «Abuela, la novela».

Vas a la cocina. Abres la nevera. La observas. La cierras. Coges un melocotón del frutero y te sientas en la mesa del comedor, con las piernas colgando. Simba se levanta con el pelo revuelto y cara de dormida, coge un yogur y se sube a un taburete. La abuela sale poniéndose las gafas, pasa a la cocina, abre el lavavajillas para que se enfríen los platos, arrima una silla a la tele y se sienta en el borde. Lo hacéis todo en silencio. Los demás duermen. Al rato, mamá abre un ojo. Merendáis calladas y atentas.

–¿Pero este ya sabe que el hijo es de la otra? –pregunta mamá, medio dormida.

Simba y tú la chistáis. Siempre habla durante la novela.

–No del todo, pero algo sospecha ya.

La abuela responde en voz baja. Este año está bastante interesante. La vieja que va en silla de ruedas en realidad puede andar y planea matar a la protagonista poniéndole veneno en el maquillaje. Cuando se te olvida despertarla te pierdes la novela. Ella se levanta tarde y llega a ver la última mitad del capítulo; deduce la primera. Entonces la abuela te narra el episodio y tú le cuentas tu lectura. Le hablas del libro ruso que te estás leyendo y que también puede resumirse en una muerte y una vieja. Palabras que ella se sabe. Así, tú te enteras de la verdad de Laura y ella del crimen y del castigo, de los refranes de Sancho, del viaje en coche de Lolita o de que la Anunciación era un ángel que se apareció en un porche.

Charlie mira a su alrededor y se mete un cacahuete en la boca. Tú le das un trago a tu cerveza. Cuando os quedáis en silencio te pones nerviosa, buscas una cosa que decir, cualquier cosa, y a menudo dices una estupidez solo por decir algo.

–¿La has visto, la peli?

Te giras hacia él y le miras con tus ojos abiertos. Os sentáis siempre juntos en el banco contra la pared, como mirando al tendido. Él te mira sin entenderte. Muchas veces te mira sin entenderte, aunque tú solo ves que te mira. Eres rara. Eso piensa él.

–¿Qué peli?

–La de *El largo adiós*.

–¿Es una peli?

Él enarca sus cejas y tú enarcas las tuyas. Charlie no comprende que seas tan exhaustiva, que tengas que llegar hasta el final de todo. Tú no comprendes que lleve tanto tiempo viniendo al Largo – Ramón, detrás de la barra, lo saluda por su nombre– y que jamás se haya preguntado a qué viene lo de El Largo Adiós. Pero a ti te parece normal no comprenderlo. Es lo suyo. Eso dice tu madre («A tu padre a veces no hay quien lo entienda»), eso le decía tu abuela a tu abuelo («Quien te entienda, que te escuche»), eso dice Bea, cargada de experiencia («A los chicos no hay quien los entienda») y eso dice Dani, más tímidamente («Son raros, los chicos»).

–Pues claro que es una peli, lo busqué.

–¿Pero por qué se te ocurre buscarlo?

–Porque El Largo Adiós no es un nombre que pegue que se le haya ocurrido a Ramón.

Ramón, con su camisa de manga corta con lamparones y su cigarrillo en la oreja. Charlie se ríe, te acaricia la pierna, te dice que igual deberíais quedar un día para ver esa peli, te dice que sus padres el próximo fin de semana no están. Respondes con un silencio breve y luego con un «Claro, la saco del videoclub», aunque esta vez lo dices mirando al frente. Eli se enfadará, porque ibas a verla con él, pero no importa. Os acabáis la cerveza y pagáis porque a veces os cansáis de estar en el Largo. Ramón y Charlie se despiden. «¿Te veo el domingo, chaval?», «Supongo». A ti te da una punzadita en el estómago. ¿Con quién viene Charlie al Largo los domingos?

–¿El domingo? –preguntas, mirándole de reojo.

–Sí, vengo a veces los domingos con mis padres a tomar el aperitivo. Son medio colegas de Ramón. Si tengo un hueco, les acompaño.

Tu cabeza se acelera. ¿Saben los padres de Charlie que existes? ¿Saben que venís los viernes a tomaros unas cervezas al Largo y que Ramón os invita a la última? El bar al que vas con tus padres sería el último al que te llevarías a un chico. Qué vergüenza. Te da un pudor raro de cara a los padres de Charlie. Demasiadas preguntas, hablar

de Charlie en casa. Tus padres, más pendientes. La vigilancia desplegada. Los mayores solo asumen que seas precoz para las cosas que les interesan –la responsabilidad, las notas–, pero tú eres precoz para todo. Es más fácil decir que quedas con Martín. Te enfadas internamente con ellos, con tus padres, que son unos antiguos. Te enfadas ferozmente contra ellos porque crees que es cosa suya, porque aún no sabes que si a Charlie se le celebran las novias y a ti se te escuchan con suspicacia los nombres masculinos es por una injusticia ancestral, y no por un tema de tu casa. Pero –todavía eres, un poco, una niña– para ti el mundo lo han inventado tus padres y, definitivamente, lo han inventado mal. Callarás a Charlie como callarás a tantos novios, novietes, medioamigos, medionovios, rollos, chicosquetegustan, chicosalosquelesgustas. Hablarás de Elías y de Martín, porque no son chicos-chicos, y aun así tus padres los verán como potenciales novios, novietes, pretendientes. Cuántas palabras absurdas y cuánto silencio alrededor de una costumbre tan atávica. Charlie le da un último trago a su cerveza.

–¿Te apetece un helado?

Es invierno, pero os pedís dos cucuruchos en una heladería Häagen-Dazs. Tú lo pides de chocolate belga. «Pero son dos bolas, pídelo de algo más». Bueno, piensas. «Bueno», dices. «Chocolate belga y avellana». Pagáis y salís a la calle chupando las bolas, con cuidado de que no manchen vuestras bufandas. Habláis de casi todo, te sientes cómoda compartiendo con Charlie todas tus rarezas, y eso solo hace más ofensivo que nunca le hables de mí. Habláis y camináis y él se para de repente, antes de cruzar la línea imaginaria que os sitúa demasiado cerca de vuestras casas, de tu portal. Te besa. Te besa, al fin, cuando el tiempo se os está acabando. Cuando el sol ya se ha ido y las farolas están encendidas. Te abre el abrigo y te quita la bufanda. Se te derrite tu helado mitad favorito, mitad de avellana en la clavícula y Charlie te la limpia con la lengua. Aprovecha la proximidad para atraerte contra él y ahí está. Te besa. Te coge por la cintura y le agarras el cuello con la mano izquierda mientras le devuelves el beso. La derecha la tienes alejada del

cuerpo, el brazo estirado, sosteniendo el cucurucho del helado que cae, gota a gota, sobre la acera gris.

Papá huele a barba recién afeitada, a peine fino y raya al lado, vuelve de trabajar de mal humor y está de buen humor los domingos en el aperitivo. Tú estás de resaca.

Papá trabaja mucho y a veces vas a verlo al hospital porque tienen que hacerte análisis o una radiografía. Lleva una bata blanca sobre el pijama verde y el fonendo al cuello. Todos lo llaman doctor y lo saludan. A ti te agota tener que sonreír con cortesía a esta gente que no conoces, que no te importa. Su despacho te parece gris y antiguo. Solo tiene una foto de su pueblo, papeles desordenados, algunos bolis. Caminas a su lado por los pasillos largos. «¿Esta es tu hija? ¡Madre mía, qué mayor ya!». A ti te irrita que la gente no comprenda que por ti también pasa el tiempo. «¡Vaya novieta te has echado!», y le guiñan un ojo. Tú suspiras. Cómo vas a ser su rollo, si te saca mil años, papá. Y se dice rollo, no novieta, piensas. Papá te saca mil años y aprieta el paso cuando tú te asomas a las habitaciones que se suceden a ambos lados del pasillo. «Tú no mires», te dice. Miro si quiero, piensas. Papá trabaja en un lugar deprimente, piensas. Qué horror.

Papá no te pregunta nunca nada, hasta que te pregunta algo. Te pregunta cosas como «Tú no fumarás, ¿no?» o «¿Tú bebes?». Respondes sistemáticamente que no. «¿Y tus amigos?». Papá desayuna un café solo y se enciende un cigarro en el salón después de cada cena. Es un hipócrita papá, piensas. Cómo que si fumo, piensas. Cuando vas a salir, te da dinero, pero para algo tú das clases particulares, así que se lo rechazas. «Pero no seas tonta». Papá se encoge de hombros, papá no te comprende. Papá tiene siempre muchas cosas que hacer. Por eso llega tarde a casa. Se quita la corbata. Ve el telediario. Te pregunta qué tal tu último examen.

Papá que en las bodas te dice que bailes con él y tú le dices «Ni loca»; él insiste, cómo no vas a bailar con él, y tú lo miras clavada a tu silla. Qué vergüenza tan grande, bailar con papá.

Papá parte un trozo de pan de su pueblo, coge un trozo de lomo y se lo lleva a la boca durante el aperitivo mientras cuenta algo y todos escuchan. Papá siempre cuenta cosas. Papá no sabe nada. Papá que conduce y a veces te lleva a sitios y vais los dos en el coche en silencio. Papá que se enfada con Simba por las notas. Papá afeitándose frente al espejo del baño, aclarando la cuchilla en el agua estancada en el lavabo, papá cantando en la ducha. Papá diciéndole a mamá: «¿Y la niña dónde está?». La niña eres tú y estás por ahí, no le ves echarse la siesta los sábados porque te has ido a ver una película en versión original. «Yo en mi época iba a la Filmoteca constantemente», te dice. «Y jugaba al ajedrez, y me leí a todo Dostoievski en un verano». Se ve que ya no es su época. Por qué habrá dejado de hacer cosas interesantes, piensas. A papá se le atravesó su paternidad. Su paternidad y una hipoteca y tus clases extraescolares de inglés y tu viaje a la nieve. Se le atravesaste tú.

Papá con el pijama verde y la bata blanca. Parece más joven en el trabajo, con una camiseta en vez de con camisa. Te acompaña a la puerta del hospital, te da un beso y te extiende veinte euros para un taxi. «No hace falta, si tengo el abono», le dices. Papá insiste. Al final coges los veinte euros y el autobús. Ya te los gastarás en otra cosa. Papá te ve bajar las escaleras de dos en dos y se enciende un cigarro frunciendo el ceño. Es un hipócrita, papá.

—Qué fuerte que te estés enrollando con Charlie, en serio, con lo idiota que es —dice Bea.

—Pero ¿cómo es?, rollo, ¿cómo besa?

Dani te mira con ávida curiosidad. Masca su sempiterno chicle rosa, el chicle que las profesoras le dicen insistentemente que tire a la papelera. Pero ella siempre tiene más Bubbaloos en el bolsillo.

—Yo no entiendo la flipada, la verdad —apunta Martín. Martín, que no es ni alto ni bajo, ni gordo ni flaco, ni guapo ni feo.

—Ese tío no es para ti —concluye Eli.

Tú los miras y suspiras. Estáis sentados en el césped. Vivís sentados en los parques o en las plazas. Eli lía un cigarrillo intentando poner actitud de llevar toda la vida fumando. Toda la

vida. Qué vida. Si vuestra vida empezó ayer. No recordáis vuestra infancia y no vislumbráis un futuro. Vuestra vida son los exámenes, los parques, las plazas, los amigos, los cigarrillos que liais con actitud de llevar toda la vida haciéndolo. Bea se pone el pelo detrás de la oreja para luego volver a sacarlo y dejar que una onda larga y rubia le tape el ojo derecho. Apoya las manos en el césped y se acerca sin dejar de cruzar las piernas. Te mira.

–Pero vais al Largo y luego, ¿qué?

Te miran todos. Eli enciende el cigarrillo precario.

–Luego, nada.

–¿Pero quieres? –pregunta Dani.

–El que no quiere es él –interviene Bea–, si quisiera ya le habría dicho de hacerlo.

–Él claro que quiere –dice Martín–, nosotros siempre queremos.

–¿Pero tú quieres? –vuelve a preguntar Eli.

Te miran los cuatro. Silencio.

–No sé. Un poco sí. Me ha dicho de ver una peli el viernes que viene.

Bea te mira y no dice nada. Martín dice: «¿Ves?». Dani se emociona: «¡O sea, que lo vais a hacer!».

–No sé. Vamos a ver una peli.

–Qué buen compañero de peli, ¿eh? Mucho mejor que yo –dice Elías.

–A ver, todo el mundo sabe que ver una peli no es ver una peli –dice Martín.

–¿Pero te gusta ese tío, en serio? –dice Eli.

–No sé. No me gusta, pero quiero algo con él.

–A ver, puedes hacer algunas cosas pero no otras.

–O ya vas viendo.

–Hombre, depende de lo que te apetezca, claro.

–Yo con Miki las primeras veces solo nos masturbamos. Luego ya...–La primera vez de Bea con Miki.

–Y yo con Quique, ya sabes. –La media vez de Dani con Quique. La vez que no sabéis si cuenta o no.

–¿Pero masturbarse es solo cuando te lo haces a ti mismo o también cuando le haces una paja al otro? –Eli y sus dudas técnicas.

–O un dedo.

–No sé. Qué más da. Tocarse.

–Bueno, pues que si no quieres follar, os tocáis y ya está. O, ya sabes...

Son tres. Las cosas que miden la gravedad del asunto son tres: dedo, lengua y eso. *Eso* porque a menudo no lo pronunciáis. Lo relegáis a la categoría de pronombre neutro. «¿Lo hicisteis?», «¿Lo harías con él?», «Y... ¿eso?». Lo demás cuenta menos. Frotarse con la ropa puesta. Desnudarse. El dedo puede ser vestidos. La lengua es más difícil. Y luego: eso. El pronombre neutro. Lo hablas más con tus amigos que con Charlie. Tres. Los pasos que dais son tres, los pasos que os dividen en los-que-ya-han-hecho-tal y los-que-no-han-hecho-cual. Hasta que llegue el momento, no tan lejano, en que todos lo habréis hecho y hablaréis de ello como si estuvierais acostumbrados, como si supierais desde hace mucho tiempo quién era Lady Di.

Eli vuelve a encender el cigarrillo mal liado que se le apaga constantemente. Bea dice: «Si pasa, cuéntanoslo. Pero tía, no lo hagas si no lo ves claro». Martín te tranquiliza: «A ver, él te va a cuidar, si ya lo ha hecho otras veces además y tal...» y en esas palabras y esa mirada de Martín, *los chicos* no están en el bando enemigo. Aunque Martín no cuente como *chico*, al fin y al cabo lo es: es un chico. Eli también es un chico, pero un chico de-los-que-aún-no, de modo que su opinión no cuenta tanto. Martín ahonda: «Te va a apetecer. Pero si no te apetece, pues eso, os tocáis y punto. O...». Deja la frase en el aire y hace un gesto obsceno con la lengua entre los dedos. Dani, Eli y tú gritáis «¡Ay!», asqueadas y nerviosas.

–A mí me da cosa que bajen. –Dani se ruboriza y deja estallar una pompa de chicle.

–A mí también un poco, al principio. –Bea también se ruboriza.

Tú no sabes qué responder.

Mamá, sin embargo. A papá lo ves poco, a mamá demasiado. Mamá está todo el tiempo, así que tú te vas. «¿Otra vez?», «¿Con quién has quedado?», «¿Cuál es el plan?». Mamá es la CIA y tú no lo soportas. Papá no pregunta nada, mamá lo pregunta todo. Cómo, cuándo, dónde. Mamá no se suele enfadar, nunca está cansada, nunca está triste. Tiene tres miedos: adónde vas, con quién vas, qué vas a hacer. Mamá se enfada si no le coges el teléfono. Todavía no sabes que enfadarse es la forma que tienen las madres –también los padres– de tener miedo. Qué te habrá pasado. Por qué no se lo coges. Tú en el cine. Tú enrollándote con un chico. Tú de risas con los amigos en un bar sin cobertura. Qué te habrá pasado. Mamá, como siempre, te dice las cosas que tienes que hacer. «No llegues tarde», «Vuelve acompañada», «Abrígate». ¿No se cansará? También te dice las cosas que no tienes que hacer. «No te drogues», «No vuelvas sola», «No tardes», «Si se hace muy de noche, coges un taxi». Mamá no sabe lo que es el dinero, piensas. Un taxi, piensas, con lo caros que son. Quiere comprarte otros dos pares de pantalones. «Los vaqueros esos están rotos», dice. Tú no quieres otro par de pantalones. Mamá sigue estando en todas partes, en más partes que antes. La cocina, el salón, tu habitación. Abre la puerta de tu cuarto, te mira, la vuelve a cerrar. No llama a la puerta. «¡En esta casa no hay intimidad!», te quejas, «¡Ojalá fuera invisible!», te enfadas. No quieres ser invisible, créeme. Es mucho más aburrido. Mamá es profesora, pero sigue siendo mamá. «El viernes voy a una fiesta», «Me aburro», «¿Me puedo ir de viaje en Semana Santa?». Mamá fuma y corrige. Y te escucha. ¿Cuándo está sola, mamá? No lo sabes. No concibes que esa mujer –mamá– necesite estar sola. Mamá fuma, se oyen gritos, se levanta. Apacigua una pelea entre el niño y Simba y los mete a cada uno en un baño «a reflexionar». Se vuelve a sentar. «¿Pero puedo ir o no?». Lo tiene que pensar. Mamá siempre tiene que pensarlo todo, ni que fuera tan difícil: todo. «Hay que hacer ya la carta a los Reyes», dice mamá en la cena. «Que si no luego a sus Majestades no les da tiempo». Mamá terminando la cena y papá entrando por la puerta. Se saludan. Siempre observas el beso: rápido, lento; se miran, no se

miran; acompañado de un gesto con la mano, parco. La punta de qué iceberg será ese beso. Mamá buscando títulos de libros que no conoce, marcas de ropa que ni le suenan, mamá comprando cosas en contra de su voluntad para preservar el misterio: los Reyes no entienden de pedagogía. Quieres estar sola. No te acuerdas de mamá. Mamá abre la puerta de tu cuarto. La cierra. Mamá que está siempre. Mamá que no existe. Mamá que solo se sienta para corregir, que se enfada suave, que se preocupa si lloras. El trapo de cocina enganchado al vaquero. «¡A cenar!». Tú estás a tus cosas y no soportas cenar. «¡A cenar!». Ha llegado papá y hay que cenar. Cenas rápido y te vas. Antes de irse a la cama abre la puerta de tu cuarto: «¿No te acuestas todavía?», «Todavía no», «Descansa». Entonces, un 6 de enero. Tú dentro de tu pijama desparejado. Simba despeinada desenvolviendo emocionada un set de maquillaje. El niño con su moto de juguete. Schoko-Bons en los zapatos, globos en el techo, montañas de regalos. Rasgas el papel. El libro. El libro que llevas meses buscando. El libro que ya no se vende. El libro que ya no existía. «Joder, ¿cómo lo has encontrado?». Mamá mira al niño, te mira a ti: «Los Reyes, que son magos». «Joder, pues dales las gracias a los Reyes». Interviene papá: «Pero, hija, ¿tienes que decir *joder* delante de cada frase?». Mamá está todo el rato. Mamá está siempre. Mamá sabe que dices *joder* constantemente. «Bueno, bueno, hoy no se discute, que han venido los Reyes. ¿Quién quiere chocolate caliente?». Tú quieres. El libro. Tu satisfacción. Su cara.

Quedan algunos pelos en la cara interna de los muslos, pero son finitos, y los repasas minuciosamente con las pinzas. Estás encerrada en el baño pequeño con la luz encendida, desnuda de cintura para abajo, con las piernas abiertas, sentada en el váter, la espalda curva y la nariz metida en tu ingle. El pie derecho sobre el bidé. El pie izquierdo sobre la bañera. Entonces, uno que se enquistas. Sujetas las pinzas entre los dientes y presionas con las dos manos, con las uñas. Notas el pelo enquistado y retorcido, el bultito. Sale sangre. Joder.

Coges el móvil del suelo, escribes a Bea: «Tía, cómo se quita un pelo enquistado?». Escribes a Dani: «Desastre en la ingle, pelo enquistado, sangre, qué hago?». Dani te dice que te metas en la ducha, que el poro se abre con el calor, que luego intentes sacarlo sin las uñas, presionando suave. Bea te dice que no importa. «No te rayes, tía», te dice. «Como si vas sin depilar, tía», te dice. «Si Charlie te quiere, te querrá como eres».

A ti la idea de ir sin depilar te escandaliza. La sangría que estás creando en tu ingle derecha te escandaliza. El mero hecho de que esa herida muestre que ahí había un pelo, que lo hay, de hecho, debajo de la piel irritada, te escandaliza.

Eres un mamífero. Es espantoso.

–¡Déjame entrar! ¡Tengo que hacer pis!

Simba golpea al otro lado de la puerta.

–¡No! ¡Espera!

Empiezas a sudar. Llega mamá, «¿Qué haces ahí dentro?», «Nada, ya salgo», «Deja que pase tu hermana», «Que ya salgo, joder, un poco de privacidad», «A mí no me hables así. Sal en cinco minutos». Joder. Ahora quieres llorar. No te da tiempo a ducharte. Desistes de los cuidadosos consejos de Dani y, en contra de tu intuición y de tu bienestar, te apoyas en el inverosímil veredicto de Bea. «Estás segura de que no le va a importar?», «Que no tía, ve sin depilar». Por supuesto que no vas completamente sin depilar, pero sí en parte. Y además con una herida en la ingle que revela un pelito enquistado y que te roza con la goma de las bragas cuando te las subes. Recoges todo.

Camino a casa de Charlie solo puedes pensar en tu pelo enquistado, en las estrías que tienes en la cara interna del muslo, en cómo te verás desnuda. Lo has comprobado. Has metido un taburete en el baño y te has subido para que quede a la altura del espejo del lavabo. Cómo te ves desnuda, ya lo sabes. Cómo te verá él, no. Caminas nerviosa y profética. Sabes lo que va a pasar. Te sientes adulta. Te ha contado que su ex tenía tres años más que él, y él tiene dos más que tú, lo que significa básicamente que viene del futuro. Sacas el móvil de la cazadora y escribes a Martín: «Se

supone que estoy contigo, acuérdate». Martín se acuerda. «Luego me cuentas eh?». Es lo último que lees antes de pulsar el telefonillo.

Charlie abre la puerta y te saluda con un beso lento. Siempre te besa mejor si estáis a solas. Le devuelves el beso y notas cómo algo te baja de la boca al esternón, y de ahí al ombligo y del ombligo a la entrepierna. Dejas el bolso y te quitas la cazadora.

–He pillado esto, ¿te renta?

Esto son dos pizzas congeladas.

–Sí, guay.

Respondes mirando alrededor, escudriñando esa casa, esa cocina, ese salón, deduciendo cómo es su familia en función de los cuadros de punto de cruz que tiene pinta de haber bordado su madre o de las páginas naranjas de economía de los periódicos amontonadas en la mesa baja, seguramente de su padre. Casi todos los fines de semana ellos se van al pueblo. Este es el primero que vienes tú.

–¿Tienes la peli?

–En el bolso. La saqué ayer del videoclub.

–Guay. ¿Cenamos primero?

–Venga.

Cuando pone la película ya os habéis tomado una pizza y dos cervezas. Os sentáis en el sofá y él apaga todas las luces. La película comienza con un gato naranja que despierta a su dueño porque tiene hambre. Dejas caer tu mano sobre el sofá. El gato maúlla. Charlie coge tu mano. Te acaricia el antebrazo. El protagonista sale de casa en busca de comida para gatos. Antes de que vuelva, Charlie te está besando el cuello muy despacio. Os ilumina solo la luz de la pantalla, que se pasa de clara a oscura en función de lo que ocurre en la película. La película. Te has olvidado de ella hace rato, pero yo no. Le besas, besas a Charlie y él te quita muy despacio la camiseta, de modo que no ves cómo los agentes llegan a casa de Philip Marlowe, no ves cómo su amigo lo engaña, no ves cómo lo buscan por la pasta, no ves lo que veo yo. Charlie te quita también el sujetador y a ti se te erizan las tetas pequeñas. Lo miras. Si quisieras percibirlo, notarías que está nervioso, pero no quieres o no puedes, porque te han dicho que los chicos saben lo que hay que

hacer durante el sexo. El sexo es algo que ellos hacen; a ti, te sucede. La primera vez duele, la primera vez gusta, la primera vez es rara. No hay nada que tú puedas hacer para intervenir. Charlie te besa el lunar que tienes entre las tetas, de modo que no ves cómo los matones entran en casa de Marlowe ni escuchas al jefe de la cuadrilla decirle a la chica: «Yo me tiro a muchas chicas, pero hago el amor contigo». Luego le parte la cara. Charlie te baja la bragueta con una mano temblorosa, pero no ves su temblor. Entonces te acuerdas, te ruborizas.

—¿Todo bien?

—No estoy depilada del todo.

—No pasa nada.

Charlie es un lugar seguro. Charlie te entiende. Charlie es lento y torpe, pero tú no lo ves. Tampoco ves cómo dejan a Marlowe en la estacada porque Charlie te está bajando las bragas. Él te chupa el lunar, y luego el ombligo, y luego el clítoris y tú dejas de sentirte mamífero para sentirte un poco molusco. Te da cosa y te gusta al mismo tiempo. Cuando metes tu mano en su calzoncillo te sorprende lo dura que está: no sabías que podía estar tan duro un trozo de carne. Charlie deja caer la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Tú lo miras y él te toca, de modo que no ves lo que yo veo: que el amigo pide perdón anticipadamente porque sabe que lo va a traicionar, que Marlowe llega a México, te pierdes la explícita traición de la pantalla. Me dan ganas de decirte mira, boba. Escuchas la respiración de Charlie y mueves tu mano lentamente de arriba abajo. Has hablado muchas veces con Dani y con Bea de cómo se hace. Ahora lo estás haciendo. No sabes si bien o mal. Charlie no dice nada. Charlie te toca con su dedo corazón y tú no escuchas el diálogo que sale de la pantalla

Me usaste.

Para eso están los amigos...

porque estás gimiendo. Marlowe dispara a Lennox. Tú te corres. De repente, te has corrido. Pero no ha sido de repente. Os miráis. Él, el otro, Charlie. El pudor. Qué pensará él de tus proporciones —¿eres pequeña?—, del tamaño de tus pies y de tus manos, del tamaño de

tu cintura –en relación a qué–, y de tus tetas –según qué escala–, y de tu culo –siguiendo qué criterio–. Afortunadamente él viene del futuro, y es cuidadoso y tierno y la humedad y el frío y te retuerces y su dedo y su lengua y la pausa y tu piel y su piel y qué duda cabía, el amor –el amor– era claramente esto.

El pelito que se te sigue enquistando nueve meses más tarde. El mismo pelito. En la ingle derecha. Sobre el banco de piedra de la piscina del Huerto abres las piernas y lo intentas sacar. El pelito.

–¿No te bañas?

–Ahora.

Qué pesada. Mamá dice que por qué no cogéis la bici y os vais a dar una vuelta, así os movéis un poco. A Simba y a ti os da la risa. Moveros, dice.

–Si te parece nos preparamos una media maratón.

–Qué pavas que sois. Pues haceos unos largos.

–¿Pero qué largos? Si la piscina es enana. No da ni para dos brazadas.

Para dos brazadas sí te da. Cuando bajas a la hora de la siesta y te zambulles sigilosa, das hasta cuatro o cinco brazadas buceando. Más no, es verdad. ¿Te acuerdas de cuando era infinita? ¿De cuando era una piscina como la de las Olimpiadas? Miras la piscina, pero no la ves porque tu radar apunta en diagonal y hacia atrás: el bancal de arriba, la cortinilla metálica, el baño de fuera, el váter, el teléfono móvil. Agudizas el oído. Chchchchchchch. Se escucha el sonido de las chicharras. Chchchchchchch. Cierras los ojos. Charlie. Pensar siempre en lo mismo es como no pensar en nada.

–Anda, tesoro, bájame el neceser amarillo del baño, que no quiero entrar mojada.

La abuela se enrolla en la toalla, colocándosela por debajo de las axilas, y se sienta en el banco de piedra que rodea la mesa redonda de la piscina. El banco en el que tú llevas dos horas viendo la vida pasar. La de Charlie, no la tuya.

No quieres, claro. No quieres nada. Pero a ella no le dices que no. Subes las escaleras como guiada por tu atención, como si tu

atención fuera el anzuelo y tú el pez. Un pez sin memoria y con mucha hambre. «Kuándo vuelves? Podemos hablar?». Hablar. De qué querrá hablar. De qué sirve hablar, ya. Aprovechas la incursión para dar un rodeo, acercarte al baño de fuera y comprobar con angustia la pantalla vacía. Es verdad que tú no le has respondido. No sabes qué decirle. Suspiras y cumples desesperanzada con tu misión.

Dejas el neceser amarillo sobre la piedra blanca. Te sientas en el banco con las piernas cruzadas sobre él, como si estuvieras en el suelo. La lima de uñas, el espejito de aumento, las pinzas de depilar. La abuela coloca el espejo con marco de carey a la altura de su cara, eleva la barbilla, arruga el mentón, frunce el ceño para atinar y se arranca un pelo. Tú miras para abajo y observas el triángulo que forman tus piernas cruzadas, los pelos de tus ingles sobresaliendo por debajo de la braguita del biquini. Otro suspiro. Te prometo que un día te van a dar igual. Te lo prometo, pero no me escuchas. No me crees, no puedes creerme, pero un día los pelos de tus ingles no van a ser un problema, te lo prometo. Será una cuestión de principios. Ese día no ha llegado, ya lo sé. Estamos aquí. Es julio, hace nueve meses que conoces a Charlie y treinta y nueve grados a la sombra, tienes dieciséis años y pelos en las ingles.

Elevas la mirada, como si al dejar de mirarlos no existieran, y te encuentras de nuevo con la abuela, la toalla a la altura del pecho, el bañador. Vuelve a arrugar la barbilla, se pasa las yemas de los dedos, localiza otro pelo y lo arranca del tirón.

–Abuela. ¿No te molesta quitarte los pelos?

–Ay, hija, el problema no es quitármelos. ¡El problema es que no me los veo...!

–No, pero digo los pelos de las ingles y las axilas y eso, ¿te los depilas?

–Pues cuando me los depilo, me los depilo. Y cuando no, pues ahí están.

Suspiras. A ti te gustaría verlo igual, pero no puedes. Por qué no puedes. No sabes. La vida es muy complicada. «Vale, los pelos me los puedo quitar, pero ¿y esto?». Me lo dices con la misma

desesperación con la que con siete años me decías que no sabías estar tranquila. Solo me quieres para darte respuestas que no existen. «¿Y esto?». *Esto* es una estría que te corta el muslo, y tampoco pasa nada. Ya, ya sé que te quieres morir. Que odias la vida. Que odias tu muslo. Que preferías la época en que te aburrías a esta en la que te angustias. Pero no pasa nada. Ya estás haciéndolo otra vez: forzarte hasta la extenuación. Me agotas hasta a mí.

En el Huerto al menos puedes ir en bañador y tener pelos y estrías sin pasar vergüenza. Ahora tienes que ponerte también la parte de arriba del biquini y cuando te duchas en la piscina conservas el bañador y metes la mano por dentro. Pero el pudor no es tuyo: es de los demás. Es el pudor ajeno el que te lleva a cubrirte, y qué tendrán de malo mis tetas que me las tengo que tapar, piensas, mis tetas que son esencialmente las mismas. Recuerdas tu pecho plano, tus pezones pegados al músculo pectoral y luego a las costillas, y miras para abajo y bueno, han crecido, pero qué diferencia hay. Son tus tetas. Aquel lunar que tenías en el centro en realidad no está en el centro, sino que se escora ligeramente sobre la teta derecha. Tú irías en braguitas igual que ibas en braguitas con siete años. Pero tu pecho ya no es plano y eso cambia extrañamente el mundo que te rodea: un mundo que no te pertenece. Tus tetas son redondas y son suaves. Te gustan cuando te las ves en el espejo del baño antes de meterte en la bañera. Te duelen con la regla. Las miras y no les comprendes el misterio: son solo tus tetas.

–Abuela, ¿tú te acuerdas de cuando te vino la regla?

–Ay, cállate, qué asco.

Simba acaba de despertar de la siesta y se os une con sus greñas rubias, arrastrando las chanclas. Es una digna portadora de su nombre. La ignoras, insistes en tus preguntas y de algún modo acabáis hablando de partos. La abuela tuvo cuatro embarazos y tres partos. La abuela tuvo un aborto y tres hijos. La primera fue una niña y es tu tía. La segunda fue otra niña y es tu madre. El tercero fue un niño que se murió ocho días después de haber nacido.

–¿Y duele mucho?

–¿El qué?

–Parir.

–Ah, parir. Sí que duele, sí, claro que duele. Y luego sale el niño, que sale muy sucio...

–¡¿Sucio?! –Os sorprendéis al unísono.

–Sucio, claro. –La abuela se ríe.

–Sucio de qué, a ver –pregunta Simba.

–Pues de la sangre y de todo eso, de caca...

Proferís un grito de asco. Luego, una mueca de repulsión.

–¡Caca!

Lo gritáis a la vez. La abuela se ríe.

–¿Pero sale caca también?

–Hija, por ahí en esos momentos sale de to.

Os quedáis boquiabiertas. Qué horror. Volvéis a gritar. Es espantoso. Para algunas cosas, seguís siendo unas niñas. Simba extiende los brazos y hace con las manos el gesto de ahuyentar a un vampiro. Tú cierras tus piernas y metes las manos dentro, bien contra el pubis, como queriendo protegerlo de un futuro dolor. A la abuela le sigue haciendo mucha gracia vuestra sorpresa, así que tenéis que ser contundentes para que os tome en serio.

–Yo no pienso tener hijos –dices tú.

–A mí, que me seden –sentencia Simba.

Estás enamorada, así que finges. Finges continuamente. De eso no me dices nada, tú, tan sincera. Pero las dos sabemos que finges. Que una parte de ti se está haciendo mayor y la otra solo lo finge. Finges que se te dan bien todas las asignaturas, pero solo se te dan bien las de letras. Finges que ya comes de todo, pero una vez a la semana negocias tus lentejas en trueque, nunca te comes la menestra y jamás coges fruta de postre. Finges que estás estudiando en tu cuarto y en realidad estás escribiendo el guion de un corto que nunca vas a rodar. Finges que eres dulce, pero no te sale. Finges que te gustan los niños. Les cobras a sus padres quince euros la hora por las clases particulares de lengua y literatura, pero

esos mocosos vagos y distraídos acaban con tu paciencia. No es que sea difícil. Finges que eres ordenada y tus cajones están llenos de porquerías. Finges que eres muy segura. Finges que eres sensata. Finges que todo lo controlas. Finges que te las apañas muy bien cuando te quedas sola en casa y tu plato más elaborado son unos cereales con Cola Cao. Aprendes a fingir, como todos los adultos. Finges que te lavas los dientes todas las noches antes de acostarte, que no bebes alcohol, que no te apuntas las fórmulas de trigonometría en el antebrazo. No pasa nada. Los adultos también fingen, y tú también fingirás cuando seas adulta. Fingirás que entiendes la declaración de la renta, que te caen bien tus compañeros de trabajo, que tienes que ir a hacer pis en mitad de una fiesta. Te irás al baño simplemente a estar sola tres minutos, a descansar del mundo, a dejar de fingir, a mirar a la tipa que te devuelve la mirada en el espejo.

Es ahora –apenas tienes dieciséis años– cuando empiezas a manejar con destreza las primeras artimañas para adaptarte al mundo, ese mundo hostil que no sabes cuándo dejó de pertenecerte. Es ahora cuando empiezas a fingir. Son muchas las cosas que antes hacías y ya no. Mezclar la Fanta con la Coca-Cola y con la sal en las sobremesas de los restaurantes. Hacer el pino contra la pared del pasillo. Dormirte donde estés, si estás cansada. Reírte de lo que sea que te haga gracia. Chillar. Saltar en la cama. Hacer la voltereta lateral. Hablar conmigo.

Hablar conmigo es como meterte dentro de las fuentes en verano, como comerte el helado mordiendo el cucurucho y aspirando desde abajo: hacerlas con siete años es tierno, risueño, gracioso; hacerlas con dieciséis, es estar loco. Finges que no hablas conmigo igual que finges que te lavas el pelo un día sí y un día no o que nunca has probado los porros. Lo finges mejor, incluso. Has dejado de hablarme.

Callas y finges. Callas y sientes lo mismo que sientes cuando papá y mamá dicen con orgullo «Un diez ha sacado en Matemáticas» –las fórmulas de las ecuaciones en el antebrazo–, o cuando confían en tu sensatez –tú mareada por culpa de un vodka

con limón—, o cuando alguien te dice «Qué flipada, claro, como tú eres tan perfecta» —y tú sientes que se te colorean de rubor las inseguridades: las estrías, el miedo social, Charlie—. Bienvenida a tu doble vida.

Cómo me siento yo, qué importa. Tampoco importaba antes, aunque me hablaras más. No me hablas, pero me escuchas. No puedes evitarlo. A pesar de la rabia que te doy, no puedes evitar escucharme. Eres injusta, además. Te da rabia que todo lo sepa pero me buscas para tranquilizarte, para decirte que todo irá bien, que un día tendrás veintisiete años y bla bla bla. Todo lo hago bien y me buscas como referente y por lo mismo me odias. Eres injusta y aun así te entiendo, y como aun así te entiendo, más rabia te doy aún: vamos a llamarlo *entrar en bucle*. Te entiendo y sigo aquí para las veces en que silenciosamente me buscas. Tirada en tu cama mirando al techo. Escribiendo en el cuadernito ese que llevas a todas partes, en el que apuntas ideas de escenas, de historias, de películas. Te entiendo y sigo aquí mientras tú me ignoras, porque esa es mi misión. Yo también tengo una. Hasta que me vaya. Hasta que te atrevas a ser la sensata, hasta que no me cedas el papel de todo lo bueno. Hasta entonces, aquí estoy. Viéndote pasar las horas con el teléfono inalámbrico pegado a la oreja, hablando con Eli, con Dani, con Bea, con Martín. Si tu atención no está en ti, cómo va a estar en mí. Les cuentas las mismas cosas, que se vuelven distintas porque sus respuestas son diferentes. Les cuentas *la* misma cosa. En singular. La pelota. El frontón. Tu pensamiento único. El flequillo sobre su frente. Su olor a baloncesto. Su bufanda. La pulserita de hilo rosa y verde que te regaló aquel día, el día que se convirtió en el-día-que-teregaló-su-pulserita-de-hilo. La desató de su muñeca y la anudó alrededor de la tuya, ciñéndola más. Tu muñeca es pequeña. ¿En relación a qué? En relación a la suya. La pulserita de hilo rosa y verde que no te quitas nunca, que no te vas a quitar jamás, que vas a llevar hasta el día de tu muerte. Es muy sencillo pensar así. El día de tu muerte aún no existe, de modo que es muy fácil decir «hasta la muerte».

Finges pero no sabes que finges, porque tu atención no está puesta en ti, así que en realidad no estás mintiendo, estás siendo fiel a ese desplazamiento de tu atención, a ese desfase permanente en el que vives. Desplazas, con tu atención, tus intereses, tus gustos; desplazas casi todo menos los tres o cuatro rasgos que a Charlie le gustan de ti y que te hacen específica, singular. Lo demás es desplazamiento para forzar coincidencias sobre las que depositas tu geografía emocional. Te pasarás la adolescencia mintiendo coincidencias y viéndolas, sin embargo, no solo como si estuvieran ahí, sino como si estuvieran y brillaran y fundamentaran el mundo. Júpiter –las coincidencias– y los satélites orbitando alrededor. Lo has estudiado en Biología.

La *Galleria Mellonella* es una polilla de apenas tres centímetros, cuya capacidad auditiva es la más desarrollada del reino animal. Se trata, pues, de un tipo de polilla que cuenta con un sistema auditivo de sensibilidad ultrasónica. La *Galleria Mellonella* puede oír en un rango superior a los cien Hertz. Hertz: finges que lo sabes, pero no lo sabes. El amor, esa polilla con capacidad auditiva de sensibilidad ultrasónica, que escucha los mensajes –ibip!– a cualquier distancia, que escucha también los mensajes de desamor que nunca llegan. Ya te dije que el amor era un insecto. Miras el móvil como si hubiera sonado. Nada. Lo vuelves a dejar encima del váter. Algo ahí, atorado a la altura del esternón. Quieres que te escriba, aunque no quieres que te escriba. Quieres que quiera escribirte. Quieres que no haya hecho lo que ha hecho. Quieres que sea otro. Quieres que se arrepienta. El deseo más absurdo, más estéril: querer que el otro quiera. Tú Simba, tú Nala, tú Mufasa. Y luego nadie quiere representar la obra. Mirar el móvil. Querer que suene. Afinar el oído para escuchar un ibip! que no llega nunca. O, peor, que llega a veces. Entre la fiesta y la catástrofe está la incertidumbre.

Bajas a la piscina y te tiras en la tumbona, te pones a leer. La abuela te mira. Sabe que te aburres. Piensa en ti, en tu vida en Madrid, en esa vida que no te gusta, pero que ella cree que sí.

–Lo que está leyendo esa, madre mía.

Te molesta que te hable mientras lees. Sin sacar la mirada del libro, dices: «Sí».

–¿Cuántos libros te has leído ya este verano?

Te molesta que te hable pero no la quieres ignorar, ni quieres hablarle mal. Ni que fuera mamá, o Simba.

–Solo dos. Pero largos.

–¿Y de qué tratan?

Suspiras. Dejas el libro. Te excusas, como si leer tanto no estuviera bien: «Es que no hay otra cosa que hacer aquí». Ella te comprende: «¡Ay, qué pendona es ella, madre, que en Madrid no para quieta y aquí no tiene adónde ir...!». Os quedáis en silencio. No sabes si retomar el libro o no, pero ella se interesa por ti con una concreción que te emociona.

–Oye, y dime una cosa: ¿qué hacéis cuando quedáis?

Sonríes. Qué hacéis cuando quedáis. Piensas en este año que quedó atrás, en los parques, en las plazas, en el Largo. La carrera desde el metro hasta el Garaje Sónico para pillar la *happy hour*, el sabor a ron cola, echarse un porro en un portal entre varios, y el frío, las luces de colores y el mareo.

–No sé. Vamos a bares. Bailamos. O estamos en una plaza y tomamos algo y hablamos.

–¿A bares con música?

–Normalmente sí.

–Yo es que me doy cuenta de que ya no soy de este mundo porque no me gusta la música que echan por la tele y la radio y eso.

–¡Pero abuela! Qué tontería. –Te incorporas—. Yo te voy a poner música que te va a gustar.

–Mira, hoy a mediodía estaban echando en la Primera eso del corazón, ¿sabes cuál te digo?

–Sí. Lo de Igartiburu.

–Eso. Y entonces han empezao a hablar de esa que canta..., iy hacía unos bailes...!, iy una ropa más fea llevaba...!

Te echas a reír. Te sientas con ella en la mesa de piedra. La miras rebañar el yogur desnatado.

–Pero a ver, quién era.

–Esa que se mueve así, chuchuchuchú.
–Chuchuchuchú, ¿cómo?
–Esa, mujer, esa... Cómo se llama... La Ni-sí-ni-no.
–¡Ah! ¡Kylie Minogue!
–¡Esa!

Agudizas el oído. «Ahora vengo», dices. Caminas descalza sobre la piedra ardiendo, entras al baño de fuera, coges el móvil, lo elevas para que llegue la cobertura. Quieres que te escriba, te enfadarías si te escribiera, no quieres que te escriba. Vuelves a salir, te asomas al bancal, ves a la abuela limpiando con el sacabichos la piscina, en bañador, recorriendo el bordillo. Qué hacéis cuando salís. Cuando salimos, abuela, mi novio y mi mejor amiga me traicionan delante de todo el mundo y ahora yo soy estúpida y leo libros largos para olvidarlo. Hay una Marta que quiere contestar eso. Pero todas las demás la miran reprobatoriamente y le dicen: Cállate.

Todo el año buscando un resquicio de intimidad en el piso de Madrid, hasta que llega el 5 de enero. El 5 de enero es un día que escapa a la cronología. El árbol de Navidad. El 5 de enero un año, y otro año, y otro año. «¿Dormimos juntos?», «Vale». Unas zapatillas Converse, unas botas con el interior de borreguito, unas zapatillas de deporte blancas. Tres copitas de champán. Tres reyes para tres hermanos. Cenáis espaguetis con tomate en la cocina.

–¿Me traerán la moto roja?

Al niño le brillan los ojos. Simba y tú os miráis con complicidad. El niño ha pedido una moto roja de juguete.

–Si te has portado bien... –dice Simba, y te guiña un ojo, porque tiene que subrayar que ya es mayor, que ya forma parte de los que lo saben.

El niño baja la cabeza y remueve los espaguetis.

–Que sí, tonto, que seguro que te la traen –dices tú, que para algo eres la mayor, que sabes todavía más de lo que sabe Simba.

Y aun a pesar de saberlo todo, te metes en la cama y los ojos como platos, los nervios absurdos, la ilusión contenida y la incertidumbre de la sorpresa. Dormís los tres en la misma

habitación. Tu pelo largo y liso sobre la almohada, el pelo enmarañado y rubio de Simba, la cabeza rapada del niño. Simba llegó la segunda, así que el suyo es Gaspar.

La fiesta. Lo llamáis «la fiesta» como si nunca hubiera habido otra, como si fuera la primera de la historia de la humanidad. Charlie te lo ha preguntado hace dos días fingiendo despreocupación –«¿Te dejan al final venir a la fiesta, no?»– y tú, por qué iba a ser de otro modo, te has creído su despreocupación. Pero lo que los caballeros dicen y lo que piensan son cosas distintas: a veces, para bien. Charlie tiene un amigo que se llama Rulo, que tiene una casa muy grande y unos padres que pasan el próximo fin de semana con otras dos parejas de amigos en una casa rural. Charlie te invita a ti y tú arrastras a Dani contigo, que no accede por ti, sino por Rulo. Se suceden las negociaciones, la de Dani con sus padres –«Pero a Marta la dejan»–, las tuyas con tus propios padres –«Va Dani, y más gente del instituto»– y al final –los ruegos, las tretas, las notas del primer trimestre– os dejan ir.

Dani y tú vais a Zara a por un vestido. Ella se atusa el pelo, masca su chicle y se mira muy concentrada en el espejo. Lleva los ojos pintados y una gargantilla de plástico alrededor del cuello. Entre vestido y vestido, estalla una pompa de chicle rosa. Encerradas en el probador –igual que te encierras con tu hermana en el cubículo del baño– os miráis al espejo, os cerráis la una a la otra la cremallera, os escrutáis. «Ese vestido te hace las tetas pequeñas» –¿en relación a qué?–. «Ese ni de coña, te hace gorda» –¿siguiendo qué criterio?–. «Ese, ese, que te hace escotazo» –¿según qué escala?–.

Habéis pensado en cada detalle, pero respondes a Charlie fingiendo la misma indiferencia que él:

–Sí, en principio voy a la fiesta. Me pasaré sobre la una y media o así.

–¿Qué dices? ¿Una y media? Es supertarde.

–Tengo una cena familiar.

Es el cumpleaños de tu madre. Te sientes mal por no poder llegar antes. No quieres llegar antes, y te sientes mal por no querer, por no

escuchar tu deseo sino solo el suyo. Te tumbas bocarriba sobre el césped. Charlie se tumba a tu lado y te mira. Resulta que van a preparar una cena guay, que el padre de Rulo les ha dado vino, y Cris tiene movidas de la matanza de su pueblo, y Fer y Sol traen el postre y seguro que puedes convencer a tus padres y fumarte la cena familiar. Lo divertido empieza mucho antes. «Además», dice, y te baja la cremallera del abrigo. «Además»: mete la mano entre el jersey y la camiseta, y te acaricia la tripa. «Además, es que me apetece mucho que vengas conmigo». Baja, la mano baja y se cuela por debajo de la camiseta. Te la sube. Te da el sol en la cara y en la tripa, echas el cuello hacia atrás, cierras los ojos. «Me apetece mucho». Te rodea el ombligo, baja, te agarra el hueso de la cadera. Suspiras. El-día-en-que-te-rodeó-el-ombligo. Te incorporas a medias, sobre los antebrazos. Lo miras a través del sol. Es el chico más guapo del mundo.

«Seguro que puedes convencer a tus padres y fumarte la cena familiar», eso ha dicho, y tú, que vas a ser guionista, no te das cuenta, pero en esa frase está contenido no solo su deseo sino también una asunción: que le prefieres.

Dentro de tres años y medio, cuando otro chico con más barba y pelo revuelto sobre la frente te diga que él te invita, que por el precio del billete que no sea, que le apetece mucho que te vengas, te acordarás de él, a través del sol, con menos barba y el abrigo abierto por el cuello y la bufanda que ya es un poco vuestra, de los dos. Te acordarás de tu ombligo y de que le apetecía que fueras a la fiesta. Mucho, le apetecía mucho, como le apetece al chico de la barba que te vayas de viaje con él y como quiere –quiso, querrá– ese novio italiano que fueras a su casa del pueblo, y el chico de la uni que te retira el pelo por detrás de la oreja y te susurra que le apetece (mucho) que te apuntes al plan de ir a Segovia, que va toda la tropa, pero que no es igual si tú no vienes. El discurso completo, las argumentaciones, la mano en la cadera, en el pelo, en el cuello, en la cintura, todo antes siquiera de que tú hayas abierto la boca. Cuatro proposiciones y tres años y medio te va a costar darte cuenta de que ninguno te pregunta qué te apetece hacer a ti. Te va a costar

darte cuenta de que puede no apetecerte. ¿Cómo no te va a apetecer, en qué universo podría no apetecerte estar con ellos mientras sus manos acarician tu tripa?

Pero estamos aquí. No es dentro de tres años, sino ahora. Tienes dieciséis años y estás muy lejos de las respuestas que te gustaría dar. Muy lejos de aquel chico de tu clase: «Me da pereza el grupo, la verdad, y ya tengo otros planes este finde». Muy lejos del medio novio italiano: «¿Pero estarán tus padres? Vamos, ni atada conozco yo a tus padres». Lejísimos del chico que, a diferencia de todos tus amigos, sí tiene una barba muy poblada: «Prefiero irme a algún sitio donde pueda pagarme yo el billete, la verdad». Estás aquí. Tirada en el parque del Oeste. Eres la mayor, lo has luchado, vas a ir a la fiesta. *Te dejan*. Como si tu voluntad no bastase. Llevas los vaqueros tan bajos que te arrastran y se te ven las bragas. Piensas en tu vestido. En tus tacones nuevos. Lo miras a través del sol. Suspiras. Es el chico más guapo del mundo.

Para no responder, le das un beso.

Primero fue Religión o Ética, Voleibol o Baloncesto, Francés o Uso Práctico de la Lengua Española. Luego los bloques eran más grandes, pero el margen de maniobra muy amplio: Física, Química y Biología; Física, Química e Historia del Arte; todo menos Física y Química. El año próximo, la vida entera: Ciencias, Sociales o Humanidades. Los meses pasan y el verano se acerca. Hay que pensar en el curso que viene. La vuelta al instituto es la vuelta a las disyuntivas. Charlie os saluda en grupo, a Bea, a Dani, a ti. A Martín, a quien conoce del baloncesto. Pero no es contigo por los pasillos como es contigo en el Largo, y desde que os acostáis ese desprecio suyo ya no es para ti incompreensión sino angustia, aunque tú lo disfrazas de incompreensión.

—Es un incoherente.

Y con esa palabra elevada sientes que te cargas de razón. La polilla atorada. La reacción inmediata: fingir que todo está bien. Finges. En casa, todo está bien. En el instituto, todo está bien. Parece que mientras sigas sacando buenas notas todo está bien.

Tienes dieciséis años y esa es tu única obligación. Y si cumples con tus obligaciones, todo está bien, lógicamente. A mí me ignoras, empiezo a comprender que por necesidad de sobrevivir; porque no puedes, además de todo, rendirme cuentas. La familia va por un lado y tu vida por el otro. Yo estoy entre las dos cosas y no puedes asumir esa asociación. Hablar de Charlie en casa, ni loca. Hablar de que te tomas unas copas cuando sales, antes muerta. Hablar de tus inseguridades, de los amigos, de los cortos que quieres rodar este verano y cuyos guiones garabateas en cuadernos que se amontonan en tu mesilla, jamás. En casa solo se habla de las obligaciones cumplidas. Y qué puede ir mal, si cumples con todas tus obligaciones.

—Hey, qué tal.

Lo dice levantando ligeramente la barbilla, y se para escorado, dejando ver que va a pararse, pero solo un momento. Su amigo Rulo lo acompaña como un accesorio más. El arito en la oreja, la mochila, Rulo. Entonces Bea da un paso al frente y resuelve. La onda de pelo rubio le tapa un ojo.

—Hola, pues muy bien, ¿vais el viernes a lo de la Caracol?

La polilla se te retuerce a la altura del esternón. Menos mal que Bea tiene la habilidad social de la que tú careces. Igual sí van. Ya habláis. Siguen andando. Vosotros también. Bea y Dani comentan el encuentro entre risas nerviosas y tú las sigues, un paso por detrás, callada.

Actúas como si no pudieras hacer nada para cambiar el orden de las cosas. ¿Por qué no le saludas tú? Ni se te ocurre. Estás metida en esa carcasa en la que todo parece darte igual. ¿Qué problema hay en dejar entrever que hay cosas que no te dan igual? Mostrar tus inseguridades, hablar de Charlie, de tus inquietudes: ni muerta. Lo ves en el instituto y decides ignorar su parquedad contigo como quien ahuyenta una mosca, el humo del cigarro que viene de la mesa de al lado, como me ignoras a mí.

Te sientas en el pupitre y sacas los apuntes. Las risitas de Bea y Dani te ponen aún de peor humor. Entonces piensas en la última vez que os visteis. En su mano en tu tripa. En cómo te habló de la

relación con sus padres. Sabes que esa complicidad es real –¿cómo no va a serlo?– y te tranquilizas. Fue apenas hace dos días, el sábado pasado: ¿cómo no va a haber existido el sábado pasado? Qué te importa a ti el ruido externo, si tienes lo esencial. Charlie y tú tirados en su cama, semidesnudos, él contándote sus inseguridades, tú expresando sin pudor tus rarezas. No puedes saberlo, porque aunque te sabes todas las palabras no te sabes ninguna, pero en el fondo le molesta que hayas accedido a esa intimidad. Le turba. Precisamente tú. Te odia por ello. No te saluda. Si estuvieras dispuesta a escucharme, podría contártelo.

A Elías tampoco le escuchas, ni cuando te dice «Ese tío es un imbécil», ni cuando insiste «Pero de verdad, un imbécil», ni cuando te dice que te pongas a escribir. Eli quiere ser director de cine y habéis acordado ya que tú serás su guionista.

–O tú mi director, no te jode.

–Bueno, lo que sea. Detalles.

Casi todos los miércoles quedáis en Plaza de España y aprovecháis el día del espectador. Casi todos los miércoles te pregunta que si te has puesto con el guion. Casi todos los miércoles le dices que no.

–Tía, si lo vamos a rodar en verano te tienes que poner ya, que luego habrá que corregirlo y eso.

–A ver, es un corto, vamos bien de tiempo. No es la saga de Star Wars.

Pero no es tiempo lo que te falta. Te falta voluntad, te falta diversificar la atención, te sobra pereza. Eli no tiene novia ni interés aparente, se vicia a la Play Station todas las tardes y solo habla con sus colegas frikis y raros del instituto de pasarse pantallas y de pelis de ciencia ficción. Para algunas cosas, sin embargo, parece mayor que tú. Cuando termina de regañarte, divagáis. Habláis del gran equipo que seréis, de cómo recorreréis el mundo presentando vuestras películas.

–¿Te imaginas que un día ganamos un Goya?

–¡Hombre, pues claro que me lo imagino! ¡Me imagino un Oscar! Una Palma de Oro, como mínimo.

–Yo llevaré un vestido rojo y largo.

–Yo iré acompañado de una famosa actriz.

Te partes de risa y Eli se ofende.

–¿Qué es tan gracioso?

Lo miras detrás de sus gafas redondas, rojas y llamativas, su sombra de bigote, su camiseta de Spider-Man.

–Tu novia actriz, eso es lo gracioso.

Lo que viene después lo recordarás difuminado cuando tengas veintiún años, veinticuatro, veintinueve. Lo recordarás difuminado y borroso, lejano y abstracto, o no lo recordarás en absoluto. Lo que viene después no importa. Las tardes en el Largo, y en el parque de al lado, y en el barrio, hablando de películas, de política, del instituto. Los fines de semana en que sus padres se iban al pueblo, aquella tarde en el cine, ir de la mano y contaros las cosas cuando las cosas os pasan. La risa que no cesa y sus mensajes, su mano poniéndote el pelo detrás de la oreja, su mano subiendo brazo arriba el tirante de tu sujetador, acariciando tu hombro, colocando el tirante en su sitio por debajo de tu camiseta verde. Compartir una bolsa de pipas en un banco, dar un paseo largo en el que haces algunas fotos, meter la pizza en el horno, besaros, que la pizza se queme. Que la ciudad sea vuestra: vuestro banco, vuestro parque, vuestro bar. Leer los mismos libros, escuchar los mismos discos, ver las mismas películas. A ti no te gusta la música que escucha él y a él no le gustan las películas que quieres ver tú, pero jugáis a que sí, a que os gusta. El amor y la adolescencia: escuchar durante horas música que detestas con obsesión ciega.

Lo que viene después lo recordarás difuminado o no lo recordarás en absoluto, lo que viene después dará lo mismo. Charlie dándote los buenos días, abrazándote por detrás, recogiendo en la puerta de la Academia: él empieza a saltarse las clases, pero va a por ti a la salida. Charlie y tú sin hacer nada, tirados en su cama, buscando en el ordenador una canción, el Fotolog de alguien de su curso,

hablando de vosotros como quien habla del último descubrimiento de la NASA, las cosas que hacen las parejas: quedar, reír, follar, discutir, arreglarse, besarse, hablar de todo, hablar de nada, quedarse en silencio mucho rato, ir al cine, a los parques, a conciertos.

Entonces, una tarde. El paladar. El frío. Las ojeras.

—Pero si no has cenado nada, mujer.

La abuela te deja en paz pero se preocupa si no comes. Las comidas y las cenas familiares en la rutina inquebrantable del Huerto te agobian. «No tengo hambre hoy», has dicho, y te has quedado en el porche leyendo. La abuela te ha traído cuatro croquetas y un yogur en una bandejita. Que no comas le da miedo. A ti te parece un miedo absurdo. No tienes hambre.

Cuando vuelve a por la bandeja, la encuentra como la dejó. Pareces un reo. No has respondido a Charlie. No sabes qué responder. Tú pones cara de que no tienes ganas de cenar. Ella te da un beso en la frente y está ya en el umbral de la puerta de casa cuando la llamas.

—Abuela.

—Dime.

—¿Cómo era con el abuelo cuando erais novios?

Sonríe. Deja la bandeja en la mesa de nuevo y apoya una mano en la butaca.

—Pues cómo iba a ser, como hacían los novios entonces... Dábamos una vuelta, quedábamos...

Tú no quieres saber eso. Tú quieres saber una cosa mucho más concreta. Pero ¿cómo se lo vas a preguntar?

—Pero... ¿os dabais besos?

—Nos dábamos besos, claro.

—Besos, ¿dónde?

—En todas las partes que la ropa dejaba a la vista.

Os quedáis en silencio. Ella mira tu libro. Tú la miras a ella.

—Las partes que la ropa deja a la vista... ¿en invierno o en verano?

Se ríe, te mira de vuelta, se quita las gafas.

–Qué lista eres, la madre que te parió.

–¡Respóndeme!

–¿No te acabas el yogur?

–No. –Frunces el ceño.

–Si te lo acabas, te lo digo.

Deja el yogur y la cucharita en la mesa y se lleva las croquetas.
Para lista, ella.

–Ciencias con qué, a ver.

La orientadora al otro lado del escritorio te lo pregunta sin mirarte. La hoja de papel sobre tu mesa es mucho más interesante que tú. Las opciones son muchas, pero ella solo te ofrece dos. También pasa en la vida: las opciones son muchas, pero la gente solo ve las dos o tres más frecuentes. Tranquila. Tú solo tienes que escoger una modalidad de bachillerato, no la vida entera. Y esa señora quiere saber: Ciencias con qué. ¿Arquitecta o traumatóloga? ¿Cardióloga o ingeniera? ¿Veterinaria o programadora?

–No... No. Humanidades.

Entonces sí te mira. Levanta la vista y te mira fijamente.

–¿Humanidades? ¿Estás segura? Tiene poquísimas salidas. Y tú tienes muy buenas notas, podrías hacer Ciencias perfectamente.

Podrías hacer tantas cosas. Tantas. Podrías hacer Arquitectura, o Medicina, o Derecho con algo (Derecho, que es respetable, pero es de letras y necesita compañía). Podrías estudiar alemán, además de inglés y francés. Podrías hacer caso al chico que va contigo a guitarra y cada martes tímidamente te dice que si os tomáis algo. O al chico del curso de tu hermana que cuando viene a casa te habla más a ti que al resto. Es dos años menor, sí: tú también puedes venir del futuro. Todo el mundo lo repite con insistencia: desde Ciencias luego puedes estudiar una carrera de Humanidades, pero al revés no se puede. Te hablan de no cerrarte puertas. Pero tú solo quieres contar historias, y para eso no necesitas las ecuaciones de segundo grado.

Miras de vuelta a la orientadora. A ti tantas puertas abiertas te marean. Te sientes en un concurso de la tele, con colores demasiado chillones, el volumen demasiado alto, luces demasiado brillantes y gente sonriente en exceso. La gente sonriente en exceso te da desconfianza. Ciencias de la Salud, Ciencias Tecnológicas, Sociales con Economía, Sociales con Historia del Arte. Dentro de siete años, en qué país vivir: has aprendido tantos idiomas que puede ser cualquiera. Dentro de diez, qué hacer con tu relación, con tu trabajo, con tu vida, con tu tiempo, que es lo único que tienes. Tantas puertas abiertas que en realidad ni siquiera necesitas cerrar, simplemente ignorar. Funcionas así. Tu cerebro descarta, limpia, selecciona. Solamente al poner tu atención en una puerta –esa–, al elegirla, puedes acercarte a ella y, sin contemplaciones, atravesar convencida el umbral. Elegir es renunciar, y renunciar no es malo.

–Estoy segura, sí.

Es una suerte que estés tan segura, y que lo parezcas. De lo contrario, habrían podido convencerte. Convencerte del absurdo. Esa niña –tú– que solo quiere contar historias, que lleva desde que iba al cole con peto y dos coletas esperando con urgencia la hora de Lengua y Literatura, o la de Teatro. Entonces no habías leído el *Quijote*. Pero ahora sí. Ahora sí y te imaginas poniéndote de pie en medio del despacho gris y triste de esa orientadora tan comprometida con su trabajo, poniéndote de pie incluso encima de la silla, apoyando la bota sobre el canto del escritorio, con la rodilla en ángulo recto, una mano en jarras en la cadera y la otra blandiendo, no sé, un lápiz y espetando: «Y será en balde cansaros en persuadirme a que no quiera yo lo que los Cielos quieren, la Fortuna ordena y la Razón pide y, sobre todo, mi voluntad desea».

–¿Ni siquiera Sociales?

–Ni siquiera.

–¿Qué era lo que querías estudiar tú, que no me acuerdo?

Aún te quedan dos años para empezar la carrera, pero la pregunta acecha constantemente.

–Comunicación Audiovisual.

–Y eso qué es.

Cocina recogida, basura tirada, lavaplatos puesto. Estáis cada una en una tumbona, mirando el cielo. Te has puesto una blusa suya por encima, porque refresca. Tres tumbonas: la abuela, mamá y tú, y el niño tumbado a los pies de mamá.

–Pues es estudiar cómo se hace el cine, todo lo que tiene que ver con las imágenes, la técnica, el guion...

–¡Qué me gusta a mí el cine, madre...! Y después de eso, ¿de qué se trabaja? ¿Películas vas a hacer?

No te molesta que te lo pregunte, no te molesta que te pregunte nada. Quizás porque nunca te pregunta tonterías. Nunca te ha preguntado si tienes novio. Mucho menos si *ya* tienes novio. No te pregunta para cambiar tu opinión, sino para comprenderla. Por eso no te molesta. Te quiere dejándote ser. No es que no espere nada de ti –¿eso quizás sería triste?–, es que no espera nada concreto. Cuando se tiene la libertad de responder cualquier cosa, ninguna pregunta sienta mal.

–Pues todo lo relacionado con el cine: producción, dirección... Bueno, yo lo que quiero hacer es guion, pero ya veremos.

–¡Uy! Pues podías hacer una película de tu abuela. Y me pones a mí de protagonista.

Sonríes.

–Pues claro.

Piensas que no tiene miedos, porque no te los transmite. Pero los tiene, claro. A quién se los contará. Se cruza la blusa en mitad del pecho y junta las piernas sobre la tumbona. Tú también te cruzas su blusa, que te queda perfecta: la empuñadura a la altura de la muñeca, el largo en la cadera, la hombrera al comienzo del brazo. Es una blusa de flores. Le explicas que con Comunicación Audiovisual también se puede trabajar en la tele, aunque no es lo que más te interesa, y ella te pregunta que si puedes presentar el telediario, y habláis del parte, de lo mal que va el mundo, de las últimas noticias, de que en agosto no hay noticias, y sin embargo. «Están las cosas más tiznás que la panza de una olla», dice, y tú te apuntas la frase en el móvil porque te gusta. También te gusta forzarla, insistir,

obligarla a terminar sus explicaciones: que no corte la frase cuando ya sabe que la has entendido. Que termine. Ella se fía de ti.

A veces no estáis de acuerdo, pero siempre os comprendéis. Os encendéis, también. Sobre todo tú, que enseguida coges carrerilla, te embalas, te yergues, subes el tono y peroras sobre las injusticias sociales, los líderes políticos, los otros líderes, el precio creciente del alquiler, el verano, los salarios, tu impaciencia.

–Virgen Santa, itú lo que deberías hacer es ir al Congreso y ponerlos firmes a todos! O ser presentadora de *Pasapalabra*, con lo rápido que hablas...

El niño, que no os escucha, sale de su ensimismamiento y capta vuestra atención:

–Yo creo que en algún sitio deben existir planetas más evolucionados que este.

–¿Tú crees? –Mamá lo mira con interés.

–Sí. Rollo que ya tienen la Play 15.

Todos os reís y después os calláis. Miráis el cielo. Nunca encuentras ninguna constelación, pero te fijas en las estrellas más brillantes. Aquí siempre se ven más que en Madrid. Recuerdas un San Lorenzo en que tu prima y tú decidisteis que el punto idóneo para vislumbrar el mayor número de estrellas fugaces era el centro de la piscina. Os metisteis dentro a medianoche y mirasteis fijamente hacia arriba. Huele a yerba segada y se escuchan los grillos. También, vuestras respiraciones. Casi, vuestros pensamientos.

Si quedas un sábado a las cinco en Moncloa, la víspera escribes en un post-it: Moncloa 17 h, y lo pegas en el costado de tu mesilla de noche. Hay varios ya. Tribu 19 h. Debod 20 h. Callao 15 h. Te da la sensación de que, por la noche, puedes olvidar la cita. De que al despertarte al día siguiente las intenciones de ayer se habrán desvanecido. Las apuntas.

La de hoy era fácil. Largo 19 h. Lo miras. Le has dicho que podíais quedar alguna vez en otro sitio. Él ha dicho que para qué. Le has preguntado que qué va a estudiar. Empieza la universidad el

curso que viene. Se va del instituto. La incertidumbre se despliega en tu cabeza y tienes la sensación de no poder asirle. Ojalá pudieras pegarle como a un post-it en tu mesilla de noche. Sueñas que Charlie y tú vivís juntos en un piso pequeño abuhardillado. En el sueño tú llevas un peto, por algún motivo, aunque los petos te quedan fatal y jamás te los pones. Él trabaja de algo, y tú trabajas de alguna otra cosa, poco importa. Vuestros padres no existen. Entráis y salís. Os contáis el día. Vais a fiestas en las que habláis con distintos grupos de personas sin perderos de vista, sin dejar de sentir que estáis pendientes el uno del otro. Sueñas que tienes una intensa vida social, que quedas con gente, que esa gente te pregunta «¿Dónde está Charlie?» y tú respondes con naturalidad «No sé», porque no eres su geolocalizador, porque no sabes dónde está y no necesitas saberlo, porque sabes que esté donde esté, está de tu parte. Sueñas con una complicidad y una autonomía que no tenéis, pero al soñarla te la crees. Sueñas con un Charlie que no es Charlie, pero no te das cuenta.

No sabe qué quiere estudiar y eso te decepciona un poco, porque te gusta la gente con un propósito. Pero te resistes a sentir esa decepción. Te parece que un Charlie decepcionante sería culpa tuya. Lo ignoras. Lo ahuyentas. Hoy está apático, no te pregunta por ti, apenas ha reparado en que estás visiblemente triste. Vais a su casa, veis una peli y después «veis una peli», y al contacto de su piel con la tuya te reconcilas con el mundo o, por lo menos, con él.

Luego os separáis, os vestís y sales a su balcón, meditabunda, a coger aire. Escuchas el sonido del pis contra el agua del váter. Te has quedado introspectiva, apagada, y te resulta extraño. Según te han dicho, después del sexo se está eufórico. Miras el cielo. Hay una luz bonita. Lo llamas: «¡Charlie!».

Le pides que se coloque ahí, que se quede quieto, que se agache un poco, que se apoye en la barandilla. Colocas tu cámara de fotos sobre una pila de libros, sobre la mesa, y mides el encuadre. «Agáchate un poco más», le dices. Te la trajeron los Reyes, la Canon, y ahora vas con ella a todas partes. Charlie, apoyado en la barandilla. Plano medio. Su vaquero decolorado en la rodilla plegada,

su pelo revuelto, su olor que ya no es a baloncesto, sino a ti. A su lado, el hueco que hay que rellenar, el hueco en el que te colocarás tú. Calculas. Programas el temporizador. Enfocas con precisión. Quieres una foto perfecta, en la que salgáis centrados. El encuadre simétrico. La luz idónea. La nitidez. En el primer intento, salís movidos. En el segundo, programas mal el temporizador y no te da tiempo a ponerte frente al objetivo: sale solo él. En el tercero lo consigues: salís posando con vuestra sonrisa número tres, centrados, enfocados. Miras la foto con decepción.

—Ya se ha ido la luz bonita.

—Claro —te dice Charlie—, con lo que has tardado...

Nada más atravesar su portal y ya en la calle notas la angustia. Que se te tensan la mandíbula y los hombros no lo percibes. Te sientes rara, inconclusa. Te sientes como si te hubieras quedado a medias, aunque te has corrido. Has intentado contarle muchas cosas, pero no has podido. Quedarse a medias emocionalmente: debería ser un concepto. Te parece un hallazgo brillante. Lo apuntas en un cuaderno al llegar a casa. Dentro de diez años, en tu quinta mudanza, ese cuaderno mostaza de tapas duras caerá al suelo y lo abrirás con una mezcla de emociones extraña. Lo leerás: Quedarse a medias emocionalmente. Y te dará vergüenza haber sido tan boba, tan típica, tan intensa. Te dará vergüenza como si ya no lo fueras. Como si tuvieras que seguir responsabilizándote de tus dieciséis años. Una escena te viene a la cabeza como un dardo.

—¿Y este verano qué haces? —dices tú, subiéndote las braguitas.

—Curraré para sacar pasta. Estaré en Madrid, de fijo —responde Charlie, poniendo un CD.

—Podíamos hacer algo un finde.

—¿Pero tú vas a estar en Madrid? —dice él.

—Claro.

Hay un silencio. Charlie duda. Charlie te mira.

—¿Por qué no te vienes a mi pueblo unos días? Es que voy a estar entre Madrid y el pueblo, no hay otra.

Ahora dudas tú. Decirles a tus padres que te quedas en Madrid es una cosa. Decirles que no vas al Huerto para ir al pueblo de otro es

una cosa muy distinta. Te agobia, además. No es lo que tú quieres, ir a su pueblo, con sus padres, quizá más familia. También te halaga.

–Vale.

En ese momento no percibes la ansiedad, la presión por corresponder al halago, por no rechazar la invitación. Diez años más tarde, con el cuaderno mostaza entre las manos, te llegarán las tres cosas –la ansiedad, la presión, decir que sí– de golpe y te revolverás contra la Marta de dieciséis años. Pero no la culpes: todavía no sabe todas las cosas que sabes tú.

–¿Otra vez sales hoy? ¿Con quién?

Estás contenta, y cuando estás contenta no dejas que el tercer grado de mamá te ponga de mal humor. No dejas que nada te ponga de mal humor. Por qué solo hablan de tu genio, cuando tu entusiasmo también es contundente.

–Con los mismos que ayer.

Sentada en el despacho, ella corrige exámenes detrás del escritorio y de sus gafas rojas. Coges uno, lo miras.

Te sientas en la butaca de enfrente del escritorio. Mamá fuma y corrige. «¿Te puedo hablar?», le dices. «Sí, sí, tú háblame, no me molesta nada». Fuma y corrige. Utiliza un boli verde y lleva puestas las zapatillas de estar por casa y una chaqueta de punto.

–Oye.

–Dime.

–¿Tú cuántos novios tuviste antes que papá?

«¿Yo?», mamá levanta la vista sobre sus gafas rojas. «¿Novios, yo?», mamá levanta el bolígrafo del papel. «Yo no he tenido ningún novio», mamá baja de nuevo la vista y el pilot verde.

–No te creo.

–Pretendientes, si acaso.

–Bueno, pues qué pretendientes.

–¡Pero bueno! Y a ti qué más te da.

Mamá blindada detrás del escritorio, detrás de sus gafas rojas, detrás de su intimidad. Pretendientes. Qué palabra decimonónica.

–Sí me da.

–No seas pesada, anda.
–Pero por qué no me cuentas nada.
–Cuando seas madre me entenderás.
–No pienso ser madre.
Te levantas.
–¿A qué hora vuelves?
–No sé.
–¿Cómo que no sabes?
–Te escribo.
–Oye, ¿pero adónde vas? –Mamá deja el boli sobre la mesa, se quita las gafas.
–A Moncloa.
–¿A que vas con los de dos cursos más?
–Y a ti qué más te da.
–A mí no me digas «a ti qué más te da», que no sales por esa puerta.

Mamá aligera el tono en las frases importantes de la discusión, al contrario que papá. Papá acelera. Mamá frena. Ella te puede decir «a ti qué más te da» pero tú no se lo puedes decir a ella. Suspiras. Quieres salir por esa puerta, desde luego.

–Voy con los mayores, sí. Y viene Dani.
–Pues que sepas que no me gusta nada que salgas con ese grupito.

–Pues vale.
–Pero nada de nada, ¿eh?
Mamá no quiere prohibirte cosas, pero quiere prohibírtelas, pero no quiere. Mamá contra su pedagogía. Coges la cazadora, por si acaso. «¿Por qué no te gusta?», preguntas. «¿Te caen mal?». No le caen mal, pero no sabe, no sabe por qué no le gustan, qué hacéis con ellos, a ver. «Nada, mamá. Estar en el parque».

–Y con Martín y con Elías ya no quedas nunca.
–¡Pero si quedo con Elías un montón de miércoles! Además, Martín y Eli quedan para jugar a la Play, mamá.

Te mira. Te entiende. Querría que tú quisieras también jugar a la Play como antes y al mismo tiempo no querría. Mamá contra su

maternidad. Aprovecha que tienes ganas de hablar.

–¿Por qué no les dices que se vengán a pasar un día al Huerto?

–Ya te he dicho que no pienso ir al Huerto.

Te mira por encima de las gafas rojas.

–Unos días tienes que venir.

–Mamá, te he dicho veinte mil veces que no pienso ir al Huerto. Y no me puedes obligar.

Te mira en silencio. Suspira. «Dame un beso, anda». Aceptas la tregua. Se lo das. Va a hablar. Se contiene. Coges el bolso. Al fin se atreve. Intenta poner un tono de voz despreocupado, se lo notas.

–Oye, ¿pero y por qué vais tanto ahora con ellos? Dani es novieta del tal Rulo, a que sí, que lo sé yo. –Te sonrío.

Novieta. Otra palabra del siglo pasado. Al menos no ha dicho guateque, como papá. Tú te sabes todas las palabras y ellos no se saben ninguna: sus palabras ya no existen. Cómo ha podido mamá obtener esa información, lo desconoces. Cuánta más información podrá obtener, si ha obtenido esa. Te tensas. Te enfadas.

–¡Qué va!

–Anda, digo yo que Daniela tendrá algún noviete en el grupo, ahora que vais tanto con ellos...

Dani. Ya. Te subes la cremallera del abrigo hasta el cuello. Te cuelgas el bolso del hombro. La miras.

–Noviete, ninguno. Pretendientes.

Camino del autobús te imaginas cuántos novios, pretendientes, amantes, qué te importa cómo quiera llamarlos, habrá tenido mamá antes de papá. Te imaginas que no tuvo ninguno. Te imaginas que tuvo veintisiete. Los fantasmas son siempre peores que las respuestas. ¿Por qué no te cuenta nada? «Cuando seas madre me entenderás». Ella es madre y no entiende una mierda. No entiende absolutamente nada. La fiesta que fue y la que será. El pelito enquistado en tu ingle derecha. Los amigos que sí y los que tal vez. Elegir las bragas, el paseo, la fotografía. El amor, en fin. Qué sabe mamá del amor. Nada. Charlie.

–Jo, abuela, es que todo lo tengo que hacer yo. Simba, porque es

Simba. Y el niño, como es el niño...

–Tú que trillas bien, trillas siempre. Venga, si esto lo recogemos en un momento.

Desde cuándo estar en el Huerto se ha convertido en poner la mesa, recoger la mesa, el verbo terrible: colaborar. Desde cuándo ya-eres-una-moza. Sacas el lavaplatos, despejas la mesa, pones el mantel. Ella prepara la comida y tú le das conversación. Le robas un trozo de pimienta.

–No comas más, que luego no hay.

Estás enfadada por estar aquí. Tú no ibas a venir al Huerto. Se lo dijiste a mamá. Pero aquí estás. Por qué las cosas no pueden ser como tú quieres. Por qué no estás en el pueblo de Charlie. Charlie. El curso pasado. Las fiestas. La piscina. Mamá ha salido a por el pan y aprovechas para desahogarte. No entiende nada, mamá, le dices a la abuela.

–Se debería ser padre antes que hijo.

–¿Por?

–Yo sé lo que me digo.

La abuela te escucha en silencio. La abuela entiende a mamá. Nadie te entiende a ti. Pues muy bien. Que se alíen. La abuela remueve la sartén. Tiene un ojo puesto en el reloj de la cocina todo el tiempo: por mamá y por el arroz.

–¿Y tu madre, que me parece que está tardando mucho ya? Anda, cariño, llama a mamá a ver por dónde va.

La miras. Ella también es la madre de alguien. A lo mejor un día era ella la que le prohibía cosas a mamá. A lo mejor un día mamá le ocultaba cosas. Hoy se llaman todas las noches. Mamá la llama a ella, mientras hace la cena, removiendo la sartén con la mano derecha y levantando el hombro para atrapar contra la oreja el teléfono inalámbrico: «¿Qué tal, mami?». Cuando la escuchas, sales de tu habitación, ese pequeño trocito de mundo que te pertenece, atraviesas el pasillo y le arrancas el teléfono de la oreja para saludar a la abuela.

«Y tu madre, que me parece que está tardando mucho ya». La frase. Y tú, perezosa. Con la cama sin hacer. Sabes que, si vuelve

mamá, te va a decir que hagas la cama. Sabes que, si aguantas un poco más, te la va a hacer la abuela. La hace mejor que tú, además. El que trilla bien...

—Ahora la llamo. Si se acaba de ir.

A la abuela siempre le parece que mamá se ausenta durante demasiado tiempo y a ti, durante demasiado poco.

Te entregas con rotunda devoción a todo lo que odiabas: recoger la mesa, hacer la cama, barrer, ir a la cueva a por un brick de leche. No sabes si es porque te sirve mantenerte ocupada o porque no tienes fuerza para la rebeldía. Yo sé que no te lo crees. Que no ves el final.

Pero un día vas a tener veintitrés años, y luego veinticinco, y más tarde veintiocho. Te lo juro. Un día vas a irte de casa y tu abuela va a estar muerta, y en cada gesto doméstico la vas a ver a ella como la ves ahora: la abuela pasando el gazpacho por el pasapuré, la abuela tendiendo, la abuela barriendo, la abuela planchando, regando, fregando. El día que intentes hacer una crema de tomate y quemes el fondo de la cacerola. El día que tires a la basura tu séptima planta muerta (y es un cactus). El día que tus sábanas salgan rojas de la lavadora porque algo ha desteñido. Tus sábanas sin planchar. Tus toallas ásperas. Tu nevera vacía. Otra planta que muere y que tiras a la basura por la noche, para que nadie te vea, porque así es como uno se deshace de los cadáveres. Piensas: Abuela, no mires. Aprendes a aceptar que eres un poco desastre y tampoco idealizas su pericia, la verdad. Ella también se habría ido de cañas si hubiera podido y habría prescindido de planchar. No te cabe la menor duda.

Es verdad que odias acumular y que de tanto en tanto lo limpias todo. No te quitas el pijama, te recoges el pelo y ordenas, vacías, limpias la casa como si te estuvieras limpiando tú por dentro. Odiarás acumular como ella lo odia ahora.

—Mamá, tú lo tiras todo. ¿Y si se arma una guerra? —le dice tu tía.

—¿Y si nos matan los primeros? —responde la abuela.

Eso quieres, esa ligereza, ese humor. Un día, te lo prometo. Te estoy guiñando un ojo desde el futuro. Desde una tarde tonta en la

que tienes veintisiete años y ya no es el mejorpeor verano de tu vida. Vives en otro país, en otro piso, con otra gente. Es una tarde cualquiera, una tarde en la que estás sola y fiegas el interior del váter, frotando con ahínco. Te sientas en el suelo y resoplas hacia arriba para apartarte el flequillo de la cara. No os parecéis en nada. No os parecíais, porque ya no tienes abuela. Y, sin embargo, piensas sentada en el suelo del baño que escribir y limpiar se parecen mucho: ambas consisten en sacar la mierda.

Escribir y limpiar. Se hacen por una mezcla rara de inercia y de necesidad. Son arduo trabajo no remunerado. Al que nunca lo ha hecho le parece sencillo. Si dejas de hacerlo durante seis días, estás incómoda; si lo abandonas más de doce, el caos empieza a dominar tu entorno; si aguantas veinte días, el espacio que te rodea se vuelve insoportable. La escritura y la limpieza. Tú con veintisiete años tecleando, concentrada, frunciendo levemente el entrecejo. Tu abuela con veintisiete años, frotando, concentrada, frunciendo levemente el entrecejo. Escribir y limpiar: la entrega, la atención y el esmero sin esperar nada a cambio, con el simple propósito de hacer el mundo un poco más habitable.

Te guiño un ojo desde el futuro. Un día no va a ser el mejorpeor verano de tu vida. Hoy sí. Hoy lo es. Estás metida en la piscina con el estropajo verde, frotando los azulejos que quedan debajo del bordillo y ennegrecen con facilidad. «Anda, cariño», «Claro, abuela». Frotas. Es el mejorpeor verano de tu vida y sientes que no va a acabar nunca. Frotas. Hay una rana. No tienes ganas de compartirlo. ¡Hay una rana!, piensas, pero no lo dices. Es superverde. Un verde antinatural, fosforescente, como si fuera de plástico. Te empieza a doler un poco el brazo. Frotas. Mojas el estropajo en la propia piscina y frotas. Bajo el negro mohoso va apareciendo poco a poco el azul clarito. Cuando terminas, sales de la piscina por la escalera.

—¿Dónde dejo el estropajo, abuela?

—Donde siempre.

Donde siempre. Siempre. Hay cosas que no se pueden evitar. Tú no ibas a estar aquí, y aquí estás.

Entonces, aquella tarde.

El paladar. El frío. Las ojeras. La pregunta. El silencio. ¿Te sientas? La respuesta. Los flashes: el biquini, las cervezas, el autobús, tu falda, la clavícula. La imagen que se clava en tus costillas, que se ralentiza y se enfoca, el zoom vertiginoso hasta el centro de la imagen que ya no olvidas nunca.

Es la fiesta en la piscina de Dani, de los tíos de Dani, que tienen una casa con piscina y se la dejan. Queda apenas un mes para que acabe el curso, estáis felices. Sentada con Martín en el bordillo, los pies dentro del agua, compartís una lata de cerveza. A vuestro alrededor está todo el mundo. Están Dani y Bea, Rulo, Cris, Charlie, casi todos los de segundo, algunos de vuestro curso. Agitados y contentos, pensáis en el verano, os interrumpís el uno al otro, hacéis planes para las vacaciones. Va a ser el mejor verano, en tres semanas terminan los exámenes, igual podéis organizar algún viaje. Quieres aprovechar el tiempo y rodar un corto, se lo cuentas, «tengo esbozado el guion, lo tengo que terminar y lo rodamos, tú me ayudas, ya he pensado dónde», detallas, eufórica, tu proyecto, su planificación, él se mete contigo y tú insistes, «que no, que va a ser un buen corto, en serio, lo he pensado», detallas y te ríes y entonces te quedas lívida. A pesar del sol y del rubor de la cerveza te quedas completamente pálida.

Al otro lado del jardín observas la mano de Charlie, esa mano que conoces bien. La mano de Charlie que agarra el tirante del sujetador de Bea y lo sube brazo arriba hasta colocarlo en su sitio. Bea se retira la onda rubia con un gesto de cabeza, le mira y le sonríe. Es un sujetador rojo. Tú no tienes ningún sujetador rojo. No sabes cuándo se ha comprado ella un sujetador rojo. Te dan ganas de vomitar. Bea le coge a Charlie un cigarrillo y él le da fuego. Ella inclina la cabeza y se sostiene el pelo largo, que le cae por el hombro. La luz se le refleja en el vello, sobre la piel morena. Enciende el cigarrillo como si hubiera encendido antes dos mil cigarrillos más. Todos sus gestos son los gestos de alguien que los ha hecho muchas veces. Desde cuándo fuma, Bea. Bea. El zoom. El plano detalle. Los flashes.

Bea ayudándote a elegir la ropa del primer día que quedaste con Charlie. Bea regocijándose en tu confesión: No vas depilada. Bea escuchando el recitado de los mensajes de Charlie en tu móvil. Bea diciendo que Charlie es un imbécil. Bea diciendo que no te preocupes, que seguro que te contesta. Los ojos brillantes de Bea. Escenas que en tu cabeza se unen de repente, como piezas de un mismo puzle que nunca habías relacionado hasta ahora. Miras a Martín.

–Seguro que es en plan colegas –dice.

Entonces esa cosa, la cosa que te sube del ombligo al pecho, que se queda como atorada y se pregunta: Y ahora cómo bajamos de aquí. La congoja. El paso de la euforia a la catástrofe.

–Vamos –dices tú.

Agarras a Martín y sacas los pies de la piscina. Os unís al grupo de gente en el que están Charlie y Bea. El torso desnudo de Charlie. La onda rubia de Bea. La gente habla de lo que va a hacer ese verano, el verano de la alegría, de después de selectividad. Alguien interpela a Charlie, que cuenta sus planes, tiene que currar, al parecer, estará en Madrid y quizás, dice, pase algunos días en el norte.

–¿En el norte? –preguntas.

–Sí, bueno, habría que verlo. –Charlie habla mirando al infinito. Bea mira al suelo.

–Creía que tenías otros planes –persistes.

–Iba a ir a mi pueblo, pero al final no.

Así es como te enteras de que tú tampoco vas. Con Charlie hablando con la mirada perdida y Bea cambiando de tema. «Qué bien que acaba el curso», dice, y levanta su lata para brindar.

El norte. La casa de los padres de Bea en San Sebastián. Charlie diciéndote: «Es Madrid o mi pueblo, no hay otra». Charlie no queriendo ir contigo más allá del Largo. Charlie hablando con Bea de la sala Caracol. Escenas que se unen en tu cabeza como los puntos que acaban conformando un elefante, un dibujo imperceptible antes de trazar las líneas de unión.

Eres la carcasa de ti misma, sientes el iclac! de la cuerda al partirse y descienes tan rápido que yo no puedo ni mirar y tú no puedes ni gritar. Tienes eso –la mejor de las drogas, la polilla– atorado en la garganta de tal modo que no puedes ni gritar. Miras a Charlie. Charlie evita tu mirada, frunce el ceño en un gesto que pretende ser coloquial y que no reconoces.

La sensación de estamparte de golpe contra el suelo. El sabor a sangre en la boca. La tierra en la lengua. Las rodillas. No sabes si eres más o menos pequeña, si tus manos, tus pies y tu cintura; si tu nariz, tus tetas o tus piernas. Pero se hace evidente en relación a qué. En relación a Bea.

–Vámonos –dice Martín.

Te agarra de la mano, te saca de allí. Subís las escaleras y os metéis en la habitación de los tíos de Dani. Os miráis.

–No es en plan colegas –dices, y te empieza a temblar la barbilla.

Sentada sobre la cama, las piernas cruzadas, la coleta deshecha, el trazo emborronado y negro de la raya del ojo. Un indio mapache triste. La mirada perdida en algún lugar del aire. Martín se sienta contigo.

–Marta.

–Qué.

–Nada.

Solo quiere constatar que estás ahí, pero tú no lo entiendes. No entiendes nada ahora mismo. Intentas hablar, intentas llorar. No puedes. Entra Dani. Dani con su biquini fosforito.

–Le dije que te avisara. Te prometo que le dije que te avisara.

–¿Lo sabías?

Dani se sienta en la cama también, te pone la mano en el hombro, te mira:

–Sí, pero le he dicho mil veces que te lo diga, de verdad.

El paladar. El frío. Las ojeras. Entra Eli. Te mira en silencio. Cierra la puerta. No sabes ni por dónde empezar. Los flashes. El autobús, los parques, tu clavícula. ¿Quién más lo sabía? ¿Quién sabía lo mío con Charlie? ¿Desde cuándo se enrollan?

Eli se hace hueco en la colcha beis. Hay una foto de la prima de Dani y su hermano de pequeños en la mesita de noche. Un par de libros. Unos clínex. Eli razona.

–No sabíamos que iba a venir hoy. Pensábamos que era mejor que te lo dijera ella. Nosotros nos enteramos hace una semana.

Eso es que hace dos.

Los tres se miran en silencio. Las lágrimas resbalan por tus mejillas.

–¿Quién lo sabe?

–¿Quién sabe el qué?

–Todo. Lo mío con Charlie. Lo de Charlie con Bea. Todo.

Se miran entre sí. Insistes:

–Del instituto, ¿quién lo sabe?

Martín mira hacia el suelo. Lo saben todos. Miras a Martín.

–Conque en plan colegas, ¿eh?

–Creíamos que te lo tenía que contar ella. Lo siento.

Charlie diciéndote «Esto queda entre nosotros», Charlie quedando contigo a solas, Charlie sin presentarte a la gente que os encontráis por la calle, Charlie queriendo preservar vuestra intimidad. Lloras, ellos te dan papel higiénico y abrazos, lloras, «Tienes que hablar con ellos», «¿Y Bea no pensaba decirme nada?». Lloras, te abrazan.

–¿Hay algún modo de salir de aquí sin atravesar la piscina?

–Yo te acompaño –dice Martín.

Tu amigo. Nuevas maneras de caer del columpio. Eli va al jardín a por tus cosas.

–Tía, yo me tengo que quedar. Es la casa de mis tíos –dice Dani.

Aquella tarde. El paladar. El frío. Las ojeras.

Tienes que decidir si el año que viene te matricularás en Humanidades o en Sociales, si elegirás Francés o Literatura Comparada, si Filosofía o Historia del Arte. No te gustan las disyuntivas. Los senderos que se bifurcan en todos los jardines en que te metes.

Quieres dejar de elegir. Quieres dejar de pensar. Pero tenemos que acabar esto. Para que las cosas terminen hay que atravesarlas. Si algo se esquivo, sigue ahí. Si algo se atraviesa, se disipa. Dos semanas. Y ya. Luego llegan las vacaciones y dejas de elegir. No vamos a pensar en otra cosa, yo te ayudo. Vamos a cerrar el Messenger y el Fotolog, vamos a ignorar los planes y que hace buenísimo, y nos vamos a poner a estudiar como quien se pone a beber, para olvidar, para no pensar en nada que no sea el complemento agente o los verbos irregulares del latín o todas esas fechas en que nacieron y murieron tantos señores tan importantes, acompañadas de la abreviatura eterna: a. C., d. C. Antes y después de Charlie. Antes y después de la Caída. Antes y después de Carlos. Antes y después del Columpio. La pelota contra el frontón mellado.

Con seis, con doce, con quince, con diecisiete, con veinte años: se lo preguntas muchas veces. Nunca te lo cuenta bien. Asertiva y directa como eres, insistes: por qué estaba loca aquella madrastra, qué hacía para tratarte mal. Recuerdas un único ejemplo que te puso una vez. Le tiró al suelo un puchero que ella había estado cocinando toda la mañana, siendo una niña, sin explicación alguna. Tu abuela con doce años. El guiso sobre las baldosas de la cocina. La señora – odiosa, piojosa, sarnosa– gritando. Eso también te lo ha dicho: que odia los gritos, que aquella mujer gritaba todo el tiempo. No te cuenta mucho más.

No se muestra reacia a narrarlo, pero no lo narra. No le sienta mal que le preguntes, pero no da detalles. Le parece inútil transmitir tristeza. Tu abuela: diurna y veraniega. Dentro de siete años echarás en falta ejemplos para la tristeza. Quieres estar triste y no sabes cómo. Entonces quieres –querrás– saber cómo era tu abuela cuando estaba triste, piensas en las veces en que sin duda lo estuvo y no fuiste más cariñosa, o más atenta, porque no lo sabías. No lo parece, pero es muy generoso decirles a quienes nos quieren que estamos mal, concederles la satisfacción de darnos un abrazo. A estar triste, ya ves, no te enseñó. Es una de las cosas que te dejó para que las aprendieras tú sola.

Lo ha dicho mamá en la sobremesa: «Un día le tienes que decir a la abuela que te cuente bien su historia, porque es tremenda». Ella lo ha corroborado: «Eso. Y escribes una película». Pero luego nunca termina de contártela. Te has quedado pensándolo y ya no te has podido dormir. Te has quedado sentada en la mesa del comedor, mientras todos –tus padres, tus hermanos– han ido cerrando los párpados. Ahora empiezan a abrirlos. La abuela acaba de aparecer en el salón. Arrima una silla a la tele y busca el mando.

–Si la novela es en la Uno –le dices.

–No, pero hoy no veo la novela.

Coge el mando, cambia de canal. Simba bosteza.

–Jo, abuela, ¿en serio tenemos que ver esta película cada verano?

–¡Chst! Quien no quiera, que no la vea. ¡Mira! Olivia de Havilland. A una prima mía le pusieron Olivia por Olivia de Havilland.

¡Por qué he de dormir la siesta si no estoy cansada!

En esta fiesta tienen que dormir la siesta las señoritas. Ya es hora de que empiece a portarse como hija de la señorita Elena y a parecerse a ella.

La abuela, sentada al borde de la silla, mirando muy atenta la pantalla. Entonces te das cuenta de una cosa: estás agotada de ti misma. Quieres dar el salto, quieres entenderlo todo ya. No sabes que no es un salto. No sabes que tu abuela no fue siempre abuela. Pero sí sabes que estás agotada de ti misma.

Agotada. Agotada de las cualidades que, según los demás, te hacen ser tú. Estás agotada de ser la hermana mayor, la hija estudiosa, la amiga fiel. Agotada de ti misma y de tu entorno, agotada del chico que te gusta

No tiene corazón, pero ese es uno de sus atractivos
y también del chico al que le gustas tú.

¡Por todos los demonios, no me molestes más y no me llames cielito!

Estás agotada de las presuntas manías sobre las que se ha configurado una especie de identidad característica de tu persona.

Nunca te importó enfrentarte con la realidad, y nunca querrás huir de ella como yo.

¿No querré huir? Ah, no, te equivocas: yo quiero huir también. Ya estoy harta de todo.

Tu barrio, tus amigos, tus melodramas, todo está agotado. Quieres rebatirle al mundo la idea que se ha hecho de ti, pero no tienes con qué contraatacar. Lo que los demás creen que soy sería muy rebatible si yo supiera qué soy, piensas. Me lo dices. Me miras desesperada, cansada, agotada. La miras –el technicolor reflejado en las gafas de la abuela– y te miras.

Miras también a tu alrededor. Simba lee la SuperPop y ve la película alternativamente. Papá ronca. Mamá va al baño. El satélite gorrinero llega preguntando si se puede bañar ya. Sí puede, pero debe sacar el lavaplatos antes.

Simba dice «qué fuerte» mirando la revista, papá da un ronquido sonoro, el niño pregunta que dónde van las tazas de café y luego ya nadie dice nada, ni en el salón ni en la tele. Se escucha la cadena del váter, el sonido de los vasos chocando al salir del lavaplatos y ese crepitar granulado de los silencios en el cine antiguo.

Hablas con todos. Hablas tanto que terminas agotada, quién te lo iba a decir, de hablar. Hablas tan arrebatadoramente que llegas al final del día sin ánimo para hablar conmigo. Hablas y hablas y hablas, como si hablar pudiera cambiar la realidad, como si hablar pudiera modificar los acontecimientos, como si hablando pudieras dar con algo que te aliviara. Pero nada te alivia. Hablas con todos. Lloras, también. Y hablas hasta que el análisis te deja exhausta y puedes dejar el tema, no por falta de obsesión ni por haber llegado a comprensión alguna. Dejas el tema por agotamiento y te quedas dormida, hasta que llega un nuevo día y una nueva conversación y hablas.

Hablas con Charlie. «Quiero toda la verdad», le dices. «No entiendo nada», le dices. «Por qué no me lo has dicho», le dices. Charlie mira al suelo, Charlie dice que le perdones, Charlie dice que eres importante para él y tú te ríes. Lo que quieres es llorar, pero te

ríes. Le preguntas que si va a ir en verano a casa de Bea y te dice que no, le preguntas que si están juntos y te dice que sí, le preguntas que desde cuándo y te dice que desde hace poco. Tú insistes: «Desde cuándo». Él dice: «Desde hace dos semanas», y mira al suelo. Os despedís como si tuvierais limitados los movimientos corporales. Él no sabe moverse. Tú pareces una educada señorita en una cena de siete cubiertos, cuando estás deseando gritar en mitad de una biblioteca, y estampar lavadoras contra muros imposibles, y desafinar un cuarteto de cuerda, y llorar, llorar, llorar hasta que se te deshidraten las venas. Pero una debe controlar el genio. No sabes por qué lo haces. Entonces, hablas con Bea.

Hablas con Bea. «No entiendo nada», le dices. «Quiero toda la verdad», le dices. «Por qué no me lo has dicho», le dices. Bea mueve las manos. Bea lo siente, Bea no sabía cómo contártelo, Bea apela a vuestra amistad y tú te ríes. Lo que quieres es llorar, pero te ríes. Le preguntas que si Charlie va a ir a su casa en verano y te dice que sí, le preguntas que si están juntos y te dice que no, le preguntas que desde cuándo se acuestan y te dice que desde hace un tiempo. Tú insistes: «Cuánto es *un tiempo*». Ella dice: «Mes y medio, más o menos», y mira al suelo. Os despedís. «¿Querrás que sigamos siendo amigas?», pregunta Bea. Verdaderamente le tiembla la barbilla. Te parece injusto que te pregunte eso, como si la decisión fuera acaso tuya. «La que parece que no quería eres tú», respondes. «Pásalo muy bien en San Sebastián». Y te subes al autobús.

Hablas con Dani, que te dice que es normal, que el amor no existe, que mires a sus padres. Hablas con Eli, que razona. Hablas con Martín, que te sugiere planes y se pone de tu lado sin ambages. Vuelves a hablar con Dani, que se agota. Vuelves a hablar con Eli, que apela a la lógica. Vuelves a hablar con Martín, que llama a Telepizza y te pone *Notting Hill*. Dani te saca a bailar, pero a ti se te han ido las ganas de bailar con Dani. Eli tiene razón en todo, pero a ti la razón no te sirve de nada. Martín los odia contigo, pero a ti odiarlos, previsiblemente, tampoco te sirve de nada. Hablas y hablas

y hablas, lo analizas desde todas las perspectivas, intentas comprender lo que ha ocurrido, la mentira en que has vivido, los porqués se agolpan en tu cabeza y los repites en voz alta, a Dani, a Eli, a Martín, a mí, por qué, por qué, por qué.

Hablas con todos. Hablas sin descanso, sin medida, sin lucidez. Hablas con todos hasta que ya no puedes hablar con nadie más y entonces, irreversiblemente, te callas.

Las zapatillas rojas sobre la colcha, el pelo esparcido, los ojos brillantes, tumbada sobre el rectángulo de tu cama, dentro del rectángulo de tu habitación. La imagen es tan parecida a la de tu cuerpo haciendo el muerto sobre la piscina que si te miro de refilón podría equivocarme. Pero no flotas: pesas. Pesas contra la cama hecha, contra la colcha de florecitas granates de Ikea. Tus vaqueros rotos en los bajos, tu ombligo al aire porque la camiseta es corta, tu mano izquierda jugando ansiosa con una goma del pelo. Tus cincuenta kilos pesando sobre el colchón. Te pesan las piernas y los brazos, y te pesa eso –qué– a la altura del esternón, y también algo que te tira hacia abajo a la altura de la garganta. Querrías estar en la piscina y hundirte, y que el mundo quedase mitigado, fuera. Pero no te hundes. Tampoco lloras. Tu pelo sobre la colcha está hecho del mismo material de siempre.

–¡Venga, que a este paso no salimos nunca!

–¿Y Marta?

–Despídete, que ella no viene.

–¿Y los manguitos?

–Donde tú los hayas puesto...

Llegó. El verano que tanto ansiabas llegó y todos se preparan para irse. Piensas en toda la energía, el tiempo, en todas las peleas que has tenido con ellos a lo largo de este año porque no piensas ir al Huerto. Te llenas de mocos. Los sorbes. Te pasas el dorso de la mano por la nariz.

–¡Marta, sal a despedirte, que nos vamos!

–¿Y las toallas?

–Papá está cargando el coche.

–¡Marta!

La puerta de tu habitación como si fuera el agua que te aísla del mundo. Los oyes pero no los oyes. Tu habitación. Desde cuándo es tu habitación el único trocito de mundo que te pertenece; cómo ha podido el mundo –el universo, la galaxia– reducirse de tal modo. Respondes, sabes que tienes que responder, de lo contrario seguirán insistiendo. «¡Ahora voy!», dices. «Id bajando, os despido en el garaje», dices. Me miras. Me has esquivado con tanta insistencia que a ambas nos impacta el reconocimiento mutuo. Qué carita. Está muy claro que tú no has asesinado a nadie, que esta vez te han asesinado a ti. Te daba miedo que te dijera «te lo dije». Pero no te lo voy a decir. Si yo te quiero, si soy tu amiga. Doy esa sensación de sensata, de juiciosa, de razonable. Pero no te voy a juzgar. Yo siempre estoy en tu equipo, y nunca voy a ser tan dura contigo como tú te piensas. Nadie va a serlo. Tu imaginación va siempre más lejos que los demás.

Tu imaginación siempre va más lejos y sin embargo esto no lo has visto venir. Por qué tendrías que haberlo visto, te pregunto. Porque sí, me respondes. Bueno. No te habrías columpiado, no honras tu caída. Por primera vez lo ves con claridad: no te ha merecido la pena el entusiasmo.

Te tumbas en la cama. Tu pelo, el de siempre; tu pelo hecho del material esperable se esparce sobre la colcha de florecitas granates de Ikea. Cierras los ojos y sientes cómo las lágrimas se acumulan debajo de los párpados. Es el mejor verano de tu vida. El más ocioso, el más disfrutable, el verano que ibas a pasar con Charlie. Abres los ojos y las lágrimas se escapan como si fueran algo ajeno a ti.

Entonces suena el ibip! El ibip! que ya no sabes si quieres que suene. La vibración, el pitido, la luz. Quieres tirar el móvil por la ventana, pero lo desbloqueas. Ves el dibujito de un sobre en la pantalla pequeña. Lo abres: «Te kiero». Un calor que empiezas a reconocer te sube del ombligo al pecho y hasta las mejillas.

La odias. La frase, la odias. Esas dos palabras seguidas, absurdas, el pronombre y el verbo, esa estúpida combinación

trisílaba que la gente emplea para arreglar tresillos y grietas y conversaciones, para bordarla en los baberos y escribirla en las postales más horteras. Apagas el teléfono trisilábicamente rabiosa, y trisilábicamente te vuelves contra la pared.

No te sirve su te quiero y sin embargo quieres que te quiera, sientes que quieres que te quiera, que Charlie te quiera es lo que has querido siempre. También querrías no sentirte tan obscenamente mal, tan obscenamente intercambiable, tan obscenamente sustituible. No es una mera cuestión de vanidad, es que te estás perdiendo. Quién eres, si puedes ser cualquiera.

Quieres que te quiera y también quieres saber quién eres, no ser tan reemplazable como los muebles que empiezan ya a poblar las casas: la estantería Billy, el sillón Poang. Nunca has sabido menos lo que es el amor. El asco. La gymkana. La polilla. Desconoces cómo es el Machu Picchu. Los primerísimos primeros planos y los planos detalle se suceden en tu cabeza con una resolución inmejorable. Eres incapaz de un plano panorámico. El detalle achica la perspectiva. Enfocar en un punto es desenfocar el resto de la imagen. Pensar siempre lo mismo es como no pensar en nada. No sabes lo que es el amor. El desamor es esto.

El desamor es esto, y esta palabra sí, esta te la tragas, te la tragas porque no queda otra, como cuando te decían «una cucharada más y te dejamos salir al recreo», y aunque te daba asco y querías vomitar te tragabas las lentejas sin masticar para poder salir al patio. Te pasan las cosas antes de tener las palabras para nombrarlas –el trauma, la desconfianza, la indefensión– y por eso estás perdida. No hay diferencia alguna entre no tener una llave inglesa y tenerla pero no saber que se tiene: en ninguno de los dos casos se puede hacer uso de la herramienta.

Charlie.

Si fuera una bebida, el arsénico.

Si fuera una película, *Sin perdón*.

Si fuera un sentimiento, el odio.

Si fuera un sentimiento, la traición.

Si fuera un lugar, ninguno.

Había que entrar y salir, ¿te acuerdas? Del amor, del dolor, de la piscina. Necesitas entrar y salir, pero no lo has hecho. Te has olvidado de lo que necesitas –¿dónde estaba tu atención?–, te has sumergido sin salir apenas a coger aire. Entonces, el escozor en los ojos, la asfixia. El asco, la gymkana, la disección. La repulsión, las doce pruebas de Hércules, el insecto.

Esto se va a pasar. Te lo prometo. Un día será ese día que te has imaginado, un día serás mayor y dirás: «Oh, sí, Carlos, aquel chico con el que estuve», y será verdad. Para llegar a esa frase, tendrás que pasar por otras. No hay atajos en esto. Tendrás que pasar por la rabia: «Es que me jode». Por la ira: «Es gilipollas». Por el odio: «Lo odio». Tendrás que llegar al silencio: «Eso, ni mentarlo». Después del silencio y de la supervivencia, llegarás a las frases más necesarias. Dejarás de poner tu atención en él, porque incluso el dolor se lo destinaste: te jodía él, era gilipollas él, lo odiabas a él. Un día vas a tener veintinueve años. Pero queda tanto para eso. Igual te has muerto para entonces, me dices. No te vas a morir antes de los veintinueve, pero comprende que no te puedo tranquilizar si no estás dispuesta a calmarte. No te enfades, que así no arreglamos nada. ¿A mí no me habría pasado esto? Seguro que no. ¿A mí nunca me habría gustado Charlie, yo nunca le habría contado mis secretos más íntimos, yo nunca me habría acostado con él? Por supuesto que no. Porque soy cabal y no soy ansiosa, porque soy sensata y no soy impulsiva, porque soy razonable y no desmesurada. Pero, sobre todo, porque no tengo ningún secreto que contarle, no tengo ningún cuerpo que compartir con él, ningún sentimiento que pueda vulnerar. Soy invisible. No me odies. Es muy fácil ser tan perfecta como yo siendo invisible. No te compares conmigo, porque no tiene sentido. Déjame estar en tu equipo.

Tienes dieciséis años, unas zapatillas rojas, una colcha de Ikea de florecitas granates, un pelo liso y suave y, sin embargo, hecho del mismo material de siempre. Tienes un mensaje en el teléfono móvil. Charlie te quiere. «Te kiero», te dice Charlie. Te preguntas qué es querer, qué quiere decir con que te quiere. Se lo preguntas al techo, me lo preguntas a mí. A él no, porque él no responde, porque él no

lo sabe. Desde cuándo es vuestra relación un largo monólogo sin respuestas, desde cuándo esto lo vives tú solita. Qué es querer, qué es querer, qué es querer: la pelota insistente contra el frontón mellado. Hasta que paras. No paras porque quieras: paras porque estás exhausta. Porque resbalas y no consigues devolver la pelota. Porque se te escapa la raqueta. No sabes qué es querer, pero desde luego –en esto no tienes dudas– mentirte no es querer y te ha mentido, humillarte no es querer y te ha humillado. Querer es decir la verdad. Decir la verdad es confiar en la valentía del otro, en que es capaz de encajarla, en que merece conocer la información. La verdad, eso es querer. La verdad sin anestesia, sin algodones, sin compasión. Pero decir te quiero no es querer, igual que las Ofelias no se mueren cuando se ahogan en el escenario.

«Pídele perdón, anda», dice mamá. Simba y el niño se pelean y mamá pacífica, y así pasa el verano, que no es otro verano más, porque estás triste. Simba no quiere pedir perdón, ha sido sin querer, es un quejica. El niño llora. Mamá suspira.

Los escuchas mientras andas por el camino de ladrillo, junto a los rosales, transportando una montaña de ropa sucia al baño de fuera. Subes el escalón, retiras la cortinilla metálica con la espalda, abres la lavadora y metes la ropa dentro. Cierras la puerta. Joder, nunca has puesto una lavadora en el Huerto. Ni en ninguna otra parte, seguramente. No puede ser tan difícil. Buscas el detergente. Abres el cajoncito. Echas a ojo. Cierras. En la rueda hay muchas temperaturas. Pones una intermedia. Pulsas el botón. La lavadora no reacciona.

«O hacéis las paces o hacéis las paces». Mamá no transige. Una discusión. Sus dos partes. Su malentendido. Sus dos visiones. En tu vida no hay mediador. Nadie llega y dice: «Pídele perdón». Mamá no existe, en la vida. Simba no quiere pedir perdón. Mamá pierde la paciencia: «Todo el santo día igual». La lavadora gruñe y empieza a girar. Respiras. No era tan difícil.

Salas del baño, vuelves al caminito y ves que se te ha caído un calcetín. Das tres o cuatro zancadas y te pones en cucullas,

agachada para recoger el calcetín, y entonces lo ves. No es el calcetín. Ahí está. A la altura de tus rodillas. ¿Hace cuánto que no...? No te acordabas. Miras a tu alrededor. No hay nadie. Frotas tu mano, la restriegas bien y te la pones contra la nariz. Tu mano, que sigue siendo pequeña, que sigue siendo tu mano. Inspiras. El olor de la yerbabuena –el olor de la palma de la abuela– entra por la nariz, baja por la garganta, atraviesa el pecho, el esternón, la boca del estómago, el ombligo. Cierras los ojos para concentrarte mejor en el olor. «Le pides perdón y punto pelota». Charlie. Bea. Mamá no existe en la vida. Y la vida no funciona así, perdón-y-punto-pelota. Algo imperdonable no es algo que racionalmente no se pueda comprender ni perdonar; algo es imperdonable, simplemente, cuando no se puede vivir con sus consecuencias.

Lo comprendes ahora. Te yergues. Suspiras. No tienes que decidir nada. No eres ningún juez. Solo tienes que vivir. Algunas cosas no puedes aceptarlas. No importa. Rodeas la casa hasta el porche, entras en el salón y te llevas al niño a la piscina para zanjar la pelea. Mamá resopla. Simba se enfurruña. La abuela termina de segar y lleva el cortacésped al almacén. Vuelve por el camino de ladrillo. Os ve de lejos, al niño y a ti, en la piscina.

–¡Cuidao con el bordillo!

Entonces lo ve, en mitad del camino. «A esa se le ha caído un calcetín», piensa. Se acerca y se agacha a recogerlo. A medio camino, sonrío. Mira a su derecha. Estira bien la mano, frota, la restriega y envuelve, con la palma, su nariz.

Has dicho que bajarías a despedirte, y sabes que mamá no se va a ir sin darte un beso. Como si tus actos no dependieran de ti, te incorporas. Como si no fueras tú la que se levanta, te levantas, y esa que se levanta coge su mochila, saca los apuntes, mete el portátil y dos libros, tres películas, un biquini, cinco bragas, cuatro camisetas. Esa que no eres tú se lava la cara en el baño y se frota los ojos para que no se note que ha estado llorando. Esa que no sabe lo que hace baja todas las persianas, cierra la puerta con llave, se mete en el ascensor y pulsa el piso -2 del garaje, baja como quien desciende a

los infiernos. Esa que no eres tú abre la puerta del garaje, ve a su familia en el coche, mamá va a salir a darte un beso, pero no le da tiempo, esa que actúa movida por quién sabe qué inercia ya se ha montado en el asiento de atrás del coche. Deja la mochila entre las piernas. Da un portazo. Silencio.

–¿Qué pasa? –dice Simba.

–Nada.

–¿Al final vienes? –dice el niño.

–Sí.

–¿Pero pasa algo? –dice papá.

–No.

Silencio. Mamá hace un amago de hablar. Se calla. Finalmente dice: «¿Arrancamos?». Silencio. Miras por la ventana. Esa que no eres tú y que no sabe lo que hace mira por la ventana, mira fijamente la franja gris de la columna del garaje. Papá pone el motor en marcha. Simba insiste: «¿Te vienes, al final?» y tú dices «Que sí» y papá arranca. El niño se apoya en tu hombro y se acerca a tu oreja.

–Creía que no querías venir –susurra.

Lo miras. Qué guapo es, piensas. Le sonríes. La que no quería era otra. La que no quería era Marta. Esa chica que se ha metido en el coche y que no sabes quién es no tiene ni idea de lo que quiere.

ANUNCIA

Las piernas tensas y flexionadas. Los muslos fuertes. Vas variando el peso de un pie al otro. *Million Dollar Baby* en la pantalla de tu ordenador. El puño izquierdo arriba, a la altura de la cabeza, el derecho protegiendo las costillas. Miras de frente. Lo estás haciendo todo bien y el público aplaude, aunque no los escuchas: toda tu concentración está en el *ring*. ¿Por qué te gusta boxear? Por eso: cuando estás ahí, no puedes estar en otro sitio. Tus trenzas. Su ceño fruncido. El ceño que se frunció en *Por un puñado de dólares* y ya no se alisó más.

El problema es que esto es lo único que me gusta hacer.

Es un problema y una ventaja. Por lo menos lo sabes: esto es lo que te gusta hacer. Ahora solo tienes que hacerlo. Te agachas, esquivas un golpe y rápidamente cambias el peso para asestar un derechazo. No vas a esquivar todos los golpes. Eres buena, pero eso da igual. Te envalentonas y te lanzas. Eres prudente siempre hasta que ya no lo eres y te dejas ser impulsiva, como si tuvieras un almacenaje de prudencia limitado. Entonces bajas la guardia por un segundo y ¡pam!, golpe firme entre la mandíbula y el pómulos. Te hincha el ojo y te abre una herida por debajo de la ceja izquierda. Entonces, el equipo.

Te colocan el taburete. Te sientas. Tú sigues mirando al *ring*: no puedes mirar a ningún otro sitio. Pero los sientes detrás.

¿Qué hago? Dime qué hago.

Son varias manos. El taburete, el cubo. Te sacan de la boca el protector. Te limpian la sangre con la esponja. Te retiran el sudor con la toalla.

Deja que te pegue.

El equipo es siempre honesto. El equipo es honesto hasta la brutalidad, pero tú no exiges otra cosa.

Quiero un entrenador. No quiero caridad, ni quiero favores.

Y, sobre todo, el equipo no se arriesga a que te partas la nariz. El equipo sabe que no puede evitar que te partas la nariz, pero hace todo lo posible para evitarlo *—deja que te pegue—*, a veces lo más sensato es claudicar. Te cierran la herida con unos bastoncillos de algodón. Te untan la vaselina. Miras de frente al cuadrilátero y el equipo te da una palmada en el hombro.

Alguien tiene que ser sincero contigo. Siento ser yo quien te diga la verdad.

Notas su presencia a tu espalda. Al otro lado de las cuerdas, pero lo más cerca posible. Tu vida es solo tuya, ya lo sabes. Ni yo voy a poder quedarme para siempre. Estás sola. Los reveses de la vida solo los puedes encajar tú. Es tu nariz la que se va a partir, tu mandíbula, tu riñón paralizado con el golpe. Eres tú la que se va a marear, la que va a caer sobre la lona. También eres tú la que va a atacar de vuelta: tu gancho, tu derecha, tus piernas. Eres tú la que no va a dejar de moverse. «¡Pies listos!», te dice el equipo. Botas. Saltas. Pies listos.

Una de las cosas que he visto es que nunca mueves los pies. Te quedas con los pies quietos. Tienes que mover los pies. Es lo mejor que puedo enseñarte.

Estás sola. Yo me voy a ir también.

No irás a llorar, ¿no?

La vida es una negra imponente que te saca dos cabezas y te gana en corpulencia, una gigante que muerde con saña el protector bucal y que no tiene estrategia. No sabes cuándo te va a pegar, no sabes cuándo va a amainar. Pero si eres capaz de lanzarte hasta el fondo, de empaparte en sudor, de cegarte con tu propia sangre, de arriesgar la columna vertebral y la autoestima, es porque el equipo está ahí. Justo detrás. A escasos metros.

No pueden pelear por ti. Estás sola. Yo me voy también, me tengo que ir. Tu vida empieza ahora, y ni yo puedo acompañarte. Se acabó. Tendrás que asumir de una vez que eres sensata, alegre, razonable y equilibrada a tu manera, o que no lo eres en absoluto. Pero no es justo que Bela gane en combate a tantas Martas.

Porque sabes que tienes al equipo, sabes estar sola. Lo único que necesitas es saber que, si giras la cabeza por encima del hombro, están ahí. Mirándote. Dani mascando chicle, Eli detrás de sus gafas, Martín con su pelo revuelto, los caracoles rubios de Simba, el niño dentro de una sudadera ancha. Todos los demás. Mamá, papá. Martañán y sus muchos mosqueteros. Todos siguiendo tus movimientos. Preparados para recolocarte la nariz o para descorchar el champán. Porque cuando eres feliz, lo eres del todo, y eso también los hace felices a ellos. Si ganas el combate, te sientes como en el trampolín de tu piscina, los brazos levantados, los vítores. Cuando lo pierdes, te dejas cuidar. Has aprendido que hay que dejarse cuidar, que con una costilla rota y la visión nublada no hay nada más inteligente que ponerse en manos del equipo.

El cuerpo sabe cómo protegerse. Un cuello puede retorcerse hasta un límite. Si se retuerce un solo pelo más el cuerpo dice: «Eh, yo tomo el control a partir de ahora porque tú no sabes lo que haces. Tumbate y ya hablaremos cuando recuperes la consciencia». Se llama mecanismo del KO.

Te desmayas. Estás sola. Por eso no te acuerdas de lo que pasa cuando te desmayas. Solo sabes que abres los ojos y ahí están, todas las caras del equipo a tu alrededor. Mirándote. Y, entre todas las caras, la cara más antigua. La cara original. La del entrenador principal. Ahí está, esa cara que lleva sin cambiar tantos años, esa cara a la que el tiempo no le ha añadido una arruga, una cana. Tú tumbada en el suelo saliendo del desmayo y esa cara que está igual, exactamente igual al día en que abriste los ojos entre bostezo y bostezo en la cuna y te la encontraste –diurna y veraniega–, conociéndola sin saberlo por primera vez.

Por eso te sorprendes. Puede morir el boxeador, el contrincante. Pueden morir los padres de la protagonista. El perro de la protagonista. La protagonista misma. Puede morir mucha gente. Pero el entrenador principal es el que está ahí. El que pone el taburete y el cubo y la toalla. Es el que está ahí por si te mueres tú. Por eso nunca se te había pasado por la cabeza que ella fuera a hacerlo. No tan pronto. No hasta que tuviera ciento veinte años, por

lo menos. Nunca has pensado «¿Y si se muere la abuela?», porque ella es siempre la respuesta y nunca la pregunta. Porque no ha hecho nada al uso, pensaste que también en eso iba a ser distinta. Porque es el entrenador principal, y el entrenador principal no es el que se muere en las películas.

Ha ido todo demasiado rápido. La manchita en el empeine, mejor vamos a que se la vean, la vuelta al Huerto, las caras silenciosas. Ese silencio. Esa pregunta. «¿Qué os han dicho?». La ansiedad de presagiar la respuesta.

—¿Pero es posible que se muera?

Lo preguntas y miras a papá, que además de papá es médico, como si tuviera la misma autoridad que desprendía cuando tú tenías siete años. Cuando él lo sabía todo. Ahora no lo sabe todo y tú te tienes que hacer cargo de tu incertidumbre. Pero sabe algo más que tú, y necesitas hacerte una composición de lugar, ese eufemismo para decir: quiero saber el futuro y ya sé que no se puede.

Disipado el corrillo de familiares, y explicados los pasos a seguir — hay que hacer esta prueba, y luego esta otra, el diagnóstico es este, mejor nos vamos todos a Madrid—, te acercas a papá. Está al borde del banal mirando la piscina y fumándose un cigarro. Le pides una concreción que necesitas, que siempre necesitas. Pero, a veces, la concreción no existe. Te gusta tener todos los datos. Pero, a veces, no hay datos, no hay certeza, no hay nada. Lo reclamas a él como cuando eras niña —una niña que ya no existe, una niña que dónde está— y le preguntas. Pobre papá, tener que saberlo todo.

—¿Qué tal la vuelta? ¿Y el verano?

No os veis desde que has vuelto de tu Erasmus, y luego el Huerto, y al fin Madrid.

—Bueno.

—¿Y eso? Espera, que quito esto del fuego y ahora me cuentas.

Cuando llegas a casa de Elías sus espaguetis a la boloñesa están ya casi listos. Abres el vino que has traído, pones la mesa. Ya no quiere que le llames Eli. No delante de los de la uni, al menos.

–Se van a pensar que soy gay –te dijo.

–No. Como mucho se van a pensar que eres tía.

De modo que ahora es Elías, menos cuando estáis solos, menos cuando no te acuerdas: lleva demasiado tiempo siendo Eli. Dos mantelitos, los platos, la pasta humeante y Eli que al fin se relaja: «Ya está». Sirves el vino y le cuentas lo de la abuela como se cuentan estas cosas: «Aún no se sabe», «Hay que hacer pruebas», «No vamos a adelantar acontecimientos». Y ese regustillo en el estómago que te dice que sí se sabe, que qué miedo, los acontecimientos.

Su verano ha sido bueno. Habláis del guion que queréis rodar. Se lo has enviado, se lo ha leído. Dice que no está mal. Que es mejorable. Que por qué no escribes de cosas que tengan más que ver contigo. Le convences para que os hagáis juntos un máster el año que viene.

–Bueno, eso si no nos dan la beca.

–Joder, la beca.

–¿Lo has echado ya todo? Yo tengo escrita toda la solicitud, te la paso para que veas el modelo, si quieres. Tienes una semana todavía. El TOEFL lo tienes, ¿no? Y el título de la carrera lo pides en secretaría y te dan un justificante de que lo has pedido, que sirve de momento.

Solo hay una cosa en el mundo que odias tanto como las lentejas: la burocracia. Pero Eli te ayuda y al final te quedas a dormir en su casa y entre la charla y las risas medio redactáis tu solicitud, habláis de lo intrascendente –los cotilleos del grupo de amigos–, de lo divertido –los rollos de vuestros veranos– y de lo importante –«Me da miedo lo de mi abuela, no te creas»–.

Eli te dice que va a ir bien y fantasea con la posibilidad remota, difícil, de que os den la beca a los dos. «¿Te imaginas?», te dice, vivir en California. Convertiros en catedráticos internacionales, especialistas en el cine de Haneke o en el de David Lynch. Qué puede haber mejor que vivir en California y ver cine en bucle. No estás convencida, pero no encuentras argumentos en contra.

Te parece imposible que te bequen. Una Fulbright es una beca muy complicada. Por otro lado, sabes que a nadie le sorprendería que la obtuvieras. Esa convicción ejerce en ti una presión incómoda. Transigimos con las Martas esdrújulas –la neurótica, la colérica, la maniática– porque sacan matrículas, ¿te acuerdas? ¿Y si no te la dan?

Os acabáis el vino. A las cinco de la mañana os ponéis *Hannah y sus hermanas* y os quedáis dormidos el uno contra el otro en el sofá.

Cuando te despiertas al día siguiente notas enseguida dolor de cuello y mucha sed. Te levantas a por agua y de pie en mitad de la cocina vacía, sosteniendo el vaso y con la mirada perdida, una imagen se te viene a la mente. Recuerdas a papá apurando el pitillo, frunciendo el entrecejo. Agarrando el cigarro con el índice y el pulgar y dando una última calada. Diciendo: «Sí. Es posible que la abuela se muera».

Dejas el vaso en la encimera y vas a despertar a Elías para que haga café.

Meterte en las fuentes de las plazas públicas en verano, comerte el helado mordiendo el cucurucho y aspirando desde abajo, mezclar la Fanta con la sal y el vinagre en las sobremesas. Cosas que con siete años son tiernas, risueñas, graciosas. Cosas que con dieciséis son inoportunas, improcedentes, alocadas. Cosas que con veintidós años no se hacen. ¿Qué hago yo aquí?

Nada. No hago nada. Narrarte desde la lejanía tu propia historia, que es algo que hacemos todos, relatar lo que nos pasa, aunque sea de manera inconsciente. Sigo aquí por inercia. Una inercia que empieza a resultar forzada. Qué es el carácter sino una tremenda inercia que hay que saber frenar, una costumbre mítica de la que debes deshacerte.

Dónde vas a meter a la Marta brillante, ahora que te parece que las buenas notas no sirven de nada. De qué te sirven con la mancha en el empuje de tu abuela. Qué vas a hacer ahora que estás aprendiendo a manejar tu temperamento. «Tienes que aprender a controlar tu genio», te decían. Dónde vas a meter a la Marta

temperamental ahora que sabes contar hasta diez. Ahora que a veces decides no contar hasta diez, ahora que sabes que hay cosas que bien merecen que pierdas la compostura. A Dios pones por testigo de que si tu novio te miente estás más dispuesta que nunca a gritarle en mitad de un restaurante, a lanzarle el secador a la cabeza, a llorar descompuesta, dolida, frágil, a perseguirlo y darle su merecido: matarlo, cortarle los huevos, qué sé yo. No hay que controlar el genio: hay que adueñárselo.

Dónde vas a meter a la Marta celosa ahora que no eres celosa, qué vas a hacer con la Marta exagerada ahora que no eres exagerada, ahora que eres una Marta que empieza a ser consciente de sus necesidades.

Quién eres, si no eres las Martas que eras, si eres Martas que no sabías que existían.

Eres lo que queda cuando te desembarazas de la inercia, cuando abandonas las costumbres atávicas. Pero no es lo mismo una civilización que se deshizo de sus ídolos que una que nunca los tuvo. El miembro fantasma sigue picando. Quién eres, si no eres la niña estrambótica que tenía una amiga invisible que se llamaba Belaundia Fu. Quién eres si tu referente de claridad, de sensatez, se está muriendo. Esto se acaba. Sigo aquí, pero ya no tiene sentido. Sigo aquí, pero ya me voy. Soy tu propia hermana mayor que saca siempre buenas notas y que te parece en todo mejor que tú. Ya va siendo hora de que me des un portazo en las narices.

—¡Ay, encanto de mis pezuñas, qué alegría me da de verte!

Lo ha dicho hace dos semanas, hace apenas dos semanas. Cuando todavía no hay mancha en el empeine. O la hay, pero tú no lo sabes, así que no la hay. Tampoco hay diagnóstico. No hay nada. La alegría del reencuentro.

Avanzas por el camino con premura y ella camina hacia ti desde el umbral de la puerta. La blusa roja de manga corta. La falda beis.

—¡Ya te he encontrao! Me parecía que te tenía perdía, pero ya te he encontrao.

No te ha visto desde que te fuiste de Erasmus. Te espera con los brazos abiertos y la sonrisa ancha. Os dais un abrazo grande, un abrazo largo. En ese abrazo se te aligera un poco la vuelta, esa vuelta que tanto te está costando.

Yo te entiendo, no te culpo. Además, como de costumbre, te estás acelerando. No hace falta que vayas tan rápido. Date un poco de tregua. Si lo piensas, hace solo diez días que estabas tirada en el suelo del aeropuerto de Pisa. Hace solo diez días. La vuelta. ¿Y ahora qué? El trayecto del aeropuerto a casa. Ese trayecto. La vuelta como un show televisivo.

Cada vez que vuelves, al otro lado de las puertas automáticas espera alguien, supones que espera alguien, piensas: Quién habrá venido esta vez. Papá o mamá, o papá y mamá. Algún hermano extrañamente solícito. Algún amigo ocioso. Un novio. Alguien, en fin, con ganas de verte.

Los que esperan aguardan nerviosos, con la vista fija en la apertura de las puertas, decepcionados cada vez que atraviesa el umbral alguien que resulta no ser tú. Hasta que eres tú. A pesar de que todo tiene un aura como de *Lluvia de estrellas*, no sales radiante saludando entre el humo blanco y lanzando besos al público. Aparece una Marta cansada, sucia y hambrienta.

Primero son mamá y papá los que te esperan, a veces acompañados del niño, que no puede quedarse solo. Cuando vuelves del viaje a la nieve, del campamento en Inglaterra, de pasar unos días con tu tía en Cádiz. Apareces con dos coletas y tu mochila a la espalda. Ellos saludan sonrientes, te montan en el coche, te atosigan con unas preguntas que respondes animadamente. Llegas a casa. Te das un baño. Cenas espaguetis con tomate y te vas a dormir.

Pero un día. Cuando vuelves del Interrail, por ejemplo. Llegas cansada, sucia y hambrienta. Atraviesas las puertas que te hacen pensar sistemáticamente en *Lluvia de estrellas*. Resoplas. No te espera nadie. Tus padres trabajan, tus amigos no conducen, no tienes novio. Coges el metro y luego un autobús hasta tu casa. Tú en un asiento, el macuto en el otro.

Cuando vuelves del festival de teatro en Francia, viene solo mamá. Cuando vuelves del intercambio, viene solo papá. Ellos siguen haciendo las mismas preguntas, pero tu animosidad quién sabe dónde quedó. Qué vas a contarles. A ellos. Dices que estás bien, que lo has pasado muy bien, que estás cansada. Ellos se conforman con tu parca información y se consuelan con el hecho de que su primogénita, con todas las extremidades y las vértebras que la conforman, está al fin sentada en el asiento de su coche.

Nunca te apetece volver. Esta vez menos. Pero te lo he advertido: lo de mentir me parece excesivo. Decir que vuelves el 16, cuando vuelves el 13. ¿Qué ganas con eso? ¿Ahorrarte el momento *Lluvia de estrellas*? ¿Prescindir de la expectativa?

Estás sentada en el suelo de un aeropuerto que no conoces, el aeropuerto de Pisa, frente al monitor que anuncia las salidas. Has llegado mucho antes de que anuncien la puerta de embarque. Pero por llegar antes el avión no sale antes, igual que de nada sirve sacar las llaves de casa diez minutos antes de llegar al portal o estar lista una hora antes de la cita. Porque tú te adelantas, las cosas no se adelantan. Pero te adelantas, y sacas el monedero para calcular si, al llegar a Barajas, podrás pagar el suplemento del aeropuerto y coger el metro. Te quedan cinco euros con treinta y siete céntimos. Te suena el móvil.

Miras fijamente la pantalla. «Martín». Dudas. Finalmente, respondes con una advertencia:

—Sigo en Italia, ¿eh?

—Ya, ya. Es que acabo de caer... Si tus padres no saben que vuelves hoy, ¿quién te va a buscar?

—Nadie.

—Eres imbécil. ¿Quieres que vaya yo?

Sonríes.

—Vale. Si no tienes nada que hacer, ¿eh? Que si estás liado...

—Eres imbécil. Venga, hasta ahora.

Te emociona absurdamente que se haya dado cuenta. Te montas en el avión un poco menos sola. Ya en Madrid, atraviesas las puertas automáticas y apareces cansada, hambrienta y sucia. Os reconocéis.

Martín, con sus vaqueros y su camiseta de siempre. Un rostro familiar entre la gente.

–Joder, qué mala cara tienes.

–Yo también me alegro de verte.

Os sonreís. Os dais un abrazo grande, un abrazo largo. Él también es del equipo. El que te limpia la sangre que te resbala por la nariz. El que te dice «¡Escupe!» porque sabe que tienes la boca llena de sangre, de babas, de un sabor metálico. El que te dice: «La hostia va a ser tremenda, pero yo voy preparando el cubo con hielo». El que te echa agua en la cara para que espabiles. Te montas en su coche y te lleva a casa, y de ahí a la piscina, al Huerto, al ay-canto-de-mis-pezuñas.

Tiene ya menos pelo. La pierna derecha está rígida, siempre extendida sobre un taburete o una silla. Estáis sentadas en la terraza de tu tía. Esta tarde te quedas tú con ella. Merienda un kiwi con una cucharita, como si fuera un yogur. Le has preparado tú la merienda. Te gustaría poder hacer una reflexión nostálgica, «no hace tanto tiempo yo tenía siete años y la merienda me la preparabas tú», pero es imposible. Hace tan solo unos meses tú, que ya tienes más de veinte años, seguías apoyándote en su hombro y diciéndole, melosa: «Abuela, ¿me pelas un melocotón?». No hay nostalgia posible porque el cambio ha sido veloz. No ha envejecido, sino que ha enfermado con la inmediatez con que el semáforo cambia de verde a rojo. O quizás no. Quién sabe cuánto tiempo la enfermedad lleva fraguándose, rumiándose en el cuerpo de tu abuela. Un día te ves una mancha que ayer no estaba. Cuánto tiempo necesita una mancha para dejarse ver.

No lo sabes. Ha sido rápido y lento al mismo tiempo. Van a ser seis meses veloces y eternos. La velocidad –«Si hace nada estaba bien»– conviviendo con lo lentas y largas que son las enfermedades, duren lo que duren. No hay enfermedad corta.

La enfermedad. Ahí la tienes. No te la creías. Has fingido que no existía. Has ignorado tus catarros, tus gastroenteritis y tus fiebres, el mareo de la mononucleosis o el dolor de muelas. A ti un

contratiempo físico no te iba a impedir hacer nada. Hasta que la palabra llega de verdad. Hasta que la masticas, la tragas, la digieres y una parte de ella se te queda en las células, en la sangre, en los músculos y en los huesos. La cara interna del muslo de la abuela con el obscuro aspecto de una enfermedad medieval no deja lugar a dudas. Tu abuela veloz sin poder caminar bien. Tu abuela sonriente, apagada. Tu abuela juvenil, sin pelo. Tu abuela y las cuatro pastillas que le tienes que poner de merienda, junto al kiwi y al vaso de agua. Tu abuela y la evidencia silenciosa de que, tras dos meses de tratamiento, su estado no mejora. Nadie quiere verbalizar una evidencia así. Tu abuela que levanta la vista del kiwi, sostiene la cucharilla en el aire, te mira y te suelta:

—¿Cómo vamos a saber si hay Dios, Dios o quien sea, si nadie lo ha visto?

Ni veraniega ni sonriente, sino contundente y lúcida. Te gusta que comparta eso contigo. Con lo fácil que sería ahora para ella, para cualquiera en su circunstancia, creer en Dios más que nunca o no creer en absoluto. Pero ni se consuela con la idea de un Dios simpático que te recibe a las puertas del cielo con un apretón de manos, ni niega radicalmente la posibilidad de toda trascendencia a raíz de la materia que termina imponiéndose, que se le está imponiendo ahora desde el empeine derecho hasta la ingle.

—Pues no podemos saberlo.

No te atreves a decirle que no crees que haya Dios alguno. Que sus átomos se van a descomponer y a redistribuir, o algo parecido a eso, porque con la composición de la materia te pasa como con la transmisión de la electricidad, el funcionamiento de Hacienda o la Bolsa: finges que lo entiendes, pero no lo entiendes. Os quedáis en silencio.

Eres, a veces, parca en tus respuestas porque algunas de sus preguntas te dan ganas de llorar. Apuntas en el móvil las cosas que te dice, para que no se te olviden. Ella quizás piensa que estás pendiente de otra cosa. De algún chico. De algún amigo. De cosas que le son ya totalmente ajenas, que ignorará siempre. Sin embargo, tu atención está en ella. Ni siquiera en ti. Te gustaría estar

triste, pero no sabes. Todavía no. Tu abuela se está muriendo. Querrías poner tu atención en otro sitio, en otra cosa. No sabes. Hay que intentarlo.

–Es que es como si no hubiera vivido nada. Ahora lo pienso, pienso en mi vida y... ¿dónde está? –Mueve las manos palpando el aire, mostrándote que no hay nada que tocar.

La entiendes. Se lo dices: «Ya». Asientes. Ella también se siente menos sola cuando tú la comprendes. Todavía pega el sol en la terraza. La abuela deja la cucharita sobre el plato y coge la primera pastilla y el vaso de agua. Le tiembla la mano al sujetarlo. Haces un ademán de hablar, pero esperas a que se tome la segunda pastilla. Luego, la tercera. Al fin, la cuarta. El silencio, el sol, la terraza. Se te han terminado las excusas.

–Yo por eso escribo.

Lo dices como dices las confesiones, sintiendo que te cuesta la vida misma, que tienes algo atorado en el pecho que hay que sacar y al mismo tiempo preservar. Y cómo se hacen las dos cosas al mismo tiempo. Lo dices mirando al suelo. Por eso no te das cuenta de que ella te mira de vuelta, te mira con ojos suspicaces y en ese momento lo comprende todo, todas esas cosas tuyas que ella había sentido ajenas: las películas subtituladas, los bolígrafos, los cuadernos, los libros, la facultad, los idiomas y la carrera universitaria esa que estudias y de cuyo nombre no quiere acordarse.

Los amigos de siempre y alguno más, muchas cervezas, bromas, abrazos, un bar en el que las cañas son baratas y ponen tapa siempre, el paseo, el beso, la despedida: «Cualquier cosa, nos llamas». Llegas tarde a casa y en una coreografía que tienes registrada en el cuerpo cierras la puerta de la entrada, esquivas el mueblecito, abres la puerta del pasillo, extiendes la mano a la altura exacta y pulsas el interruptor del baño. Dientes, pis, manos. Apagas la luz y atraviesas el pasillo a oscuras, consciente de los interruptores que dejas a tu paso. Pulsas el de tu cuarto –la altura, la presión exacta–, te desnudas, te pones el pijama, apagas la luz y

a oscuras enciendes la lámpara de la mesita. Entonces lo piensas. Bueno, mentira. No lo piensas tú, te lo digo yo. Uno ha hecho suya de verdad una casa cuando tiene automatizado qué interruptor enciende cada una de las bombillas.

No eres tan mayor, pero ya has habitado varias casas diferentes. Casas que necesitan tiempo, mucho más del que parece, para darse a conocer por completo. Ese pasillo en zigzag que acabas de recorrer a oscuras te lo sabes de memoria, te lo sabes con el cuerpo. Lo has recorrido en pijama, en rigurosa fila india detrás de papá y seguida por tus hermanos, todos en orden de llegada al mundo, imitando a los elefantes de *El Libro de la selva* –un, dos, tres–, la espalda encorvada, un brazo haciendo de cola, otro de trompa –cuatro con el un, dos, tres–, y papá dándole en el culo a mamá y diciendo: «Levanta la popa, Winifred, querida». Desde entonces, tantas veces. Te has levantado a hacer pis en mitad de la noche, lo has recorrido desde tu cuarto prácticamente dormida a altas horas de la madrugada y, en sentido inverso pero en el mismo horario, prácticamente borracha. La altura y la localización de los interruptores, su relación con cada una de las bombillas, la presión, cada puerta y los pasos exactos que tienes que dar antes de girar a la derecha, primero, y a la izquierda, después.

Son los pasillos. Los pasillos te dicen si realmente conoces una casa, si la casa te conoce a ti. En las habitaciones se está, y uno puede conocer muy bien el salón o la cocina de la casa de cualquier buen amigo. Solo las personas que las habitan recorren los pasillos una y otra vez porque se han vuelto a dejar el cargador en el salón o el vaso de agua en el dormitorio. No tardarás en irte de esta casa, en dejar de dormir en esta cama, en esta esquina, bajo esta ventana. No lo sabes, pero te vas a ir, como me voy a ir yo. Vas a mudarte muchas, muchísimas veces. A casas tan pequeñas que no tendrán pasillos. Pero no importa. Siempre hay interruptores muertos. Ese interruptor doble, cuyo botón derecho enciende la luz interior del baño y cuyo botón izquierdo enciende una hilera de luces del salón. Cuando se conocen los interruptores muertos, se conoce la casa.

Te vas a ir, no dentro de tanto. Después de tantos años. Aún no sabes que te vas a ir, pero sí piensas, en pijama, entre las sábanas, en todos los años que llevas aquí. Te acuerdas: no naciste aquí. Tus primeros años de vida los pasaste en aquel piso alto que compraron tus abuelos. «Le regateé la lavadora y el lavaplatos». La abuela, orgullosa de sus dotes de negociación. Tu madre instalándose en aquel piso. Tu padre y tu madre casándose. Tu padre y tu madre concibiéndote en una mezcla de alegría e inconsciencia, tu madre que un día se ve las tetas más grandes en el espejo del baño y cuenta mentalmente, se pone un poco nerviosa, le brillan los ojos. Tu padre poniendo la oreja en el barrigón de tu madre. Tú ahí. Como cuando buceas en la piscina. Tu padre y tu madre que están a punto de convertirse en tu padre y tu madre –¿alguna vez no han sido tu padre y tu madre, esos tipos sonrientes que te aplauden y te animan, y que a veces se ponen muy pesados?–, tu padre y tu madre saliendo de casa, llegando al hospital, tu madre a punto de ser tu madre en la camilla, tu padre a punto de ser tu padre muy nervioso: más nervioso que ella. Tu madre que no quiere epidural porque ha venido a este mundo a jugar duro. Tu madre que te dirá tantas veces: «Si un día tienes hijos, la epidural la pides, la epidural es el invento de esta era». Tu madre sudando, tu padre aguantando el tipo. No eran tus padres hasta hace un rato. Y de repente son tus padres. Tú berreas envuelta en flujo y sangre, y tus padres, que se están convirtiendo en tus padres, respiran y sonríen. Tu madre cae rendida. Tu padre se cena una caja entera de bombones. Abuelos, primas, tíos: todos vienen a verte. Eres la primogénita. Tu padre y tu madre que ya nunca van a dejar de ser tu padre y tu madre llevan al animalito que eres envuelto en un pijama blanco a aquel piso alto que tu abuela compró, no sin regatear, te meten en una cuna y te miran. Tu padre que cambia el carrete. Te apunta. Foto. Es el cuarto día y ya han gastado un carrete entero. Eres la primogénita. Acabas de hacerles padres. Qué más quieres.

Esta es solo la vigésimo séptima de muchas fotos. Álbumes de fotos. Tú desnudita y sonriente después de la ducha. Tú envuelta en una toalla en brazos de papá. Y ahora tú envuelta en una toalla en

brazos de mamá. Tú en la bañera. Tú en el sofá. Tú con tu biberón. Tú en dodotis gateando. Tú agarrada al barrote de la cuna. De pie. Milagro. Tú corriendo por el pasillo, ese pasillo del que te irás cuando todavía tienes que estirar el brazo hacia arriba para alcanzar los interruptores. Tú en la trona comiendo papilla. Tú lanzando la papilla contra los azulejos de la cocina. Tú en tu caballito de madera, ese que te trajeron los primeros Reyes Magos, esos Reyes Magos que te trajeron un montón de cosas porque, eh, no tenías ni un año y ya eras buenísima. No te dormías sola ni a tiros y comías fatal. Pero mírate. Tan guapa. Tan sonriente. Tú con tu vestidito de flores de verano. Tú con tu peto vaquero en la terraza. Tú con tu disfraz de bruja asustando a la cámara, con una tiritita amarilla en el dedo meñique. Tú con tus collares de plástico. Tú soplando tres velas de colores.

Te lo cuentan. Te lo cuentan y yo lo aprendo, porque al principio del todo yo tampoco estaba. Entonces dijiste ma, dijiste pa, dijiste sí, dijiste pis, dijiste Belaundia Fu. Te lo cuentan, te enseñan las fotos, te cuentan lo mal que dormías, lo mal que comías y lo feliz que eras, y te preguntan: «¿Te acuerdas de aquel piso?». Y tú, ay, tú no te acuerdas. Crees que sí. A veces crees que sí porque te lo han contado. Pero si te concentras y te piensas y deshaces los minutos hacia atrás, la primera casa de la que tienes memoria no es una casa: es una piscina, y un huerto, y un césped enorme, los frutales y la azada del abuelo, el trampolín descolorido, la rampa, el columpio, la carretilla, la cueva, los bancales, el sol hasta bien tarde. Los interruptores, al lado de la puerta de la entrada, encima del teléfono, encienden en tres tiempos las farolas del Huerto. El de la izquierda, las del primer bancal y la verja de la entrada; el de en medio, las de más abajo y la parte trasera; el de la derecha, las centrales y la de al lado de la casa.

—Anda, enciende las farolas, que ya no veo ni gota.

Y tú estirando mucho tu brazo para llegar a los tres interruptores. Tú y tus ojos a la altura exacta de las tres teclas. Tú tanteando hacia abajo, desde fuera, metiendo el brazo en el salón. Clic. Clic. Clic.

—¡Las de atrás no hace falta...!

Clic.

Pasa la mitad del tiempo en casa de tus tíos y la otra mitad en vuestra casa. Desde que está tan enferma el tiempo se ha materializado y se puede partir por la mitad, contar, dosificar, dividir, repartir. Como una tarta, o una lista de tareas; como todo lo que se termina. Sobre el camisón rosa lleva siempre su chaqueta de punto color mostaza. Las visitas al hospital como boyas en el calendario, como puntos de luz y angustia en los que se condensa la expectativa, como lugares en los que el tiempo se detiene: «Lo sabremos a partir del martes», «Con eso empieza el día 12», «A ver qué nos dicen el viernes que viene». Este tratamiento, y luego este otro, y luego quizá este también. Pastillas de todos los colores, de todos los tamaños. Y esa cosa infame que se extiende cada vez más por la piel de la abuela, por la ingle y por el muslo. El cuerpo, indudablemente, tiene sus desventajas. También se extiende, esa cosa, por el interior, según os cuentan las pruebas, el contraluz radiográfico que os explica que dentro tiene huesos y músculos y metástasis, aunque tú no los veas. Si todos creen al médico cuando habla de la metástasis, por qué no te creen a ti cuando hablas de mí. Dónde está mi radiografía.

Anda ya muy mal y avanza lentamente por el pasillo. «Adelántame», dice cuando nota que alguien llega por detrás, y se echa a un lado. Dentro de un mes ya no podrá caminar sola y tú le ofrecerás tu brazo, colocado en un firme ángulo recto, le dirás «Venga, abuela, pies listos», y ella te seguirá despacito, caminando a tu vera, como la niña obediente que tú fuiste.

Ahora le gusta la comida rica, la bechamel de mamá, la pizza. Ella, que tanto te ha insistido en que comas alcachofas y repollo, en que en *Saber vivir* dicen que la zanahoria es muy sana, en que pinches ensalada, mujer, aunque sea un poco. Ella ahora descubre lo rica que está la pizza.

–Anda, ponme *Pasapalabra*.

Pones *Pasapalabra* y te sientas a su lado en el sofá. Te recuestas. Tu cabeza sobre su tripa. Su mano sobre tu cabeza. Acertáis

diecinueve de las veinticinco letras del rosco y entonces la abuela te pregunta que de dónde vienen los idiomas. Tú, que hablas tantos, sabrás de dónde vienen. Sabe que no tiene todo el tiempo del mundo para hacer las preguntas que le quedan. Lo sabe. Apagas la tele. Le hablas del indoeuropeo. Te pregunta los idiomas que sabes. Francés, inglés, italiano y un poco de alemán.

–Y español –puntualiza.

–Y español.

–Mira, yo he cometido un error en mi vida –lo dice sentenciando, irguiéndose, mirándote con atención– y es que no he hecho cosas para mí misma. Y mis nietas no lo están cometiendo, que como lo hagan pienso ir y decírselo.

Inglés o francés. Yogur o natillas. Voleibol o baloncesto. Charlie o tú. Audiovisuales o Audiovisuales. Malasaña o Lavapiés. Italia o Francia. El chico con el que coincides en Técnicas Narrativas Cinematográficas o el amigo de Eli.

Inglés y francés. No tomas postre, solo café. Baloncesto y luego nada. Tú, claro. Audiovisuales, claro. Depende del viernes. Italia, aunque se te queda la espinita de vivir en Francia. El amigo de Eli. Hasta ahora ha sido fácil. O no ha sido tan difícil. Pero acabas la carrera en unos meses y la vida no es ya una bifurcación, sino un bosque confuso.

–¿Estás seguro?

–Que sí, que sí, lo estoy leyendo ahora mismo. Nos han cogido.

–¿A los dos? ¿Me estás vacilando?

–Que no, en serio: a los dos.

California, David Lynch, generosa financiación, sol, Estados Unidos, quién sabe qué. Una vida o la otra. Todo es reversible, piensas. Pero unos estudios predoctorales suponen un doctorado después, piensas. Eso son como cinco años en total. Cinco años en total es una vida. ¿Es la tuya?

No quieres aceptar esa beca y que os hayan cogido a los dos solo lo pone todo más difícil. Cómo rechazar una beca de cine con Eli. Piensas en Eli, en el niño del parche en el ojo izquierdo bajo las

gafas rojas de culo de vaso con el que escribías cuentos en el recreo.

–Tendremos que celebrar, ¿no?

–¡Claro! ¿En un par de horas? ¿Donde siempre?

–Venga.

Haces lo que te queda del camino a casa en silencio, entras, saludas, besas a la abuela en la frente, mamá pregunta: «¿Te quedas a cenar?», «No, salgo a tomar algo». Te duchas rápidamente, te cambias de camiseta, te sientas cinco minutos al lado de la abuela antes de irte. *Con la c, cosa apreciable que se adquiere a poca costa. Chollo.* Papá lee el periódico. La abuela mira la tele. Tú te apoyas en su hombro. *Con la g, gran porción de mar que se interna en la tierra entre dos cabos. Golfo.* Suspiras. Papá levanta la vista hacia la tele. *Con la u, apoderarse de una propiedad o de un derecho que legítimamente pertenece a otro, por lo general con violencia. Pasapalabra.* Papá te mira a ti.

–Oye, hija, ¿y de la beca todavía no sabemos nada?

Te pones de pie, coges la cazadora. Aguantas hasta la última letra del rosco. *Con la z, segunda persona del singular del pretérito perfecto simple de indicativo del verbo zanzar.*

–«Zanjaste». –Miras a papá, coges el bolso–: Qué va, de la beca no se sabe nada.

Echas la tónica fría en un vaso de cristal grande y remueves con la cuchara para rebajar las burbujas. La boca le sabe mal. Te lo ha dicho con extrañeza. Tú miras abstraída la cuchara dando vueltas dentro del vaso de tónica. Si por ti fuera, le añadirías unos hielos y un chorrito de ginebra, y brindarías con ella. Si por ti fuera, tendrías un motivo para brindar. Arrastras los calcetines por el pasillo largo y le llevas la tónica a la cama. La ayudas a incorporarse. Da un trago.

–¿Mejor?

No mucho. No quiere que llegue la Nochevieja, te dice. No quiere porque sabe que va a ser la última. No sabes qué decirle y sueltas una lágrima silenciosa en la oscuridad del cuarto. La animas. Lo vais

a pasar bien. Vais a estar todos juntos. ¿Cómo no va a querer, si tiene que cocinar el cabrito? Pero no quiere.

–¿Por qué no podremos estar en el Huerto haciendo el tonto, haciendo teatrillos? –te dice, desde la verdadera incompreensión.

–Ya. A mí también me gustaría.

Seguís hablando en una conversación que vas a olvidar, porque estás tan concentrada en no quebrarte que no recuerdas bien lo que os contáis. Sí recordarás cómo, antes de volver a recostarse, te agarra la cabeza con las dos manos y te suelta: «¡Ay, mi Martuqui, que un día va a hacer una película y la va a titular *La abuela!*». La ayudas a tumbarse. Le das un beso en la frente.

–¿Quieres más tónica?

–De momento, no. Pero déjala ahí.

–Vale.

La pones en la mesilla de noche alejada del borde, para que no se caiga. Colocas el embozo de la sábana por debajo de sus brazos. Te incorporas, recoges un blíster vacío y unos clínex usados. Estás a punto de irte cuando te retiene.

–Oye.

–Qué.

–Elígeme una actriz guapa, ¿eh? La que haga de mí, digo.

Sonríes.

–¿Qué actriz quieres, a ver?

–No sé. La de *Mogambo*, cómo se llamaba.

–Ava Gardner. Pero, abuela, Ava Gardner está muerta.

–¡Uy! Es verdad. Bueno, una de ese estilo. ¡Olivia de Havilland!

–Vale. A ver. Tres cosas. –Te empiezas a reír–. Primero: Olivia de Havilland debe de tener como cien años. Segundo: tiene demasiado cara de buenita. Tercero: habla en inglés. ¡Tendrá que ser una que hable en español! ¿No?

Entonces le da la risa a ella también. No lo había pensado. ¿Te la imaginas, a tu abuela, hablando en inglés? Ella no se imagina a sí misma. Porque no entiende los idiomas. Te lo concede: una americana no puede ser. Y luego recita:

–«Admiróse un portugués / de ver que en su tierna infancia / todos los niños de Francia / supiesen hablar francés».

Te ríes. «¡Abuela! Me encanta eso; a ver, repítelo». Lo repite, lo apuntas. «¿De dónde has sacado eso?», «Cosas que yo me sé». Os reís las dos. Os reís, y en mitad del ataque de risa se vuelve a encontrar regular y te pide otro sorbito. Le acercas el vaso.

–Me sabe rara la boca.

–Ya.

Te lo devuelve con la mano temblorosa. Te dice lo que ya sabes que te va a decir. Te dice que una palabra en inglés sí se sabe: *water*.

–¿Y tónica como se dice?

–Tónica se dice *tonic*.

–¿*Tonic*?

–Sí. Tonic.

–Pues qué fácil. ¡No, si al final aprendo inglés y todo, y te vas a Hollywood a rodar la película...!

Sabes que se muere. Lo sabes tú y lo sabe ella. Lo sabéis todos. La muerte. Son muchas las palabras que hay que aprender. No es fácil. Aprietas la mandíbula. Los dientes contra el mordedor. El puño protegiendo el pómulo. Quieres que pase el golpe. Pero la vida no tiene un orden, acuérdate. Después de este golpe vendrá otro. Y después, otro. Va a ser un año malo. A veces pasa: a veces hay años malos. Yo me voy a tener que ir. Es tu vida. Estás sola.

La abuela con su chaqueta mostaza sobre el camión de florecitas. La abuela que se tiene en pie con dificultad. La abuela –la tuya– saliendo al balcón con un sombrero de paja sobre la cabeza sin pelo. Tu abuela podando cuidadosamente las ramitas sobrantes de las flores plantadas en las jardineras. Tu abuela bajo el sol de enero, cortando lo que no hace falta. Tu abuela con su atención en la planta, en el cuidado de la planta, en sus manos cuidando de la planta, en su esmero. Tu abuela. La chaqueta mostaza. El camión. Te la encuentras de golpe. Es una de esas imágenes que nos sobrevienen, que no elegimos mirar. Sales al balcón a ver qué

tiempo hace y te la encuentras. Quedan dos días para que la ingresen en el hospital. No lo sabes. No importa. Vejez, divino tesoro. La juventud la tiene cualquiera. Miras al cielo. Hace sol. Es enero, pero hace mucho sol. Con un jersey fino vas bien. Tu abuela. El camisón. La chaqueta. Las ramitas.

Mamá, irremediablemente. Mamá está todo el tiempo, y tú te quieres ir de casa. Su mano contra la tripa de la abuela escurriendo el jabón de la esponja, su mano sobre la frente de la abuela, su mano dándole crema hidratante para aliviar los picores o abrochándole el botón de la camisa, que a ella le tiembla la mano y no puede. Mamá nunca se enfada, mamá no tiene tiempo de estar cansada. Mamá no te pregunta nada, está callada. Es evidente que está triste, pero ni siquiera lo parece: solo callada. Mamá no siente miedo, siente resignación. Vives pendiente del móvil por si te llama. Lo dejas en modo vibrador en el cine. Mamá que no te dice nada de lo que tienes que hacer, mamá que no te prohíbe nada. Mamá que se olvida de ti, pero sigue sin acordarse de ella misma. Mamá contando pastillas, mamá yendo al médico, mamá haciéndole a la abuela pasta con bechamel. Mamá diciendo: «Si hace falta me pido un mes sin sueldo». No va a hacer falta. Un mes, la eternidad. Mamá que está perdiendo a su madre y tú que quieres perder a la tuya, «Me quiero ir de casa», cómo le vas a decir eso ahora. Mamá que no falta al trabajo porque le sienta bien, dice, tener la mente ocupada. Pero cuándo no tiene la mente ocupada, mamá. Lo que quiere es tenerla ocupada en otra cosa. Mamá que tiene más deseos y necesidades que nunca. Papá que llega a casa derrotado. Simba que le deja su cuarto a la abuela. El niño, que ya es un hombrecito, silencioso. «He quedado», «Voy a salir», «Tengo una cosa». Podríais aprovechar para atracar un banco, para meteros coca, para huir del país. El niño, de hecho, aprovecha para hacerse un pendiente en la oreja. Mamá dice a todo que vale. Tú pensando que este año los Reyes no van a tener tiempo. ¿Será eso, la adultez? ¿Que se muera tu abuela y que no existan los Reyes Magos? Entonces, un 6 de enero. Globos en el techo, Schoko-Bons en los zapatos, montañas de

paquetes de colores. Cómo lo han hecho, piensas. «Joder, cuántas cosas», observa el niño, que ya no es un niño. «Pero no digáis *joder*, *joder*», dice papá. Abrís los regalos. Un jersey, unos libros, una pulsera. Desayunáis chocolate caliente. «Este año no ha habido ningún regalo mítico», dice el niño. Ha habido muchos regalos míticos, hitos en la carta minuciosamente caligrafiada a sus majestades. El año que él pidió la moto de juguete, el año que tú pediste el teléfono móvil, el año que Simba pidió la casa de la Barbie. «Es verdad», decís. «Qué raro», pensáis. Un jersey, unos libros, una pulsera. «Este año no ha habido ningún regalo mítico». Os acabáis el chocolate espeso en pijama y en silencio.

Rojo. Naranja. Blanco. Ese es el orden de la gravedad. Lo sabéis los tres, lo sabéis desde siempre. Nunca se ha hablado en la familia. Para qué. Es una de esas obviedades que no se comentan porque se dan por hecho. El sol es amarillo. El cielo, azul. La bici con ruedines, rosa. El orden de la gravedad es rojo, naranja, blanco.

El rojo indica una gravedad leve, de modo que puede ser pronunciado. El rojo tiene nombre: «Una cucharadita de Apiretal y verás como ya estás mejor, tesoro». Y tú incorporándote en el sofá, retirando la manta, mirando con desconfianza. «Si sabe a fresa», te animan. Abres la boca. La cuchara es pequeña. Te lo tragas. Vas a estar mejor.

El naranja, de una gravedad intermedia, también tiene un nombre. El naranja es un paso más, pero un paso asumible. La frente te arde y el rubor de tus mejillas contrasta con la almohada. «Anda, cariño, siéntate». «Es solo un momentito, una cucharadita de Dalsy y ya». Parpadeas lentamente. Dalsy suena a Daisy. Piensas en la pata. Y en el pato Donald. No puede estar tan malo. Quieres volver al cole. Te sientas en un revuelo de pelo, pijama y sábanas limpias. Observas. Es la cuchara mediana. La cuchara de los cereales del desayuno, llena ahora de esa viscosidad naranja. «Anda, corazón, si sabe a naranja». Miras con incredulidad. Sabes que la incredulidad no te conviene. Sabe a naranja, piensas. A zumo de naranja, repites. A Sugus de naranja. Cierras los ojos con fuerza y lo

tragas de golpe. No escuchas los vítores porque ya estás de nuevo contra la almohada.

El blanco. Entonces, llega el blanco. El color de la gravedad máxima, el color de la agonía, el color de no van a ser solo dos días sino una semana postrada. El color que tus hermanos y tú no sois capaces de nombrar. El pastoso líquido del infierno al que solo podéis referiros como «el jarabe blanco».

Vienen los dos. Uno solo sería incapaz. Vienen los dos, se sientan en el borde de tu cama, te besan en la frente, te desarropan, te animan. Nada bueno puede salir de aquí. Frunces el ceño. Los ojos te brillan, febriles. «Corazón», te dicen. De corazón, nada, piensas tú. Te das media vuelta contra la pared. Mamá saca el bote de detrás de la espalda y lo deja en la mesilla. «Marta, cariño». Papá te acaricia la pierna, metiendo la mano por el pantalón del pijama. «Corazón», «Marta», «Cariño». Pero qué se creen. Cuánta adulación para hacerte atravesar las puertas del infierno. «Anda, Marta, míranos. Cariño: hay que tomarse el jarabe blanco». Ellos tampoco son capaces de pronunciarlo. Te tiembla la barbilla, te echas a llorar. Primero, lágrimas silenciosas. «Marta, corazón, hay que tomárselo sí o sí». Entonces, lágrimas feroces. Gritos. Llanto desconsolado. Y tu única petición, emitida desde lo más hondo de tus entrañas: «No quiero, no quiero, no quiero». Mamá diciendo que no sabe a nada y llenando la cuchara. Es una cuchara de las de la sopa. Es una cuchara enorme. Papá haciendo el avión con la cuchara. ¿Pero esta gente? ¿Se creen que eres estúpida? Mamá diciendo que incluso está rico. Papá acercándose la cuchara a la boca. Mamá acariciándote, «¿Ves cómo lo hace papá?». Papá yendo muy lejos, papá tragándose él mismo el jarabe blanco. Tú solo sientes tu desesperación, pero la suya es más grande. Se lo ha tragado. Cesas el llanto y lo miras en silencio, con los ojos grandes y vidriosos, con un puchero. Se lo ha tragado.

«Ahora tú, como papá». Mamá volviendo a llenar la cuchara, la cuchara de sopa, la cuchara enorme. «Abre bien la boca». Mamá acercando la cuchara. Lloras, abres la boca. Es áspero, es asqueroso, te llena el paladar, la lengua, extiendes la mano. Agua.

Un vaso de agua. Las lágrimas te resbalan por las mejillas. Aplauden, te abrazan, respiran. Te lo has tragado.

Salen de tu habitación compartiendo una mirada de alivio, y papá hace una mueca de asco ante la que mamá sonríe con ternura. «La verdad es que está asqueroso». Quien lo probó, lo sabe.

Rojo. Naranja. Blanco. Ese es el orden de la gravedad. No es un orden aleatorio ni caprichoso. Es un orden que encuentra su correlato en todos los planos del cosmos. Por ejemplo, en el de la epidermis. Mercromina, Betadine, apósito.

Conoces, claro, la asociación inmemorial de la muerte con el color negro. Pero tú sabes que nada tiene de oscura la muerte. ¿Cómo va a ser negra, la muerte? Negro es, históricamente, todo lo bueno. Maléfica y la mitad de Cruella de Vil. La paellera, redonda y grande, secándose al sol en la fuente. Mammy, de *Lo que el viento se llevó*. Los grillos que se escuchan por la noche. Las rayas de indio mapache que te pinta papá con el corcho quemado. La rueda del columpio.

No te sorprende, porque ya lo sabes. Lo sabes desde siempre. Entras sin inmutarte a un gran edificio blanco, atraviesas pasillos largos y blancos, te ciegan unas luces incómodas, unos halógenos más blancos que lo blanco. Hospital. La propia palabra es blanca. Con esa hache transparente. Llegas a la puerta de la habitación, abres con cuidado y te encuentras a una abuela pálida metida entre las sábanas limpias. La vía. El gotero infame del que cae un líquido transparente, como la arena descende por la cintura del reloj. Es, en cierto modo, un reloj que marca los segundos. Segundos escasos, decolorados. Le besas la frente fría, le coges la mano suave. Todo se ha vuelto incoloro.

Pero no te sorprende. Lo sabes desde bien pequeña. La muerte es nívea, pálida, marmórea, cálcica y asquerosa: exacta, idéntica, igual que el jarabe blanco. Suspiras. La ventana. La mano, la vía. Su mano. La muerte. Tampoco sabes cómo vas a hacer para tragártela.

El Bombón fue el último coche del abuelo, su querido Clio rojo. Cuando te sientas en el asiento del conductor no te lo puedes creer.

No has aprobado el práctico hasta el quinto intento, así que no te lo puedes creer. Fue el último coche del abuelo y es tu primer coche. Lo que no sabías es que iba a ser vuestra última salida juntas. Acababa de llegar a Madrid, le habían hecho pruebas, y aunque sabíais que estaba enferma aún no se le notaba. Sentada en la habitación del hospital, te parece mentira que haya sido hace apenas unos meses. La vida era otra.

–¡Abuela! Que ya tengo carné de conducir, como tú.

–Hala, pues llévame a algún sitio.

Os montáis las dos en el coche, conductora y copiloto, y os vais a un Vips que está a apenas dos kilómetros de casa. Tú te sientes atravesando la Ruta 66. Aparcas a dos metros de la acera. Nunca sales con la abuela a comer, se te hace raro. Te acuerdas de cuando erais pequeños y a veces, si venían a Madrid, os llevaban por ahí a merendar tortitas con nata y chocolate.

–Hola, queríamos una mesa para dos.

La camarera dice que le deis un par de minutitos, si no os importa, que es justo la hora del *break lunch*, y aunque mucha gente va al *gym*, casi todos vienen aquí a comer, sobre todo desde que han incluido la opción del menú *light*, dice, pero enseguida os atiende, sonrío, es que lo del *casual friday* de las empresas es una locura.

Se da media vuelta moviendo su coleta y se va. Miras a tu alrededor: sí que hay gente, sí.

–¿Pero y esa en qué idioma habla?

Sueltas una carcajada.

–Es que usa muchas palabras en inglés.

–¡Uy! ¿Y para qué?

–Pues no sé. Está de moda. O es *fashion*, que diría ella.

–Yo me sé una palabra en inglés: *water*. Y otra en francés: *toilette*. ¡Virgen Santa qué lista soy, que sé decir cosas en tantos idiomas!

Os llevan a una mesa apartada, cerca de la ventana.

–Seguro que también sabes decir agua en francés. Se dice: *o*.

–¿O?

–Sí, sí: *o*.

Abre tanto los ojos que se le suben las cejas.

–¿Pero cómo va a ser una palabra una sola letra?

–En realidad son tres.

Sacas un boli del bolso y escribes en el mantel de papel: *eau*. Pero se pronuncia solamente *o*, explicas.

–¡Uy! ¿Y cómo son tres letras y solo la *o*? Yo no entiendo nada de los idiomas, madre mía.

Tú pides quesadillas y ella un arroz con verduras.

–¿Está rico?

–Está mejor el que yo hago.

Siempre que come fuera de casa dice lo mismo. Tú, sin embargo, siempre que comes fuera de casa puedes suscribir exactamente lo contrario. Qué poco os parecéis en tantas cosas. Coméis y habláis, y te gusta estar a solas con ella. Hacéis como que todo es normal. No habláis de la enfermedad que acecha. Te habla del abuelo. «Como la persona con la que haces la vida, no hay nada», te dice. No digieres la frase. La memorizas, te la apuntas, de hecho, pero no la digieres. En unos años te parecerá una frase bastante exacta. No dice: No hay nada mejor que la persona con la que haces la vida. Ni tampoco dice: No hay nada mejor que compartir la vida con alguien. Ni ninguna otra cosa.

La vida entera ha estado ella con el abuelo. Cómo va a haber algo parecido. Lo piensas y no te lo crees. Te sobreviene esa sensación: quieres preguntárselo todo y al mismo tiempo no sabes muy bien qué preguntarle. Tampoco sabes cómo aplicar lo que te cuenta. Qué poco se parecen tu vida y la suya.

–Mira, yo con tu abuelo solo cedí una vez en la vida, y todavía me arrepiento.

–¿Cuándo?

–Pues cuando estábamos construyendo la casa del Huerto. Yo quería hacer medio metro más grande la casa de la orilla de los rosales, ¿sabes?

–Sí.

–Y él venga que no, y yo que sí, y ya por darle la razón le dije: Hale, para ti la perra gorda. Bueno, pues todos los días cuando estoy haciendo la cama y me doy contra la pared, lo pienso: Esto tenía que ser medio metro más ancho. Por lo menos.

–Joder, abuela.

Pedís más agua y compartís un postre. Tú quieres café con leche y ella, nada.

–¿Y nunca cediste en nada más? ¿En serio?

La abuela te mira. Fijamente.

–Te voy a contar una cosa, pero no se la puedes contar a nadie.

–Vale.

–Ni a tu madre, ni a tu padre.

Tragas saliva. Dejas la cucharita sobre el plato de café. Nunca jamás en tu vida te has sentido tan importante. Nunca.

–Pues un día estábamos el abuelo y yo en el Huerto, y discutíamos en mitad del salón, porque teníamos un dinero ahorrado y yo sabía que tus padres se iban a mudar y dije: Mira, pues si los puedo ayudar yo, mejor que que pidan el dinero al banco y cosas de esas. Y le dije: Justino, el dinero se lo damos a la pequeña, y como se lo damos a la pequeña, pues le damos la misma cantidad a la otra y santas pascuas.

–Sí.

–Pero tu abuelo no quería. Y él erre que erre, porque era cabezón como él solo.

–Pero discutíais en plan..., ¿en plan discusión?

–Discusión-discusión. Y entonces yo ya, en un momento dado, vi que no llegábamos a buen puerto, y le dije: Pues vamos ahora mismo al banco y en un momento partimos en dos el dinero que tenemos. Y yo con mi parte haré lo que me parezca.

Lo dice poniendo la palma de la mano firme en vertical y partiendo el aire, rotunda, como si de verdad tuviera al abuelo –a su marido– delante.

–¡Abuela! ¿En serio le dijiste eso?

–Vamos que se lo dije. Pero espérate, que nos montamos los dos en el coche y nos fuimos camino del banco.

–Flipo.

–Los dos en silencio. Y a mitad de camino, tu abuelo cogió y, sin decir ni mu, dio media vuelta con el coche y volvimos a casa.

–¿Y ya no hablasteis nada más?

–Ni media gota.

–¿Hicisteis lo que tú decías?

–Claro.

La admiración de la nieta, la satisfacción de la abuela. Paga la cuenta y volvéis de nuevo en el Bombón del abuelo: su último coche, tu primer coche. No sabes muy bien cómo ha pasado, pero de repente sois abuela y nieta, y también un poco dos viejas amigas. Se os ha olvidado por un momento que mañana tiene que volver al hospital, que la cosa no pinta bien, que la cosa irá a peor. El Bombón. La abuela. La carretera. Las dos, contentas y sonrientes, dentro del coche rojo. Tú, al volante, como Thelma. Y ella, de copiloto, como Louise.

Papá, sin embargo. Papá huele a barba recién afeitada, a peine fino y a raya al lado, vuelve de trabajar y levanta la mano diciendo: «Llamamos a Telepizza». Así nadie tiene que hacer la cena. Vas a ver a la abuela al hospital, que nunca será solo un hospital, sino el trabajo de papá. Papá casi nunca está en casa. Pasas por puertas prohibidas para los pacientes y vas directamente a su despacho. Os saludáis con un beso. Está guapo, papá, con la camiseta verde del pijama de médico. Ves el fonendo alrededor de su cuello y recuerdas lo frío que está el diafragma al contacto con la piel, el daño que hace en los tímpanos. «¿Qué tal está?», preguntas. «Le hemos puesto mucha morfina para que no le duela nada», responde. Te alivia que esté ahí. Menos mal que está ahí papá, piensas. Menos mal.

Caminas a su lado por el pasillo largo y saludas con familiaridad a algunos de sus compañeros de trabajo. «Ya terminas la carrera, ¿no?», «Bueno, ya nos ha contado que has pedido una beca», «Vaya notas has sacado, me han dicho por aquí, enhorabuena». No sabes si papá es famoso en este lugar, pero tú, desde luego, sí. Papá está orgulloso de ti. Intentas no mirar las puertas entreabiertas de las

habitaciones que salen a ambos lados del pasillo. Lo mejor es no mirar. «No mires», te dices a ti misma. Algunos se mueren, otros se salvan. La abuela está muy muy malita y se va a morir.

Papá te abre vinos buenos los domingos, y os bebéis una copa cada uno. Abrís una lata de mejillones y otra de berberechos para los dos, y le echáis un chorrito de limón, y os los termináis en dos minutos. Mamá os dice que pongáis la mesa, a ninguno de los dos os apetece. Papá que llama a Simba para comer, papá que se enfada con el niño porque se ha hecho un pendiente en la oreja izquierda. «Eres un macarra, hijo», dice papá.

Papá tiene siempre muchas cosas que hacer, especialmente desde que es papá y médico al mismo tiempo. Por eso llega tarde. Se quita la corbata. Ve el telediario. Te pregunta qué tal en la universidad.

Papá te saca a bailar en las bodas. Pones tu mano izquierda sobre la hombrera derecha de su traje y le das la mano derecha, los tacones te dejan a su altura, pegas tu mejilla a su mejilla, los dos estáis achispados, *bailar pegados es bailar*.

Papá parte un trozo de pan de su pueblo, coge un trozo de lomo y se lo lleva a la boca durante el aperitivo mientras cuenta algo. Papá siempre cuenta cosas. Tú se las rebates. Papá que te enseña a conducir y va tranquilo de copiloto la primera vez que salís en coche, mucho más tranquilo que mamá. Papá que se afeita frente al espejo del baño, aclarando la cuchilla en el agua estancada en el lavabo, con la toalla a modo de falda. Papá que canta en la ducha. Papá que pone una mano sobre el hombro de mamá y le dice, a los pies de la cama de un hospital: «Tú sabes que esto no tiene solución». Mamá que responde: «Claro que lo sé». Papá que le da a mamá un beso muy largo en la mejilla. Qué iceberg.

Papá que necesita echarse la siesta porque duerme mal, papá que duerme mal porque piensa en muchas cosas, papá que entra contigo a la habitación de la abuela y busca a una enfermera para darle alguna indicación.

Papá que te acompaña a la puerta del hospital. Está guapo con el pijama verde. Te da cincuenta euros. «Gracias», le dices, y te los

metes en el bolsillo del pantalón. Se enciende un cigarro. «¿Te esperas a que me fume el cigarro y ya te vas?», «Vale». Papá se enciende el cigarro frunciendo el ceño. Lo miras. «Deberías trabajar menos», le dices. «Y dejar de fumar», le dices. Papá se queda en silencio. Papá exhala en un suspiro el humo del tabaco. «Tienes razón, hija». Os dais un abrazo largo y le miras entrar de vuelta al hospital, antes de bajar las escaleras de dos en dos y meterte en un taxi.

Te has inscrito a Fundamentos de Sintaxis Formal porque eres obsesiva y exhaustiva, y si vas a ser guionista, has pensado, tendrás que conocer el lenguaje. Eli te acompaña. Todos los lunes camináis desde Audiovisuales hasta la facultad de Filología, a cuya cafetería os hacéis asiduos por inercia. En una de esas tardes conoces a Héctor. «Ya son unos meses con Héctor, ¿eh?», te dice un día Elías. Respondes «Ya» mirando al suelo. Héctor, que es un buen chico, un chico inteligente, un chico que te cuida y que sin embargo, ya ves, se caracteriza por esa hache inicial silente. Un chico al que tus amigos llaman Hugo y tú tienes que recordar que no, que es Héctor. «Eso, Héctor, siempre me lío», dirá Martín, y acaso no hay nada mejor para definir a Héctor que el hecho de que tus amigos sepan quién es y sin embargo no lo sepan del todo.

Estáis de exámenes y el estudio de Fundamentos de Sintaxis Formal te requiere tanto esfuerzo –tanta atención– que te mantiene ocupado el cerebro. Hasta que decides que no. Que tu abuela se muere. Que septiembre existe por algo. Que hay esfuerzos que puedes hacer, pero que no quieres hacer. Recoges los apuntes, cierras el mamotreto de tapas azules, lo metes todo en la mochila y le dices a Eli: «¿Te fumas un cigarro?».

Tú no fumas, pero te gustan los lapsos temporales que generan los cigarrillos. Ponen el mundo en pause, son intervalos de receso. El pitillo de antes del postre. El de antes de entrar a un bar. El de antes de irte al hospital. El cigarro te da el tiempo de mentalizarte, «Me fumo uno y nos vamos». Desde que se ha puesto de moda el tabaco de liar, ese tiempo es doble: el tiempo que tardan en liarlos y el

tiempo que tardan en fumarlos. Tú no fumas, pero tus amigos sí, y te apropias del uso que hacen de su tiempo porque para eso sirve la amistad. Eli se lía el cigarrillo como si llevara toda la vida haciéndolo, y ahora empieza a ser verdad.

Le dices que te vas a dejar los exámenes para septiembre. Él sabe que durante todo el semestre has estado volcada en la segmentación binaria y en el enfoque generativo, sabe que llevas seis meses centrando toda tu atención en entender por qué son como son las frases que decimos. Sabe que sacarías un diez si fueras al examen. Es difícil abandonar lo que se te da bien. Quién no quiere ser excelente.

Tú. Tú no quieres. No quieres ser intachable, y Eli lo sabe. Sabe que das el pego, pero que la excelencia no te interesa en absoluto.

—Pues déjalo. Pasa. Olvídate hasta septiembre. ¿Quieres que vayamos a tomar algo?

—No. Me voy a ir al hospital.

Eli también sabe lo que es que tú rechaces una cerveza, y tienes amigos para eso, para contarles lo que te pasa pero también para que lo sepan sin decir nada. Te da un abrazo largo con su jersey granate. Te montas en el Bombón del abuelo. El Bombón del abuelo, que fue su último coche, que es tu primer coche. Te montas en el Bombón, pero es tu cuerpo sin ti quien conduce, porque tú te has quedado metida en el jersey granate de Elías, en el abrazo necesario, y mientras tu muñeca gira la llave del coche y embraga, mientras haces automáticamente el camino que ya conoces bien, mientras aparcas y giras de nuevo la muñeca y metes el freno de mano, mientras tus piernas heladas suben las escaleras del hospital, mientras tus ojos buscan la planta, el pasillo, la habitación, tú sigues abrazada al jersey granate de lana.

Llegas demasiado pronto, mamá no está y no quieres entrar sola. Te sientas en la sala de espera. Recibes un mensaje de texto de Héctor: que qué tal estás, que si os veis, que si necesitas algo. Tú solo quieres ver a Martín, a Dani, a Eli. No te apetece ver a Héctor. El romance está sobrevalorado, piensas. Yo me casaba con mis amigos, piensas. Guardas el móvil en el bolsillo, te recuestas en la

silla y esperas. Se te da mal, pero eso es lo que se hace en las salas de espera: esperar.

Miras fijamente los cordones de tus zapatillas. En las salas de espera de los hospitales nadie sabe dónde mirar, y tú decides centrarte en los cordones. Te sabes rodeada de gente que tiene también un familiar muy enfermo detrás de las dos puertas blancas. La sala de espera de un hospital es un lugar en el que la mirada se pierde. Entonces se abren las puertas.

Esas puertas blancas de hospital que solo hay que empujar se abren y todas las miradas perdidas, ausentes, inexistentes confluyen en una hacia el umbral y dirigen a él una mezcla poderosa de angustia, miedo y esperanza. Como si ese señor con un pijama verde y un gotero en la mano, que ha aparecido abriendo las puertas de par en par con un leve empujón, fuese Moisés separando las aguas. Pero no. El hombre no es Moisés y estás en una planta en la que las buenas nuevas se dan por descartadas. Las miradas vuelven a perderse en los cordones, en las asas de los bolsos, en las uñas, en el techo, en el vacío. Qué sentido tiene todo esto. Los hospitales son lugares raros. Nada sucede: no transcurre ni el tiempo. La vida se detiene y se contempla difusa, como cuando le das al pause y la imagen se queda fija y un poco distorsionada. Ojalá fuera una película, la vida. Al menos, le verías el sentido.

Levantas la cabeza, miras a tu derecha, a tu izquierda. Con precaución. Ha habido ya tantas escenas que has contemplado sabiendo que se convertirían en un recuerdo que querrás olvidar, que se te ha instalado la precaución en la mirada. El sentido de la vida, si es que existe, se desvanece con la enfermedad. La enfermedad no se comprende. La abuela está ingresada y el desenlace es una certeza. Solo hay que esperar a que se muera. Y tú no sabes esperar. La muerte la toleramos porque no nos queda más remedio; la enfermedad, precisamente cuando no tiene ya remedio, es intolerable. Miras al frente. La pared blanca.

Piensas que sería una buena pared para poner un proyector y te sonríes. Blanca, lisa. La distancia perfecta. Quieres tener un proyector en tu casa. En esa casa que va a ser tuya. Te das cuenta

de que siempre lo has imaginado y ahora se hace palpable en tu cabeza, como esos deseos que no se verbalizan y que viven en una sin reclamar su lugar, hasta que lo reclaman. Es una buena pared para proyectar tu película. Y la proyectas. Se te viene de golpe, encima, tu película entera.

Las horas de la siesta en que bajabas sigilosa a meterte en el agua, desobedecer en silencio. Tumbarte empapada en el trampolín. Las rodillas verdes. Las volteretas en la hierba. Tus primas pasando de ti, tú pasando de tus hermanos. Los teatros. El columpio. El estallido de tu cuerpo cayendo contra la piscina.

El hastío de las horas que pasan, tú tumbada en la tumbona, la siesta, el sudor, tener que poner la mesa. ¿No te bañas? No te bañas. Ir al váter del baño de fuera, la cobertura. Una voltereta nostálgica y los pelos de las ingles. Tu hermano que se aburre. Tu hermano que se tira en bomba y hace el delfín, que consiste en bucear desnudo y que sobresalga solo el culo. Ir sin primas porque los abuelos están mayores y hay que turnarse. Ir sin primas porque ya solo está la abuela y hay que turnarse más. La abuela y el niño echando una brisca en las escaleras. El arroz amarillo, la raja de melón. La vida es una sucesión de poner y quitar la mesa, de hacer y deshacer la cama. Por eso os tumbáis sobre el embozo. Es una rebelión contra la vida.

La ventana de par en par. La mosquitera. Papá lavando el coche: «Esto lo deberíais hacer vosotros». El Cola Cao. La siesta. La piscina. Subir a la carretera a hablar por teléfono. Quedarte despierta cuando todos duermen. El cloro, tu pelo, *Pasapalabra*. El olor a césped segado, a noche de verano, a yerbabuena. Tu reflejo en el agua, un partido de fútbol, sacar el lavaplatos, hacer el muerto. Un perro ladra en la casa de enfrente, el camino de tierra te mancha los talones, el sonido de los grillos en la hierba y la despedida igual que siempre, verano tras verano, abrazos, besos, el maletero lleno de melones, decir adiós a través de la ventanilla a esa mujer sonriente con un camiseto amarillo y alpargatas azules que os dice adiós también, meneando la mano con firmeza, de pie junto a la verja de la entrada.

–El sentido de la vida es pasarla. Por eso hay que pasarlo bien –dice Eli, poniéndose el delantal, repeinado como siempre.

Martín te sirve una cerveza en un vaso pequeño. Das un trago frío con los ojos cerrados. La dejas en la mesa.

–El sentido de la vida es el del gusto –dices tú. Eli sonríe.

Martín bebe directamente de la lata e interviene:

–Eh..., ¿este va a ser el rollo? ¿Estamos filosóficos hoy? A mí me va bien, ¿eh? Justamente venía en el metro leyéndome el *Tractatus* de Wittgenstein...

Os echáis a reír. El sentido de la vida es el del humor. Martín parte un poco de queso, Eli le da la vuelta a la tortilla. El equipo, o al menos una parte del equipo, colocando el taburete, preparando el cubo de hielo, la vaselina. El equipo que atenúa el sabor a sangre de tu garganta, el equipo que te da abrazos grandes y besos, que te sienta y te planta una cerveza fría delante. El primer trago de cerveza fría después de un día duro. La broma que te hace reír hasta las lágrimas. La vida tiene muchos sentidos.

–Bueno, esto ya casi está. –Eli se limpia las manos en el delantal y coge su vaso de cerveza. Lo eleva. Brindáis.

Nada más entrar a la habitación, te mareas. La abuela tiene los ojos abiertos, pero no puede fijarse en nada. Mueve las manos, pero no puede agarrar nada. Emite una especie de sonido ronco, pero no puede decir nada. Te mareas, das media vuelta y sales de la habitación. Mamá te agarra del brazo –«¿Te caes?», «No, no me caigo»– y te lleva a la sala de espera en busca de algo de azúcar. Hay una máquina expendedora fuera de servicio.

–Bajo a la del vestíbulo.

–Voy contigo.

–No, no. Estoy ya bien, en serio. Vuélvete con la abuela. Bajo a por una Coca-Cola y ahora subo.

–No te vas a desmayar, ¿no?

–Que no, de verdad.

Bajas hasta la primera planta, el vestíbulo de entrada es amplio. En una esquina ves otra máquina, unas mesitas, algunas sillas de

plástico en hilera contra la pared. Te acercas.

Metes las monedas una a una en la máquina y le das un par de golpes para que termine de caer el Kit Kat. Luego metes otras tres monedas y escuchas el sonido de la lata de Coca-Cola contra el cajón de la máquina. Recoges tu botín y lo colocas en la mesa baja frente a la que te sientas. Un Kit Kat y una Coca-Cola. Todo rojo. Nivel de gravedad: leve. Abres la lata y le das un trago. Luego abres el Kit Kat, partes una barrita y te la metes en la boca.

—¿Hola?

Todavía con la barrita de Kit Kat entre los dientes levantas la vista. Lleva unos vaqueros, una camiseta, una mochila y uno de esos sobres grandes en los que se meten las radiografías. Tiene escayolada la muñeca izquierda. El flequillo sobre la frente. El arito en la oreja. Está igual. Partes la barrita de Kit Kat que tienes todavía entre los dientes y te tragas el trozo que tenías dentro de la boca.

—Hostia. Hola.

Te pones de pie. Charlie te sonrío y se acerca. Te da dos besos. Si apareciera ahora mismo el genio de la lámpara para concederte tres deseos, tú no dudarías ni un minuto. Deseo número uno: haberte lavado el pelo esta mañana. Deseo número dos: haberte puesto algo que no fuera tu peor jersey raído de lana, tus zapatillas más viejas, tus peores vaqueros. Deseo número tres: no haber estado patéticamente sentada al lado de una máquina expendedora con medio Kit Kat en la boca. ¿Estás más gorda que entonces? ¿Lo percibe él?

De repente te acuerdas de que tienes una abuela que se muere cuatro plantas más arriba y te muestras dispuesta a cambiar alguno de tus deseos. Quizá, el del jersey.

—Joder, cuánto tiempo. ¿Cómo estás?

Charlie muestra su muñeca escayolada sonriendo, es una tontería, dice, se lo ha hecho jugando al baloncesto. El baloncesto. Aquel olor. Charlie.

—¿Sigues jugando al baloncesto?

—Sí, sí. ¿Y tú? ¿Estudiando?

—Sí. A punto de terminar ya. ¿Tú qué haces?

–Igual, ya sabes, estudiando.

Vas a intervenir. A decirle: «Pero tú ya habrás acabado la carrera». Entonces caes en la cuenta de que no. De que no la ha terminado. Charlie sigue igual. Charlie está idéntico. El baloncesto. El olor es el mismo, pero ya no lo percibes igual.

–Ya, claro –finges no sorprenderte–, te quedan todavía algunas asignaturas, me imagino...

Algunas asignaturas es poco decir. Charlie sigue en tercero de carrera. Tú estás a punto de terminar y Charlie está en tercero. Charlie está igual. No puedes decir «Oh, sí, Carlos, un chico con el que estuve», porque todo el mundo le sigue llamando Charlie. Si Charlie no tiene dos años más que tú, pierde la mitad de su encanto.

–¿Y qué vas a hacer al terminar?

La pregunta no tiene sentido, pero se la haces, porque tú estás a punto de terminar y es lo único en lo que puedes pensar: qué hacer al final de la carrera. Cruzar la línea de meta. Y luego qué.

–No sé –dice Charlie–, no me gusta planificar, iré viendo. Lo mismo me voy fuera, un tiempo a Granada o así.

–¿A Granada? ¿Y eso?

–Bueno, mi novia, que estudia allí.

–Ah.

Os miráis en silencio. Tú sosteniendo la barrita del Kit Kat. Él, la radiografía.

–¿Qué difícil, no? Estar a distancia...

–Bueno, lo llevamos bien, nos vemos bastante y además tenemos una relación muy abierta. Ya sabes.

No puedes evitar una sonrisa irónica. «Ya», respondes. «Ya sé». Pero tú no sabes nada. Qué vas a saber tú.

–Me alegro de verte –dice, y te pone la mano en el hombro.

Charlie. Su camiseta, su mochila, su arito en la oreja y el baloncesto. Charlie, tan idéntico al que era que, tantos años después, no puede ser el mismo. Se alegra de verdad de verte, dice. Se despide de ti. Te da dos besos.

Te vuelves a sentar y respiras aliviada. Lo ves caminar hacia la salida. Siempre tuvo buen culo, Charlie. A mitad del vestíbulo se

para, da media vuelta y se dirige de nuevo hacia ti. Se te atora algo a la altura del esternón. Te levantas.

–Oye.

–Dime.

–Que no te he preguntado..., ¿qué haces en el hospital? ¿Todo bien?

Tragas saliva. Concentras tus esfuerzos en mantener firme la barbilla. Bajas la mirada. Ves el Kit Kat y la Coca-Cola. Qué haces en el hospital. Lo miras a él, le sonríes.

–Análisis de sangre.

–Ah.

Vuelves a sonreír.

–Análisis de sangre, por eso lo del Kit Kat y la CocaCola...

Te ríes ligeramente. Él sonríe.

–¿Nada grave, entonces?

–Nada grave. –Sonríes otra vez.

Charlie te da esta vez un único beso en la mejilla izquierda. Es exactamente el mismo beso, el mismo olor. Y sin embargo, es otro beso, es un olor caducado. Aun así, es el beso de Charlie, siempre será el beso de Charlie, y te ruborizas. Te odias por ruborizarte. La cara se te enciende de odio y de rubor, pero, tranquila, él camina ya decidido hacia la puerta del hospital. Cuando lo pierdes de vista te sientas de nuevo, partes otra barrita de Kit Kat y masticas. Te quedas embobada. Charlie. Qué fuerte.

Un grito te saca de tu ensimismamiento, das un bote en la silla.

–¡Ya me estaba preocupando, como no volvías...!

–Joder, mamá, qué susto. No he acabado.

–Ah, tranquila, termina, termina y ahora subimos.

Mamá se sienta a tu lado y te acerca la lata de Coca-Cola arrastrándola por la mesa. Rezas a todos los dioses en los que no crees para que Charlie no vuelva a entrar por esa puerta, para que a Charlie no se le haya olvidado hacerte ninguna otra pregunta. Notas cómo te enciendes de vergüenza. Mamá te mira: «Ya vas recuperando el color». Charlie no vuelve. Te acabas el Kit Kat. Le das un trago a la Coca-Cola. Miras a mamá, tus zapatillas, el vestíbulo

del hospital. Si el genio de la lámpara apareciera ahora mismo y te concediera tres deseos, te conformarías con uno: que todo acabe ya, que todo acabe lo antes posible.

Al día siguiente te das cuenta.

Las cosas suceden así: suceden al día siguiente. Llamas a Dani y se lo cuentas, quedas con ella para desayunar en la facultad. Dani estudia Publicidad e insiste en que la sigas llamando Dani, porque dice que es más moderno, más *genderfluid*, más andrógino. Aunque ella no dice ni *genderfluid* ni andrógino, solo dice: «Tía, mola más que me llames Dani». Tú resistes el impulso de hacerla adulta –Dani con su tatuaje en la cara interna de la muñeca, ese alegato feminista que es el símbolo de Venus; Dani trabajando los fines de semana haciendo fotos para bodas y comuniones; Dani, en cierto sentido, mayor que tú–, y procuras obedientemente no llamarla Daniela.

Os pedís un café y un croissant cada una. Ella está excitada: «Cuéntamelo todo», «Qué fuerte», «Cómo fue». Sientes que vas a decepcionarla. No fue de ningún modo. Lo piensas. Piensas en Charlie. En el Charlie de entonces, en el Charlie de ayer. Y te das cuenta.

–Tía, yo creo que en realidad no quería que Charlie me quisiera.

–Claro que querías.

–O sea, sí pero no.

Tanto tiempo pensando que querías que te quisiera, y sin embargo. Tú querías que te dijera que no. «Ya no te quiero». Habrías tenido algo que asumir. Te habrías sentido, incluso, menos intercambiable. «Ya no te quiero a ti». Se lo explicas a Dani, que te escucha mientras mastica, que no te cree, que asiente.

–Pero ¿y cómo estaba? ¿Estaba feo?

–Mira, la que estaba fea era yo. Me pilló con el pelo sucio, y un jersey que... Todo mal.

Dani se parte de risa con la liviandad que da que esas cosas le pasen a otra. Para eso están las amigas, a veces: para que las vergüenzas las pasen ellas. Te dice que lo que tenéis que hacer es

poneros unas faldas y salir de fiesta. Pero a ti no te apetece. No ahora.

–Igual cuando todo acabe.

–Ya. Bueno, al menos déjame que te presente a los de mi clase. Hay dos que te van a gustar.

–¿A ver? ¿Tienen Facebook?

Uno te parece horrible y otro te parece peor que horrible. «¿Y ese?», «Ese es gay». Dani insiste en que tienes que enrollarte con los dos. En que tienes que dejar la intensidad, y también a Hugo.

–A Héctor.

–Eso, a Héctor.

El amor es ancho y variado, dice. La palabra *poliamor* aún no está por todas partes, pero Dani la conoce, aunque no la conoce. También te insiste, una vez más, en que te tienes que hacer un tatuaje como el suyo en el interior de la muñeca, y tú niegas con la cabeza y ella te dice que se va, que ya son menos diez. Saca unos chicles Trident de fresa y se mete uno en la boca para borrar el sabor del desayuno.

–Anda, sáltate la clase y nos tomamos otro café.

–Ni de coña.

Daniela es responsable, aunque no quiere que la llames Daniela. Tú estarías sentada tomando cafés toda la mañana, así que escribes a Eli, a ver si está en la universidad, para tomarte otro. Te dice que llega en media hora y lo esperas sentada en el césped, hace frío, hace sol. No. Tú no querías que Charlie te quisiera. Querías que no te quisiera, que te lo dijera, «No te quiero». Saber decir que no. A veces el amor también es eso. Porque te quiero, te digo que no te quiero. Es una buena frase. Igual se la puedes calzar a algún personaje del guion ese que estás escribiendo, del guion que te vas a poner a escribir en cualquier momento.

Es el único día que volvéis los tres a dormir a casa de papá y mamá: el 5 de enero. El 5 de enero es un día que escapa a la cronología. El piso de Madrid. El árbol de Navidad. La falsa ilusión de que seguís viviendo todos bajo el mismo techo. El 5 de enero un año, y otro

año, y otro año. Un par de zapatos granates, un par de botas negras con tachuelas, unas zapatillas Nike con el logo en amarillo fosforescente. Tres copitas de champán que ya no son un acto de fe, sino un rito. Tres Reyes para tres hermanos. Habéis pedido una pizza.

–¿Cómo podíamos creer en los Reyes, éramos tontos?

–Bueno, Marta creía en Belaundia Fu.

–Ya, ¿eh? Qué niña loca.

–¿De dónde te sacarías lo de Belaundia Fu?

–Yo qué sé –te enorgulleces un poco–, tenía imaginación.

Calculáis la posibilidad de que os traigan todo lo que habéis pedido. El niño hace números, prorratea gasto beneficio. Calculáis las veces que mamá ha salido de casa desde que empezaron las vacaciones. Sabéis que habrá equidad: «A ver, si sabemos que a Simba le van a traer el móvil nuevo, claramente los regalos de los demás van a ser buenos también». Mamá asoma la cabeza al salón y os calláis de inmediato.

–Habrà que pensar en irse a la cama, ¿no?

La disuadís. Vais a ver una peli. No podéis iros todavía. Es superpronto.

–Si no os acostáis no vienen los Reyes.

Os reís. Mamá se va.

–Podíamos quedarnos despiertos hasta las cinco y obligarles a que se queden despiertos ellos también.

Os volvéis a reír y os vais a la cama, porque los regalos llegan solo si sois buenos. Os laváis los dientes, los tres metidos en el mismo baño, frente al espejo. Tu moño despeinado, el pelo suelto y alisado de Simba, el tupé del niño. El niño, que ya es más alto que vosotras, y que llegó el último, así que el suyo es Baltasar.

Respira haciendo mucho ruido. Es una respiración pesada, costosa. Es viernes. El ritmo es constante. Cada inspiración idéntica a la inspiración anterior. Cada espiración igual que la espiración anterior. Su aire entrando y saliendo, mellando el tiempo, como un segundero. Tic tac. Tic tac. Tic tac. Tic.

Una inspiración ya no sirve de modelo para la siguiente. Una espiración es la última. Esperáis a que el silencio sea lo suficientemente largo como para descartar la posibilidad de la reanudación. ¿Cómo se sabe que una cosa es la última cosa? Una respiración, un beso, una confesión, un enfado, ¿cómo se sabe que son los últimos? Hay que esperar. Esperáis. Con el aire contenido entre el ombligo y el pecho, esperas. El silencio persiste. Entonces, llamáis a un médico. El mundo, que estaba detenido, se acelera bruscamente.

Mamá se levanta, tú te levantas, buscáis un médico, la mano fría de la abuela, el silencio, una enfermera que entra, que vuelve a salir, la frente fría de la abuela, la palidez, un médico que llega seguido de otra enfermera y que sin apenas necesitar comprobaciones confirma la evidencia, la evidencia que es tu abuela muerta sobre la cama blanca, «Llama a tu tía», sales al pasillo y llamas, dices «Ya está» y escuchas un gemido al otro lado del teléfono, porque la sorpresa de lo que ya se sabe también existe; salen visitas de la habitación, entra otra enfermera, entra otro médico, cuelgas el teléfono y entras tú, miras a mamá, a tu madre que se está quedando sin madre en este instante, «Ya está», repites, ya has llamado a tu tía, alguien tapa la cara de tu abuela con una sábana y ya está, ya está, ya no vas a ver más esa cara, nunca más; sientes que te han arrancado de sopetón, de golpe y porrazo, el sacabichos, que estabas agarrada al sacabichos, el agua en la barbilla, pataleando fuerte con los pies y de repente te lo arrancan, alguien se lo lleva y apenas te da tiempo a coger aire, te hundes, mueves los brazos pero se te hunde la tripa, agitas los pies, estás en lo hondo, te hundes, te entra agua en los ojos, agua en la nariz, en la boca, y sientes que te ahogas, sientes que te ahogas y te mueves agitadamente y de repente –ipum!– la solidez, el bordillo, tu mano. Te agarras. Te apoyas en el bordillo de piedra sobre los antebrazos. Toses, respiras. Recuperas el aire. Te ciega el sol. Hay mucha luz. No hay nadie. Te lo dije: ibas a estar sola.

Un médico te pide que te retires del umbral de la puerta y vuelves a salir al pasillo. Ves llegar a papá.

–¿Y mamá?

–Dentro.

Él pasa. No lloras. No te sientas. No sabes muy bien qué hacer. Tú estabas con mamá cuando la abuela ha muerto –acaba de morir, tu abuela– y ahora papá y mamá se abrazan. Papá abraza a mamá. Quién estará contigo cuando tu madre se muera. No quieres tener hijos. En qué sala de hospital te abrazará quién cuando se muera tu madre. Quién se encargará por ti del papeleo con la funeraria, quién cocinará ese día y te emborrachará un poquito esa noche hasta que te quedes dormida. Quién se dormirá a tu lado. ¿Habrá alguien para abrazarte en la cama por la noche el día que se muera tu madre? Porque también un día, tu madre, se va a morir. Un día, incluso, te vas a morir tú.

Pasas al baño del tanatorio y en la zona común en que están los lavabos te encuentras a tu hermano forcejeando con su propia oreja, que sangra un poco.

–Pero ¿qué haces?

–Tú, que no me lo puedo quitar.

–¿El qué?

–El puto piercing, joder, que no me lo puedo quitar.

–¿Pero por qué te lo quieres quitar?

–Pues porque sí. ¿Me ayudas o qué?

Piensas en toda la gente que hay fuera, los que han venido del pueblo, los que se han vestido de negro, lo poco que les gusta el piercing a papá y mamá. Te da ternura. Ser hermana mayor tiene sus satisfacciones. Os encerráis en uno de los cubículos, bajas la tapa del váter y le dices que se siente, le limpias la sangre con papel higiénico.

–A ver, estate muy quieto.

Te concentras e intentas desabrochar el aro plateado. Es verdad que hay gente del pueblo, piensas. Gente a la que no quieres saludar, a la que vas a saludar. «¿Conoces a la peña que está fuera?», te dice el niño, con la cabeza inclinada. Tu hermano. Los dos metidos en este váter pequeño. «No mucho», respondes. La

unión con tus hermanos se fortalece cuando hay tanta familia ajena vestida de negro ahí fuera. Consigues desabrochar el pendiente y se lo das.

–¿Me lo guardas?

–No, guárdalo tú.

–Marta, tronca, qué te cuesta. Es que si lo guardo yo se me va a perder.

Suspiras. Te lo metes en un bolsillo. Ser hermana mayor.

–Gracias.

–Vamos, anda.

Salís al rellano. Mamá saluda a gente, o más bien la gente saluda a mamá, enfundada en un abrigo beis, la mano de papá sobre su hombro. Papá que se acerca un momento y te pide que si te puedes encargar de esto, es para la funeraria, y te da un papel, una carpeta y un boli. «Yo vengo en cuanto pueda». Te sientas en un banco y pones la carpeta sobre tus rodillas. Es un formulario igual que todos los formularios.

Le quitas el capuchón al boli y compruebas con estupor que apenas puedes completar el impreso. No sabes el DNI de tu abuela, ni su dirección exacta –¿tiene dirección esa parcela que es el Huerto, en mitad del campo?–, dudas incluso del día de su cumpleaños. Te sientes mal, pero dudas: ¿era el 21 o el 22 de marzo? Miras a mamá, que sigue saludando a mucha gente. Miras el formulario. Tampoco sabes qué poner exactamente como causa de la defunción.

Resignada, acercas el boli al papel y completas la única casilla que sabes rellenar con certeza. Nombre del fallecido: Anunciación García Moya. Pero nadie la llamaba Anunciación.

Era Anuncia G.^a Moya en su buzón de correo, Anuncia para su marido, Tía Uncia para sus sobrinos, para sus hijas, mamá. Para ti era solo la abuela.

Miras su nombre escrito con tu caligrafía como si pudiera decirte algo de esa mujer que fue tu abuela pero que también fue ella misma. La madre de tu madre, que no tuvo madre. La niña que hacía jabón, lavaba en el río y jugaba en los árboles; la adolescente a la que tu abuelo espetó un día: «Ahora me veo con tu prima, pero

un día me voy a casar contigo»; la joven que un día se casó y empezó a dormir con un señor al lado; la mujer que tuvo dos hijas, un aborto y un bebé que murió con apenas ocho días; la señora que un día tuvo una nieta, y luego otra, y luego otra que fuiste tú.

–¿Lo tienes ya?

–Papá, es que no me sé ningún dato.

Casi se lo reprochas.

–Pues mira a ver si encuentras a tu tía y que lo rellene ella, ¿vale?

–Vale –respondes, y te levantas para buscar a tu tía entre tantos familiares desconocidos, tanta gente vestida de negro que tú no sabes quién es, pero que estuvieron en la vida de esa que fue tu abuela.

–Un cucurucho pequeño de chocolate, por favor.

–¿Solo de chocolate?

¿Solo?

–Sí.

–Puedes elegir dos sabores, ¿eh?

–Ya, ya. De chocolate.

La heladera se encoge de hombros y hunde el sacabollos de metal en el cubo de helado de chocolate. Te pasa siempre. O Martín te dice que qué sosa eres o la heladera te insiste en que puedes escoger dos sabores, o incluso tres. A veces acabas dejándote convencer y dices algo como «Bueno, venga, pues de chocolate y avellana». Te arrepientes al primer lametazo. Un helado de chocolate y avellana es un helado de menos chocolate.

La mujer mete el cucurucho en un cono de papel, clava una cucharita de plástico rosa transparente en las bolas y te extiende el helado, inclinándose sobre la ventanita del quiosco.

–Hale, solo de chocolate.

Solo de chocolate, no, piensas. *Todo* de chocolate.

Pagas y te acercas al resto, que ya están apoyados en la balaustrada de piedra blanca, mirando al mar. Te metes la bufanda por dentro del abrigo para no mancharla. Martín niega con la

cabeza, como diciendo «Qué buenos están», y los demás asentís también con la cabeza, dándole la razón en silencio, concentrados como estáis en el helado.

Da igual que sea febrero. Si no llegáis muy tarde, lo primero que hacéis después de subir los plomos y dar la calefacción es ir a Regma y compraros un helado. Luego, lo demás. Hacer la compra, hacer las camas.

El viaje se organizó en diez minutos. La abuela murió y Dani dijo «Vámonos a algún sitio», y Eli dijo «Eso» y Martín dijo «Vámonos a mi casa de Santander». Metisteis en el maletero del coche de la madre de Martín unos sobres de jamón, varios vinos, un par de libros por cabeza, las cartas, los amarracos, el Catán y el Risk y enfilasteis hacia el norte.

Os acabáis el helado. Dani teclea concentrada mirando su teléfono móvil. Levanta la vista. La vuelve a bajar. La levanta de nuevo, te mira.

–Oye. Que dice Bea que lo siente. Lo de tu abuela.

Se hace un silencio que todos escucháis. Te encoges de hombros. «Dile que gracias». Otro silencio breve.

–¿Vamos? –dice Martín.

Os repartís las tareas, unos vais al Lupa, otros hacéis las camas. Os ponéis el pantalón del pijama y las zapatillas de estar por casa. Os servís una cerveza. La casa es grande y sobran camas. Con el leve achispamiento de la cerveza en ayunas y con un amigo que te guiña el ojo al otro lado de la mesa envidas a grande.

–Paso.

–Yo veo.

Se muere tu abuela y os vais cuatro días a no hacer nada, a dejar que surjan las conversaciones, las preocupaciones y las risas. Al norte o al sur. Con camas de sobra o peleándoos por no dormir en el sofá. Cada uno con su rinconcito o con las cosas de todos desperdigadas por ahí. En jersey o en bañador. Con vermú o con una cerveza. Pasas a chica.

–Yo también.

–Yo también.

–Yo envido.

Nadie la ve. Sí tienes pares. El resto de la mesa también. Se morirá la gente, os dejarán los novios, perderéis o conseguiréis trabajos, os casaréis, os divorciaréis, perderéis hijos o los tendréis. Todas esas cosas –quizá no en ese orden– ocurrirán. Yo ya no estaré aquí. Pero dará igual. Tus amigos te llevarán a alguna casa. Os curaréis y celebraréis, que son dos cosas que hacéis de modos muy parecidos. Envidas a pares.

–Tres más.

–Se ven.

Venís en coche, primero cotilleando, después escuchando música a todo volumen. Dire Straits, la Creedence, Battiato. Cantar en el coche te pone contenta. Cantar en el coche canciones horteras te pone contentísima. Bajáis las ventanillas y huele a mar. Envidas al juego gracias a la seña que te ha pasado tu compañero.

–Yo esta ya no.

–Va, yo voy a verla...

Pasáis los días así, conviviendo. Las mañanas empiezan tarde y duran hasta que os entra hambre. Martín, en pijama, lee a Alice Munro tirado en el sofá. Dani rastrea Facebook en su teléfono móvil. Eli –«¿Os molesta si pongo música?»– pela patatas para hacer una tortilla. Tú, con el jersey sobre el pijama, el pelo sucio y tus manos que son pequeñas, pero son tus manos, tecleas ajena a los requerimientos sociales y fisiológicos. Estás en la fiesta y no. Estás sola y no estás sola. El amor. Estar en un mismo espacio haciendo cosas distintas. ¿Te acuerdas?

Después de comer recogéis una mesa abarrotada, Dani se va a llamar por teléfono y Martín sube a echarse la siesta. Pones una cafetera. Repartes el café en dos tazas. Suspiras.

–Eli.

–Dime.

–Creo que voy a rechazar la beca.

Se hace un silencio espeso. Elías se recoloca las gafas, te mira e intenta fingir que no está dolido, que no está enfadado, que no le importa. Solo dice: «¿Por qué?».

–Es que no lo veo. De verdad que no me veo en Estados Unidos, ni me veo escribiendo en inglés... Tú lo que haces es dirigir, pero para mí es distinto.

Te mira en silencio como dando por hecho que tu explicación va a continuar, que eso no basta para justificarte.

–Mira... No sé. Siento que si me largo ahora estaría huyendo. No sé de qué, pero estaría huyendo.

–Ya.

Le pides perdón y él te dice que no, que no le pidas perdón, y comprendéis que él tiene que marcharse y tú te tienes que quedar, comprendéis que Eli vivirá cinco años en California y tú no, piensas que igual encuentra un guionista que le gusta más que tú y asumes ese miedo. También tú puedes encontrar un director que te guste más que él. A lo mejor no vais a hacer películas juntos. A lo mejor os encontráis un día en Cannes. Lo miras y te das cuenta de que sería muy verosímil que apareciera en Cannes con una novia actriz. Sus gafas rojas se han convertido en un signo *vintage* y característico, la edad le ha sentado bien, ha echado una buena barba y ahora nadie lo llama friki: lo llaman culto. Te dan ganas de llorar, pero no lloras.

–¿Me escribirás emails?

–No sé si tendré tiempo, querida, estaré codeándome con las estrellas.

Os reís. Habláis. Te dice que al menos te pongas a escribir un maldito guion sobre tu vida, que lo que sabes hacer es escribir de lo que te rodea. Te dice que escribas, y para qué voy a seguir yo aquí, si vas a contarlo todo tú. Os reunís con los demás y os vais a la playa.

Pasan los días, paseáis, echáis un Catan. Hacéis varias cenas y varias comidas. Os aburrís. Os picáis. Os reís. Llega el domingo por la tarde. Hay que recoger.

Volvéis en coche, en silencio, escuchando música bajita. Miras por la ventana algo abstraída, con el poso agridulce de los últimos días. Escuchas la canción. Suena Battiato.

Cerco un centro di gravità permanente

*che non mi faccia mai cambiare
idea sulle cose, sulla gente
avrei bisogno di...*

Levantás la cabeza y sales de tu trance.

–Está mal.

Todos te miran.

–La canción. Está mal.

Eli se reafirma: «Que no, mujer, que es así: *Cerco un centro di gravità permanente...*».

–Que no, en serio, la canción está mal.

Te preguntan por qué, a ver, explícate, y tu te explicas con cierta resignación: La canción está mal. Tú quieres, claro, un centro de gravedad permanente. Todos lo queremos. Un centro que haga que tu atención no se dispare sin camino de vuelta, un centro que os sostenga en las desavenencias de la vida, un centro que no esté inclinado 23 grados 27 minutos sino recto, lo más recto posible, un centro que te dé solidez. Pero si lo quieres es precisamente para poder cambiar tus ideas sobre las cosas y sobre la gente, sobre lo que sea, el amor, la muerte, la amistad. Palabras que suenan a vacío hasta que te enamoras, hasta que tu abuela se muere, hasta que tus amigos se van a vivir a la otra punta del planeta.

Tienes que ser tú –¿no lo ves?– el centro en torno al que gire todo, el coche, la carretera, la ciudad, el mundo entero. El centro que genere el movimiento. Ser la peonza que un niño lanza para después retirarse y mirarla a una distancia prudencial, dejándole el espacio que necesita para moverse, disfrutándola sin intervenir. Girar es el único modo de no caerse. Ser la pella que el alfarero presiona para centrar en el torno, y solo al sellarla en el centro es capaz con sus manos de moldear el barro, manchándose hasta el codo. Girar es el único modo que tiene de formarse. Ser el tiovivo eufórico, borroso, luminoso, cuyo sentido está en el giro circular de sus caballitos de colores. Girar es la única alegría que conoce. No hay nada más triste que un tiovivo parado. Nada quieto tiene sentido alguno. Para seguir centrado hay que moverse. Para moverse hay que cambiar de idea.

Desde la cafetería de Filología de la Complutense se ve el cielo claro de la mañana en Madrid. Has llegado a clase, pero no has entrado. No has ido a tu facultad, sino a la de Héctor. Él sí está en clase. Te pides un café con leche y te sientas a tomarlo en las escaleras. Tu abuela se ha muerto y el mundo no ha cambiado. Das un trago al café. Queda un semestre, y septiembre, y habrás terminado la carrera. Buscas en el móvil algún máster sobre guion cinematográfico. Piensas que quieres empezar un guion nuevo. Tu propio guion. Sobre tu historia. Solo te tienes a ti. Sacas tu cuadernito. Das otro trago al café. En la Carlos III parece que hay másteres interesantes. Hay poca gente en la cafetería. Están en clase. Tienes que dejar a Héctor. No para salir con otros chicos, sino para no salir con nadie. «Necesito tiempo para mí», le dirás en un bar de Moncloa, y lo peor de todo es que será verdad. De repente, ves tu vida clara. Tienes que dejar a Héctor, comprarte unos zapatos nuevos, acabar esta carrera y empezar otra cosa. Tienes que irte de casa. Un día te vas a morir y tienes muchas cosas que hacer hasta entonces. Apuras el café y abandonas el vaso en el escalón. Recoges tu mochila, tu cuaderno. Te pones en pie. Tienes que echar a andar. Pies listos. Bajas de dos en dos las escaleras y enfilas con determinación hacia Moncloa. El mundo no ha cambiado, pero tú sí.

Dos horas y media más tarde estás saliendo a la calle y llamando a Dani por teléfono.

–Tía, tranquila. Ya sé que está siendo una época mala.

–Que no, que no es eso.

Lloras tanto que apenas se te entiende, balbuceas las palabras entrecortadamente y te limpias los mocos con el envés de la mano.

–Tranquila, en serio, que no te entiendo. ¿Es por tu abuela?

–Que no. Que no es lo de mi abuela.

Lloras y no se te entiende. Lloras y Dani se agobia.

–¿Ha pasado algo con Héctor?

–Le voy a dejar, pero no es eso.

–¡Sí, tía! Tienes que dejarlo. Te tengo que presentar a los de mi clase.

–Que dejes eso. Eso me da igual.

–Pero ¿qué ha pasado? ¿Ha pasado algo?

–Sí.

Lloras, lloras, lloras y también te medio ríes nerviosamente, y no se te entiende.

–¿Estás llorando o te estás riendo?

–Me da la risa y me salen lágrimas. –Te paras frente a un escaparate, te miras, lloras–. Lloro, lloro, estoy llorando.

–Pero ¿qué ha pasado, joder?

–Que me he cortado el pelo.

–Pero, Marta...

–No, no, Dani, en serio. Es una catástrofe. Estoy horrible.

Dani se echa a reír. Tú lloras más.

–No te rías, tía, va en serio. Estoy espantosa. Esto es lo peor que me ha pasado nunca, te lo juro. Estoy horrible.

Así, con una poco recomendable visita a la peluquería, conviertes ese corte de pelo en lo peor que te ha pasado nunca. Sin duda alguna, es una desgracia asumible. Cómo hacer de lo peor que te ha pasado nunca una desgracia asumible: cortándote el pelo a lo chico. Cómo llorar por cualquier cosa, menos por la muerte: cortándote el pelo a lo chico.

–Cuélgame y mándame foto.

–Ni de coña. No pienso hacerme ni una foto con este pelo. De esto no va a quedar ningún testimonio. Es que no lo entiendes: es horrible, horrible.

Quedáis porque Dani necesita evaluar los daños en persona. Vas caminando desde Moncloa hasta la plaza de Cascorro llorando a moco tendido, llorando desconsoladamente, llorando, llorando, llorando. Qué alivio. Qué ligereza. Llorar porque te han dejado mal en la peluquería.

Cuando llegas a tu casa esa noche vas directa a tu cuarto y abres el ordenador. Hotmail. Clicas. Pones tus manos, que son pequeñas –ya van a ser siempre pequeñas, tus manos–, sobre el teclado y escribes sin vacilar. *Estimada Comisión de la Beca Fullbright. Dos puntos. Me dirijo a ustedes para comunicarles mi renuncia a la Beca de*

ampliación de Estudios para la que he sido seleccionada. Coma. Un par de líneas más. Un par de fingidos arrepentimientos. Qué se te ha perdido a ti en el mundo académico (eso no lo pones). Qué se te ha perdido a ti en Berkeley, California (eso tampoco lo pones). Pones que gracias. Que lo valoras mucho. Que desgraciadamente. Te sientes rechazando al tío bueno de la universidad, al tío inteligente, renunciando a un anillo de diamantes, a una casa en París, a algo indudablemente bueno. Pero no hay cosas buenas o malas. Hay cosas que quieres y cosas que no quieres. Agradeciendo sinceramente el interés que han depositado en mi persona. Y tú lo que quieres es hacer teatrillos. Y valorando la consideración que han tenido con mi solicitud. Escribir una película. Firmar un guion del que te sientas orgullosa. Les mando un muy cordial saludo. Coma. Intro. Tu firma. Enviar.

Ha llegado el momento. Te lo dije: esto no iba a ser tampoco para siempre. Esta trampa, la de hablar conmigo. Soy un susurro que se queda en nada. Así que me voy. Me voy, pero te dejo con el equipo. Te dejo entrenada, con el puño en alto protegiendo tu pómulo derecho. La vida no va en orden. Que acabes de recibir un golpe no significa que venga una pausa hasta el siguiente. El año no ha hecho más que empezar, y yo me voy, y está bien. También de mí tienes que salir. Me olvidarás.

Pasarán años y cosas, novios y libros, películas, amigos, viajes, trabajos, el extranjero, la vuelta, las mudanzas, Madrid. Es tu ciudad porque ya no le pones pronombres posesivos. Porque no tienes tu banco, tu árbol, tu parque o tu bar. El mundo te pertenece porque no lo quieres asir. El mundo es lo que te rodea y lo que se cuele por internet, que es infinito. El mundo es tan grande que tu mejor amigo se puede ir a vivir a las antípodas. Tu ciudad tiene callejuelas históricas, bares castizos y cielos claros, obras ruidosas, un metro lento, contaminación. Todo cabe. Los lugares en los que has sido feliz y los lugares en los que has llorado a menudo son los mismos. Tú llorando sentada en el escalón de un portal, enrollándote con un chico en el escalón de un portal, enfadándote en el escalón de un

portal, confesándole algo a un amigo en el escalón de un portal, enamorándote arrebujaada en el escalón de un portal, apoyando el zapato para atarte un cordón en el escalón de un portal. Hay cosas entre la euforia y la catástrofe. A veces hay que atarse los cordones.

Llegas a tu casa –tienes, ya ves, una casa–, te quitas el sujetador por debajo de la camiseta, te quitas los pantalones y las zapatillas, te recoges el pelo, te sientas frente al ordenador. Mientras te haces un moño ves en la pantalla apagada tu reflejo. Los principales rasgos de tu cara. La línea vertical de la nariz, el flequillo, las ojeras. La pregunta es ya impostergable. Suena un ibip! en el móvil. Lo silencias y lo pones bocabajo. Miras a la chica que te devuelve la mirada desde la pantalla negra. Mientras nos tengamos la una a la otra, te dice. Suspiras. ¿Vamos?, insiste ella, la que te devuelve la mirada desde el reflejo. Estiras la espalda. Ella sigue ahí. Es impostergable, la pregunta. ¿Empiezas? Empiezo. Empiezo ya. No me abrumes. Nos miramos. La miro. Es maja. Es impaciente, pero me cae bien. La quiero, incluso. Desde que está aprendiendo a no ser tan dura conmigo, la quiero más. Desde que le caigo mejor, me cae mejor. Ya voy. Ahora mismo. Busco a mi alrededor. Me acerco la mochila y saco mi cuaderno. Lo abro por la página con las últimas notas. Ya está. Ya empiezo. Pulso el botón y ella desaparece, dejando paso a un documento de Word. La pantalla en blanco. Ahora no veo nada. Solo el cursor, intermitente. Nada más que eso. Hago un ademán y me contengo. Pienso un momento. Me desplomo contra el respaldo. Si fuera un pecado capital, sería la pereza. Si fuera un día de la semana, sería el viernes. Releo las últimas notas del cuaderno. Me yergo. Si fuera una bebida, la cerveza. (¿Y si me voy de cañas? No. No me voy a ningún sitio). Si fuera una tentación, sería el teléfono móvil. Si fuera un medio de transporte, unos zapatos. Si fuera un vicio, la ansiedad. Una virtud, la escucha. Una enfermedad, la hipocondría. Comienzo a teclear. Rápidamente. Si fuera un defecto, sería la impaciencia. Si fuera un lugar, su regazo. Un lugar, mis amigos. Un olor, la yerbabuena. Una debilidad, su olor.

Si fuera una fortaleza, no sé. No quiero. Una valentía. El boxeo. Escribo. Estar siempre alerta. No quiero. Prever el rechazo. No

quiero. Sigo tecleando. Reclamo mi derecho a amedrentarme. Una valentía. No sé. Porque puedo amedrentarme, no lo hago. Porque puedo amedrentarme, escojo no hacerlo. Una valentía, preguntar. Una valentía, preguntar dispuesta a todo. A la admiración o al espanto. Escribo. El cursor que parpadea. Una valentía, una pregunta. Una pregunta, esta: Si fuera yo, ¿quién sería?

MARTA

Me entregan el guion anillado, capítulo 1, versión 1, y veo los nombres del equipo de guionistas bajo el título provisional. Siento una cosa que se me sube del ombligo al pecho. A ver, es normal que mi nombre no salga. Solo soy la correctora. *Solo*. El adverbio que va delante de todos mis trabajos. Solo paso a limpio, solo reviso, solo doy clase y, ahora, solo corrijo. Como si todas esas cosas no bastasen.

Abro con urgencia y comienzo a leer, de pie todavía en mitad del plató. Entonces eso que me ha subido del ombligo al pecho se atora. Noto el calor que me sube hasta las mejillas, algo atravesado en el paladar y los ojos que se me llenan de unas lágrimas que no son de tristeza, sino de rabia: de pura impotencia. Aprieto la barbilla, contengo las lágrimas. Mi cerebro corre más rápido que yo. Miro a mi alrededor y busco a Iván. «¿Y esto?», le digo. «No están las correcciones que yo metí», le digo. Iván se encoge de hombros, me dice que Esteban al final siempre mete las correcciones que quiere, pero que no me preocupe, que lo importante es que el episodio está terminado. Cierro el cuadernillo. Miro la portada del guion provisional. El título: *Infiltra2*. Las posibles frases promocionales: «Julio y Julia: superagentes», «La ESO: Espías Sin Obstáculos», «Sus placas de policía no les servirán en la secundaria». Realmente quiero llorar. Miro a Iván. «Qué más te da, ya está hecho, ¿te vienes a celebrar?». Van a ir todos a tomar unas cañas, pero yo no pienso ir, porque me caen mal y porque no sé qué tengo que celebrar.

Recojo mi mochila, dejo el guion y huyo al metro. Hago un trabajo que podría no hacer y apenas nadie notaría la diferencia. Cobro un salario ridículo que podría no cobrar y apenas nadie notaría la diferencia. «Al menos trabajas de lo tuyo». Pero es mentira. Lo mío no es revisar en vano los guiones de una serie de televisión adolescente. Que no sea bioquímica no significa que sea lo mío. «Lo mío». El mero concepto.

Cuando llego a casa Martín está en el salón jugando a la Play.

–¿Te tomas una cerveza?

–Va.

Cojo dos vasos de la cocina, los lleno, él se sienta a mi lado. Le cuento todo. Qué me va a contar él, que ni siquiera tiene trabajo y se pasa las mañanas en Infojobs y las tardes jugando a la Play. Me siento menos sola, o menos responsable. Se me alivia un poco la cerrazón del pecho. Si es un problema generacional, quizá no sea mi culpa.

–¿Y tu guion?

–Ahí va.

No es que no escriba. Escribo bastante. Tengo mil documentos de Word abiertos y mil cuadernos anotados. Me tengo que poner en serio. Pero cuándo. Voy a la uni por las mañanas para investigar en un doctorado por el que no me pagan («El nuevo arquetipo femenino/masculino en la filmografía de Woody Allen»); un doctorado por el que pago, de hecho; por el que pagan mis padres, más bien. Y voy al plató por las tardes a hacer un trabajo que nadie aplica por el que me pagan poco más de lo que me cuestan el abono de metro y dos compras mensuales en el súper. No tengo tiempo. Sé que esa es la frase que dice la gente cuando no tiene fuerzas. Pero es la verdad: no tengo tiempo. Si consiguiera un trabajo, si cobrase lo suficiente, si mi vida fuera más estable igual podría encontrar un rato.

–Bueno, ¿y lo demás? ¿Qué sabemos del Intensito?

–Pues ahí va también, igual nos vemos el finde.

–Si dormís aquí, me dices, que yo igual quedo con la Mexicana.

–¡Bueno bueno bueno! El que no la iba a ver ya más...

Martín dice «Ya» y pone cara de «Qué le voy a hacer, si las enamoro». Yo me río. El Intensito, el Beato, el Guapo, el Guitarrista, el Actor. La Odontóloga, la Mexicana, la del Curso de Inglés, la Tía Buena. Qué poco tardamos en poner un apodo, a ser posible irónico, a la vida sentimental de cada quien. Martín deja la lata de cerveza en la mesa.

–No puede ser tan mala, la serie –me dice.

–Tío, se llama *Infiltra2*. Y el «dos» de Infiltrados es un 2, ¿sabes? Un número.

–¿Se lo has contado a Eli? Se va a mofar.

–Todavía no. Tengo que escribirle.

–Mejor, así se lo cuento yo y nos reímos de ti un rato. Oye, podías llamar al protagonista Martín.

–Yo no podría, porque no me hacen caso. Aparte, quieren un nombre duplicado. Rollo Julio y Julia, Daniel y Daniela. ¡Bueno! Podrían ser «Marta y Martín: superagentes».

–No: Martín y Marta. Mi nombre primero. Me río.

–Lo propondré. Te lo prometo.

–¿Qué tal en tu nueva habitación? ¿Ya perfecta? –pregunta mamá.

Bueno, ya perfecta es mucho decir. Las madres siempre quieren que *ya*. Que ya estés criado, que ya estés colocado en el mundo laboral, que ya estés asentado emocionalmente. Las madres ansían que los hijos *ya*. Pero *ya* no existe.

Todo tiene un final, dice la gente como consuelo en las desgracias o como filosofía de madurez, hay que aprender que las cosas se terminan. Pero en realidad nada acaba nunca, es mi tercera mudanza en un año, es mi novena mudanza desde que me fui de casa, el sueño de tener un piso que sea *ya* para un tiempito queda descartado como un imposible más. Todas mis cosas en maletas, de un piso a otro. El escritorio de Ikea montado y desmontado, una vez más.

–Sí, ya perfecta –le respondo–, Martín me ayudó a colgar los cuadros, ha quedado muy bonita.

–Y con Martín muy bien, ¿no?

Pienso en lo desordenado que es Martín, en cómo acapara la cocina, en los amigos que trae sin avisar.

–Con Martín genial.

–¿Y Daniela? Hace mucho que no me hablas de Daniela.

Daniela bien, claro, pero desde que Dani tiene novio y trabajo casi nunca coge el teléfono. Eso no se lo digo a mi madre. Pienso en

lo irónico que es que la muy petarda haya montado una empresita de organización de bodas. En lo irónico que es que, cuando me enrolló con un chico, ya no me diga que no me enamore. «Si os casáis, lo organizo yo», dice automáticamente, y yo pienso en las bodas entre cursis y horteras que monta mi amiga y sé que no sabré decirle que no. Que mi boda será cursi y horterera. El muñequito de esmoquin sobre la tarta de nata.

Al parecer hubo un tiempo en que la gente tenía trabajos y maridos que duraban toda la vida. A mí lo único que me dura toda la vida son los amigos. Esos amigos que han cargado las cajas de todas mis mudanzas.

—¿Y el trabajo?

En el trabajo regular, la serie es una basura. Mamá pide dos vinos y cosas de picar. Mamá me escucha. Mamá me dice que ya mejorará el trabajo, que soy muy joven, que tengo toda la vida por delante. Eso me hace sentir vieja. Mamá dice que si por lo demás, todo bien. Desde que estoy soltera y no tiene un novio por el que preguntarme, me pregunta por «lo demás». Le digo que bien. Mamá me dice que disfrute, me dice otra vez que soy muy joven. «Tú tienes que hacer lo que tú quieras», repite mamá.

Mamá. Años insistiendo en lo que tengo que hacer, para venir ahora a decirme que haga lo que yo quiera. Paga ella y damos un paseo.

—¿Y tu guion? —me pregunta.

Mi guion. El de mi propia peli. «No tengo tiempo para mi guion», le digo. No tengo tiempo, que es la frase que dice la gente cuando no tiene voluntad. No tengo tiempo.

Después de un rato de silencio, confieso: «He visto un curso de guion que hay. Igual me apunto». «Eso si lo quieres hacer te lo financiamos papá y yo, ¿eh?», dice mamá, apresurada. Se lo agradezco y me pregunto qué día podré pagarme yo todas las cosas que necesito, que ni siquiera son una casa o un coche, sino cosas menores: un abrigo, unas botas, un curso de guion. Nada termina nunca.

Dos meses más tarde, sentada en el suelo y comiéndome un Schoko-Bons, abro los regalos: unos pendientes, dos jerséis, varios libros. Hay dos sobrecitos rojos. En uno está la matrícula pagada del curso de guion, que empieza justo a la vuelta, cuando se retoman las clases. En el otro sobre hay trescientos euros. Cuánto les quiero, a los Reyes Magos.

Apenas dos días más tarde camino ya dentro de mi abrigo y de mi jersey nuevo hacia el taller de guion. Camino con la sensación de comienzo y novedad que tiene enero. Camino decidida: este año termino el guion. Lo termino y lo muevo. Camino con miedo: y si el profe es una mierda, y si el grupo es una mierda. Peor: y si es una mierda mi guion. Y si no le gusta a nadie.

Si no le gusta a nadie, da igual. Lo voy a escribir. Llego la primera, claro. Ya sé que por llegar antes las cosas no empiezan antes, pero cuando estoy nerviosa no me acuerdo de las cosas que sé. Doy dos o tres vueltas a la manzana. Pienso en el año que queda atrás, en todas las cosas que quedan atrás.

Me paro frente a la puerta. Ya son en punto. Y si mi guion es una mierda. Suspiro. Y si no le gusta a nadie. Da igual: lo voy a escribir de todos modos. Escucho a la Marta decidida susurrarme: «Pies listos». Abro la puerta y subo de dos en dos las escaleras de la entrada.

El aula no es ni grande ni pequeña y tiene las paredes blancas. Estamos sentados en torno a una mesa grande y rectangular. El profesor, en la cabecera, ordena unas fotocopias. Las sillas son incómodas. La clase empieza. Yo ya no me pregunto lo que es el amor, sino quién soy yo, y el profesor me lo pregunta también, «¿Quién eres?». Tenemos que presentarnos.

«Soy Marta», digo. «Trabajo en una serie», digo; no digo en cuál. «Estudié Comunicación Audiovisual». «¿Y algo más que nos quieras contar?», insiste el profesor. No. No se me ocurre nada más. Niego en silencio con la cabeza cuando la puerta se abre: «Perdón, siento el retraso». «No pasa nada», dice el profesor, «Toma», agrega, extendiéndole las fotocopias. El profesor me pide que repita mi

presentación para el nuevo alumno que acaba de incorporarse a la clase. Lo miro y él me mira atento y yo repito: «Soy Marta». Él se llama Gabriel.

Tres clases más tarde, al terminar, Gabriel tarda mucho en ponerse la bufanda y yo tardo mucho en guardar las cosas en la mochila. Un boli. Otro boli. El cuaderno. Tardamos tanto que el resto del grupo se va y qué casualidad, nos hemos quedado los últimos, «Dónde vives», «Por allí», «Yo también voy en esa dirección, qué bien».

Cuando llegamos a la altura de mi portal yo paso de largo, yo no digo «Aquí es», yo no digo nada. Echamos a andar y a hablar y algo pasa –*algo*– que se impone a la logística y a la cronología. Echamos a andar y a hablar y ya no paramos.

Oscilamos entre un entendimiento que parece antiguo y las fórmulas que se usan cuando acabas de conocer a alguien y le cuentas las cosas sin saber si habrá segunda parte del relato. No digo Simba, digo mi hermana; no digo Eli, digo mi-amigo-que-hace-cine-en-Estados-Unidos; no digo Martín, digo mi-amigo-con-el-que-vivo. Dani es mi-amiga-de-la-infancia, 2011 es el-año-de-mi-Erasmus, y la vida amorosa se jerarquiza en una lista injusta en la que los hombres –los niños, los chicos, los hombres– se mencionan por orden de llegada: mi primer novio, mi segundo novio, mi tercer novio.

En el colegio me gustaba Pedrito Pérez Pinto, listo y tímido, una vecina lo llevaba y lo traía, lo recuerdo con una sudadera gris, coincidíamos en piano los jueves, el mejor día de la semana. Era la época de jugar a la botella y de que si te hacías novio de alguien dejabais de hablar por vergüenza, y si os sentabais juntos en el comedor mirabais fijamente la sopa en completo silencio. Tuvimos que fijarnos en los mayores.

Mi primer novio tenía dieciséis años y yo, trece; nos enrollamos un verano sobre la arena de un campo de fútbol y me escribió un poema que aún conservo. Nos llamamos a veces.

Mi segundo novio se llamaba Charlie.

–¿Era inglés?

—No, era idiota.

Nos reímos. Es una larga historia, le digo. Cuéntamela, me dice él. Es muy larga, insisto yo. Tengo toda la noche, responde él sin parar de caminar y acercándose un poco. La cuento. No es tan larga. Los hechos siempre son breves. Pero los hechos dan igual. Él me escucha.

—¿Y qué pasó después?

Después pasó la universidad, mis pocas ganas de intimar con nadie, los chicos como un elemento más en las noches de fiesta: la música alta, el ron con Coca-Cola, sentarnos en corro en una plaza, hablar de Pizarnik o de Bolaño, intentarlo con el más guapo o con el menos feo, darnos unos besos, manosearnos en algún portal, la pereza de ir a ninguna casa, intercambiar el número, la soledad de mi cara cansada reflejada en la ventana del autobús nocturno.

En cuarto de carrera me fui de Erasmus a Florencia y, como no quería ningún novio, tuve varios, a los que nunca me decidí a llamar así, novios.

Mi tercer novio me gustó porque era fácil, sabía cocinar recetas orientales que me enseñó pero que no retuve, tenía buen oído y unas espaldas que eran la envidia de todas mis amigas. Mi tercer novio me dejó de gustar porque era fácil. Me dejó también un complejo de culpa y las obras completas de Flaubert.

Mi último novio fue mi novio más novio. Estuvimos juntos tres años. Convivimos dos. «¿Lo dejasteis hace mucho?», pregunta él, mirándome. «No mucho», respondo yo, mirando al suelo. Hay un silencio. Un camión de la basura. Un semáforo en rojo. «¿Por qué lo dejasteis?», dice él. Lo miro. Lo miro y digo: «No sé. No sé: me acabó agobiando estar con alguien, creo que estoy hecha para estar sola».

No ignoro, cuando lo digo, que la confesión es también una indirecta.

El semáforo se pone en verde y él habla también, claro, de su vida. Un mapa mental se configura velozmente en mi cabeza. Las hermanas que tiene (dos), las carreras que ha estudiado (Audiovisuales y Literatura), el año que vivió fuera (en Berlín), los-

amigos-de-la-infancia-que, los-amigos-que-conoció-por, la primera novia, la segunda, la tercera.

Repetimos varias veces el mismo paseo, vamos de la plaza de Jacinto Benavente a Sol, de Sol a Cibeles, de Cibeles a Recoletos, de Recoletos a Sol, de Sol a la plaza de Jacinto Benavente. Hace mucho frío, pero quiero seguir hablando con él. Quiero seguir hablando con él, pero no quiero decirle que suba a casa. No sé por qué. Pienso que es porque no quiero nada con él –nada con nadie–, aunque en realidad lo que estoy haciendo, por primera vez en veintinueve años, es afrontar las cosas de un modo distinto. La Marta prudente, la Marta cuidadosa, la Marta paciente. Al fin están listas para salir. Está claro que él tampoco quiere separarse de mí, que también quiere seguir hablando, que tampoco me va a decir que suba a su casa. Hablamos y caminamos, nos miramos y no nos besamos. Al mirarnos nos comprendemos y, quizá abrumados por ese obsceno modo de comprendernos, nos limitamos a seguir hablando, a seguir caminando, a seguir mirándonos; y a no besarnos, decididamente no nos besamos: el beso está ahí y subrayamos su presencia evitándolo.

A las siete de la madrugada nos despedimos, al fin, con un abrazo nervioso. Cuando entro por la puerta, Martín, que tiene una entrevista de trabajo, está haciendo café, con el pelo mojado y la toalla alrededor del cuerpo a modo de falda.

«¡Dichosos los ojos!», me dice al verme, y yo veo a mi abuela abriendo los brazos y exclamando: «¡La hija pródiga!». Me pone una taza de café delante, que yo rechazo.

–La vas a necesitar.

Comprendo que tiene razón. Le echo azúcar. Martín pone sus tostadas y su café en la mesa de la cocina y me mira. Nos quedamos en silencio.

–¿Me vas a contar o...?

Me echo a reír.

–No ha pasado nada.

–Pero a ver: de dónde vienes.

–De ningún sitio.

–¿Te fuiste de fiesta con los de guion?

–No, me quedé hablando con uno.

–¿Hablando? ¿Y ese uno es...?

–Bueno, uno de los del taller. Te he hablado de él, creo. Es guionista, ha escrito un par de pelis y tal.

–¿Pero es famoso?

–No. A ver, si lo googleas, sale.

–Cómo se llama.

–No te lo voy a decir.

–Cómo se llama.

Comprendo que es una batalla perdida y le digo: «Gabriel Gómez Galán». Martín coge su móvil mientras se ríe.

–¿Gabriel Gómez Galán? ¿Es broma?

–No, ¿por?

–Joder: GGG.

–Ah.

Bostezo. Empiezo a acusar el cansancio. Comprendo que le ha bautizado. Me encojo de hombros. Me doy cuenta de que vengo de hablarle a Gabriel Gómez Galán de Pedrito Pérez Pinto. Se lo hago saber a Martín. De PPP a GGG. Pero Martín me ignora. Está concentrado, haciendo *scroll* en los resultados de Google. Le doy un sorbo al café.

–Vale. ¿Y qué pasa con GGG?

–¡Nada! Te lo juro. Nada. Hemos hablado.

–¿Hasta ahora?

–Sí. Hemos paseado y hablado hasta ahora.

–¿Y ya?

–Y ya. No ha pasado nada.

Nada. Algo se me atora a la altura del esternón. Lo que me sube del ombligo al pecho encuentra espacio y revolotea. Me pongo nerviosa. Nada.

Martín enarca las cejas y yo digo «¿Qué?» y él dice «Nada». Martín se traga el último mordisco de tostada, deja el plato en el fregadero y me mira, yo digo «¿Qué?» y él dice «Nada». Martín resopla y sale por la puerta de la cocina, yo digo «¿Qué?» y él dice

«¡Me tengo que vestir!». Abro la puerta de su habitación, él dice «¡Tía!» mientras se sube rápido los calzoncillos y yo digo «En serio, qué».

–Que hablar mil horas paseando por Madrid con el frío que hace no es nada. Es, de hecho, mucho peor que nada. Luego hablamos, si quieres.

–Suerte con la entrevista. Vas muy guapo.

–Gracias.

Algo. Nada. Son muchas las palabras y yo no sé cómo llamar a este paseo. Cómo contar lo que no se ve: a veces no se puede. Las cosas tienen los nombres que les son propios, y a veces tardo en descubrirlos. Inventármelos es un atajo inútil, un atajo fácil. Me pregunto si Gabriel tendrá la paciencia de esperarme.

Voy a mi habitación con una extraña calma y según meto el portátil en la mochila decido que no voy a ir a la universidad. Miro el móvil. Tengo un mensaje del Intenso. También tengo un mensaje del francés que conocí hace un par de semanas de fiesta con Dani, y del chico-que, y del chico-tal. En esa pluralidad en que se supone que debo sentirme halagada me siento simplemente hastiada. Todo ha perdido brillo. También la tesis doctoral se ha decolorado. Bajo la persiana y, ya cubierta por el edredón, en plena oscuridad, pienso en cómo todo ha cambiado de repente de color. Se me ocurre una escena para mi guion y, pensando en ella, me quedo dormida.

Lo bueno de no tener quince años es la seguridad adquirida. Lo malo de no tener quince años es que los miedos son fundados. El cuerpo tiene memoria. Me sé de memoria el pasillo de casa de mis padres, la posición de los interruptores, los diálogos de *El Rey León* y de *Hannah y sus hermanas*. Me sé de memoria lo que pasa cuando algo me sube del ombligo al pecho. Decido hacerlo distinto, decido hacer que los recuerdos sirvan para algo, me niego a repetir otra vez el esquema, a repetirme a mí misma, a seguir mis tendencias porque es lo único que sé hacer. No. Esta vez no va a ser igual. Me niego. Y esa simple –pero qué complicada– determinación hace ya que las cosas sean distintas. Actúo con cautela y con paciencia. Yo,

quién me lo iba a decir. Hay una Marta cautelosa y una Marta paciente, pero la impaciente y la impulsiva van tan rápido que las pobres se quedan atrás. Freno. Qué prisa tengo. No por llegar antes las cosas empiezan antes. Él no se va a ir a ningún sitio. Y si se va, se fue. Voy a escuchar a todas las Martas, por una vez. Pero sobre todo a las que ignoro siempre: a la frágil, a la miedosa, a la precavida. Ellas también tienen sus necesidades. Yo corriendo de un lado para otro, y las pobres desvalidas, llorando en mitad de un supermercado como un niño con un berrinche, y yo diciendo «No hay tiempo para tonterías» y tirando de ellas y ellas dejándose arrastrar por el pasillo sin dejar de llorar.

Pero claro que hay tiempo para tonterías. No hay tiempo es la frase que dicen los que no tienen paciencia. Esta vez me voy a agachar con esas Martas enrabietadas en mitad del pasillo de los ultramarinos, me voy a sentar con ellas en el suelo y les voy a acariciar el pelo. Hasta que no se les pase, no nos vamos. No pasa nada. Si la gente quiere mirar, que mire. Os espero, os lo prometo. El tiempo que haga falta.

Porque aunque aquella noche algo se impusiera a la cronología, hay que volver al tiempo, tener paciencia, escuchar a las Martas. Sería más fácil si Gabriel no me gustase tanto. Porque lo ven y diecisiete Martas se me revolucionan: la Marta creativa, la disfrutona, la adrenalínica, la impaciente, la ansiosa, la excesiva, la libidinosa, la relajada, la Marta que lo quiere todo ya. Es complicado, porque son las más ruidosas. Se saben imponer, se hacen con todo el espacio, empiezan a gritar y a correr y parecen niñas emocionadas que han merendado chucherías y Donettes y que se lanzan a la piscina de bolas con los leotardos resbalándose por sus piernas. Se lo pasan tan bien que me da pena sacarlas de ahí. El fin del placer es algo que casi ninguna Marta comprende. La Marta responsable no me sirve para esto. Argumenta bien. Es una sofista. «Lo más razonable es disfrutar», dice, y se queda tan ancha. No, no hay ninguna Marta que comprenda que lo bueno se tiene que terminar. Que hay que salir y entrar. Y yo no tengo el valor de decírselo cuando las veo eufóricas, saltando sobre la colchoneta

elástica, el vuelo de sus vestidos elevándose a una. No sirve de nada decírselo.

Pero sí sirve escuchar a la Marta cansada, a la Marta frágil, a la Marta triste. Escucharlas y enseñarles: chicas, hay que hablar más alto, con más determinación. Hay que reclamar el espacio. Hay que hacerse escuchar.

Él aparece y la Marta adrenalínica se carga a la Marta cansada, la Marta eufórica retira de un empujón a la frágil, la Marta sólida le dice a la triste que calladita está más guapa y la Marta miedosa no necesita ayuda: sale corriendo ella sola y huye a esconderse como un animalito traumatizado. Él desaparece y la Marta adrenalínica, la eufórica y la sólida están agotadas. Durmiendo en el asiento trasero del coche, con el vestido manchado de Nocilla y los leotardos descolocados. Entonces vuelven la Marta cansada, la frágil, la triste, la miedosa. Y yo las voy a escuchar. Y un día, a lo mejor, se las presento. Un día.

La Marta cauta decide ir despacio, la Marta paciente decide imponerse, manda callar a todo el mundo, coge el mando. La Marta superficial está de acuerdo: quiere disfrutar de este bello momento en que él cree que solo existen la Marta segura, la Marta guapa, la Marta hábil. Esas tres que entran a los sitios como los ángeles de Charlie y se quitan las gafas de sol agitando la cabellera. Esas que se mueven como Beyoncé y sus chicas en el «Single Ladies». La Marta superficial quiere disfrutarlo y la frágil no está preparada para salir a escena. Se siente tan pequeña. Pero cómo no sentirse pequeña al lado de Beyoncé. La Marta vulnerable la comprende. Ella tampoco está preparada para salir. Todavía no. Quizás, un día.

Parece que la estoy viendo, al otro lado de la mesa del Vips, diciendo que ella cocina mejor y que como la persona con la que haces la vida no hay nadie. Me acuerdo entonces de que puse una lavadora hace ya un buen rato. El tendedero en mitad del salón. Mierda. Las sábanas teñidas completamente de rosa. La camiseta roja del delito. Menos mal que no hay nada de Martín. Tiendo las sábanas desteñidas colgándolas encima de las puertas y pienso

«Abuela, no mires», y pienso «Tú también lo habrías hecho, pero tuviste otra vida», y pienso en aquella frase, «Como la persona con la que haces la vida no hay nadie». La vida. Qué vida. Para hacer la vida con alguien, tienes que tener una.

Vuelvo al ordenador y a todas sus pestañas abiertas. La plataforma de la universidad en la que hay que cargar la documentación del doctorado. La web del banco. Google. Facebook. Y un documento de Word con el guion a medias. El ordenador está caliente y se escucha su respiración. Miro la plataforma de la UCM, el logo de la universidad, los documentos esmeradamente cumplimentados y subidos a la plataforma. Llevo año y medio de doctorado, ya. La abuela diciendo: «Esa es más lista que el hambre». Esa era yo. Otro año y medio y termino, seguro. Y el tema me encanta. Igual esta tarde veo *Maridos y mujeres*. Año y medio y soy doctora. La web del banco. El calendario. El día del mes. El cálculo. No voy tan mal, igual le digo a Martín de pedir algo para cenar. Un chino. Una pizza. La abuela diciendo: «Lo que cocino yo está más rico». Lo que cocino yo siempre está peor, abuela. Siempre. Tantas cenas que son unos cereales con leche. La recuerdo en el porche del Huerto:

—¿Por qué será que desayunamos siempre lo mismo, pero no podemos cenar siempre lo mismo?

—Hala, abuela, nunca lo había pensado. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Yo pienso en todo. Bueno, yo no pienso: el pensamiento me viene y ahí está.

La recuerdo y me gustaría que a mí me vinieran menos pensamientos. El cursor que palpita. El taller de guion. Tengo que terminar una escena, y la termino. Las cosas se hacen así: una detrás de la otra. La lavadora. La escena. El email. Enviar. La ducha. Llega Martín.

—¿Pedimos algo?

—Por mí genial. ¿Un sushi?

—Joder, tío, desde que trabajas estás que lo tiras...

—Venga, que te invito.

La página de la UCM. La web de ING. Google. Gmail. Facebook. Just Eat. El documento de Word, todavía abierto, que releeré más tarde. O igual se lo leo a Martín.

Cenamos y me cuenta qué tal en el trabajo, hablamos de los amigos en común y de política, de cine y de nosotros y entonces, antes de darme cuenta de que es una decisión tomada, le suelto:

–Oye. Voy a dejar el doctorado.

–Me parece muy bien.

Me sorprendo de su poca sorpresa. Me dice que me centre en lo que de verdad quiero, que le parece normal, que en el fondo adónde me lleva el doctorado. Reflexionar sobre las pelis de Woody Allen, me dice, es algo que ya hago. Su contundencia corrobora mi decisión. La página de la UCM: cerrar.

–Además, es que, para no ganar dinero, pues por lo menos soy pobre con lo que realmente me gusta.

–Claro. Y no vas a ser pobre. Todo llegará.

La web de ING: cerrar. Al ordenador empieza a descenderle la temperatura. Nos quedamos un rato en silencio.

–También creo que voy a dejar de quedar con Gabi.

Martín se echa a reír y yo le increpo:

–¿Qué?

–Que eso no te lo crees ni tú.

–Bueno, pues vale.

Me enfado. Martín recula, se acerca en el sofá y se pone comprensivo.

–Por qué lo quieres dejar, a ver.

–No sé. Es complicado. Me quiero centrar en mí.

–Me parece muy bien.

–Y no quiero nada con nadie.

–Eso no me lo creo del todo.

Martín me mira y yo decido confesarle a él todo, es decir, confesarme a mí todo.

–Lo pienso y me da vértigo. No es que no quiera. Es que lo pienso y me da vértigo. Y tengo miedos.

–Pues cuéntaselos –me dice Martín.

Le digo «Ya» y miro al suelo y él me pasa el brazo por el hombro y, como sabe que hay cosas que necesito escuchar dos veces, insiste: «En serio. Cuéntaselos». Apoyo mi cabeza en su hombro.

–Bueno, puedo quedar con él alguna vez más. A ver qué tal.

–Eso.

Suspiro. Comienzo a asumir una obviedad que ya sé.

–No voy a dejar de quedar con Gabriel, ¿verdad? –le digo a Martín.

–No. Vas a dejar de quedar con los demás.

Me incorporo y le miro. La web de Facebook: cerrar. El ordenador deja de emitir una respiración ruidosa y yo suspiro. Como la persona con la que haces la vida, no hay nadie. Miro a Martín y me siento afortunada. Si todo sale mal –la vida– siempre nos tendremos el uno al otro.

–¿Me dejas que te lea una escena que he escrito?

Martín se levanta y coge su móvil.

–Te dejo. Pero antes me vas a ayudar a responder un mensaje.

Me asomo a la pantalla. «Clara». Últimamente solo habla de Clara. Clara que no es un gentilicio, ni una profesión, ni un rasgo físico, ni un juego de palabras, es solamente Clara. Pienso en cuánto hace que yo misma no me refiero a Gabriel como GGG, como El del taller, como El Guionista.

Los últimos meses de una relación son como la última temporada de una serie: ya no está a la altura de las anteriores, pero es necesaria para cerrar las tramas. Eso le digo cuando me pregunta por el final de mi última relación. Menos en el caso de *Infiltra2*, claro. A *Infiltra2* le sobran todas las temporadas. Vivo con el secreto deseo de que me echen, de dejar de pensar en cómo resolverán el enigmático caso del examen robado los intrépidos superagentes secretos Julio y Julia.

–Pero ¿te ves viviendo en Madrid? –dice Gabriel, mirándome de lado.

Gabriel hace preguntas que proyectan un futuro ante nosotros, aunque nunca hayamos hablado de eso. Lo miro amenazante. Lo

miro como diciendo: «Si no ves un futuro ante nosotros, no hagas esas alusiones». Pero tampoco yo me atrevo a sacar el tema, así que recojo su pregunta con el aire inofensivo que él le ha dado. Le he contado cómo me fui de Erasmus a Florencia, cómo luego viví dos años en Roma, y él me pregunta que si me veo viviendo en Madrid con un poso de inquietud en la mirada. Ya reconozco el procedimiento. Me suelta la mano o interpone una cierta distancia física que le reste intimidad a la pregunta, me mira solo de soslayo y luego pregunta lanzando la mirada ligeramente hacia arriba, y dice «¿Quieres tener hijos?» como quien dice «¿El café lo prefieres con o sin leche?».

Me acuerdo de cuando mi último novio me preguntó al poco de conocernos qué quería ser de mayor, en una formulación infantil que me hizo gracia. Le respondí que quería ser abuela.

Lo dije pensando en la mía. Él comprendió –cómo culparle– que primero quiero ser madre y luego abuela. Es, al fin y al cabo, el procedimiento habitual. Hornear cosas y recibir a la familia a comer los domingos. Pero no. Yo quiero ser abuela porque una abuela no educa a sus niños, solo los quiere. Porque una abuela no vive con ellos, los ve a ratos. Yo quiero ser lo que fue mi abuela para mí. Quiero ser la tía de los hijos de mis amigos, de mis hermanos. Darles dinero a hurtadillas. Que me cuenten las cosas que no les cuentan a sus padres. Que acudan a mí en los desamores, en las dudas, en las disyuntivas. Quiero ser la madrina que les invitará por todo: sus cumpleaños, sus santos, los míos. Me inventaré celebraciones para invitarlos a comer. Ellos me darán un beso, me darán las gracias y se irán a sus vidas con urgencia, antes de que me haya dado tiempo de apurar el café. Yo no sufriré. Para eso están sus madres. Yo miraré al camarero y diré, sonriente y satisfecha: «¿A que es guapo, mi ahijado?». Dejaré una propina generosa, me levantaré y saldré a la calle. Me pondré el abrigo y unas gafas de sol grandes, modernas y –las manos en los bolsillos– echaré a andar calle abajo, también yo, de vuelta a mi propia vida.

Siento la tentación de ponerme seria, de mirar a Gabriel a los ojos y decirle: «Quiero vivir en Madrid, no quiero tener hijos, el café

me gusta con leche, ¿y tú?, ¿qué quieres tú?». Siento la tentación, pero también siento el miedo, de modo que miro distraídamente hacia la barra, pongo voz de pasaba-por-aquí y digo con un gesto de indiferencia:

–Sí, por qué no, Madrid está bien. No descarto nada.

Horas más tarde, en mi habitación, repara en mi Canon, apoyada en la estantería. Le cuento que me la regalaron de adolescente, que de adolescente hacía fotos. Digo «de adolescente» y siento que realmente han pasado varias vidas desde entonces. Recuerdo aquel día con Charlie en que posé la cámara en su balcón y estuve mucho rato hasta que conseguí el enfoque y el encuadre perfectos. Para entonces, la luz buena ya se había ido. Siento un repentino alivio de saber la adolescencia tan lejana y, por primera vez, lo que me consuela no es que Charlie esté lejos, sino que esté lejos aquella Marta. Miro mi habitación desordenada. Cuándo he dejado de ser maniática, yo.

Nos descalzamos, nos sentamos sobre la cama como si fuera un sofá y me pregunta qué tal en el trabajo. Él fuma y yo bebo. Uno no elige sus torpezas y sus ansiedades, ni el modo visceral en que es capaz de combatirlas. Durante el tiempo que él habla de mi trabajo como una ocupación valiosa, recuerdo que, efectivamente, lo es. Le hablo de los compañeros, de cómo odio a Esteban y de cómo Iván siempre me dice que me quede a tomar algo. «A ese le gustas», observa Gabi, y yo me dejo halagar por sus celos y le sonrío. Nos miramos, y quiero prevenirle. «Yo no sé lo que es el amor», quiero decirle. Pero lo que le digo es algo así como que yo no sé lo que quiero, que no sé si podré quedar este fin de semana, que no sé qué haré el próximo viernes por la noche; él tampoco lo sabe. Aliviados de compartir nuestra confusión nos sonreímos, y cuando le sonrío él me besa. Dos mezcales más tarde, sin embargo, se apodera de mí una achispada lucidez y, poniéndole la mano en la rodilla le digo: «Sí, claro, ya sé lo que es el amor».

«El amor es como una película de espías», le digo, convencida, afectada quizás por *Infiltra2*, mientras su mano me acerca otro vasito de mezcal. Su mano. Hasta hace unos meses no existía, esa

mano. Ha estado mis veintinueve años sin existir, y sin embargo cuando yo nací esa mano era pequeña, sí, pero era ya su mano. Hay más mundo. Choco mi vaso contra el suyo, insisto: «El amor es como una película de espías».

—¿Porque nadie es quien dice ser?

Rompo a reír de inmediato y él también, el también se ríe, se ríe y se arrima y veo su sonrisa y sus ojos achinados, su cara ligeramente borrosa a través de la neblina de mi leve borrachera. Si esto fuera un primerísimo primer plano, sería uno desenfocado. Pero no lo es. Pone su mano —que ya existía cuando yo nací— en mi mejilla, y al contacto con su calor sé que esto no es una imagen. Cuando me coge la cara con las manos y la aleja brevemente de sí, caigo en la cuenta de que también él está viendo mi sonrisa desenfocada. No está borracho: es hipermetrópe. Mejor. Si se me ha olvidado quitarme el pelito que me sale en la barbilla, no lo verá. Así es el amor, hace virtud de la hipermetropía.

Porque nadie es quien dice ser, me dice, y pienso que es al contrario. Lo pienso, y sé que él se imagina una peli a lo Cary Grant e Ingrid Bergman, pero somos en todo caso Diane Keaton y Woody Allen, y esto es un misterioso asesinato de poca monta, un misterioso asesinato que hay que desentrañar y para el que también quiero un cómplice que confíe en mis paranoias, o más bien que las refute. El amor es poder decirle «Creo que el vecino ha asesinado a su mujer», y que me acompañe en las pesquisas no sin advertirme que estoy completamente chiflada. El amor —pero no puedo explicárselo si me besa— es saber quién es el otro a pesar de lo que los demás creen que es, a pesar de lo que él mismo dice ser.

Estamos desnudos y una mano que ya existía cuando yo nací me agarra del hueso de la cadera, y con una mano que hasta hace meses le era a él desconocida me engancha a su hombro para impulsarme bien. Se hace evidente entonces que es necesario entrar y salir, entrar y salir, entrar y salir, yo sudo y él también, y nos movemos tanto que sería imposible ya hacernos una foto. Noto toda su piel y toda mi piel, su calor animal y el mío. Soy un mamífero, es maravilloso.

El amor. El asco. La disección. El rubor. Porque a veces solo es pudor, o miedo, o cautela, o un poco de todo. Porque a veces las cosas sí nos revelan sus propios nombres, aunque nos dé vergüenza pronunciarlos.

Nos alejamos para mirarnos y nos acercamos para oírnos, nos respiramos, nos abrazamos, nos agarramos y esa cosa que me sube del ombligo al pecho es ahora –es martes, es tarde, tengo veintinueve años– su lengua. Y con qué renombramos las cosas, sino con la lengua.

A lo mejor a veces hay que llamar amor al amor.

«Es la fiesta del amigo de un amigo, pero van a estar mis amigos», me ha dicho. «Vente si quieres», me ha dicho. Lo ha dicho como si no le apeteciera que fuera. «¿A ti te apetece que vaya?», le he dicho yo. «Si no, no te lo diría», ha dicho Gabriel. Nos hemos mirado. Empatamos en esta batalla por ver quién es el más cauto. «Bueno, pues voy», dije al fin yo. «Vale», dijo él.

Luego nos quedamos en silencio y después hablamos de otra cosa. Al despedirnos, corroboramos. «¿El viernes, entonces?», dije yo. «¿A las nueve?», dijo él. Lo miré. Desconozco los motivos de su cautela, al menos los desconozco tan bien como conozco los de la mía: el salto, las rodillas, el paladar, el frío, las ojeras. Sé que no le voy a dar un empujón al columpio para que suba, sé que no voy a forzar el impulso y lo que no termino de comprender es cómo, aun así, me elevo. Este vértigo se parece a aquel vértigo de entonces y tengo que hacer un esfuerzo para entender que la altura no es la misma, porque no he llegado a ella por el mismo sitio. A las nueve me va bien, le contesté.

Por culpa de aquella conversación elusiva en la que el entusiasmo se ocultó y las cosas se dijeron como si fuera el azar y no la voluntad lo que las motivase, ahora camino nerviosa hacia el piso del amigo de un amigo de él, hacia la fiesta en la que van a estar sus amigos. «Va a estar Víctor», me ha dicho. «Así lo conoces».

La noto de inmediato, noto esa cosa entre el ombligo y el pecho. Esa cosa de cuando papá cogía una elevación de la carretera con el

coche, esa cosa de columpiarse muy alto o de soltarse de manos en la montaña rusa. Lo siento ahí, entre el ombligo y el pecho. Lo noto, pero no se atora. Hay espacio: no se atora. Si no hay vértigo, no me estoy columpiando lo suficientemente alto. Si no hay vértigo, no tiene gracia. Si no hay vértigo, no hay euforia. No te pongas nerviosa, Marta. Noto la tentación: la de lanzarme. Si me tiro yo, no me he caído. La tentación de dar un empujón, bajar al suelo con la capacidad de reacción de poner las manos y, como mucho, torcerme una muñeca. Me bajo y esto se acaba. No voy a la fiesta y punto. La tentación.

Me lo repito como un mantra: No te sueltes. No te tires. Hay un modo de bajar del punto más alto, y no es la caída. Entre la euforia y la catástrofe está el movimiento pendular. Vuelve para atrás. Respira. Y vuelve a subir. Replegarme para poder lanzarme. Salir para poder entrar. Moverme para no caerme: como un acróbata, como una peonza, como un columpio.

Quizá sea hoy, pienso, comprobando en Google Maps que estoy muy cerca. Quizá sea hoy el día en que Víctor y los demás me caigan fatal. El día en que él sea un idiota delante de sus amigos. El día que confirmará mis predicciones pesimistas. Es una estrategia que tengo: hago predicciones agoreras por una cuestión estadística. Me gusta acertar. Yo llevo varios meses oyendo hablar de Víctor. También de los demás. ¿Habrán oído Víctor hablar de mí? ¿Sabrán algo sus amigos de mí? Sí, claro. Algo sabrán. Quién echa un polvo y no lo cuenta. ¿Pero sabrán algo más? ¿Sabrán mi nombre? ¿Sabrán qué hago? Quizá hoy sea el día en que lo sepan. El día en que les parezca idiota. Ni siquiera siento la inseguridad, solo la sensación de mantenerla a raya; no siento el miedo, solo el muro que lo contiene. Un día no sentiré ni siquiera la línea de contención. O sí. Yo qué sé. La vida es más corta que nuestros complejos.

La fiesta es grande y variada, todo el mundo se conoce entre sí o finge que se conoce y él está atento, divertido y cariñoso. Yo aguardo impertérrita el momento en que comenzará a ser idiota. Se suceden los saludos. Nadie parece saber quién soy yo. Quién soy yo en relación a qué. En relación a él. Me enfado conmigo misma por

entrar en ese esquema de pensamiento que creía haber dejado atrás –ah, pero una es siempre un poco la que ha sido– y anuncio al corrillo de gente que me rodea, y a él, que voy al baño. «¿Sabes dónde está?», dice. «Te espero aquí», dice. Está atento, es innegable.

Voy al baño, pero no quiero mear. Solo descansar. De qué. Yo qué sé. Me miro al espejo y aprovecho para atusarme el flequillo. El pelo. Mi pelo. Pasado un tiempo que considero razonable salgo y antes de volver –«Te espero aquí»– me dirijo a la cocina a por otra cerveza. Mientras estoy alcanzando un botellín de Mahou alguien me pide que le pase otro. Cierro la puerta de la nevera y le tiendo a mi interlocutor su bebida. «Muchas gracias», me dice. «Soy Víctor», me dice.

–Yo soy Marta.

–Encantado.

Mira a su alrededor. ¿Sabes dónde hay un abridor?

–No, pero espera.

De algo me va a servir trabajar en una serie infernal, no me lo puedo creer. Le pido que me devuelva su botellín y, haciendo palanca con el mío y el pulgar, se lo abro.

–Toma –le digo.

–Curiosas habilidades –responde, sobriamente sorprendido.

–Es que trabajo en rodajes y al final acabas aprendiendo truquitos de estos.

–¿En rodajes de qué tipo?

–Bueno, ahora estoy en una serie patética para la tele, pero he hecho algún corto...

–¡Ah...! Eres Marta-Marta.

Me doy cuenta entonces de que él es Víctor... Víctor. Algo de mí sí sabe, parece. Sonríe. Confirmando su afirmación. Soy Marta-Marta.

He sido Marta-uni en los móviles de tantos amigos, soy Sis para mi hermana y MARTA con mayúsculas en el móvil de mis padres, para Martín soy Marts; Martuqui para mis tías y Bela en todos los guiones que escribo sobre esa que se parece a mí, y que se acumulan en la carpeta de Borradores que tengo en el escritorio del

ordenador. Marta-Marta me suena genial. Como el inglés-inglés es el británico y el jamón-jamón es el de jabugo, Marta-Marta solo puede ser signo de calidad, de autenticidad.

–He oído hablar mucho de ti –añade.

Comprendo –casi a mi pesar, como si no supiera asumir que la realidad no coincida con mis expectativas– que Víctor, efectivamente, ha oído hablar mucho de mí. Seguimos conversando un rato y así nos encuentra Gabriel cuando entra en la cocina, buscándome con unos ojos que traslucen un pánico inequívoco y contenido. Un pánico con varios escalones: ¿por qué no vuelve?, ¿estará incómoda?, ¿estará sintiéndose mal?, ¿estará enfadada?, ¿no se habrá ido?

Pero yo estoy ahí, y además estoy relajada y contenta, hablando con su mejor amigo. Le sonrío y veo cómo me sonrío él. Veo también cómo su pánico muta en alivio y en satisfacción. Se acerca a nosotros. En la mesa grande un grupo de gente prepara unos mojitos. Alguien al fondo del pasillo pone música.

–Así que ya os conocéis –dice Gabi.

Le ofrezco mi cerveza, él le da un trago y pasa su brazo por encima de mi hombro. Hablamos sobre una chica que le gusta a Víctor y que es probable que aparezca en esta fiesta, en cualquier momento. Me río, me relajo, suena una canción que me gusta, porque cualquier canción podría gustarme ahora mismo, y entonces Gabi coge la hierbabuena de los mojitos y me la acerca a la nariz. La palma de su mano, la palma de la mano de la abuela, los rosales, Margarita está linda la mar, Con cien cañones por banda, la piscina.

–¿Qué haces? –Lo miro espantada, como si supiera leer el futuro.

–¿No te gusta cómo huele?

Lo que sabe es leer el pasado.

–Sí, me encanta.

Gabi sonrío y me dice: «¿Pues entonces, qué problema hay?». Las Martas se miran entre sí y se encogen de hombros. Yo me rindo ante la evidencia y le respondo: «Ninguno. No hay ningún problema».

Llegamos a la mesa del restaurante y nos movemos

estratégicamente, remoloneamos, hacemos una avanzadilla disimulada, lo que sea necesario para coger un sitio bueno, un sitio central, porque somos cinco y alguien se queda siempre marginado en un extremo. Por eso a mamá le gustan las mesas redondas. A mamá le gusta todo lo que hace que no nos peleemos, como las mesas redondas.

–Tú, que no quepo. Échate para allá.

–Yo quería sentarme ahí. ¡El codo!

–No os peleéis por el sitio.

–Bueno, ¿de beber qué queréis?

Resoplo, me siento. Acerco la silla a la mesa, el codo del niño se me mete casi en el plato. Soy pequeña. En relación a qué. En relación a mi hermano menor. Quiero una cerveza.

–¿Pero luego vas a pedir vino?

–Sí.

–¡Pero yo no quiero vino!

–Bueno, quien no quiera que no lo tome.

–Está bien este sitio.

–Venga, decidid entrantes.

–Yo quiero alcachofas.

–A mí no me gustan las alcachofas.

–A mí me dan igual las alcachofas.

Mis padres tienen tres hijos. Uno detesta las alcachofas. Otro las ama. Otro las ignora.

–Vale, media ración de alcachofas.

Mamá, mediando.

–¡O pedid una entera y pedimos también más cosas, si no pasa nada!

Papá, excesivo.

–Yo con que pidamos las alcachofas, estoy bien.

–Yo no las voy a tocar.

–A mí me da igual.

Nosotros, que hemos venido a reivindicar nuestros derechos. Ser hijo en una familia numerosa es reivindicar constantemente tus

derechos, antes de que se los lleve otro. La última croqueta. La atención de mamá. El mejor asiento. La atención de papá.

–Vale. Alcachofas y qué más.

–Yo quiero ensalada de tomate.

–A mí el tomate no me gusta.

–Yo de la ensalada paso.

Mis padres tienen tres hijos. Uno detesta el tomate. Otro lo ama. Otro lo ignora.

–Vale, media de tomate...

–Pide una entera, si es una ensalada.

Ellos, que han venido a repartir derechos. Ser padre en una familia numerosa es fallar irremediabilmente, porque no se puede dividir en tres lo que es uno. La croqueta. La atención. El asiento. Se desarrollan habilidades, claro. La repartición («Un rato cada uno»), la secuencialización («Ahora tú y luego él») o la división del átomo («La croqueta la partimos en tres trozos y ya está»).

La atención le toca primero a Simba, que cuenta que se va a Londres con Guille una semana, que se ha apuntado a pilates, que no le gusta su trabajo. Pero a quién le gusta su trabajo.

–¿Y de la muela ya bien, hija? –pregunta papá.

Los padres quieren que los hijos *ya*. Simba tiene un trabajo más estable que el mío, un novio más estable que el mío y las cosas mucho más claras que yo. Pero, por supuesto, nadie se da cuenta, porque yo soy la mayor y hay inercias que no se pueden cambiar. Su novio, Guille, viene a veces. El pobre es hijo único y nunca consigue ni el mejor asiento ni la atención de nadie. Cuando viene, coge con timidez el plato y ofrece la última croqueta. ¡La ofrece! Nosotros lo miramos con un silencio pudoroso y con dolor e hipocresía le decimos: «No, no, gracias, cómetela tú».

–De verdad, es que huelen fatal las alcachofas. –Simba hace un gesto de asco.

–Hija, ni que fueran cucarachas.

–Preferiría comer cucarachas.

–Sí, claro –le digo, irónica.

–Te pago cien euros si te comes una cucaracha –dice el niño.

–Oye, pues en muchos sitios de África se comen insectos –dice papá–. En Camerún, en Angola...

–¡Y en *El Rey León*! –decimos los tres.

Mamá sonríe. A mamá le gusta todo lo que hace que estemos de acuerdo, como las mesas redondas, como *El Rey León*. Entonces ya sé lo que va a pasar. Simba me mira. Antes del ataque, me defiende.

–Tú, fue sin querer.

Pero ella ataca igual, con sorna y drama:

–Muy fuerte, no sabéis lo que pasó el otro día: Estábamos por ahí con sus amigos y llegó uno que yo no conocía y me presentó como Simba.

No me di cuenta, me excuso. Son muchos años, me justifico.

–¿Con los amigos de quién? –pregunta mamá.

–Con los de Marta.

–¿Pero cuándo?

Contextualizo. Salimos el viernes. Nos juntamos un rato. «¿Salisteis dónde?», pregunta mamá. «A un sitio que no conoces», dice Simba, que se llama Paloma. «Ay, me encanta que salgáis juntas», dice mamá, a la que le gustan las mesas redondas, *El Rey León*, la cerveza y todo lo que haga que sus hijos no discutan e incluso se lleven bien.

Luego le toca la atención al niño, que me saca una cabeza y cuatro números de pie, que se llama Manuel, y que sin embargo muy a menudo sigue siendo el niño. El niño ha terminado los exámenes, ha dejado a una novia, no quiere hacer nada este verano.

–¿Y el curso de inglés...? –dice papá.

–¡Pero si yo ya sé inglés! Papá, tronco, es que no entiendo por qué no os creéis que ya sé inglés.

–Bueno, pues apúntate a otra cosa. Pero no vas a estar todo el verano sin hacer nada. A baloncesto, a teatro, a lo que tú quieras.

A Manu le da la risa, y los demás nos reímos también. Papá mira a su alrededor, desconcertado, con cara de «¿Qué he dicho?».

–Pero cómo me voy a apuntar a teatro, es que me mofo. Marta, por qué no nos haces un teatrillo de los tuyos, que me encantaba

participar.

–Ya ves, los teatritos de los veranos.

–Hiciste uno de *Peter Pan*, ¿no?

Sí, le digo, y le recuerdo que se puso a llorar en el último momento porque no quería salir. Y el de *El Rey León*, que no lo quisisteis hacer ninguno. Y uno de invención propia que ya decidí directamente que fuese un libro, para no sufrir otro fracaso a tan temprana edad.

–Oye, hija, ¿y el curso de guion qué tal?

La atención, al fin. Digo que el curso muy bien, que estoy escribiendo mucho. Digo que el trabajo muy mal, que lo odio. Digo que por lo demás bien. Que me voy diez días en verano con los amigos a la playa. «¿Quiénes vais?», pregunta mamá. «Pues ya sabes», digo yo. Tras un silencio cauteloso, se esboza otra pregunta:

–¿Y con Gabi sigues quedando?

No sé en qué momento las preguntas sentimentales las empezó a hacer papá y no mamá. Digo que nos seguimos viendo. Digo que no tenemos nada serio. Mi hermana, desde el otro lado de la mesa, me echa un cable, porque eso es lo que hacen las hermanas. «¡Sí, claro!», dice. «¡Y una mierda!».

–Vamos a ver si hablamos bien, coño –dice papá.

–Pues y una leche –dice Paloma–, son mazo novios. Vino el viernes.

«No somos novios», insisto. «Sí son novios», insiste ella. «No la rayéis», dice Manu. «Tráetelo un día», dice mamá. «Ni de coña», concluyo yo, y llega el camarero con el arroz y me salva.

De nuevo, el acuerdo: está muy rico. Los rituales: «¿Me cambias las almejas por los calamares?», «¿Alguien quiere mis gambas?». El análisis: menos caldoso que la última vez, más sabroso.

–Mamá, podías hacer un día arroz amarillo. Hace mucho que no haces –dice Paloma.

–¿Os apetece?

Los tres decimos que sí, conscientes de que mamá es incapaz de negarse a la unanimidad. «Bueno, pues un domingo que me apetezca cocinar lo hago, que hoy no me apetecía», dice.

–Es que te sale idéntico al de la abuela, ¿eh? –le digo.

–Ya ves, es un canteo –dice Manu.

–Sí, sí, te sale igual –corrobora Paloma.

A mamá le hace ilusión y se hace un momento de silencio en que todos comemos y pensamos en la abuela.

–Qué fuerte que a Manu le guardaba las rosquillas solo para él – dice Paloma–, como era el pequeño y el único chico...

–Ya. Era indignante –digo yo.

Manu sonríe orgulloso. Se hace el silencio otra vez. Sé que los tres pensamos que éramos su nieto favorito. Por algún motivo misterioso, la atención de una abuela sí puede ser una y trina. Recuerdo a Paloma preguntándole: «Abuela, ¿tú a qué nieto quieres más?» y ella respondiendo: «¡Qué dedo me cortaré que no me duela!». A todos se nos esboza en la cabeza lo mismo. El sol, la piscina, el niño en el trampolín, Simba con la manguera, el chinchón, la rampa, Belaundia Fu. Espero los comentarios burlones sobre mi amiga invisible, pero esta vez no llegan. Mamá interviene antes.

–¡Por cierto! Me ha dicho vuestra tía que nos invita un día a comer al Huerto.

Silencio. Resoplidos. Logística.

–A ver, yo estoy en Londres del 10 al 18.

–Yo el 17 me voy a la playa...

–Yo no sé si podré.

–Bueno, hijos, un día. Digo yo que podremos encontrar un día. Ellos van a estar allí la primera quincena de agosto.

–¿Agosto? En agosto me viene fatal.

–Yo no lo sé, aún no he planificado agosto.

–Yo tengo que ver si me dan días, pero no creo, sinceramente.

Yo tampoco creo, la verdad.

Manu abandona la mesa antes de que lleguen los postres, porque ha quedado, y Paloma justo al terminarse la tarta de queso, porque Guille está viniendo a buscarla, y cuando traen los cafés paladeo esos breves minutos de ser hija única. Para cuando llegan esos minutos, sin embargo, ya hemos hablado de casi todo.

–Mira que decirle a Manuel que haga teatro, Manolo...

Papá se encoge de hombros removiendo el café con la cucharilla. Los teatrillos. El Huerto. En el fondo me molesta que nadie se haya reído de Belaundia Fu.

–Anda que de dónde me sacaría yo lo de Belaundia Fu, ¿eh?

–Huy, ni idea –dice mamá.

–¿Ni idea? –Papá la mira—. Coño, yo siempre he asumido que de tu madre.

–¿Cómo que de mi madre?

–Joder, Lucía, pues claro. ¿Marta no llamaba a los abuelos Bela y Belo?

Empiezan a hablar de mí como si yo no estuviera delante. Hay mundo aparte del mío: el de ellos.

–Pues eso. De Abuela Anuncia, Bela Uncia, Bela-Undia.

Yo enarco las cejas. No sé ni qué decir. Pero mamá sí sabe, mamá siempre sabe qué decir.

–iPero qué teorías, Manolo! Ni se me había ocurrido.

–Bueno, iyo esto lo he pensado siempre!

Mamá me mira como diciendo: «Cosas de tu padre». Yo lo miro a él, que está convencido. Nos quedamos en silencio un buen rato. Tiene sentido, pienso. También sería como muy fuerte, pienso. Está claro que tiene su lógica, me reafirmo. Me encantaría creérmelo, desde luego. Y entonces, inevitablemente, me pregunto, les pregunto:

–Pero ¿y lo de Fu?

El 4 de noviembre de 1966 el Arno inundó Florencia y gran parte de la Toscana, y en la via del Parione, cerca de la Piazza Carlo Goldoni, la crecida alcanzó una altura de un metro y cincuenta y siete centímetros. Lo sé porque hay una inscripción en el muro y una línea horizontal tallada que marca la altura exacta, sobre la cual se lee: «Il 4 novembre 1966 l'acqua d'Arno arrivò a quest'altezza».

Sé que la muesca –la pared ocre, el desconchón– se encuentra exactamente a un metro y cincuenta y siete centímetros porque mide lo mismo que yo. Hace ocho años, durante el Erasmus, un amigo se dio cuenta y me dijo: «Ponte ahí». Flash. Foto. Llevo las

gafas de sol de diadema y quedan a la altura exacta de la inscripción. ¿Soy pequeña? Mido lo mismo que el Arno el 4 de noviembre de 1966. Y *altezza* no me suena a pequeñez, sino todo lo contrario, me suena a reina, a majestad, a título nobiliario como poco.

Uno y cincuenta y siete. No es mucho. Pero cómo va a ser mucho, o poco, si es mi estatura. Es exactamente lo mismo que la crecida del Arno de 1966. Me acuerdo de esto y busco, de hecho, la foto en el móvil, porque cuando llego al Huerto todo me parece pequeño. La piscina es pequeña, el seto que bordea el huerto es bajo, los bancales... ¿siempre han sido tan planos los bancales? La puerta de la cueva, la rampa. Pero si apenas hay altura entre la encina del columpio, el bancal y la rampa.

El aperitivo está puesto, mis primas son madres y hay unos niños en el césped que no somos nosotros. Mis primas. Miro a Elena y la recuerdo disfrazada con un cubo como sombrero y las botas del abuelo. Elena, casada, hipotecada, una hija. Miro a María y cómo no verla subida a la carretilla o echando carreras por el césped. Las sigue echando, de hecho, persiguiendo a sus dos hijos. Vive en una urbanización con piscina, trabaja a media jornada, tiene la misma agilidad de entonces.

El Huerto está cambiado, y al mismo tiempo. La fuente. La cueva. La rampa. La tierra rojiza y las encinas. El arroyo seco. Ya no hay palomar, ni gallinas, ni charca. Pero, por lo demás. Entro directa a ponerme el bañador. Un bañador rosa de cuerpo entero. Ha vuelto lo *vintage*. Se vuelven a llevar los bañadores.

Cojo mi móvil y bajo las escaleras de dos en dos, descalza. Las escaleras de arcilla. El bordillo de la piscina, de piedra. El resto me observa desde el primer bancal. Me siento en el trampolín. Contemplo el mundo de mis aventuras. Como un pirata en la proa, satisfecho, que vuelve de una misión con las arcas llenas y el mar en calma. La pantalla del móvil se ilumina. Lo llevo siempre en silencio, pero cómo negar que estoy pendiente de su iluminación. Lo desbloqueo. Leo. Sonrío. Me estiro, vuelvo a sonreír, me ruborizo ante mí misma. Le envío una foto de la piscina, de esta piscina, de

mi piscina. La envió también al grupo de Whatsapp de mis amigos. Eli contesta con una foto impresionante de la playa de California. Daniela contesta con una foto de su bañera. Nos reímos: «Jajajajaja». Entonces se me ocurre. Entonces lo visualizo. Es aquí. La primera escena de mi peli es aquí. Un plano cenital del rectángulo blanco del bordillo de la piscina que enmarca el rectángulo azul del agua, y el trampolín clarito surgiendo desde abajo, y una niña con un bañador con volantes subida en él. Dejo el móvil a la sombra del trampolín y me pongo de pie sobre él. Las arizónicas y las adelfas han crecido y la casa de Belaundia Fu ya no se ve. Bueno, aquí, subida al trampolín, puedo ver el tejado.

—Marta, ¿te acuerdas de cuando saludabas a Belaundia Fu desde ahí? —pregunta María desde arriba.

Me acuerdo. Junto los pies, los miro. Las uñas pintadas de granate.

—¿No te tiras?

Ya me tiro, ya. Han puesto una cancelita en las escaleras para que los hijos de mis primas no se caigan ni bajen a la piscina sin supervisión. La rueda del columpio ya no está. Me siento en el trampolín. Aún no me tiro. Me miro las rodillas llenas de cicatrices y miro a mi alrededor. Cada sitio que veo es un sitio desde el que me he caído. Belaundia Fu. El trampolín. El maravilloso mundo de mis aventuras.

No habría sido tan difícil —abuela, piénsalo— no haber coincidido en el mundo. Lo hicimos durante veintidós años. Sinceramente, no está nada mal. Tantas ocasiones al día para morir, y no lo hiciste hasta que yo llevaba en el mundo veintidós años. Ahora tengo veintinueve. ¿Se habrá iluminado el móvil? Lo cojo de debajo del trampolín. No me ha respondido, pero no me importa, porque sé que lo hará.

Dejo el teléfono, miro al frente. Miro el agua. Me devuelve la mirada esa tipa que se parece a mí. Qué pequeña es la piscina. Con lo grande que era, qué pequeña.

Elena se acerca con suspicacia.

—Qué pegada estás tú al móvil, ¿no? ¿No estarás enamorada?

–¿La verdad? Un poco.

Ella abre mucho la boca y tú sonríes.

–¡Pero Marta! Si tú nunca sueltas prenda. ¿De quién?

–Pues de un chico.

–Hombre, eso ya me lo imagino. ¿Cómo se llama? ¿Tienes foto?

–Me baño y te lo cuento.

–Hija, dime el nombre aunque sea.

–Luego.

–¡Cuéntame algo!

–Es muy guapo.

Me mira con asombro y extrañeza. Su prole la reclama y se encamina hacia la casa. «Pero luego me cuentas». La confesión me da mucha alegría, pero también un poco de vergüenza, porque una es la que es y la que ha sido, así que cuando está en lo alto de la escalera, le grito:

–¡Eh! ¡No lo cuentes!

Me da la risa nerviosa.

–¡Pero cómo estás de tonta...! –me contesta.

–Bueno, cuenta lo que quieras.

Pienso en él. Pienso en mí. Me pregunto cómo de lejos llegaré esta vez, cómo de alto. Cuántas Martas seré capaz de presentarle. Cuánto seré capaz de soltarme. Cuántas veces más renombraré el amor. Si no se puede, acaso, renombrar en equipo. Si cuando vuelva a ser otra, podré serlo con él. La vida es larga. Hay que vivirla, al menos, como si fuera larga.

Solo hay un modo, ya lo sé, de calcular la magnitud del salto.

Me pongo de pie. Me suelto el pelo. Se han ido todos. Que empiecen a poner la mesa. Estoy sola. Miro el agua. Me veo en el agua. ¿Te tiras o qué?, me dice la del reflejo. Me miro los pies. Los junto. Tengo las uñas pintadas de granate y marcas de las tiras de las sandalias que llevo un mes paseando por Madrid. Tiro la goma del pelo al suelo. Me arrimo al borde. Ahí está, en el agua: esa tipa en bañador que se parece a mí.

–¡A comeeeeeer...!

Apenas escucho el grito sé que tengo que flexionar las dos rodillas. No llego tarde: llego cuando llego. Flexiono las piernas y me impulso con los brazos. Doy un salto grande, un salto con impulso y atravieso el agua, estampándome contra mi propio reflejo.

—¡He dicho a comeeeeeer...!

Me vuelvo a sumergir y hago el pino: las dos manos contra el suelo de azulejos, las piernas rectas, verticales. Las burbujas que salen de mi nariz, las mismas burbujas que cuando tenía siete años. ¿Te acuerdas de cuando solo sobresalían los dedos de los pies? Me acuerdo. Ahora noto el aire desde las rodillas, las dos piernas desde las rodillas sobresaliendo del agua. Las palmas de las manos contra los azulejos pequeños. Las plantas de los pies, secas. El pelo que se esparce, como hecho de un material distinto. Si no fuera porque sé que es imposible, diría que la piscina se ha vuelto más pequeña. Más pequeña en relación a qué. El bañador rosa. Un bañador como los de los mayores. ¿Te sales ya? Todavía no. Medio cuerpo dentro del agua, medio cuerpo fuera. Tu pelo. Nunca has medido ni más ni menos que tú misma.

AGRADECIMIENTOS

Las primeras notas que luego darían lugar a este libro empezaron a tomarse en el verano de 2011. Las anotaciones y los esbozos se sucedieron en los años siguientes, pero no fue hasta septiembre de 2018 cuando decidí convertirlos en una novela. Tengo que agradecer a mis padres que durante todos esos años hayan contribuido a que yo tuviera una habitación propia y quinientas libras al año para escribir, y también su apoyo y su ánimo constantes.

Este libro le debe mucho a Elena Bordons, que leyó mis primeros textos cuando eran cuartillas rayadas escritas a pluma y los trató como si se los hubiera encontrado en el escaparate de una librería, y a Ángel García Galiano, que tuvo la osadía de aceptarme un trabajo en quinto de carrera titulado «Belaundia Fu».

Muchas gracias también a José Antonio Millán Alba por la complicidad literaria y el apoyo brindado siempre, así como por la lúcida lectura que hizo de este texto. A Jorge Onecha, que conoció este libro cuando era unos pocos folios impresos y que me acompañó durante los años en que las notas y los esbozos se sucedían. A Ruth Prada, Alejandro Albán y Mónica Peláez, que han visto crecer estas páginas ante sus ojos.

Gracias a los amigos escritores que me han acompañado: Guillermo Aguirre, Víctor Balcells, Leticia García, Javier Cercas y Juan Soto Ivars; gracias también a Guille Rodríguez, que dice ser ingeniero pero me ha dado consejos de escritor, y a Andrea Palaudarias, por su entusiasmo y su escucha constante.

No me puedo olvidar de los amigos que me han leído y han compartido conmigo la alegría y las ansiedades: Raffaele Angelini, Pablo Parra, Ángela Valverde, Roberto Mediavilla, Carmela M. Oliart, María Magnet, Diego Fernández, Miguel G.^a Amado, Rocío M. Oliart, Jaime González, Karol Muñozcano, Fabrizio Gaetano, Øystein Maugesten, Yannick Tautphäus, Katharina Retzlaff, Pati Heras, Elisa García Paleo, Helena Ruiz-Cabello, José Suárez y Maru Ortega.

Gracias a Ella Sher y a todo el equipo de Sexto Piso por confiar en esta novela, es un privilegio y un gusto trabajar con ellos. Gracias también a Lara Lars, por su preciosa cubierta, y a David Jiménez, por hacerme unas fotos tan bonitas.

Gracias a mis hermanos, Paloma y Carlos: esta novela también es suya.

Gracias siempre a Félix Tusell, Pablo Mato, Javi Pardo, Jorge López Ania, Paula Cueto y Joaquín Palencia, sin cuyo ánimo, alegría y confianza la escritura de este libro habría sido mucho más difícil (y todo lo demás, también).

Y gracias interminables a Juan Gómez Bárcena, por cómo ha sabido leer este texto, porque quiere y cuida a todas las Martas.

ÍNDICE

Belaundia Fu
Charlie
Anuncia
Marta

AGRADECIMIENTOS